



7

Subsec. 7d

Q. 16-1^a

2617





8.^o tom. de la Biblioteca.

BIBLIOTECA CATÓLICA.

COLECCION SELECTA Y ECONÓMICA

DE LAS MEJORES OBRAS DE RELIGION Y DE MORAL,
ANTIGUAS Y MODERNAS, NACIONALES Y EXTRANJERAS,

ÚTIL Á TODA CLASE DE PERSONAS.

publicada bajo los auspicios del

EXCELENTÍSIMO É ILUSTRÍSIMO SEÑOR

DON PEDRO MARTINEZ DE SAN MARTIN,

Obispo de Barcelona.

RECOMENDADA POR EL EXCELENTÍSIMO É ILUSTRÍSIMO SEÑOR

DON JUAN JOSE BONEL Y OBRE,

Obispo de Córdoba, Patriarca de las Indias.

DEDICADA Á LA REINA DOÑA ISABEL II,
protegida por S. S. M. M.,

y bajo la direccion de

D. J. Roca y Cornet y D. J. Rubio

REDACTOR EL PRIMERO DE LA RELIGION.

TOMO VIII.

TRATADO

DE LOS

PRINCIPIOS DE LA FE CRISTIANA.

I.



~~4~~
~~Teología dogmática~~
~~y catequética~~

~~5~~

~~Teología moral~~

~~Teología positiva~~

~~y especulativa~~



TOMO VIII

TRATADO

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

TRATADO
DE LOS PRINCIPIOS
DE LA FE CRISTIANA,
POR EL ABATE DUGUET.

TRADUCCION LIBRE,

escrupulosamente revisada por la Autoridad eclesiástica,
y enriquecida con algunos apéndices

por D. Joaquin Roca y Cornet,

redactor de LA RELIGION.

TOMO I.



Barcelona.

IMPRENTA DE D. JUAN OLIVERES, EDITOR,
CALLE DE ESCUDELLERS, N. 53.

—
1845.

TRATADO

DE LAS ARTES Y OFICIOS

DE LA CIUDAD DE BARCELONA

POR EL DR. D. JOAQUIN LLIBRE Y GARCIA

DE LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA

IMPRESION DE LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA

EN LA IMPRESION DE LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA

EN LA IMPRESION DE LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA

1842



Barcelona.

IMPRESION DE D. JUAN OLIVERES, EDITOR,
CALLE DE S. CARLOS, N. 20.

1842.

NOTICIAS

DEL

ABATE DUGUET, Y DE SUS OBRAS.

JAIME José Duguet nació en Montbrison en 1650. Empezó sus estudios con los P. P. del Oratorio de aquella ciudad, á quienes admiraba por la extension de su memoria y la facilidad de su comprehension. Miembro ya de aquella Congregacion en la cual fue educado, profesó la filosofía en Troyes, y poco despues la teologia en S. Magloiré de Paris. Esto era en 1677, y por el mes de setiembre de aquel año, fue ordenado sacerdote. Las conferencias que hizo durante los dos años siguientes 1678 y 79 le adquirieron una grande reputacion. Tanto talento, tanto saber, tantas luces y tanta piedad en una edad tan precoz sorprendian y encantaban á cuantos venian á oirle, cuyo número era considerable. Su salud, naturalmente delicada, no podia aguantar por mucho tiempo el trabajo que exigian estas conferencias. En 1680 pidió que se le eximiese de todo cargo, y lo consiguió. Cinco años despues, en 1685 salió del Oratorio para retirarse á Bruselas al lado de su amigo el Dr. Arnauld. No siéndole saludables los aires de esta ciudad, regresó á Francia á fines del mismo año, y vivió en el mayor retiro en medio de Paris. Algun tiempo despues en 1690, el presideñic de Menars, deseando ver en su casa á una persona tan eminente, le ofreció en ella una habitacion. Aceptóla el abate Duguet, y disfrutó de ella hasta la muerte de aquel magistrado. Los años que siguieron á esta pérdida no fueron tan felices para nuestro escritor. Su oposicion á la Constitucion *Unigenitus* y su adhesion á la doctrina de Quesnel, amigo suyo, le obligaron á mudar con frecuencia de domicilio, y hasta de país. Viósele sucesivamente en Holanda, en Troyes y en Paris. Murió en esta última ciudad en 25 de octubre de 1733, á los 84 años de su edad. De su pluma tan ingeniosa como cristiana han salido un grande número de obras escritas con pureza, con nobleza y con elegancia. Tales son las dotes que caracterizan su estilo, que seria perfecto si fuera menos cortado, mas variado, mas preciso. Tambien se le inculpa de un poco de afectacion. Sus obras mas aplaudidas y mas buscadas son las siguientes:

I. *La conducta de una señora cristiana*, en 42.º Compuesta para madama de Aguesseau, hácia el año de 1680, e impresa en 1725.

II. *Tratados sobre la Oracion pública y los santos Misterios*. Dos tratados separados, é impresos en un tomo en 12.º El estilo es difuso, y el Autor se aproxima á los principios tan tenazmente defendidos por los señores de Port-Royal.

III. *Tratados dogmáticos sobre la Eucaristia, sobre los Exorcismos y sobre la Usura*, impresos juntos en 1727, y en 42.º

IV. *Comentarios sobre la obra de los seis dias y sobre el Génesis*, compuestos á instancias del célebre Rollin, en 6 tomos en 42.º El primer tomo, impreso separadamente bajo el título de *Explicacion de la obra de los seis dias* es muy estimado, pues mezcla lo útil con lo agradable, y es uno de los mejores comentarios que pueden leerse acerca la obra de la Creacion.

V. *Explicacion del libro de Job*, 4 tomos en 42.º

VI. *Explicacion de 75 Salmos*, 4 tomos en 42.º

VII. *Explicacion del profeta Isaias, de Jonás y de Habacuc*, con un análisis de Isaias por el abate de Asfeld, en 7 tomos en 42.º Duguet no tanto se ocupa en soltar las dificultades que ofrece el texto literal en sus diferentes comentarios, como en demostrar el enlace del Antiguo con el Nuevo Testamento, y llamar la atencion acerca las figuras que representaban los misterios de Jesucristo y de su Iglesia. Mas no por esto olvida enteramente el sentido de la letra, y si alguna vez se detiene en explicaciones mas piadosas que sólidas, en nada perjudican estas lo que expone de otra parte, dejando satisfecho al lector sobre los mismos objetos.

VIII. *Explicacion de los Reyes, de Esdras y de Nehemias*, 4 tomo en 42.º

IX. *Explicacion del Cántico de los Cánticos y de la Sabiduría*, 2 tomos en 42.

X. *Reglas para la inteligencia de la Escritura Santa*, cuyo solo prefacio es del abate Asfeld, en 42.º

XI. *Explicacion del Misterio de la Pasion de N. S. J. siguiendo la Concordia*, 44 tomos en 42.º

XII. *Jesucristo crucificado*, 2 tomos en 42.º

XIII. *Tratado de los escrúpulos*, en 12.º, estimado y estimable.

XIV. *Los caracteres de la Caridad*, en 42.º

XV. *Tratado de los principios de la Fe cristiana*, 3 tomos en 42.º El Autor los muestra con todo el lleno de su luz, con tanta elegancia como fuerza.

XVI. *De la educacion de un principe*, en 4.º y en 4 volúmenes en 42.º reimpresso con un resumen de la *Vida* del Autor por el abate Goujet. El historiador de Duguet pretende que este libro, que puede considerarse como el breviario de los soberanos, fue compuesto para el hijo mayor del Duque de Saboya. Voltaire dice lo contrario, no se sabe sobre que fundamento, y hasta añade que fue concluido por otra mano. Mas

nosotros creemos que debe preferirse el testimonio del abate Gonjet, profundamente instruido en las anécdotas bibliográficas, sobre todo en las que tenían relacion con el abate Duguet, con quien estaba ligado por amistad.

XVII. *Conferencias eclesiásticas*, 2. tomos en 4.º que contienen 67 disertaciones sobre los escritores, los concilios y la disciplina de los primeros siglos de la Iglesia.

XVIII. Dos escritos, en los cuales levanta su voz contra las *convulsiones* que tanto han desacreditado el Jansenismo y deshonrado la razon, y contra el periódico semanal titulado: *Noticias eclesiásticas*. El abate Duguet no adolecía del fanatismo ni del furor tan comun en los hombres de partido: Condenaba altamente estas *Noticias* (*Nouvelles*) y las injurias atroces que en ellas pululaban contra todo lo mas respetable que hay en la Iglesia (1). No son estas las armas de los cristianos ni aun las de los verdaderos filósofos. Feliz hubiera sido en que tan justa indignacion le hubiese llevado hasta separarse enteramente de la secta que tales escándalos producía.

XIX. Una *Coleccion de Cartas de piedad y de moral*, 9 tomos en 12.º etc. En el tercer tomo de esta coleccion se halla una carta de controversia impresa antes separadamente bajo el nombre de una carmelita que la dirigia á una dama protestante, otra de sus amigas. Bossuet dijo al leerla: *Mucha teologia hay bajo el manto de esta religiosa.*

(1) El principal autor de este asqueroso folleto era Jaime Fontaine de la Roche, sacerdote de la diócesis de Poitiers, partidario furibundo de las convulsiones, que murió en 1761, despues de haber vivido en Paris en una cautelosa oscuridad. Desde 1751 fue el que tuvo la principal parte en la publicacion del folletín semanal bajo el título de *Novelles ecclesiastiques*. Se le habia proveido de un curato en la diócesis de Tours; mas él dejó el báculo pastoral en 1728 para tomar la pluma satírica y fanática de un obscuro malvado, segun la expresion de un autor muy conocido. Este folleto fue por mucho tiempo el órgano de la impostura y de la calumnia, y contra él declamaron los Jesuitas, los Jansenistas, y hasta los que se burlaban de unos y otros. Los Jesuitas llaman á la *Gaceta eclesiástica* contraria á los primeros principios de la Fe, de la razon, de la probidad. No mas lisonjero elogio hacen de él los Jansenistas, de quienes era el secretario y el compendio. D'Alambert, que no era jansenista ni jesuita, le llama entre otras cosas, malvado oscuro, criminal de lesa majestad, blasfemador y calumniador del Vicario de J. C. citando el Evangelio; y el célebre y moderado Mr. Duguet dice que el autor desconocido de las *Noticias eclesiásticas* se hace culpable de un atentado en rme.

Los dos primeros capítulos de este libro pertenecen al tratado de la vida humana, y el tercero al de la vida animal. En el primero se trata de la vida humana en general, y en el segundo de la vida humana en particular, y en el tercero de la vida animal.

El primer capítulo de este libro trata de la vida humana en general, y el segundo de la vida humana en particular, y el tercero de la vida animal.

El segundo capítulo de este libro trata de la vida humana en particular, y el tercero de la vida animal.

El tercer capítulo de este libro trata de la vida animal.

El cuarto capítulo de este libro trata de la vida animal.

El quinto capítulo de este libro trata de la vida animal.

El sexto capítulo de este libro trata de la vida animal.

INTRODUCCION.

TAL vez desde muchos siglos no se ha presentado ocasion mas oportuna que esta para ofrecer al público católico español los *Principios de la Fe cristiana* que escribió en francés el señor Duguet á últimos del siglo pasado. Investidos de firme los principios generales de toda creencia sobrenatural por la filosofía atea del último siglo, salió en defensa de aquellos la civilizacion del presente, secundada por los instintos mas nobles y los mas puros sentimientos de la humanidad, que rechazaba los bruscos y cinicos ataques de la ironía y del sarcasmo. La filosofía atea tuvo que retroceder algunos pasos. Un clamor universal se levantó del fondo de todas las sociedades desconsoladas, porque veian que se iba á arrancar de su seno el gérmen vital de la Religion, sin la cual las sociedades no son sino hordas de salvajes mas ó menos encubiertas con el barníz de lo que se llama decoro y conveniencia pública; y el individuo de la especie humana es el mas desdichado de los seres, con el derecho, y casi dijéramos con la necesidad, de buscar en la muerte dada por su propia mano un término cien veces menos horrible que el gusano roedor de la duda y el tormento de la desesperacion. Tal es el hombre sin creencias religiosas.

Mas aunque parezca que las tendencias naturales del mundo inteligente forcejan para recobrar enteramente el terreno que habian perdido de un siglo á esta parte, la filosofía atea no por esto se ha dado por vencida. Yo la oigo levantar su erguida voz y trazar desde lejos su nuevo plan de ataque. Yo percibo por desgracia, como se reconcilia en apariencia con Dios, cuyo nombre pretendia borrar de la faz

de la tierra, al modo que un sordo ruido de impiedad llegaba á inquietar el oido atento del grande Bossuet. Una nueva escuela, desterrando las diatribas amargas y las burlas sardónicas con que al espirar el último siglo se veian atacados los misterios de la Religion revelada, pretende bajo la sombra de una civilizacion progresiva demostrar que la idea de una intervencion sobrenatural en aquellos augustos y adorables misterios es una idea envejecida; que es preciso acomodar al gusto moderno la inteligencia sobrenatural de la Historia sagrada; que la manera ortodoxa de considerar esta historia se afana en inútiles tentativas para recobrar su dominio al auxilio de una filosofía mística, y que es una empresa desesperada el convertir el tiempo presente en tiempo pasado, y hacer que acepte el pensamiento lo que no puede admitir.

Tal es el comun objeto que se proponen las escuelas filosóficas héterodoxas de Alemania, fallando con espantosa sangre fria en nombre de los progresos de la razon aquella sentencia funesta que condena á la razon misma al oprobio y al último desespero. Pero por fortuna de la humanidad, á quien se trata de arrancar el último consuelo por filósofos que se llaman humanitarios, estas escuelas no estan acordes en los medios de atacar la verdad, cada cual enarbola su bandera: los racionalistas, rechazando con todas sus fuerzas la historia sobrenatural del Hijo de Dios, quieren que no pase de una historia natural: los mitologistas pretenden que es una historia mitológica como las antiguas farsas del politeismo. Levántase entre estas dos escuelas por término medio la escuela de Strauss, que concediendo á la historia de Jesucristo la verdad histórica hasta cierto punto, trata de suplir lo que le parece repugna á la razon con el aparato mitológico.

Prescindiendo de los grandes acontecimientos que desde el principio del mundo prepararon la venida del gran Reparador, y prescindiendo tambien de los hechos posteriores que dan testimonio de la divinidad de su persona y de su doctrina, atacan aisladamente la historia sobrenatural de Je-

sucrismo, con el fin de negar el augusto carácter con que se presentó al mundo, y reclutar por sorpresa prosélitos de la duda ó esclavos de la irreligion. Protestan no querer atacar las grandes verdades en que se apoya la Religion, pero zapan los fundamentos con toda la audacia y la frialdad de la ciencia. Sujetan á una crítica natural hechos sobrenaturales se parapetan tras el aparato de investigaciones históricas, y envolviéndose bajo el manto deslumbrador de una erudicion minuciosa, sorprenden al desprevenido, dejando su alma sin aliento y sin consuelo el corazon.

Confundiendo la verdad histórica de los relatos evangélicos con la verdad histórica de las antiguas teogonias, niegan á la parte sobrenatural del Cristianismo la certitud histórica de que ha estado en posesion por mas de diez y ocho siglos, circunscribiendo los hechos al corto círculo de la verosimilitud humana, negando la intervencion divina, por suponerla contraria á la razon, no admitiendo nada de lo que no pueda explicarse con ella.

Sin embargo, los sistemas que se fundan en el error estan opuestos y divididos. La unidad es un carácter esencial de la verdad, y es al mismo tiempo el distintivo con que se nos presenta; porque la verdad es una como la línea recta entre dos puntos dados, mientras que las curvas pueden multiplicarse al infinito. Cuando la razon sacude el yugo de la fe vaga desenfrenada y errante por los campos sin límites de la fantasía.

En una cosa convienen todos estos sistemas héterodoxos, y es en suponer la literal interpretacion de los documentos religiosos del Cristianismo incompatible con el modo de ver actual de la humanidad, suponiendo que cuanto mas esta se civiliza mejor puede juzgar de la intervencion inmediata de la divinidad en los acontecimientos humanos. ¿Mas olvidan estos hombres que la verdadera civilizacion nacida del Cristianismo, fué combatida ya en su cuna por todos los esfuerzos de una razon que llamó á su auxilio para sufocarla todos los recursos brillantes y fecundos de las antiguas

escuelas, en las que esta razon independiente se levantó por sí sola al mas elevado punto en que jamás se la haya visto? ¿Y olvidan que á pesar de estos esfuerzos, de estas luchas habidas casi sobre el terreno de los hechos, prevaleció la verdad, sojuzgando rápidamente las dos grandes fuerzas del hombre, el poder y la inteligencia, que se opusieron con todo su conato á la propagacion de las nuevas doctrinas? Empezar debiera una impugnacion semejante negando la verdad de los hechos primitivos en que se apoyan los principios religiosos de todos los pueblos; demostrar la falsedad de las creencias, cuya universalidad se extiende á todos los siglos y á todo el género humano; borrar ante todo de la faz de la tierra y del pensamiento del hombre la idea de un primer origen, con los tres indispensables é infinitos atributos de poder, sabiduria y amor. Que nos digan ante todo de donde salieron estas existencias que admiramos sin conocer, y sobre todo la existencia de nosotros mismos: que nos expliquen, supuesta la idea de un Criador, el designio que pudo tener en la formacion de su criatura, que leyes debió imponerle, que destino reservarle, como le agobió con el peso de esta razon sin guia que le arrastra ciega entre escollos y precipicios; ó como tuvo el bárbaro placer de dar existencia á un sentimiento inmenso de infortunio y de desesperacion que abarca toda la parte mas noble de la creacion á que podemos alcanzar.

¡Ah! que huyendo de estas cuestiones preliminares, y entrando *de repente* en la plenitud de los tiempos, desencanjan del inmenso edificio de la Religion, cuya cúpula toca con el cielo, la piedra angular que es Jesucristo, para hacerla gravitar como las otras sobre la tierra, y hacerla rodar hasta el abismo de la mentira. Colocando en un mismo nivel las tradiciones destiguradas de la antigua verdad, con el grande hecho que vino á restaurarlas todas, y marcar positivamente su direccion, hablan de Jesucristo obrando en medio de los siglos históricos como de las luchas salvajes de la teogonia de Hesíodo, y de las fáciles intervenciones de los

dioses homéricos. La ciencia que despejando la nebulosa atmósfera de las teogonias mitológicas, ha demostrado como estos mytos desfigurados derivaban de una primera verdad, de un primer sentimiento, de una primera necesidad, ¿no es el mas bello y prodigioso resultado de la civilizacion presente? ¿Y esta civilizacion misma se invocará para confundir con las monstruosas alteraciones de la tradicion el tronco de donde todas ellas derivan? El hombre del dia se ve con asombro unido por una cadena no interrumpida con el hombre primero que salió de las manos del Criador. Jesucristo aparece como en el centro de los tiempos y en el punto culminante de la humanidad. La historia nos ha guardado hasta el nombre de todos sus ascendientes, de los cuales el primero estrenó la tierra como morada, y de sus manos van saliendo hasta nosotros los anillos de la cadena de su autoridad. Aun cuando no se le considerase sino en esta elevacion, ¿pudiera confundirse su historia, veraz, tierna, interesante, llena de virtudes nuevas y sobrenaturales, con los oscuros fantasmas que allá en el fondo de tiempos y pueblos desconocidos trazó la imaginacion de los poetas?

Forzados empero á admitir el hecho histórico que sirve de fundamento al Cristianismo, unos dicen: Las cosas divinas no pudieran ser obradas así. Estos admiten la existencia de la Divinidad; pero limitan su poder en su aplicacion á la historia del Cristianismo. Otros admiten la historia; pero niegan la intervencion de la Divinidad, y dicen: Las cosas obradas así no pueden ser divinas. ¿Habrán asistido estos hombres en los consejos de Dios, ó habrán tenido parte en sus designios? Un célebre orador moderno, puesto en el centro de la que se llama capital del mundo civilizado, rebatió victoriosamente estos errores que fermentan en varios puntos de Europa. Presentó el Cristianismo histórico como un hecho irrefragable del cual está en posesion de diez y ocho siglos, hecho auténtico que triunfó de todas las vicisitudes de los tiempos, de todos los ataques de la critica, de todas las diferentes rebeliones del pensamiento humano, y

dijo : Este hecho , el mas probado y evidente de cuantos encierran las historias , ha de cautivar la razon , ó esta razon desaparece haciéndose esclava de una obstinacion ciega y palpablemente contraria á los principios de la razon misma. Desaparece igualmente no solamente la fe divina sino tambien la fe humana , y con voluntario y terco escepticismo llegaremos de grado en grado á negarlo todo y á dudar de nosotros mismos.

Amalgamando la parte alegórica de la Escritura con la realidad histórica , apelan á las interpretaciones rabinicas , á los comentarios de Filon , y á las observaciones de Orígenes. Pero Filon no negaba el sentido vulgar y literal , aun cuando admitiese otro de mas profundo ; los conciliaba el uno con el otro ; y Orígenes , aunque para algunos pasajes del antiguo Testamento admitió el sentido simbólico y alegórico , con todo , con respecto al nuevo Testamento usó de toda circunspeccion ; admitió la verdad histórica y literal , sin descuidar , como han hecho los demás expositores , el sentido sublime y sobrenatural que se ocultaba bajo hechos reales y verdaderos.

Ved ahí pues el flanco por donde es atacada en algunas modernas escuelas la verdad histórica de las Escrituras. Un misticismo impío se ha encargado de dar á la narracion de ciertos hechos el falaz colorido de una espiritualidad capciosa , sacrificando el sentido literal , y dando á los hechos mas prodigiosos y sublimes el vano aparato de las invenciones humanas. Ataque terrible por cierto , que sin oponerse de frente á los libros religiosos , socava su autenticidad , y los reduce á la clase de conceptos mitológicos. Celso , Porfirio , Juliano , habian ya en su época desechado como fábulas la mayor parte de los relatos de la Historia sagrada , dejando subsistir por no poder negarlas , como históricamente verdaderas muchas particularidades de los principales personajes , pero atribuyendo sus acciones á motivos ordinarios , y sus milagrosas operaciones á groseros prestigios ó á una magia sacrilega.

Así es como para negar la fe en el poder de Dios admitían la credulidad en el poder del infierno; así como el ateo atribuye al Dios nada, lo que niega al Dios hacedor. Desapareció por grados de las escuelas hebrea y griega la interpretación sofisticada de las verdades cristianas; la Religión entró en un mundo ya civilizado, en cierto modo, pero lleno de errores y de corrupción. Su ascendiente divino luchó siempre con ventaja así contra el hacha del verdugo, como contra la pluma del sofista, y sola, destituida de todo poder humano, por la fuerza irresistible de la verdad de sus hechos, y por la necesidad que de ella tenía el corazón, venció sucesivamente las herejías, triunfó de la fuerza de los hábitos y del orgullo de la razón; es decir, del politeísmo y de la filosofía; cristianizó el Imperio romano, superando la violencia de tantos elementos como se le oponían; adquirió una dominación cada día más exclusiva; hizo cerrar las escuelas de la filosofía pagana, y sometió los pueblos incultos de la Germania á la instrucción de la Iglesia.

Entonces el mundo, durante los largos siglos de la edad media pasó tranquilo y satisfecho en el seno del Cristianismo, tanto por la forma como por el fondo, desapareció todo vestigio de las invenciones interpretativas, que amenazan un rompimiento entre la civilización y la Religión. El derecho público y privado, el derecho de gentes, todos los elementos sociales, descansaban sobre principios sólidos é inmutables; y aunque la ambición y la venganza se disputasen algunos imperios é hiciesen derramar sangre sobre la tierra, con toda la fuerza interior de las sociedades aparecía ileso y compacta, sus principios constitutivos no peligraban; el hombre no buscaba como romper con el hombre por medio de una independencia absoluta; se juzgaba como un determinado eslabón en la escala de los seres, y como un anillo en el orden social, cuya escala y cuya cadena sostenía Dios con su mano, señalándole el puesto que debía ocupar.

La reforma dió el primer golpe á la prosperidad de la

creencia de la Iglesia, fue el primer señal de una existencia que se reconocia independiente de toda autoridad, el primer bramido del huracan que debia desbordar contra la Religion de Jesucristo todo el Océano de las pasiones humanas. Amagaba el fatal pero efimero poder de reaccionar como en otro tiempo el judaismo, contra la madre misma que la habia traído en su seno. Esta reaccion, convertida al principio solamente contra la Iglesia dominante, no hizo mas que desencajar la primera piedra que debia hacer rodar la razon hasta un abismo: mas tarde dirigió ya sus tiros contra los documentos bíblicos, y puesta tambien al frente de las áridas tentativas revolucionarias del deísmo, consérvase aun en el dia como una fantasma desfigurada del error que ha tomado mil formas diferentes.

Los deístas y naturalistas ingleses de los siglos XVII y XVIII, renovando en el seno de la Iglesia la polémica de los antiguos adversarios paganos del Cristianismo, se propusieron indistintamente combatir la autenticidad y la creencia de la Biblia, y anivelar con los hechos vulgares los grandes acontecimientos que en ella se nos refieren. Mientras que Toland, Bolingbroke y algunos impíos declaraban la Biblia una coleccion de libros apócrifos y atestados de fábulas, afanábanse otros en despojar á los personajes y relatos bíblicos de todo reflejo de una luz superior y divina. Así Morgan tiene la audacia de decir, sin probarlo, que la ley de Moisés es un miserable sistema de supersticion, de ceguera y de servilismo: llega hasta á la avilantez de suponer impostores á los sacerdotes judios, como si los grandes prodigios no se obraran á presencia de todo el pueblo, y en medio del gran teatro de la naturaleza; y supone que los profetas son los autores de la desolacion y de las guerras intestinas de los dos reinos de Judá y de Israel, cuando no hicieron sino preñunciar las grandes calamidades mucho tiempo antes que aconteciesen y casi siempre sin apariencia alguna de probabilidad. El incrédulo Kubb niega por su parte que la religion Judía sea una religion revelada por

Dios, por hallarse en ella desfigurado el carácter de la Divinidad. Ni menos expuesto estuvo el nuevo Testamento á los bruscos ataques de los deistas; se denigró tan sacrilega como absurdamente el carácter de los Apóstoles suponiendo en ellos planes de egoismo y de avidez. Ni el carácter adorable de Jesucristo, último punto á donde puede llegar el bello ideal de la bondad y de la virtud, aun para quien no abrigue sentimientos de fe, se dejó intacto por aquella pluma blasfema y malignante, negando especialmente el dogma de su resurreccion, dogma que nuestro Autor deja demostrado hasta la evidencia y es la base de la creencia cristiana. Los milagros que en la vida de Jesus constituyen la parte mas inmediata de la influencia divina sobre las cosas humanas, y que prueban la divinidad del Hombre-Dios fueron el objeto particular de los bruscos ataques de Woolston. Este incrédulo se propone colocarse entre la alternativa de la antigua explicacion alegórica de la Escritura, y la moderna explicacion de los naturalistas. Pretende apoyarse invocando la autoridad de los mas grandes alegoristas entre los padres de la Iglesia Origenes, Agustin y otros, suponiéndoles falsamente la intencion de desechar la significacion literal, substituyendo á ella exclusivamente la significacion alegórica, cuando la idea de los citados Padres es dejar subsistir entrambas significaciones la una al lado de la otra, dejando aparte algunos ejemplos contrarios que se encuentran en Origenes. El lenguaje de este solapado impugnador es tan ambiguo que no deja conocer por cual de estas dos alternativas está decidido. Pareciendo ocuparse en la explicacion alegórica de la Escritura, antes de declararse adversario de la realidad del Cristianismo, diríase que su opinion se inclina á este último sentido. Pero la complacencia con que pretendé hallar absurdos en el sentido literal de la relacion de los milagros y el tono de frivolidad con que lo trata todo, manifiesta bien á las claras que el pérfido deista solo hacia servir las explicaciones alegóricas para asegurar sus ataques contra el sentido literal.

Estas objeciones de los deistas contra la Biblia y la divinidad de su historia se propagaron en el suelo de Alemania principalmente por el anónimo cuyos fragmentos se encontraron en la biblioteca de Wolfenbüttel; fragmentos que Lessing empezó á publicar á principios de 1774. Á mas de dirigirse contra toda religion revelada en general, ataca entrambos Testamentos, oponiendo los deleznales reparos de una razon obscura y vacilante á la robustez de las pruebas históricas que forman como una cadena en la grande historia de la Religion, que nace de Dios con el tiempo para terminar en él en la eternidad. Pretende sondear el abismo de la Providencia con la incierta y limitada razon humana, como el que se empeñase en medir con un compás la distancia de los astros en el espacio; y como el corazon árido y duro no toma parte en estas investigaciones, el orgulloso pensamiento pretende hacer entrar en el círculo mezquino de su critica la inmensidad del poder y la inmensidad del amor divino. En efecto, ¿no es un delirio que choca no solo contra la fe, sino contra el buen sentido y la naturaleza misma de los hechos humanamente considerados el suponer en Jesus un plan político; en su comunicacion con el Bautista un negocio concertado, á fin de recomendarse recíprocamente al pueblo; en la muerte de Jesus un imprevisto desconcierto de sus proyectos y un golpe que sus discípulos no supieron como reparar sino fingiendo su resurreccion y cambiando sagazmente su sistema de doctrina?... ¡Qué impostura! ¿Qué iban á ganar sus discípulos en defender la doctrina de un impostor, si tal les hubiera parecido Jesucristo? ¡La persecucion, los tormentos, la muerte!!! ¿Es esto conocer el corazon humano? ¿Es esto seguir las inspiraciones de la razon natural? Nuestro Duguet impugna, deshace, aniquila victoriosamente esta impostura. Á sus demostraciones, en las que no pudo ser mas feliz, remitimos al hombre imparcial y despreocupado.

En Inglaterra numerosos apologistas, en Alemania la mayor parte de los teólogos, defendieron, los primeros con-

tra los deistas ingleses , los segundos contra el anónimo de Wolfenbüttel , la realidad de la relacion bíblica , apoyando con firmeza el punto de vista sobrenatural en el carácter divino de la historia del pueblo de Israel y del origen del Cristianismo. Entretanto los impugnadores de la realidad del relato bíblico empezaron á descubrir la debilidad de sus fuerzas de ataque , dividiéndose en dos escuelas opuestas. El naturalismo , particularmente hostile al Cristianismo de la Iglesia , pretendia que los héroes de la Biblia , como los dioses de toda religion popular , habian sido unos impostores astutos , unos tiranos crueles que para subyugar los espíritus de los pueblos , se encubrieron con el manto de la Divinidad. Al contrario , el racionalismo , protestando respeto á la creencia cristiana , conocia la necesidad de adoptar otra interpretacion mas favorable ; y reconocia en los hombres de la Biblia , como en los dioses del paganismo , sabios legisladores y príncipes justos , á quienes rodearon de una auréola divina sus contemporáneos y la agradecida posteridad. Eichhorn adoptó esta manera de ver contra las opiniones del naturalismo , en un exámen crítico de los Fragmentos de Wolfenbüttel. Unos y otros negaban la intervencion inmediata de la Divinidad , y confundian la verdad de las tradiciones bíblicas con las demás tradiciones de la Grecia y del Oriente. Pero estos audaces novadores dejaban sin explicar el misterio de la infancia del mundo , y él como la humanidad habia salido del estado de minoridad para llegar al estado en que se halla. Destruyendo sin edificar , dejaban en tinieblas impenetrables sepultada la historia primitiva del mundo , como si esta pudiera impugnarse sin substituir algun otro sistema que repugnase á la razon. El racionalismo pues es el oprobio de la razon misma , porque la deja incierta , errante en aquellos puntos cardinales que le han de servir de punto de partida para sus mas importantes operaciones. ¿Cómo se substituye por ejemplo la grande verdad á todos perceptible de la caída del hombre y de la alteracion original de nuestra naturaleza , con la comedia de

un fruto venenoso que alteró desde su origen la constitucion del cuerpo humano?

Vacilante siempre el error en su tortuosa marcha, levántose otro nuevo impugnador de las verdades cristianas, encubierto bajo el velo de filósofo moralista. Kant, abusando miserablemente de la explicacion alegórica de los antiguos Padres de la Iglesia, sometió la Escritura á una interpretacion puramente moral. Ostentando la calidad de filósofo, no consideraba en la Escritura una historia, como los racionalistas, sino una idea oculta bajo el aparato histórico. Pero al paso que alegaba la autoridad de los Padres para sincerarse de su interpretacion alegórica, su idea no era como la de aquellos absoluta, tanto teórica como práctica, sino práctica únicamente, no viendo en ella mas que una determinacion moral, y no reconociendo sino un carácter finido y contingente. Y sobre todo no atribuia la introduccion de estas ideas en el texto bíblico á la inspiracion del Espíritu Divino, sino al filósofo intérprete de la Escritura, y á la disposicion moral existente en los autores de aquellos libros. Amalgamando así mismo todos los libros sagrados de todas las religiones antiguas y modernas, deducia de todos los mismos resultados, atribuyendo á los instructores del pueblo juiciosos y animados de buenas intenciones el desig-nio comun de ponerlos en concordancia con los principios generales de la creencia moral. Kant tuvo la debilidad de caer en un absurdo filosófico, poniendo á un mismo nivel los moralistas intérpretes de todas las religiones, así los que en Grecia y Roma, tratando de su fabulosa teología se esforzaron en explicar el mas grosero politeísmo cual si fuera la representacion simbólica de los atributos de la Divinidad, como los que han tratado de interpretar en favor de la moral los dogmas sublimes del Cristianismo. Para él paganos, judíos, mahometanos, indios, cristianos, todos han tenido el saludable fin de moralizar al pueblo, fundando el principio de esta moral en los simbolos de sus creencias respectivas. Los dioses ladrones y adúlteros de la gentilidad,

las voluptuosas descripciones del paraíso de Mahoma , los Vedas de la antigua India , todo encierra un sentido místico y moral. ¡ Lamentables delirios de una razon extraviada ! ¡ Vanas quimeras que adora el orgullo para no humillarse delante de Dios ! Tales delirios basta que sean anunciados para ser la burla de todo hombre razonable. ¡ Idólatras de la razon ! vosotros , para huir de Dios , os perdeis en un laberinto sin salida. Para vosotros el mundo moral vuelve otra vez á caer en el caos al cual deseais volviera el mundo fisico en vuestro impotente furor , para no adorar aquella mano soberana y benéfica que dijo : Hágase la luz , y la luz fué hecha.

¿ Quién diria sino que las expresiones furiosas de muchos salmos contra los enemigos se han de entender contra los apetitos y las pasiones , que hemos de tener siempre á raya , y que las maravillas referidas en el nuevo Testamento del origen celeste de Jesus , de sus relaciones con Dios , etc. son representaciones simbólicas de lo ideal de una humanidad con la que Dios está reconciliado ? Kant concluye de aquí que aun muchos años antes de la existencia de tales documentos , la religion moral reposaba oculta en la razon humana. ¿ Mas de donde pudo sacar Kant sino de sí mismo tales ideas ? ¿ Cómo podia probar que realmente hubiesen existido en el fondo de la intencion de los que redactaron las Escrituras ? ¿ Quién ha visto jamás substituir el sentido literal de la narracion histórica con este enmarañado sistema simbólico , cuya vaguedad y confusion no es posible comprehender ? ¿ Llega ni aun á fijar conjeturalmente la relacion entre los pensamientos morales y las representaciones simbólicas , ni á enseñarnos el modo como aquellos se imprimen en estas ? ¿ Qué embrollada metafisica de la edad media es comparable con los sueños de este visionario ?

No son estos los únicos medios con que ha sido audaz y obstinadamente atacada la autoridad divina de la Biblia. El plan mas cómodo y mejor concertado no era por cierto

entrar en el análisis crítico de los fundamentos históricos en que se apoyaba cada uno de los relatos bíblicos; esta empresa estaba ya destituida de toda probabilidad de buen éxito desde que la ciencia moderna ha triunfado de esta clase de impugnaciones, desde que los anales del mundo han dado testimonio de la verdad de los cómputos de la cronología sagrada, y desde que las ciencias arqueológicas han confirmado en todas sus partes la verdad de los hechos que se apoyan en los monumentos que de la antigüedad nos han quedado. Era mas seguro profanizar por decirlo así las leyendas de la Biblia, anivelarlas con las leyendas mitológicas, y prescindiendo de la claridad, sencillez, majestad, enlace, precision y circunstancias del relato sagrado que nos une con el origen del mundo, suponer en las tradiciones bíblicas la misma idea, los mismos elementos de certitud, las mismas alteraciones, que en las tradiciones mitológicas. De aquí esta palabra *myto*, nueva y extraña á nuestro idioma, con la que se pretende despojar los hechos históricos de la Biblia de todo carácter sobrenatural y divino, reduciéndolos á la clase de sucesos puramente humanos ó naturales, embellecidos con formas mitológicas, como las farsas de los antiguos dioses. Huyendo así de toda impugnacion histórica, se parte del solo principio de no admitir nada en el orden sobrenatural, y sin negar el hecho en el fondo, se procura explicar como natural y comun. Gabler, Schelling y otros adoptaron la idea del *myto* como una idea absolutamente general y aplicable á toda la historia primitiva tanto sagrada como profana, partiendo de aquel principio de Heine: *A mithis omnis priscorum hominum tum historia tum philosophia procedit* (1); y Bauer hasta se atrevió en 1802 á publicar una mitología hebraica del antiguo y del nuevo Testamento.

Estos mas taimados que temibles impugnadores de la Religion, prescinden ante todo de entrar en discusiones sobre

(1) *Apollod. Athen. Biblioth. Heyne.*

la autenticidad de los libros santos, en las cuales quedarian indudablemente vencidos; y partiendo de la hipótesis de que en la época de la cual se suponen los libros del antiguo Testamento no habia historia escrita sino pura tradicion oral, afirman muy gratuitamente que todos los libros sagrados, siendo escritos muy posteriormente ó los hechos que contienen, no tienen mas valor que el mitológico, como todas las antiguas tradiciones del politeísmo. Bajo tan cómoda hipótesis, prescinden de todo exámen crítico cronológico, y solo tienden á presentar los libros biblicos como libros históricos en el fondo, pero en los que la r elacion de los sucesos reales se ofrece con el colorido de la antigua opinion que mezcla lo divino con lo humano, lo natural con lo sobrenatural. Siguiendo este sistema, atribuyen al *myto* toda la parte que no pueden explicar por causas naturales, desfigurando los hechos á su antojo, les substituyen circunstancias que no les da la historia, y pasando audazmente sobre todas las inconsecuencias y contradicciones que de sí ofrece el negar en parte y conceder en parte un hecho, el admitir y desechar á un mismo tiempo la autoridad de los testigos oculares, reducen el relato bíblico á una leyenda insulsa, descarnada, á veces increíble, simulando con la mayor impostura el respetar un resto de verdad que para nada sirve, sino para dar tristes lecciones á la posteridad de los extravíos lamentables de la razon humana.

La apelacion al *myto* ha sido un recurso indispensable para los que queriendo reducir toda la Historia bíblica á su sentido natural, se veían obligados á violentar la fuerza natural del texto, haciendo desaparecer el sentido primitivo de los escritores que refieren el hecho. Conocieron los llamados naturalistas que era perderse en penosos y siempre estériles esfuerzos el empeñarse en proceder de un modo tan antihistórico como era el completar documentos por medio de conjeturas, y tomar por texto escrito sus propias hipótesis, representando como natural lo que el documento queria dar como sobrenatural: vieron por fin, que el

despojar la historia biblica de todo carácter sagrado y divino era rebajarla hasta el nivel de una vana lectura, que ni aun el nombre de historia merece. ¿Qué hicieron pues? La supusieron mitológica; y como si estuviera en su mano borrar de un golpe la autoridad divina que en ella reconoce la mas ilustrada razon, intentaron anivelarla con las fábulas de los dioses de los demás pueblos.

Lo mas atrevido, lo mas descabellado, lo mas absurdo fue el llevar la explicacion mítica hasta el nuevo Testamento. Podia el sofisma y la parcialidad confundir maliciosamente el antiguo Testamento con los mytos que en las edades primitivas y fabulosas del género humano dieron principio á varias teogonias; el velo de los tiempos pasados podia ofrecer para esta confusion un especioso pretexto á la limitada comprension de los que nunca se hubiesen dedicado al verdadero estudio de la Biblia y á la conformidad que presentan todos sus hechos con los sentimientos de todo el género humano y con todas las historias escritas contemporáneas; porque la historia de la Biblia no es la historia del pueblo judio, sino la historia de la humanidad: pero pretender aplicar la idea del myto á la época de Jesus, en la que los siglos mitológicos habian de mucho tiempo desaparecido, y en que la nacion judia tenia ya el hábito de escribir; suponer mitológica una relacion tan circunstanciada, tan clara, tan expresa, nada simbólica, escrita con precision por varios testigos oculares, apoyada en la tradicion de tantos pueblos, robusta y segura desde un principio, en cuyo testimonio se derramó la sangre de millones de hombres, y cuya fuerza de verdad bastó para dar un vuelco al mundo, es á donde puede llegar la obcecacion miserable y sistemática de los modernos enemigos del Cristianismo.

En vano se esforzaron Bauer, Gabler y otros para probar la posibilidad del myto en el nuevo Testamento. Sus conjeturas, tan vanas como ridiculas, se estrellan contra la realidad de los hechos, contra los testimonios de la historia, contra la verosimilitud misma. La razon se avergüenza en

desfigurar por un nuevo capricho las verdades mas auténticas é históricamente demostradas que posee el mundo ; y el myto ha sido como la duda , un abismo sin fondo á que ha venido á precipitarse la tenaz y cruel incredulidad para ocultar el oprobio de su vencimiento en la arena del raciocinio.

¿ Quereis una prueba de lo vacilantes que van estos nuevos impugnadores del Evangelio ? Eichhorn , no sabiendo como impugnar la caida de Adan y la tentacion de Jesus , habia apelado á la explicacion natural , suponiendo la primera una simple anécdota , y la segunda una parábola contada por Jesus y mal comprendida por sus discipulos. Mas agobiado luego por las dificultades invencibles de semejantes explicaciones , no le quedó mas esugio que considerar ambos hechos bajo el aspecto mitológico , no vacilando en cambiar el aspecto de sus conjeturas , y suponiendo sin mas garantías que su versátil capricho que la ardiente imaginacion de los primeros cristianos habia revestido los hechos de circunstancias maravillosas , inventando escenas simbólicas , como por ejemplo la historia de la tentacion , y otros mytos del nuevo Testamento. ¿ Y con qué autoridad ni sombra de tino crítico afirma en seguida que las leyendas del nuevo Testamento se han ido formando poco á poco como una alusion de mitología , de un modo cuyo origen no puede encontrarse , y que tomando siempre mas consistencia , han acabado por quedar consignadas en nuestros Evangelios ? ¿ No ha de avergonzarse la inteligencia de confundir con los tiempos fabulosos una época altamente histórica , fija , comprobada , y desde la cual descende hasta nosotros la cadena no interrumpida de una tradicion constante , uniforme y siempre mas robustecida ?

Engolfados los autores anticatólicos en la explicacion de sus mytos , no han sabido que rumbo tomar , hallándose muchas veces en oposicion. Han dividido los mytos en históricos y filosóficos para que de este modo pudiesen servirles de comodin en la exposicion de todos los hechos de la Biblia. Cuando creen que pueden conservar algun fondo de reali-

dad histórica, apelan al myto histórico; cuando les conviene que desaparezca el hecho enteramente adoptan el myto filosófico. Este proceder tan divergente y arbitrario no solo produce en cada momento una contradiccion entre tan cómodos comentadores, sino que hace pulularlas en cada página de sus escritos. Véase, por ejemplo, como Bauer creia poder dar de la promesa de Jehová á Abraham una explicacion histórico-mítica, admitiendo como hecho y base de la relacion que Abraham, contemplando el cielo sembrado de estrellas habia sentido reanimarse su esperanza de una numerosa descendencia. ¡Qué crítica! ¡Explicar la aparicion del ángel en el nacimiento de Jesus por un metéoro inflamado; suponer en su bautismo un relámpago y un trueno, y al mismo tiempo el vuelo fortúito de una paloma sobre su cabeza; dar un huracan como fundamento de la transfiguracion, y confundir con sábanas blancas los ángeles sentados sobre el sepulcro de Jesus crucificado! ¡Cuán humillada aparece aqui la rebelde razón humana, cuán mezquina, cuán degradada! ¡Cuán brillante aparece la Religion, cuán triunfadora, mostrando á sus pies estos despojos miserables del impotente esfuerzo del orgullo humano!

Convencidos de su impotencia estos inventores de mytos reconocen ya la imposibilidad de que la crítica pueda seguir una senda segura en las explicaciones de los Evangelios, y con este reconocimiento confiesan ya la insuficiencia de sus descabelladas teorías. Dicen que la crítica no tiene un instrumento asaz cortante para distinguir en los relatos evangélicos que parte sea de realidad histórica, y que parte de símbolo poético, aislando estos dos elementos el uno del otro, y reduciendo todo su sistema á una mera *probabilidad*; pudiendo decir tan solo aproximadamente: aqui parece que hay en el fondo mas realidad histórica, allá predomina el símbolo y la poesia. Tan caprichosos intérpretes, que lo son de su fantasia, y no de una historia auténtica, clara y terminante que para nada los necesita, tampoco estan de acuerdo en su modo de interpretar, y siguen opuestas di-

recciones. Tal le parece saber encontrar muy fácilmente la explicacion del contenido en lo que llaman relatos míticos de la Escritura : tal otro , desesperando de salir bien en esta operacion , y ofreciéndole dificultades insuperables , trata toda la historia evangélica como un agregado de mytos filosóficos , renunciando muy cómodamente á toda tentativa de extraer el menor residuo histórico , vagando libremente entre lo real y lo ficticio , admitiendo ó desechando á su placer , prescindiendo de las pruebas de autenticidad , de la fuerza de las tradiciones , de la conviccion del mundo , del clamor universal del género humano , de los mártires que dieron testimonio de lo que habian visto , sin que ni uno solo contradijera la verdad de los hechos , de la primitiva y prodigiosa propagacion de la Fe cristiana , de la conversion del mundo romano , de la firmeza y perpetuidad de la Iglesia sobre la rueda de los siglos , y de tantos caracteres de verdad que agobian , por decirlo así , la razon mas pertinaz bajo su peso inmenso é irresistible.

No por esto se crea que la pensadora Alemania haya dejado de prestar homenajes brillantes á la verdad de las Escrituras , y haya permitido que quedasen invindicadas á un tiempo la Religion y la razon. Heydenreich ha escrito una obra particular sobre la inadmisibilidad de los mytos en la parte histórica del nuevo Testamento. Recorre detenidamente los testimonios extrínsecos sobre el origen de los Evangelios , y como estos testimonios prueban que aquellos provienen de apóstoles y de discípulos de apóstoles , juzga que es incompatible este resultado con la admision de elementos míticos. Examina de otra parte la naturaleza de lo que contienen los Evangelios ; los encuentra en la forma de su redaccion sencillos y naturales , y sin embargo minuciosos y exactos , como puede esperarse de testigos oculares , ó de gentes que no distan mucho de estos testigos. En cuanto al fondo , dice , los relatos , aun los mismos que tienen un carácter maravilloso , son de tal manera dignos de la Divinidad , que es menester tener un horror decidido á todo mi-

lagro para dudar de su realidad histórica. Aunque sea una verdad que de ordinario Dios no obra sino mediatamente sobre el universo, con todo, esto no excluye la posibilidad de una intervencion inmediata y excepcional desde el momento en que la cree necesaria para un fin particular. Aun hace mas: examinando uno por uno los atributos divinos, demuestra que no estan en contradiccion con una intervencion semejante; manifestando por último con evidencia que la mano de Dios se ha mostrado muy oportunamente en cada uno de ellos.

Juan Kuhn, profesor de la facultad de teología católica de Tubingue, escribió contra Strauss una *Vida de Jesus* expuesta científicamente, para contrarestar con la ciencia misma las atrevidas y voluntarias suposiciones de aquel visionario. Ved ahí lo que dicen de esta obra maestra del doctor Kuhn los ilustres redactores de la *Universidad católica*.

« Grande fue la sensacion que hizo en el mundo religioso y sabio la apariencia de la *Vida de Jesucristo*, por el doctor Strauss de Tubingue. Este libro es efectivamente el complemento de las doctrinas nacidas de la reforma del siglo XVI; es el último término al cual viene necesariamente á parar el sentido privado reivindicado por Lutero y por sus adeptos, y es al mismo tiempo la condicion mas fuerte, la protesta mas enérgica contra estas creencias que tres siglos hace se engalanan con el pomposo y mentido titulo de evangélicas, contra esta reforma que ha tenido la pretension de restituir al Evangelio y al Cristianismo su primitiva pureza. Para cualquiera que conozca á fondo la literatura teológica de la Alemania protestante tal como se ha desarrollado de setenta años á esta parte, no será materia de que admirarse la publicacion del libro de Strauss, en el cual se halla literalmente cumplida la prediccion que hacia á los herejes de su tiempo el grande Obispo de Meaux. Esta es sin duda la razon porque entre los sabios católicos hay tan pocos hombres que hayan creido deber refutar el absurdo sistema formulado por Strauss. Semejante doctrina descubre el cáncer

profundo que está devorando la Iglesia protestante, mal que no puede menos que desmoronarse como la base en que se apoya. Pero no lo han mirado con la misma indiferencia los protestantes, hermanos nuestros separados de la comunión católica: todos han conocido y sentido el golpe mortal que á su Religion se daba, y se ha visto á los hombres mas distinguidos entre ellos por su saber bajar á la liza para combatir al audaz adversario de la veracidad histórica de los Evangelios. Los aliados mismos de Strauss han creído prudente declararse contra él para salvar á lo menos las apariencias. Mas todas estas justificaciones no destruyen el mal hecho á la reforma por la *Vida de Jesucristo* tal como la ha publicado el doctor protestante. No es precisamente el elemento mítico que domina en la obra de Strauss lo que puede temerse, y que tenga por necesidad de ser refutado: lo son sí los principios de que dimana la aplicacion del myto para explicar el relato evangélico: pues estos principios son mas antiguos que la interpretacion misma. Este es el motivo que ha determinado al señor Kuhn á componer su obra, despues de haber desenvuelto la misma materia en las lecciones públicas que dió en Geissen durante el año 1836. »

Los motivos que han conducido á Strauss á la negacion del relato evangélico son: la antipatía dominante en su iglesia para todo lo que llevá un carácter sobrenatural, y la invasion que ha hecho sobre la teología protestante el panteísmo de Hegel; el resultado producido por las investigaciones y las criticas tocante á la interpretacion de la Biblia con tendencia á hacer creer que los pasajes del antiguo Testamento en que los Evangelistas apoyan su relacion, tienen un sentido del todo diferente del que les dan estos últimos, por consiguiente la negacion de las profecías y de los milagros: y en tercer lugar, debemos poner las contradicciones reales ó aparentes de los relatos hechos por cada uno de los cuatro Evangelistas.

Al exámen de estos tres puntos se fija Kuhn principalmente. Su libro, no tanto es una refutacion de la obra de

Strauss, como una refutacion sabia y profunda de los principios que dominan la reforma actual, y que han hecho en cierto modo necesaria la interpretacion mítica, á fin de hallar una salida al embrollado laberinto en que se pierden siempre mas estos doctores abandonados á los extravios de su propia razon.

Siendo la vida de Jesucristo el centro á donde vienen á parar todas las partes de la revelacion, el Autor á dividido en dos grandes partes su introduccion ó sus prolegómenos, á saber la exposicion de los documentos en que se funda esta historia, y la exposicion científica. Estos prolegómenos forman la mayor parte del primer tomo: la historia del Salvador data desde el momento de la inauguracion del Mesías; esto es, de su aparicion como doctor público. La idea de las profecias y de los milagros constituye el punto esencial de la controversia moderna, y á ella ha dedicado el señor Kuhn la parte principal de su trabajo, pues esta doble cuestion es la que aparece mas culminante en la vida del Mesías. En efecto, los Evangelistas no quisieron darnos una noticia exacta y completa de la vida de su divino Maestro; antes al contrario, los fragmentos que de ella nos han conservado deben servirnos de puntos de apoyo para hacer resaltar el punto de vista teológico, el carácter de la divinidad real de Jesucristo, y la verdad de la redencion por él obrada.

Lo mas interesante en esta obra es el estudio sincero é imparcial que el Autor hace de los Padres de la Iglesia y de los antiguos comentadores de la Escritura santa. Él ha sabido beber en la verdadera fuente, y este es uno de sus mas bellos títulos al reconocimiento de sus contemporáneos. Dice él mismo que cuando no hubiese hecho mas que provocar á un nuevo estudio de aquellos hombres de la antigüedad y de la edad media poco conocidos, se daria por suficientemente recompensado de sus largas vigiliass y de sus penosas investigaciones.

No acaban aquí los ilustres defensores de la verdad evangélica, sobre el terreno mismo en que fue tan bruscamente

atacada. El doctor Tholuck, caminando al mismo término, ha partido de otro principio no menos luminoso que decisivo. Observando que, como se ha dicho, uno de los principales motivos que han conducido á Strauss á la negacion de la relacion evangélica es la antipatía dominante en su Iglesia por todo lo que lleva un carácter sobrenatural, ha dicho: Aun cuando fuese posible desechar el Evangelio, estamos muy lejos de haber acabado con los milagros: el libro de las *Actas* y las principales *Cartas de los Apóstoles* nos quedan aun como un segundo muro, y estos monumentos de la antigüedad cristiana bastan sin duda alguna para restablecer los hechos mas importantes que aquel se ha afanado en destruir. El doctor Tholuch en su refutacion de la obra de Strauss parece á todas luces haber perfectamente demostrado la verdad de esta asercion. Permítasenos presentar aquí una ligera muestra de la brillante é irresistible lógica de este católico aleman, poco conocido entre nosotros.

« Si pasamos, dice, de la *Historia evangélica* á las *Actas de los Apóstoles*, parece que sobre este nuevo terreno los milagros han de cesar de aparecérsenos. La Iglesia primitiva lo habia apurado todo para trazar el retrato del Mesías: ¿qué frente tan elevada como la suya podia quedar aun para ser coronada, ó tomar nuevos laureles? Todo induce pues á no esperar mas desde entonces, sino una historia despojada de todo adorno, y llena únicamente de sucesos naturales. Pero lejos está de presentársenos tan brusca transicion. Antes al contrario, las *Actas* y las *Cartas de los Apóstoles* forman con el relato evangelico una serie de milagros no interrumpida y siempre prolongada. No se verificó en Jesucristo lo que en el sol de los trópicos, que parece sin ser precedido de la aurora, y se oculta al ojo observador sin dejar tras de sí el menor rastro. Las profecías le habian anunciado mil años antes de su nacimiento; los milagros se multiplican en pos de él, y el poder que habia traído al mundo continuó aun por largo tiempo su actividad. Si la crítica osare emprender el temerario proyecto de hacer de-

saparecer el sol de la escena del mundo , deberá hacer tambien que desaparezcan la aurora que le precede , y el crepúsculo que le sigue. ¿Cómo llegará á conseguirlo? No lo ha descubierto todavía. Y mientras aguardamos este raro descubrimiento, demostremos que la historia de la Iglesia es una cadena continua ; y si vemos propagarse por toda su extension la electricidad divina , concluyamos que el primer anillo ha de haber recibido un golpe descendido del cielo á la tierra. »

¿ En dónde empieza , despues de la crítica de la *Vida de Jesus* , la historia de aquel á quien el mundo cristiano adora como su Dios y Salvador?—En el sepulcro vaciado en la roca por Josef de Arimatea. En pie sobre los bordes de aquel peñasco los discípulos temblando , dispersos , vieron su esperanza hundirse en aquel seno cavernoso , junto con el cadáver de su Maestro. Mas ¿ qué suceso viene á interponerse entre esta escena del sepulcro y aquel grito de san Pedro y de san Juan : « No podemos nosotros dejar de dar testimonio de las cosas que hemos visto y oído. » (1) « Cuando se abraza de una sola ojeada , dice el doctor Paulus , la historia del origen del Cristianismo por el espacio de cincuenta dias desde la última cena , fuerza es reconocer que algo de extraordinario ha reanimado el valor de aquellos hombres. En aquella noche que fué la última de Jesus sobre la tierra estaban pusilámines , dispuestos á huir á toda prisa ; y despues que quedan abandonados , hállanse tan superiores al temor de la muerte que repiten á los jueces irritados que han condenado á muerte á Jesus : Antes ha de obedecerse á Dios que á los hombres (2). » Así lo reconocia el crítico de Heidelberg : debió pasar algo de extraordinario , en ello conviene tambien el doctor Strauss ; « Y no carece de fundamento , dice , lo que sostienen los apologistas , que la súbita transicion del desespero que sobrecege á los discípulos en

(1) *Act. Apos.* IV. 20.

(2) *Dr. Paulus Kommentar.* etc. th. III. s. 867.

la muerte de Jesus y de su abatimiento á la fe viva y al ardor con que cincuenta dias despues proclaman que él era el Mesías, no puede explicarse á menos de reconocer que *alguna cosa* verdaderamente extraordinaria reanimó su valor durante aquel intervalo. » Si, realmente pasó alguna cosa. ¿ Pero qué? no creais sobre todo que fuese un milagro. Sabido es como los racionalistas precusores de Strauss, sentando por principio que los letargos eran muy frecuentes en la Palestina en la época en que vivia Jesus, han hecho intervenir la síncope y el desvanecimiento á fin de explicar su muerte aparente, y por consecuencia su resurreccion. Desde 1780-el racionalismo no ha seguido otra táctica; y si bien quitó al mundo cristiano el viernes santo, le dió sin embargo un alegre dia de Pascua. Preséntase Strauss: admite tambien, como hemos visto, *alguna cosa*, pero muy poca cosa. — ¡ La resurreccion era demasiado! Pero en contradiccion con sus precusores, arranca por fragmentos á los cristianos el dia de pascua, y les deja su viernes santo. Ved ahí como lo hace. Los Apóstoles, las mujeres, los quinientos galileos de que habla san Pablo (1) se imaginaron haber visto á Jesus resucitado, y estas son las *visiones* que en la vida de los Apóstoles determinaron la transicion súbita del desespero á la alegría del triunfo. Para dar cuenta de estas visiones recúrrese tambien á las explicaciones naturales dadas á los milagros: se quiere así mismo por *condescendencia* (2) hacer intervenir los relámpagos y el trueno; pero lo mejor seria desembarazarse de todo esto. San Pablo, bien es verdad, cuyo testimonio presenta cierto peso, habla de la resurreccion como de un hecho; *pero este hecho no existe sino en su imaginacion y en la de sus compañeros*. Sin embargo, es necesario admitir tambien en su vida *alguna cosa de provisional* que hará el efecto de un puente volante para pasar del *Evangelio* á las *Actas de los Apóstoles*, hasta que la

(1) I. Corinth. XV. 6.

(2) *Das Leben Jesu* th. II. p. 657.

crítica, colocándose en una region mas elevada, pueda sin intermediario atravesar este abismo.

Hemos querido de intento presentar una ligera reseña del estado actual del racionalismo en Alemania y del punto á que ha llegado la controversia católica, así para manifestar el último abismo á que va á precipitarse la razon extrañada, teniendo que luchar con los instintos de la razon misma, y los triunfos de la ciencia católica en el campo mismo en que la rebeldía orgullosa del pensamiento hace los últimos esfuerzos para derrocar la piedra indestructible de la Fe, no pudiendo ya hacer naufragar la nave de la Iglesia; como para predisponer á la lectura de los *Principios* de esta misma Fe, y poner en contraste la rectitud de la razon sometida á la Fe con los delirios de la razon que huye de ella. El Autor de los *Principios de la Fe cristiana* parece haber ya previsto desde su época la desastrosa aberracion del entendimiento humano que lamentamos y que caracteriza los errores de los racionalistas modernos. Quizás el primer objeto de nuestro Autor no fue el combatir á los incrédulos; pero su obra puede servir tanto ó mas tal vez que otra alguna, ó para confundir su arrogancia, ó para convertir su corazon. En esta obra hallarán su pasto los creyentes y los incrédulos con tal que procedan de buena fe, y no se dejen llevar de aquel obstinado y estéril fanatismo, oprobio de la razon humana, que no quiere escuchar, y que desdén todo cuanto no halaga su tendencia ciega á la negativa ó á la duda. Cuando el espíritu ha llegado á tal extremo de fanático exclusivismo, cuando se da con uno de esos Omars frenéticos que condenarian á las llamas todo cuanto se opone al sostenimiento de sus desolantes delirios; entonces la razon se suicida lastimosamente, pues queda muerto hasta el deseo de encontrar la verdad, y se hunde voluntario en el sepulcro de la ignorancia ó de la duda. Para estos desgraciados no escribimos, ni para ellos levantamos algunos años hace el estandarte de la *Religion* con el objeto únicamente de que la juventud sedienta de verdad y de sabidu-

ría no se espantase con aquella palabra que el filosofismo habia luchado para divorciar de la civilizacion. Confiamos pues que en la traduccion del Duguet serémos leídos con la misma sinceridad con que lo fuimos por los que no desdiciéron nuestros primeros ensayos.

Cabalmente las pruebas con las cuales se demuestra la necesidad y la certitud de los principios de la Fe cristiana á los que los ignoran ó los combaten, son las mismas que hacen conocer á los que no dudan de ellas el precio de su fe, los consuelan en la posesion en que se hallan de ella, y los transportan de júbilo y de reconocimiento por la grande misericordia del que les concedió esta misma Fe, y los conserva en ella. El Autor, pues, llena á un tiempo este doble objeto de convencer á los primeros y consolar á los segundos. El método que sigue para la edificacion de estos es tambien el mas seguro para la conviccion de aquellos. Este método consiste en empezar manifestando que nada es tan conforme á la razon como el someterla á la Fe; que el mejor uso que puede hacer el hombre de sus luces es sacrificarlas en obsequio de aquel de quien las ha recibido; que basta informarse si Dios ha hablado para cerrar los ojos sobre lo que ha dicho; y que dadas las pruebas de la revelacion no deben esperarse otras de las cosas reveladas. Siguiendo este camino, la fe de los mas incomprehensibles misterios nada ofrece que repugne á la razon, y su profundidad misma lleva un carácter augusto de divinidad que contribuye á someterla. Esto es lo que el Autor da á conocer en la primera parte de este tratado, en donde expone los motivos que deben inducir á un estudio serio de los principios de la Fe, y la manera como se ha de hacer este estudio.

Los dos primeros capítulos dan de la Religion la idea mas exacta, mas noble y mas consoladora. El tercero establece la verdad esencial y fundamental de la Religion, de la cual dependen todas las demás. Tal es la existencia de Dios, para la cual el Autor reúne y enlaza un número de pruebas

tan considerable, con tanta claridad, elocuencia y orden, que la una y la otra se dan mas fuerza, y producen la entera conviccion en el entendimiento, y la persuasion mas íntima en el corazon. De esta verdad preliminar, deduce en el último capítulo la necesidad de una revelacion divina escrita y conservada pura para enseñar al hombre sus deberes con respecto á Dios. Dispensado asi de examinar todas las religiones que no se fundan en una revelacion de esta naturaleza, por un camino muy abreviado se halla conducido á examinar la coleccion de verdaderas revelaciones que le presenta la nacion Judia; decidido á buscar allí las pruebas de su Fe, en la segunda parte de su tratado.

Esta segunda parte contiene un número tan considerable de estas pruebas, que su peso ha de agobiar al aterrado incrédulo, y hasta el fiel quedará de ellas admirado. Es tal el espíritu de análisis y de reflexion que domina en esta segunda parte, que puede ser considerada como un comentario general y abreviado de todos los libros del antiguo Testamento, cuya divinidad se confirma desde luego por los milagros y por las profecías que contienen, dos géneros de pruebas que lleva el Autor sin esfuerzo hasta el punto de la mas evidente demostracion. Éntrase en seguida en los pormenores de lo que contienen estos libros divinos, y despues de haber demostrado que las leyes morales llevan visiblemente el carácter del primer legislador; que las leyes ceremoniales no entraron en su primer designio, y que debieron cesar cuando la verdadera justicia fue anunciada por el Mesías; se recorren todas las promesas que andan esparcidas en aquellos libros, se desenvuelve su verdadero sentido, se fija su inteligencia, y se hace ver el cumplimiento que tuvieron en Jesucristo, con una solidez, una precision, una facilidad y una fuerza que rara vez se hallan reunidas.

En lo sucesivo, todo se convierte en pruebas entre las manos del sabio Autor. El presente estado de los Judios dispersos y conservados; su testimonio y su ceguedad; la

mezcla de luz y de obscuridad en las profecias; la oposicion, á lo menos aparente de los caracteres del Mesias y de Jesucristo, etc. nada se le escapa para manifestar que Jesucristo es el centro y el fin, y que en él todo se reduce á la unidad. Tampoco olvida las figuras, no aquellas que son arbitrarias, que siempre estuvo muy distante de autorizar, sino aquellas que tienen una relacion necesaria con su objeto, que llaman la reflexion en vez de ser efecto de ella, que se prestan naturalmente á la evidencia y á la luz, que conspiran á reunir las causas, los motivos, los efectos, las circunstancias del grande misterio de Jesucristo, y que por sus razones forman, como dice el Autor, un género de pruebas que en cualquier hombre razonable debe producir una impresion mas viva y mas profunda que una demostracion particular.

La tercera parte, despues de haber puesto á la vista por medio de una excelente recapitulacion las principales verdades establecidas en la precedente, busca nuevas pruebas en los libros del nuevo Testamento. La verdad de estos libros, su sinceridad, su divinidad, su integridad, tienen aqui su demostracion mas completa; y sobre todos estos puntos reina una investigacion tan delicada, tal enlace de ideas, tal naturalidad de deducciones, que el lector se ve conducido como por la mano, en una serie de reflexiones tan nuevas como convincentes.

Mas como de todos los hechos esenciales á la Religion cristiana referidos por los Evangelistas y por los Apóstoles, el de la *Resurreccion de Jesucristo* descuella y es como el centro de todos ellos, y una vez establecido de una manera firme y sólida, viene á ser la prueba de todos los que le precedieron y de todos los que le siguen, el Autor por medio de una serie casi innumerable de pruebas, se esfuerza en ponerla á cubierto de la mas tenaz y quisquillosa incredulidad. Cuando esta obra no contuviera otro tratado que el de la *Resurreccion*, bastaria su lectura para convencer al mas temerario é interesar al mas indiferente. Nunca vimos

apurados mas felizmente los recursos de la crítica mas exquisita. El Autor arroja el guante al mas sutil raciocinio rival de la revelacion ; el mismo parece complacerse en dar armas á su contrario y hacerle mas formidable. Y cuando las objeciones han llegado á un punto , al que nunca llegó quizás el esfuerzo de los adversarios , asesta despues su piedra mortal en la frente de este gigante , y derriba en tierra al orgulloso filisteo.

La ascension del Hijo de Dios á los cielos , el descenso del Espíritu santo , que la siguió de cerca , los dones maravillosos recibidos por los Apóstoles , comunicados por estos á los fieles , y que transformaron el mundo , la conversion y la vocacion de san Pablo al apostolado , los milagros obrados por los Apóstoles , son nuevas pruebas de la resurreccion de Jesucristo , que no dejando nada que desear para la entera demostracion de la verdad de la Religion cristiana , ponen el sello á un invencible convencimiento de la Fe. El Autor no obstante, por un fácil é ingenioso círculo de variadas reflexiones , vuelve á tocar muchos objetos que habia antes omitido , que adquieren entonces mucha mas fuerza y robustez. Tales son los milagros de Jesucristo. No teme aquí hacer pasar por la crítica mas severa y el mas rígido exámen los que estan enlazados con algunas circunstancias capaces de fijar la certitud de la resurreccion , para descubrir en cada uno de ellos caracteres singulares que los hacen no solamente ciertos , sino indudables. Tales son , entre otros , el testimonio de san Juan Bautista , cuyo peso hace valer en toda su fuerza ; el nacimiento de Jesucristo revelado por los Ángeles á los pastores ; la adoracion de los Magos , conducidos á Belen por una estrella milagrosa ; en fin el testimonio del eterno Padre en el bautismo de Jesucristo , y en la transfiguracion , despues de lo cual , dice , nada queda ya que investigar : no hay mas que escuchar á Jesucristo en el Evangelio , y substituir la obediencia á la curiosidad.

En la cuarta parte el Autor examina en particular lo que

tiene relacion con Jesucristo , al cual casi no ha considerado hasta ahora sino con respecto á las profecías que le pronunciaron y á los milagros que dieron de él testimonio. Y hablando á un mismo tiempo al entendimiento y al corazón , de la conversion del mundo , y del establecimiento de la doctrina , de la moral , de los misterios y de la Iglesia en el mundo convertido por Jesucristo , saca nuevas luces que añaden gozo y consuelo espiritual á la impresion íntima de la evidencia.

El corazón se siente penetrado de esta alegría y de este consuelo , cuando despues de habernos representado á Jesucristo saliendo de su retiro con el designio inaudito de convertir toda la tierra , escogiendo medios que parecen otros tantos obstáculos á su ejecucion , prediciendo y asegurando su buen éxito con entera certitud , el Autor manifiesta en seguida el cumplimiento exacto de todas estas predicciones y de todas estas promesas por aquellos mismos medios ; y toda la sabiduría humana confundida y destruida por una sabiduría que á los ojos del mundo parecia locura. Los cuatro capítulos de esta parte desenvuelven estas verdades con todo su brillo y esplendor , siendo su conclusion el haber probado invenciblemente que Jesucristo es Dios , porque todo lo ha predicho , y todo lo ha obrado.

Quedóse el Autor en el quinto capitulo en el cual , como aparece de su manuscrito , debia hablar de la doctrina de Jesucristo. De aquí hubiera sin duda pasado á la moral , á sus misterios , á su Iglesia , segun el plan que expone en el cap. I. art. I. de esta parte. Pero la muerte le privó de seguir y terminar como se proponia , esta obra tan largo tiempo interrumpida. Podrá encontrarse en otra parte con que suplir lo que aquí falta ; pero nada podrá resarcir enteramente el no tenerlo de tan hábil mano. Y como lo que de ella viene es precioso , se ha recogido lo que se ha encontrado escrito , para servir probablemente de título al cuarto ó quinto capítulos de esta parte.

Nos resta únicamente una observacion que hacer sobre

esta importante obra. Cuando pasamos nuestros ojos sobre las páginas de los impugnadores de las verdades evangélicas, de los detractores de la divinidad de Jesucristo, observamos que vacilan y tropiezan como quien tienta una senda oscura sembrada de escollos y de precipicios. Violéntase la razon, el raciocinio hace esfuerzos repugnantes para atribuir á medios humanos las mas visibles maravillas; prescíndense de tradicion, de testimonios auténticos, del clamor entero de un pueblo; huéllanse descaradamente las reglas de la critica en nombre de una filosofía mas elevada, con la misma impostura con que se agobia de cadenas á los pueblos en nombre de la libertad: si no se pueden negar los hechos, se desfiguran, se adulteran, se transforman, se abusa de la naturaleza misma para hacerla conspirar en unos acasos cien veces mas increíbles que un prodigio; se supone mentecatos, durmientes ó visionarios á cuantos testigos incomodan, y se hacen esfuerzos inauditos de ingenio. de cábala, de sofisma, solo para arrancar de las manos bienhechoras de Jesus el poder de hacer prodigios. ¿Y para qué tantos afanes? para abolir de la tierra la doctrina de Jesucristo, para dejar á los hombres presa inevitable de sus propias miserias y desgracias, para arrancar el último consuelo de la triste humanidad.

Parece que Duguet casi un siglo atrás previó en esta obra estos bruscos ataques á las creencias que transformaron el mundo y que este habia respetado por espacio de diez y siete siglos asi bajo la espada de los Césares, como bajo la cuchilla del hijo del norte y la cimitarra del árabe. Parece que tuvo un cierto instinto profético, de que el siglo mismo en que vivia dejaria antes de morir por triste legado al siglo venidero el gérmen funesto de la irreligion y de la duda, y que su obra, anterior á la terrible catástrofe que como un diluvio habia de inundar su propio país de errores y de crímenes, podia servir despues de reactivo moral para obrar lenta y suavemente una restauracion en las inteligencias. Y siguiendo nuestro contraste con la lectura de las obras ra-

cionalistas que vomita el protestantismo, como últimos heredores de un cadáver que se deshace, vemos al Autor de los *Principios de la Fe cristiana*, conduciendo á la razon como por la mano, sin esfuerzo, sin aspereza, iniciándola hasta el punto que la Religion lo permite, en los arcanos de la Divinidad con respecto á la verdad del Cristianismo. Expositor sencillo y profundo de los libros sagrados, satisface hasta cierto punto la curiosidad de la razon; la llama á juicio sin temerla; la vence sin confundirla, y con aquella caridad insinuante que solo cabe en un filósofo cristiano, le va quitando insensiblemente todos los recursos, todas las rendijas con que pudiera escaparse y eludir el golpe saludable que le prepara de una conviccion invencible, de una demostracion á que no es posible resistir. Precísale al estudio de la Religion, para evitar una ignominia; póncele de manifiesto los anales del mundo, con relacion á las Escrituras que los abarcan todos; reúne con una mirada de águila todas las promesas que ha tenido el mundo de su Redentor; clama con la voz de los patriarcas; vaticina al son del arpa de los profetas, otros tantos precursores del gran Reparador de la especie humana, cuyo camino prepararon, la caida de los grandes imperios de la tierra, devorándose unos á otros, hasta caer las naciones en silencio á los pies de un hombre solo. Detiéndose despues en el Testamento nuevo, al cual se refieren todos los antiguos hechos y escrituras: todos los siglos reflejan á Jesucristo, todo conduce á él: tanto sus pronuncios como su historia tienen un carácter único, particular, extraordinario, divino. El primer hombre que se levanta del sepulcro, que vence á la muerte, que asciende despues al solio del Eterno, que envia su Espiritu para inflamar al mundo, que da á sus Apóstoles poder sobre la inteligencia y sobre la naturaleza, es un hombre-Dios, es el esperado, el suspirado, el enviado del seno del Padre, es el que asombró con sus milagros, con su doctrina, con su autoridad sobre el universo, con su humildad y sumision á los hombres, á los jueces, á los verdugos, con su amor inmen-

so, con el sacrificio de su divina persona para salvar al género humano. Este gran personaje, contra el cual tanto se ha escrito es Dios, es el Verbo de Dios, es nuestro adorado Jesus, es la figura colosal que domina en toda la obra. El mundo idólatra convertido á la Fe del Criador, fruto precioso de la sangre del Hombre-Dios, esta conversion predicha y asegurada por el mismo Jesucristo, la eficacia de la palabra divina derribando los ídolos, sometiendo el orgullo de los sofistas, triunfando de la corrupcion mas espantosa, derramándose como un torrente de salud hasta las extremidades del mundo sin ningun medio humano, antes bien luchando contra todas las pasiones, contra todas las probabilidades, contra obstáculos invencibles á la fuerza del hombre; ved ahí la coroniza del cuadro al cual el hábil pintor no pudo dar la última mano.

Jóvenes hambrientos de hallar la verdad, que huís con horror de esta oscilacion escéptica que mata la fuerza del pensamiento y seca las fuentes del corazon, aquí teneis una obra que os convida á pensar, y que halagando vuestro gusto investigador os conducirá á la verdad ennobleciendo vuestro raciocinio. Para vosotros en especial la hemos escogido entre las primeras de esta *Biblioteca*, porque á nosotros, jóvenes tambien, nos sirvió de bello preservativo contra todas las imposturas de una filosofia engañadora, cuyo soplo envenenado no dejó tambien de soplar sobre nuestra frente. No hay duda que la Religion ofrecerá cuadros mas bellos, que no olvidaremos despues; pero ante todo nos ha parecido mejor cautivar racionalmente la inteligencia que lisonjear la fantasía para mover el corazon. La Religion, dijo un ilustre genio, viene de Dios, porque es bella. Nosotros diremos ahora, la Fe cristiana viene de Dios porque se funda en verdades incontrastables.

Para presentar empero este cuadro excelente con todo el ornato posible y aproximarle en cuanto sea dable á la perfeccion con que hubiera salido de manos del autor, si hubiese tenido que escribir en este siglo, y no á mediados del

pasado; hemos creído que no desagradarian por inoportunos algunos cortos apéndices sobre ciertos puntos curiosos é importantes, cuyo mayor desarrollo, aunque no esencialmente necesario al plan del autor, ha ejercitado posteriormente los esfuerzos de la razon, y ha sido objeto de continuadas luchas promovidas por los enemigos del Cristianismo. La pretension, entre otras, de que basta al hombre ilustrado la profesion de ciertos principios vagos é inciertos, que se ha querido calificar con el nombre indefinible de Religion natural; las dudas acerca el origen del lenguaje, atribuyéndose á la razon humana lo que no pudo ser sino un don de Dios, y encubriendo bajo esta cuestion filológica las tenebrosas teorías del origen del hombre y de la sociedad, son puntos que Duguet no debió tocar sino de paso; pero que por su enlace con los principios fundamentales de la Religion, y por la delicadeza é interés con que han sido posteriormente controvertidos, merecian en nuestro concepto alguna ilustracion.

La filosofia sofística se ha empeñado en oponer siempre á las verdades históricas de los sagrados libros los adelantos de la ciencia moderna, y los nuevos descubrimientos, esperando confundir con el mundo actual el mundo antiguo. Este ramo importante ha hecho progresos rápidos desde la época en que escribió el autor, y hállanse diseminados en varias obras modernas datos preciosos que destruyen victoriosamente aquellas suposiciones. Viajeros imparciales, testigos oculares, hombres nada sospechosos en materias de creencia han encontrado todavía vestigios de las grandes catástrofes anunciadas en la Escritura, y se han complacido en dar este nuevo é irresistible testimonio á la verdad de nuestros libros santos. Bello debia aparecer este testimonio, sirviendo como de curioso é importante corolario á los demostrativos raciocinios del autor acerca la verdad y el cumplimiento de las antiguas profecías, cuya voz poderosa anunciando al Suspirado y al Salvador de las naciones, reunia como en un solo cuadro todos los destinos del mundo para prepararle sus caminos.

Si el tiempo y la multitud de objetos á que debemos atender nos lo hubiesen permitido, habríamos quizás ensayado suplir, aunque débilmente, la última parte de la obra, que dejó el Autor para concluir. Pero, prescindiendo de que quizás podrémos llenar este vacío en el decurso de nuestras publicaciones, no nos ha sido dable sino dar una rápida ojeada sobre las siete iglesias del Asia que tanto brillaron en los primeros siglos del Cristianismo.

Esto es lo que por nuestra parte hemos podido hacer en obsequio de los *Principios de la Fe cristiana*. ¡Ojalá que nuestros esfuerzos sean acogidos con la misma sinceridad con que los ofrecemos, y que la juventud española no se desdeñe de tomar esta obra, escrita con toda la conciencia de una convicción íntima, por texto preliminar de sus estudios sobre la Religión!

J. R. y C.

PARTE PRIMERA.

DE LOS MOTIVOS QUE NOS OBLIGAN Á ESTUDIAR SERIAMENTE
LOS PRINCIPIOS DE LA FE CRISTIANA, Y DEL MODO DE CON-
DUCIRNOS EN ESTE ESTUDIO.

CAPITULO I.

Lo que se entiende por Fe, y sus relaciones. — Un cristiano debe estar solidamente instruido en la Religion, y debe conocer hasta cierto punto sus fundamentos, sus pruebas, su antigüedad, sus verdaderos caracteres. — Disposiciones con que debe emprender esta investigacion.

ARTICULO I.

Lo que se entiende por Fe y sus relaciones.

I. La Fe cristiana es la fuente del verdadero culto que se debe á Dios, es decir, de la Religion, que tiene dos respetos, uno á Dios, á quien ella adora, y otro á la criatura, de quien es adorado. Por parte del objeto la Religion es infinita; por parte de la criatura, es limitada, pero hasta en estos límites tiene otra especie de infinito, pues la adoracion que á Dios rinde no está limitada sino por su propia impotencia, y no por sus deseos, y esta adoracion seria inmensa si lo fuese su ser.

II. Esta adoracion no consiste en un simple reconocimiento de que Dios lo es todo, y de que la criatura no es sino lo que á él plugo que fuese. Tampoco es una estéril

admiracion de sus infinitas perfecciones , ni un mero y respetuoso temor delante la suprema Majestad. Todo esto forma parte de la adoracion , pero ni llena toda su idea , ni todos los deberes. Su esencia consiste en especialidad en sujetar á Dios la criatura inteligente , como á su Dios , como á su bien soberano , como á su único fin , como al principio de quien ella depende en todo , y como al centro hácia el cual ha de volver todo lo que ella ha recibido.

La Religion pues , que encierra esencialmente esta adoracion , es un comercio entre Dios y el hombre. Ella une estos dos extremos , que parecen separados por una distancia infinita. Ella enseña al hombre lo que Dios es para él , y se lo hace sentir íntimamente ; y le enseña al mismo tiempo lo que es él con respecto á Dios , lo que le debe , y lo que del mismo puede esperar.

Ella le da á conocer que el culto debido á Dios , como verdad esencial , es de creerle cuando habla y fiarse de él cuando promete ; que no puede adorársele como soberana justicia y como santidad primitiva , sino haciendo lo que manda , y absteniéndose de lo que prohíbe ; que el homenaje debido á su infinita bondad es un amor , por decirlo así , infinito , ó que llene á lo menos toda la extension de la voluntad , y que su designio en ser el término y el fin del hombre no puede perfectamente cumplirse sino por medio de una íntima y general relacion entre el hombre y él.

ARTICULO II.

Todos los deberes y todos los intereses del hombre vienen comprendidos en lo que acabamos de decir , de lo cual se sigue con evidencia que lo mas esencial para él es el instruirse profundamente de la Religion , única que puede enseñarle lo que á Dios plugo revelar , prometer , mandar y prohibir ; única que conserva el depósito de las verdades de salud ; única instruida en los medios para volver á Dios ;

única que puede consolar, sostener, conducir al hombre hasta su término; única, por fin, capaz de descubrirle lo que él es, lo que son los demás seres, y el uso que debe hacer de ellos.

No hay sino la Religion que señale al hombre su lugar en el mundo, que le tenga inmediatamente sumiso á Dios, igual á los espíritus, superior á los cuerpos. Solo ella puede ponerle en el punto de vista desde el cual ha de mirar todas las cosas, para juzgar bien de ellas, conocer su destino y apreciarlas en su justo valor. Y ella, y nadie mas que ella, puede hacerle entrar en el designio que Dios ha tenido dándole el ser, y haciendo el mundo para él.

Sin esta guia fiel que debe acompañarle en todos sus pasos, el hombre vive al acaso. No conoce su posicion, ni sus deberes, ni el verdadero uso de criatura alguna. Choca y se irrita contra todo cuanto encuentra á su paso, á todo se adhiere, en todo se detiene: camina en un laberinto perpetuo, retrocede á veces sin encontrar la salida, y hasta ignora si esta existe.

Sigue á ciegas las impresiones de los sentidos; no se siente movido sino por los objetos presentes; desconfia de la realidad de todo lo que es invisible, y no puede considerar como su felicidad suprema lo que ha de diferirse y es preciso aguardar para despues.

Su actual indigencia le impele y le determina á asirse de todo lo que encuentra. Su hambre de gozar inquieta y frenética le hace insoportable toda dilacion, y le presenta como bienes sólidos todo cuanto tiene relacion con sus necesidades; y la experiencia que le hace sentir todo lo que le falta, le disgusta sin desengañarle, y le aflige sin convertirle.

Sus pasiones, que nacen de las tinieblas de su pensamiento, solo sirven para aumentárselas; y despues de haberlas seguido con alguna resistencia, se abandona á aquellas con menos remordimientos. Y como trata y le conviene justificarlas, desea que sean permitidas, ó que á lo menos queden impunes, y teme profundizar demasiado sus sen-

timientos interiores que las condenan. Las sofoca tanto como puede por medio de la distraccion y de otros cuidados, y desea secretamente que la Religion, tan conforme con sus interiores sentimientos, sea menos cierta de lo que se le dice.

Y si bien vislumbra ya algun tanto el fondo y la grandeza de esta Religion divina, con todo á propósito empieza á descuidarla. Considera tan solo algunas exterioridades, extrañas muchas veces á ella y que la desfiguran, y se fija únicamente en algunas partes desasidas del todo, sin ver nada de su ligazon ni de sus mutuas relaciones. Ocúpase en las dificultades, sin tener luces bastantes para resolverlas: quiere racionar donde se debe creer, y no sabe racionar en lo que le seria dado hacerlo con algun fruto. Queda satisfecho de las mas frívolas conjeturas, y desconfia de las mas sólidas pruebas.

Semejante perversidad es por lo regular castigada por una nueva obcecacion. No quiere verse lo que no se ama, y justamente las luces se niegan al que es enemigo de ellas, pues no vienen de la sola razon sino que tienen un origen mas libre y mas independiente. Y el mas terrible castigo que puede Dios enviar á los hombres es el dejarlos tranquilos en sus tinieblas, segun aquella expresion del Espiritu Santo (1): El que estuviere inmundo siga en su inmundicia.

Esta divina permission debe llenar de terror á todos cuantos ven sus espantosas consecuencias. « No me oculteis vuestros mandatos (2), decia el profeta á Dios, no rechaceis de mí el deseo que tengo de observarlos. » Porque penetraba el interés que tenia en ser sumiso y fiel. Conocia que su virtud era un don, y que su obediencia era una gracia; y vivamente penetrado de esta verdad de que Dios es grande, y de que es la mayor de las dichas el estar enterado de su voluntad y sometido á ella, sabia que no puede enviar

(1) *Qui in sordibus est sordescat adhuc.* Apa. 22. 11.

(2) *Non abscondas à me mandata tua.* Ps. 118. 49.

Ne repellas me à mandatis tuis. Ibid. v. 40.

castigo mayor que el permitir se ignore su voluntad , y que se la desprecie.

El estudio pues de la Religion es un continuo estudio de la voluntad de Dios , y por esta razon jamás nuestra instruccion será en demasia. Pero cuidado en no mezclar en el estudio de la Religion ni curiosidad , ni deseo de distinguirse , ni motivo alguno indigno de ella , pues debe ella curar todas las pasiones en vez de contribuir á darles pábulo. Y la primera leccion que de la misma debemos aprender es que nada hay tan opuesto á ella como una investigacion curiosa y estéril , y aquel orgullo secreto que todo lo convierte en hinchazon.

El modo de instruirse en la Religion ha de ser serio , profundo , proporcionado á las grandes verdades que ella descubre. Preciso es que produzca humildad en el espíritu y ternura en el corazon , y que este conocimiento nos conduzca á la compuncion y no á la vanidad. Es necesario que nos llenemos de una confusion saludable viendo la grande distancia que hay entre lo que se debe á Dios , y lo que se le tributa , entre su santidad y la imperfeccion de nuestras obras , entre sus beneficios y nuestro reconocimiento , entre sus promesas y nuestros deseos.

Tambien es indispensable que el modo de estudiar la Religion sea completo y entero ; que no nos fijemos en una sola parte descuidando las demás ; que no se separen las verdades que ilustran el espíritu de las reglas que deben reformar el corazon y las costumbres ; que no se profundicen los misterios no prestando á las máximas de la moral sino una atencion ligera ; que no se atienda únicamente á las promesas sin considerar todo cuanto es capaz de inspirar un saludable temor ; que no nos contentemos con observar lo que se conforma á nuestras inclinaciones y poco nos cuenta , sino que nos detengamos en todos los deberes que parecen mas difíciles y que son por lo comun los mas indispensables.

ARTICULO III.

Un cristiano debe conocer hasta cierto punto las pruebas, los fundamentos y los verdaderos caracteres de la Religion.

Es imposible que un cristiano, al estudiar seriamente la Religion, no descubra las pruebas sin número que demuestran su verdad. Estas pruebas no le hacen fiel, pues ya lo era antes de descubrirlas. La fe es un don de Dios, y no el fruto de los pensamientos humanos. Ella le fue concedida en el bautismo por una gracia muy diferente de una simple persuasion natural, y nada puede equivaler á esta operacion secreta del espíritu de Dios, que somete á la revelacion la razon y la voluntad del hombre.

Mas lo que no sirve para establecer la fe sirve mucho para defenderla y conservarla. Las pruebas de la Religion le sirven como de muro exterior, previenen las dudas que suscitarse pudieran, disipan por una repentina luz las que se levantan, y privan la impresion que pudieran hacernos las de los otros.

Otro beneficio proporcionan tambien estas pruebas. Nos enseñan cuan razonable es la fe; es decir, cuan conforme es á la razon el someterse á la fe. Pues como el sacrificio mas costoso al espíritu humano, que todo quiere verlo y juzgarlo, es consentir en lo que no puede ver, y someterse á lo que se le prohíbe examinar; nada hay, despues de la gracia interior, tan propio para suavizarle el yugo de la fe, como el persuadirle que si cree es por la luz de la razon, y que el mejor uso que de ella puede hacerse es el dejar de consultarla y tomarla por juez en materias que le son superiores, y en las cuales su jurisdiccion seria de todo punto incompetente.

Es muy cierto que no se ve lo que se cree; pero cuando nos hallamos profundamente instruidos en las pruebas que

nos ofrece la Religion , vemos claramente que es indispensable el creer en ella. La recta razon nos conduce entonces como por la mano á la revelacion , cuya necesidad y seguridad nos descubre á un mismo tiempo. La razon pues acompaña al hombre , y le introduce en el santuario de la revelacion , quedándose ella en el vestibulo. Hasta allí le habla la razon ; pero desde el momento en que le deja confiado á la Religion , permanece aquella en la admiracion y en el silencio. Escuchad , le dice , un maestro que es superior á mí , y la última advertencia que debo hacer os es que á ella escuchéis únicamente y que no me consulteis mas. Si os separais pues de mí es por orden mia , y mi luz es la que os conduce á otra luz. Muy justo es y puesto en razon que sepa yo si es Dios el que nos revela su voluntad y sus misterios ; pero seria la mayor locura el querer profundizar y comprender todo lo que él nos revela. No debo creer sino él , ni debo fiarme sino de la verdad de su palabra ; mas cuando estoy cierto de que él es quien habla , no me toca sino escuchar y callar. Si lo que dice supera mi inteligencia , nada me costará el someterme á ello ; porque sé que mi luz es muy limitada , y que quien me lo dice es infalible. Seria antes bien muy de admirar que mi limitada razon penetrase lo que él se place en revelarme , pues tanta distancia debe mediar entre sus pensamientos y los míos como entre su ser y mi ser. Él es infinito en sabiduría , como en todos sus demás atributos , y yo solo poseo una débil luz que de él he recibido no para juzgarle , sino para conducirme á mi mismo.

¿Qué puede darse mas sensato que este raciocinio? Es evidente que si se diese oido á la razon , estaria esta tan lejos de rebelarse contra la fe de los misterios mas incomprehen- sibles , que su misma profundidad seria para ella un carácter de divinidad que contribuiria á someterla. Verdad es que ante todo se informa la razon de la certitud de la revelacion ; pues si bien ella quiere renunciar á sí misma y creer á ciegas , es únicamente en obsequio de Dios , y si

consiente en sacrificar sus luces, es tan solo á aquel de quien las ha recibido.

ARTICULO IV.

Con que disposiciones debe examinar las pruebas de la Religion.

Si la razon examina antes de creer, es para dejar de examinar cuando habrá creído; mas su exámen no recae ni puede recaer sobre las cosas reveladas, sino sobre las pruebas de la revelacion. Aquí se detiene, y no puede pasar mas adelante.

Pero es de observar que la razon puede hacer este exámen de dos maneras muy distintas, segun las diversas situaciones en que se encuentra. Si se muestra todavía infiel á la fe, el exámen que hace va mezclado con la duda y la desconfianza, entonces considera al exámen como una necesidad que tiene para asegurarse de ella.

Mas cuando la razon ya es fiel, y la gracia le ha dispensado de todos los discursos é investigaciones, dándole ya desde un principio la fe por la senda abreviada del bautismo en la unidad de la Iglesia católica, entonces el exámen que hace de las pruebas de la Religion le parece útil; pero no de una necesidad absoluta. No lo necesita entonces para afirmarse en lo que cree, sino para mejor conocer el precio de lo que ya posee. Busca en este exámen su consuelo, pero no la resolucion de sus dudas, pues no hace depender su fe del éxito de sus reflexiones.

Con tales disposiciones debe un cristiano estudiar las pruebas de la Religion, que por mas que sean rigurosas demostraciones é inaccesibles á toda crítica, son sin embargo muy inferiores al don gratuito de la fe, que Dios nos concede. El cristiano toca ya á su término; pero no camina con el designio de llegar á él: y desde el término á que ha llegado tiene el gusto y el consuelo de observar que todas

las luces de la inteligencia conducen á él, y que si tuviese la desgracia de no haber aun alcanzado la conviccion intima de la fe, por medio de la gracia, todos los senderos de la recta razon le conducirian á ella.

CAPITULO II.

Importa conocer á fondo el interés que tiene el hombre en la Religion, la cual, lejos de oponerse á sus deseos esenciales, le exhorta al contrario á profundizarlos para discernir su verdadero objeto. — No le manda sino ser feliz, y no le prohíbe sino ser desgraciado. — El precepto de amarse á sí mismo se contiene en el de amar á Dios de todo corazón. — Error de tomar por sí mismo las propias pasiones. — Remedio eficaz enseñado por la Religion de pedir á Dios que se haga mas sensible á nuestra alma que los otros bienes.

ARTICULO I.

Importa conocer á fondo el interés que tiene el hombre en la Religion.

Nuestro designio al presentar en compendio las pruebas de la Religion, es el de inspirar á los cristianos un nuevo respeto hácia ella, demostrándoles cuan firmes son los cimientos en que se apoya, y cuan enlazadas y dependientes son unas de otras las partes de que se compone; y al mismo tiempo precaverles contra los ratiocinios y malos ejemplos de hombres obcecados.

Estas pruebas, como ya hemos indicado, no son el origen y el principio de la fe, sino su proteccion y defensa. Son para ella lo que es una coraza para el corazón, cuyo movimiento y vida conserva, aunque no sea la causa de que viva y se mueva. Alejan la tentacion de la duda y le sirven de remedio, contribuyendo á conservar en el cristiano un

espíritu dócil y humilde en medio de un siglo en que la infidelidad del espíritu viene á ser el ordinario castigo de la infidelidad de una vida delincuente.

Preciso es convenir sin embargo que el respeto por la Religion no es suficiente para seguir sus reglas, y que un cristiano puede estar plenamente persuadido de ella, sin interesarse mucho ni impresionarse vivamente de sus doctrinas.

El verdadero lazo que á la fe nos une es el corazon (1). No son los pensamientos los que realmente unen el hombre con la Religion, y la fe separada del amor, ó no produce accion alguna, ó si hace obrar es con displicencia y tristeza, empleando el temor que aflige en vez de consolar.

Lo que hace mover el corazon es la felicidad, ó la esperanza de alcanzarla; pues aquel se constriñe y se cierra desde el momento en que se le quita esta esperanza, y al contrario, se abre y se ensancha desde que se le promete hacerle feliz. Y es un medio casi seguro para desvanecer todas sus repugnancias el persuadirle que su interés y su bienestar exigen que las venza todas.

Es incapaz de sacrificar un amor, sin ser compensado de este sacrificio por otro amor (2). Quiere amar, y no puede dejar de amar, y así no podrá reducirse á que no ame. Pero es muy capaz de renunciar á un amor que no le hace feliz para admitir otro que hará su felicidad. En lugar pues de amenazarle, preciso es invitarle suavemente por medio de un objeto mas precioso que lo que posee. Este es el supremo bien por el cual suspira, y no hay duda que preferirá el mayor bien, si se logra hacérselo sensible.

Por lo comun se le muestra la Religion como opuesta á

(1) *Mores nostri, non ex eo quod quisque novit, sed eo quod quisque diligit, dijudicari solent. Nec faciunt bonos vel malos mores, nisi boni vel mali amores.* S. Aug. Epist. 155. ad Macedon. n. 15.

(2) *Num vobis dicitur nihil amatis? absit. Pigri, mortui, detestandi, miserii eritis si nihil amatis; amate, sed quid amatis videte.* S. Aug. Enar. 2. in Ps. 51. n. 5.

todos sus deseos, y como enemiga de su libertad: se le da á entender que todo se lo prohíbe: se le dice que ella quiere hacerle esclavo y miserable, y que considera su violenta inclinacion á la felicidad, como una pasion que él debe refrenar.

Semejante lenguaje le intimida y le aturde, y en él encuentra no solo dureza sino hasta imposibilidad. Cree que se intenta destruirle y aniquilarle, y mira la Religion como un yugo que va á aplastarle, quitándole hasta el poder de respirar.

ARTICULO II.

La Religion está tan lejos de oponerse á los deseos esenciales del hombre, que antes bien le exhorta á conocerlos á fondo para discernir su verdadero objeto.

Grande yerro es presentar la Religion tan distinta de lo que es en sí, é introducir en el corazon una aversion contra ella, en vez de inspirarle el sumo amor de que por tantos títulos es digna.

No solo la Religion no se opone á los deseos esenciales del hombre, sino que su designio es llenarlos y satisfacerlos completamente (1). Ella exhorta al hombre á que conozca á fondo sus deseos, á que examine su origen y su extension, para que por este exámen se convenza de que estos deseos tienen un objeto inmenso.

(2) Quiere además enseñarle su verdadera grandeza, y hacerle entrar en rubor de que no la conozca en la elevacion misma y capacidad inmensa de su corazon. Viene á inflamar su deseo de ser feliz, dándole una sólida espe-

(1) *Purga amorem tuum, aquam fluentem in cloacam, converte ad hortum* S. Aug. Enar. 2. in Ps. 51. n. 4.

(2) *Vis nosse qualis amor sit? vide quo ducat: non monemus ut nihil ametis: sed monemus ne mundum ametis.* S. Aug. Enar. in Ps. 121. n. 1.

ranza de una felicidad superior aun á sus mismos deseos. Viene á arrancarle de la torpe servidumbre á que sus sentidos le han reducido , manifestándole claramente cuan superior es á los frívolos goces con que los sentidos le halagan.

(1) Buscas , le dice , la felicidad , y haces bien ; pero búscala en donde se halla. Tú te fatigas para encontrar aquí en el mundo bienes , tras los que andas obcecado , sin advertir que no puede haber tales bienes en el lugar de tu destierro. ¿ No sientes en tí el deseo de la inmortalidad ? ¿ Pues cómo te satisfaces de una vida que no dura sino algunos momentos ? ¿ No quieres estar siempre tranquilo ? ¿ Y puedes estarlo acaso aquí en la tierra ? ¿ No sientes en tí una ardiente inclinacion hácia la gloria ? ¿ Y porqué la limitas á una cosa tan vana como es la estimacion de algunos hombres , y aun si es verdad que estos hombres te estimen ? (2) ¿ No sientes en tu corazon una sed ardiente de todos los bienes ? ¿ Cómo pues tienes la bajeza de contentarte con la porcion miserable que de ellos te dan tus seductores y tus enemigos ?

(3) ¿ Qué placer puedes hallar en correr con tanto afan y por vias tan escabrosas tras una sombra de felicidad que huye delante de tí , y que se te escapa cuando piensas haberla cogido ? La senda de la verdadera felicidad es menos penosa que esas tortuosas vias en las que expones tu vida (4). Síguela en paz , respira en ella el aire apacible del reposo : yo te sostendré , yo te conduciré con seguridad al

(1) *Non est requies , ubi quæriti eam. Quæriti quod quæritis: sed ibi non est ubi quæritis. Beatam vitam quæritis in regione umbræ mortis; non est illic.* S. Aug. lib. 4. Conf. cap. 12.

(2) *O tortuosas vias væ animæ audaci , quæ speravit , si à te recessisset se aliquid melius habituram. Versa et reversa in tergum , et in latera , et in ventrem , et dura sunt omnia , et tu solus requies.* S. Aug. lib. 6. Conf. c. 16.

(3) *Quo itis in aspera , quo itis? quo vobis adhuc et adhuc ambulare vias difficiles et laboriosas?* S. Aug. lib. 4. Conf. cap. 12.

(4) *Ostendis (Deus) quam magnam creaturam rationalem feceris , cui nullo modo sufficit ad beatam vitam quidquid te minus est , ac per hoc nec ipsa sibi.* S. Aug. lib. 13. Conf. cap. 8.

al dichoso término , y no te abandonaré que no haya tenido el consuelo de verte entrar en el goce y posesion de tu Señor y de tu Maestro divino.

ARTICULO III.

Lo que manda al hombre la Religion es que sea feliz , y lo que le prohíbe es que sea desgraciado.

Este es el lenguaje de la Religion : ved ahora si es ó no enemiga de nuestra felicidad y de nuestra libertad. Ella es la única que conoce los verdaderos intereses del hombre , y que por ellos se interesa. Todo menos ella le engaña ; todo le hace infeliz menos ella ; ella sola en la tierra le tiende la mano , y lejos de poner obstáculo á su felicidad , no le manda sino que sea feliz , y no le prohíbe otra cosa sino el ser desgraciado.

Á estos dos puntos pues pueden reducirse en realidad todos los preceptos de la Religion cristiana , pues ninguna cosa manda ó prohíbe al hombre que no sea mirando á su propio interés. Bien sé que el interés del hombre se termina al fin en la gloria de Dios ; pero estas dos cosas son inseparables , y el mayor interés del hombre se encuentra en la mayor gloria de Dios.

Examinense todas las leyes de la Religion , ellas siempre se refieren á nosotros y á nuestro mayor bien. En las unas nos dicen : Haced esto y seréis felices. Y en las otras : No hagais esto , porque seriais desgraciados.

Si Dios no fuese nuestro bien soberano , ó si pudiese ser el soberano bien de los injustos , no nos mandaria el amarle únicamente á él , y no castigaria nuestra injusticia negándose á nosotros.

Mas así como él solo puede hacer nuestra felicidad , no es justo que haga felices á los que no le aman : de ahí nacen todas las leyes que nos impone. Y estas leyes , como es evi-

dente, no nos mandan sino lo que es esencial á nuestra felicidad, y no nos prohíben sino lo que seria un obstáculo para ella.

ARTICULO IV.

Precepto de amarnos á nosotros mismos, contenido en el primero.

Esto es tanta verdad, que Dios no ha dado otras reglas al hombre para amarse á sí mismo, sino el primer precepto en donde Dios lo exige todo de él (1). « Amarás al Señor tu Dios, le dice, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu espíritu y con todas tus fuerzas. » Este es el primer precepto. Y ved ahí el segundo semejante al primero: « Amarás á tu prójimo como á tí mismo. » No hay otros preceptos mas grandes que estos dos.

(2) Pero, Señor, vos parece habeis olvidado al mismo á quien dais estos preceptos. Me mandais que os ame y que ame á mí prójimo; mas vos no me hablais de mí, y sin embargo sobre el amor que á mí mismo me debo quereis que regule el que debo á mí prójimo. ¿Cómo observaré esta regla si no la conozco? ¿Y cómo la conoceré, si no me explicais por medio de un tercer precepto de que manera he de amarme?

Estas dificultades, ó Dios mio, quedan resueltas por el primer precepto que enseña al hombre (3) como debe

(1) *Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et ex tota anima tua, et ex tota mente tua, et ex tota virtute tua. Hoc est primum mandatum. Secundum autem simile est illi: Diliges proximum tuum tanquam te ipsum. Majus horum aliud mandatum non est. Marc. XII. 50. 51.*

(2) *Videtur de homine ipso, id est, de amatore ipso nihil actum, sed parum dilucidè, qui hoc arbitrat'ur, intelligit. Non enim fieri potest, ut se ipsum, qui Deum diligit, non diligat. Immo vero solus se novit diligere qui Deum diligit. S. Aug. De Morib. Eccl. cap. 26.*

(3) *Cùm debeat homo diligere Deum, et se ipsum, et proximum, non tamen tria precepta data sunt, nec dictum est in his tribus, sed in his duobus*

amarse, enseñándole que debe amarnos con toda la capacidad de su corazón y de sus fuerzas, y un tercer precepto sería inútil.

En efecto, amando á Dios sin límites, nos amamos como debemos amarnos, porque entonces amamos el único bien que puede hacernos felices, y nos alejamos con todas nuestras fuerzas de todo cuanto pudiera hacernos injustos y miserables.

Dios, por medio de esta ley, que es el fondo y la esencia de la Religión, nos prohíbe que busquemos fuera de él nuestra felicidad, pues realmente fuera de él no existe. Si nos obliga á que le amemos con todo nuestro corazón, es porque él solo puede llenarle. Si no quiere que nuestra alma no se reparta entre él y los demás bienes, es porque solo él le es superior, y solo él es su luz y su vida.

(1) Lo exijo todo, nos dice Dios, porque no puedo consentir que os degradeis y seais esclavos de criaturas que á vosotros he sometido, ó con quienes os he igualado. La parte que yo no llenara en vosotros quedara vacía, y haría imperfecta vuestra felicidad. Toda vuestra voluntad tiende naturalmente á mi; yo soy quien le doy este impulso que nada puede detener ni suspender. Hallárase inquieta y devorada por su propia sed de gozar, si yo no la fijase, llenándola con mi presencia de un gozo inefable. Unidla pues

præceptis tota lex pendet et prophetæ, ut intelligeretur nullam esse aliam dilectionem quo quisque diligit se ipsum, nisi quod diligit Deum. Quia igitur nemo, nisi Deum diligendo, diligit se ipsum, non opus erat ut dato de Dei dilectione præcepto, etiam se ipsum homo diligere juberetur, cum in eo diligit se ipsum quod diligit Deum S. Aug. Epist. 433 ad Macedon. n. 15.

(1) *Hæc regula directionis divinitus constituta est: Diliges, inquit, proximum tuum sicut te ipsum, Deum verò ex toto corde, et ex tota anima, et ex tota mente, ut omnes cogitationes tuas, et omnem vitam et omnem intellectum in illum conferas, à quo habes ea ipsa quæ confers. Cum autem ait: toto corde, tota anima, tota mente, nullam vitæ nostræ partem reliquit quæ vacare debeat, et quasi locum dare ut alia re frui velit, sed quidquid aliud diligendum venerit in animum, illuc rapiatur, quò totus dilectionis impetus currit. S. Aug. lib. 1, de Doctr. Chr. n. 21.*

toda á mí enteramente, y no dejéis que algun arroyuelo de su amor se extravie de mí para perderse en lugares áridos é infectos, pues yo soy el centro de todos vuestros deseos y todos aquellos deseos que no me tengan por objeto se convertirán en vuestro suplicio.

¿Seria posible que el hombre fuese bastante ingrato é injusto para quejarse de semejante ley, que solo le recomienda el cuidado de sus propios intereses, y le hace un deber de su amor propio bien entendido? Menester es que sea muy grande la corrupcion para hacerle mirar como penoso yugo lo mismo que constituye su felicidad y su gloria.

Mas el hombre ha perdido el gusto de los verdaderos bienes, aunque haya conservado hácia ellos un vago deseo. Búscalos y huye de ellos al mismo tiempo, buscándolos donde no existen, y evitando con cuidado el lugar en que se hallan. Sale de su corazon para encontrarlos, y no los halla hasta que vuelve á entrar en él. Derrámase en mil deseos por mil diferentes objetos que le dividen y le despedazan, y solo en la unidad de un bien infinito puede hallar la paz, reuniendo en él como en un foco todos sus deseos. Sedúcele todo cuanto conserva algunos vestigios del bien inmenso que ha perdido, y nada le mueve la pérdida de este bien inmenso. Las menores trazas de la belleza de Dios en sus obras atraen sus miradas y absorben toda su atencion, y aquel de quien manan como de su fuente todas las bellezas ni aun le viene á la memoria.

ARTICULO V.

Error en tomar nuestras pasiones por nosotros mismos.

Y si se acuerda de Dios alguna vez es temblando y no descubriendo en él sino ideas de amenaza y de severidad, porque su ley condena sus extravíos.

Y así toma su fiebre por sí mismo el desarreglo, de su co-

razon por su corazon. Se apropia todos sus defectos, y no puede comprender que haya distincion alguna entre él y sus malas propensiones.

El quererle curar es afligirle, y el quitar el pábulo á sus pasiones es pretender quitarle la vida. Recompensaria con munificencia á un médico que le curase la fiebre, y no puede sufrir al médico que quiere librarle de la injusticia. Conoce lo que á su cuerpo conviene, y lo ama, asi como conoce tambien lo que le daña y lo aborrece, y no ignora que no puede conservarse sin conservar y restablecer su salud. No es tan ciego que confunda las enfermedades del cuerpo con el cuerpo mismo, pues el sentimiento del dolor basta para darle á conocer su diferencia.

Pero este mismo sentimiento no manifiesta al hombre su injusticia. Antes al contrario, el placer le representa lo que le seduce como su bien supremo. Ve una imágen de felicidad y se abandona á ella; parécele que siente algunas calidades de bien, y no examina que bien es este.

Cuando se le quiere advertir y privarle de que siga la ciega impresion que le arrastra, ó no escucha, ó se contenta de condenarse á si mismo sin mudar de conducta. Una hambre secreta le agita y le atormenta, y aunque burlado siempre en sus esperanzas, y siempre mas sediento cuanto mas corre tras el fantasma de felicidad, no deja de volar de objeto en objeto, quejándose de todos, y queriéndolos alcanzar á todos.

ARTICULO VI.

Remedio eficaz enseñado por la Religion de pedir á Dios que se nos de á sentir mas que los otros bienes.

El remedio único que cortar puede la raíz del mal es el que Dios se haga sentir en nuestra alma mas que todos los demás bienes, que se dé á conocer en el corazon por medio

de una profunda intimidad, como que es su único dueño, y aquel para quien fue criado.

La Religion es la que nos proporciona este remedio; ella es la que nos enseña á pedir á Dios con vivas ansias que inspire disgusto de todos los bienes limitados, haciéndonos sentir cuan superior es él á todos ellos, y que diferencia va entre una ligera tintura de bondad esparcida sobre las criaturas, y la bondad sin fondo y sin límites que en él reside.

De la Religion parten estas súplicas tan vivas y tan urgentes, expuestas por un hombre que está en peligro de amar otros objetos fuera de Dios, y que conoce el interés que le va en amarle á él únicamente. (1) « Hacedme sentir
« vuestra dulzura, ó Dios mio, vos que sois la fuente del
« verdadero placer, único que puede hacernos felices y que
« no perece jamás. Atraed y reunid en vos todos mis deseos
« que han dividido hasta ahora mi corazón, y que le han
« como despedazado en tantas porciones como objetos á los
« cuales se apegó cuando yo me desvié de nuestra unidad
« para (2) derramarme y perderme en una vana muchedum-
« bre. Hacedme sentir vuestra dulzura de una manera que
« supere todo atractivo de lo que seria capaz de seducirme.
« Haced que os ame con fuerza, que tomando la mano bon-
« dadosa que os dignais tenderme me adhiera ella con tan-
« to ardor que me libre de todos los peligros y de todo
« cuanto pudiera tentarme desde este momento hasta el fin
« de mi vida. »

(1) *Dulcescas mihi, dulcedo non fallax, dulcedo felix et se.ura, et colligens me à dispersione, in qua frustratim discissus sum, dum ab uno te aversus, in multa eramui. S. Aug. lib. 5. Conf. cap. 1.*

(2) *Dulcescas mihi super omnes seductiones quas sequebar, et amem te vanitissimè, et amplecter manum tuam totis præcordiis meis, et eruas me ab omni tentatione usque in finem. S. Aug. lib. 1. Conf. cap. 15.*

Da mihi te, Deus meus, redde te mihi, ut currat vita mea, in amplexus tuos, nec avertatur, donec abscondatur in abscondito vultus tui. Hoc scio quia maté mihi est præter te, non solum extra me, sed et in me ipso, et omnis copia, quæ Deus meus non est, egestas est. S. Aug. lib. 13. Conf. cap. 8.

Esto es lo que conviene pedir en todos tiempos, y con tanta viveza y perseverancia que llegue á alcanzarse, pues nuestro peligro proviene únicamente de la impresion continua que estan haciendo sobre nosotros los bienes presentes, impresion que nos oculta el interés que tenemos en obedecer á la Religion y en conservar nuestras afecciones para los bienes inefables que ella nos promete.

Por faltarles la confianza y el valor se abandonan los hombres á los bienes presentes, y á objetos indignos de ellos mismos por la única razon de que son presentes, y que no tienen ánimo de resolverse á esperar otros. Un ayuno de algunos momentos les parece insoportable: apetecen como Esaú un alimento pronto, y abandonan como él cobardemente su derecho de primogenitura y la herencia que le está unida, y prefieren vivir un dia hartándose de veneno, á asegurarse una vida eterna sufriendo una hambre que forma parte de la justicia.

Semejante perversidad les quita todo derecho de quejarse de la Religion. Ellos son sus propios enemigos: ellos son los que sacrifican sus intereses á una impaciencia de niño. La Religion les advierte y les compadece, pero no es escuchada.

¡Feliz aquel que siendo mas dócil á sus clamores maternales, puede resolverse á diferir un poco su felicidad para ser sólidamente dichoso! Él lo será incomparablemente mas que los otros hombres de esta vida, no solo por la alegría que da la esperanza de los bienes futuros, y por la tranquilidad de una conciencia pura, sino tambien por el placer íntimo que Dios hace saborear á sus servidores, aun en el lugar del destierro.

Ellos temen al principio que el sacrificio que exige Dios no sea una entera privacion sin mezcla de consuelo: (1)

(1) *Quàm suave mihi subito factum est carere suavitatibus nugarum! et quas amittere melius fuerat; jam dimittere gaudium erat: ejiciebas enim eas à me, vera tu et summa suavitas, ejiciebas et intrabas pro eis, omni voluptate dulcior.* S. Aug. lib. 9. Conf. cap. 4.

mas no tardan en conocer que Dios ocupa el lugar de lo que han dejado por él, y que en vez de las vanidades de que se separa el corazon, con alguna pena, entra Dios mismo en el corazon, y le hace encontrar un placer infinito en renunciar á todos los demás bienes, porque siente que la verdad entra en el lugar de la mentira, y que la fuente de la paz y de la felicidad sucede á la ilusion de una dicha imaginaria.

CAPÍTULO III.

Pruebas de la existencia de Dios. — 1. La existencia de los cuerpos. — 2. Movimiento de los cuerpos. — 3. El enlace y la mútua relacion de todas las partes del universo. — 4. Los cuerpos organizados. — 5. La razon é inteligencia de aquellos mismos que dudan ó que resisten. — 6. La duda misma sobre la divinidad es una demostracion de su existencia. — 7. La sola idea de Dios es una prueba que existe. — 8. Existencia de un primer modelo de perfeccion, de una primera regla, de una primera belleza, unidad, verdad. — 9. Primeros principios inmutables del racionio. — 10. La materia incapaz de pensar y de sentir. — 11. Union del alma y del cuerpo. — 12. Dependencia de los pensamientos con respecto á los órganos corporales: independencia de los otros cuerpos con respecto al alma. — 13. Ignorancia del alma relativamente á la mecánica de los movimientos que manda y que siguen su voluntad. — 14. El sentimiento del dolor: no es una propiedad de la materia, y el alma es enemiga de semejante sentimiento. — 15. Deseo de un bien infinito, necesario y que nada puede calmar. — 16. Ley natural, cuyos vestigios no pueden borrarse enteramente. Deberes superiores al hombre, é independientes de todas las instituciones humanas. — 17. Acusaciones y remordimientos de la concien-

cia. — 18. Vana esperanza de algunos pecadores de que Dios hará poco caso de las acciones humanas.

La primera verdad esencial á la Religion, y de la cual dependen todas las demás, es la existencia de Dios. Esta verdad se ofrece por sí misma tan obviamente á la razon, que mas necesita atenderla que buscarla, pues las pruebas de ella son públicas, evidentes, sensibles, y todo cuanto existe sirve para demostrarla.

ARTICULO I.

Prueba primera.

La existencia de los cuerpos.

Imposible es cerrar los ojos al espectáculo de la naturaleza, y dudar de la realidad de todos los seres que nos rodean. Aun cuando se obstinase alguno á mirarlos como inciertos, la duda misma seria una prueba de que existimos pues que pensamos; y de este modo á la prueba de que hay cuerpos se añadiría una demostracion de que hay tambien espíritus.

Limítome ahora á la simple existencia de los cuerpos, sin considerar en ellos ni movimiento ni figura. Pregunto: ¿cuál es su origen? son eternos? son independientes? vienen de ellos mismos? Si es así, tendríamos en la materia lo que parece en Dios mas incompreensible, lo que forma la principal dificultad que asombra á la razon. Si la materia tiene el ser de su propio fondo, existe necesariamente, es ella el principio del ser, poco digo, ella es el mismo ser, pues todo esto se sigue naturalmente.

¿Mas hállanse en la idea de la materia estos caracteres de Divinidad? ¿Ser extenso y tener partes es la misma cosa que existir por sí mismo? ¿De dónde nace que la materia

carezca de tantas perfecciones, como son inteligencia, voluntad, libertad, justicia, puesto que se ha dado el ser? ¿Quién la limitó, siendo ella independiente? ¿quién circunscribió el ser de aquella que es el origen del ser mismo? Menester fuera violentar absurdamente la razon para trasladar á la materia lo que se negaria á Dios, y que no se le negaria por otro motivo sino porque no se puede comprehender; cuando todo se explica fácilmente, reconociendo un Dios supremo, origen del ser y criador de todo, y nada puede explicarse admitiendo una materia independiente.

ARTICULO II.

Prueba segunda.

Movimiento de los cuerpos.

Paso ahora de la consideracion de la existencia de los cuerpos á la de su movimiento, y no veo absolutamente que la materia pueda ser la causa de este movimiento. Antes bien veo con evidencia que la materia es indiferente al movimiento y al reposo, que no dejaria de ser lo que es por su naturaleza aun cuando estuviese siempre inmoble, y que es de toda necesidad indispensable que el movimiento, que ella no puede darse por sus principios naturales, le sea comunicado por un ser superior é inmutable que la gobierna y que no necesita sino de su voluntad para hacerse obedecer. Porque la materia nada puede sobre la materia, y un espíritu no puede remover la materia sino por su voluntad, la cual debe por consiguiente ser todopoderosa en el primer motor

ARTICULO III.

Prueba tercera.

El enlace y la mutua relacion de todas las partes del universo.

Despues de estas reflexiones generales, considero con alguna atencion el universo, la ligazon de todas sus partes, su belleza, su órden, su armonía en conspirar á un mismo fin. Deténgome particularmente en el movimiento del sol, tan regular en todo el año, aunque cambia todos los dias, tan propio para las estaciones, tan proporcionado á las necesidades del hombre y á los frutos que le alimentan. La luna con sus variantes, que sin embargo se sujetan con tanta exactitud á los cálculos astronómicos, tanta es su regularidad en su desigualdad aparente, arrebatá mi admiracion. El infinito número de estrellas de que está sembrado el cielo me causa un asombro tal que no puedo expresarlo, y todo cuanto descubro sobre la tierra no hace sino aumentármelo. Su fertilidad, que no ha apurado el tiempo, los animales de tan diferentes especies con que está poblada, las fuentes y los rios que la riegan, semejantes á las venas y á las arterias del cuerpo humano, y esta variedad infinita de frutos con que aparece cargada todos los años dan abundante pasto á mi meditacion. La mar es otra porcion no menos rica de la materia del globo, pues es el manantial de los vapores y lluvias de que necesita la tierra; y para que no dañe á la pureza del aire por su corrupcion, está preservada de ella por la sal que va mezclada con sus aguas, y por el continuo movimiento que las empuja regularmente dos veces cada dia del centro hácia las extremidades, desde donde vuelven hácia el medio por su natural peso. Este movimiento guarda tanta proporcion con las diversas alturas de las orillas, que no causa el

menor desórden; pues si fuese muy violento causaria una inundacion general, porque de un lado la mar avanzaria demasiado en la tierra, y de otro las orillas sostenidas á una altura exesiva, lo sumergirian todo.

Al considerar estas maravillas, ya separadas ya unidas, yo no puedo dudar que no sean efecto de una sabiduría infinita, y antes tuviera por verosímil lo mas increíble, que la idea de que el acaso pudo así ordenar el universo. Un órden tal, tan seguido, tan constante, tan general en donde todo es conducido con peso y con medida, y en el cual nada discrepa despues de tantos siglos, cuyas leyes son tan regulares, cuyos principios son tan firmes, no puede atribuirse á una causa tan defectuosa y tan inconstante como el acaso, sino que sea por un hombre que no piensa, ó que dice lo contrario de lo que piensa.

ARTICULO IV.

Prueba cuarta.

De los cuerpos organizados.

Este error indigno de la razon aparece aun mas monstruoso cuando se examinan los cuerpos organizados, tales como las plantas y los animales; pues lo primero que en ellos se observa es que todo está hecho con designio; que cada parte tiene su uso, y su fin, y que cada parte tiene órganos propios para su destino: que estos órganos estan preparados con tanta exactitud, colocados con tanto órden, empleados con tal éxito, que cuanto mas hábil es el observador, mas se asombra de la profundidad y elevacion del artificio que brilla en la disposicion de una planta ó en la estructura del mas pequeño animal.

Basta considerar el ojo, y tomar por guía en este exámen un hombre versado en la anatomía para ver que todas las

partes de que se compone tienen relacion á la luz, y que estan destinadas todas á recibirla con el grado necesario, á reunir la y á dividirla por refracciones, y á transmitir al cerebro la imágen que forman los rayos de luz en el fondo del ojo, por la delicada vibracion del nervio óptico.

Así se verifica en la oreja, cuyos órganos todos tienen relacion con los sonidos de la lengua y de las partes vecinas que estan visiblemente destinadas á la palabra; en el estómago, hecho expresamente para los alimentos; en los intestinos, cuya estructura y pliegues son para recibir el quilo y acabar de prepararle; en el corazon, formado para recibir la sangre que le viene de las extremidades del cuerpo por las venas, y para volverla hácia las extremidades por las arterias; en el pulmon, cuya muelle y ligera contextura es para recibir y expeler el aire: en una palabra, así se observa en todas las partes del animal, aun del mas pequeño, y de aquellos que el vulgo mira como imperfectos, aunque el artificio parezca aun mas maravilloso á los ojos de los inteligentes.

¿Quién puede resistir á tal evidencia? ¿Se dirá que el acaso formó el ojo sin designio alguno de que sirviese á la luz, aunque no haya parte alguna que no sea para ella, y que así es de la oreja y de todo lo demás? ¿Será comprehensible que el ojo tenga siempre la misma forma, á pesar de que el acaso no piense jamás en formarle? ¿Llegará á tal punto la insensatez que pretenda que los resortes innumerables de los que cada animal está compuesto y tienen tan mutua relacion entre sí, concurriendo tan palpablemente á la perfeccion del todo, cuyo estudio constituye la ciencia de los mas hábiles físicos, muy inferiores siempre en sus teorías al arte al cual se dedican, se llegará, repito, al extremo de frenesí de pretender que el acaso los formó sin destino á uso alguno, siu union entre sí, sin relacion al todo, sin seguir la menor regla?

Si hombres hay que puedan pensar así formalmente, harto vengada queda con ellos la Religion, y le hacen

grande honor rehusando someterse á ella , pues rehusan someterse á las luces mas sencillas , mas claras y mas obvias de la razon.

ARTICULO V.

Prueba quinta.

La razon y la inteligencia de aquellos mismos que dudan ó que resisten.

Mas esta razon que oponen ellos á la fe , ¿ de dónde les viene? ¿ Es una causa inteligente la que les ha hecho inteligentes? Si así es, gloria deben dar á Dios; pues reconocen un principio independiente é inteligente , y que les ha dado el ser y la inteligencia , y desde entonces confiesan al verdadero Dios que aparentan ignorar. Si por lo contrario , pretenden que su inteligencia viene de un principio ciego que ni conoce ni piensa , nos dicen una absurdidad inconcebible , y atacan directamente las primeras nociones que nos persuaden invenciblemente que la nada no puede dar el ser , que lo que existe no puede dar la existencia y que la nada de la razon no puede ser causa de la razon. Háganse todas las suposiciones que se quiera , jamás la inteligencia saldrá de un principio que no lo es , pues de otro modo , lo que es seria el efecto de lo que no es. Así el abuso mismo de la razon es una prueba de la Divinidad ; que el abuso supone el poder de racionar mejor , y este poder no puede haber sido dado sino por una razon soberana de la cual todas las demás dependen.

ARTICULO VI.

Prueba sexta.

La misma duda sobre la Divinidad es una demostracion de su existencia.

Demos un paso mas, y demostremos que hasta la duda sobre la Divinidad es una demostracion de su existencia. ¿Pues de qué se duda? ¿Se tiene idea de ello? ¿Se sabe lo que se busca? Si se ignora, inútil es el trabajo que se emplea y si se sabe, ya se ha encontrado. La prueba de ello es evidente. No puedo tener la idea de Dios, que no le conciba como un ser infinitamente perfecto, y no puedo concebirle así sin comprender en su idea la existencia actual pues ella es entre todas las perfecciones la primera y la mas esencial. Es un principio infalible de racionio que se debe asegurar de una cosa todo lo que se descubre en su idea. Ni tenemos otra regla para racioniar con exactitud. Del circulo, del triángulo, de un número determinado, del hombre, de la justicia, del órden digo lo que veo claramente en cada una de estas ideas, y de todos estos entes niego lo que con sus ideas es incompatible. Es pues tan cierto que Dios existe necesariamente, como es cierto que la existencia actual va por necesidad comprendida en la idea de un ser infinitamente perfecto.

A primera vista puede temerse la sorpresa en este racionio, aunque de sí tan sencillo y tan claro, porque estamos acostumbrados á separar la existencia real de las cosas y su idea, y nos contentamos con la induccion de su posibilidad. Pero la razon es porque la sola posibilidad está comprendida en su idea, y nosotros no vemos en ella nada mas, pues todos los seres pueden ser ó dejar de ser, excepto aquel que es el ser por excelencia. Mas en la idea

del ser infinitamente perfecto, vemos claramente la existencia actual y necesaria, y la vemos con una evidencia tal que excluimos de ella la simple posibilidad como indigna de él; y el principio mismo que nos impide decir de una criatura cualquiera que debe existir necesariamente, porque no vemos en su idea sino una simple posibilidad, el mismo principio, repito, nos fuerza á reconocer que Dios existe por necesidad, porque vemos en su idea la existencia actual y necesaria.

ARTICULO VII.

Prueba séptima.

La idea sola de Dios es una prueba de que existe.

Mas aun: la idea de Dios, por sí sola, prescindiendo del raciocinio que acabamos de hacer, basta para probar que aquel existe. Porque, ¿de dónde me viene esta idea, tan diferente de lo que yo soy, tan distante de lo que veo ya en mí ya en las demás criaturas, si nada hay sobre de mí? ¿de dónde he tomado lo que me sobrepuja infinitamente? Limitado soy en todo, sujeto á la inconstancia, débil, dependiente; y conozco lo que es infinito, eterno, independiente, perfecto en todos sentidos, y omnipotente por su sola voluntad. No he podido salir de la extension de mi ser; no he podido remontar el pensamiento mas allá de lo que soy; mis acciones y mi ser guardan el mismo nivel. Es necesario pues que una luz superior á mi espíritu le muestre lo que él no tiene, y le descubra una perfeccion y una belleza infinitamente distante del rango inferior que él ocupa en la escala de los seres.

No puede contestarse á esto que semejante idea es arbitraria, que cada uno se la forma á su antojo, y que es el fruto de las reflexiones sobre nuestros propios defectos y

sobre las imperfecciones de los demás seres, de los cuales nos hemos servido como de gradas para imaginarnos una perfeccion exenta de todo lunar.

Todos los hombres entienden de golpe lo que se les quiere decir cuando se les habla de un ser soberanamente perfecto. Nadie puede recortar nada de esta idea ni mezclar con ella nada que no sea digno de la misma. Si alguno lo probara, todos le advertirian que se engaña; y por consiguiente esta idea es de la naturaleza de aquellas que son comunes á todos los hombres que forman la base de su razon y que no dependen de su voluntad.

Lejos pues que esta idea sea el fruto de las reflexiones de los hombres sobre sus propios defectos, y sobre las imperfecciones de los demás seres, es indudable, muy al contrario, que esta idea de una perfeccion soberana es la que les descubre lo que les falta á ellos y á los otros seres, y que sin esta primera regla y este primer modelo no sabrian discernir lo bueno de lo malo, ni lo bueno de lo mejor: pues en cada género es necesario saber y conocer lo que es perfecto para juzgar de lo que se desvia de la perfeccion. Así se forma juicio de una estatua, de un cuadro, de una obra arquitectónica, de un discurso, de un racionio. Si falta la idea de lo que debe ser cada uno de estos objetos, malamente se conocerán los defectos: tan lejos está la posibilidad de formarse esta idea primitiva por la vista de los defectos, los cuales sin ella quedarian para siempre desconocidos.

ARTICULO VIII.

Prueba octava.

Existencia de un primer modelo de perfeccion, de una primera regla, de una primera belleza, unidad, verdad.

¿Y de dónde puede venir á los hombres esta regla uni-

versal, que se extiende á todos los géneros de seres, á todas las especies de belleza, á todas las proporciones, á todas las conveniencias, ya sea en las artes, ya en las ciencias, ya en la moral, que sirve de modelo á todo, que condena á la imperfeccion todo lo que de él se aparta, que señala todos los grados que se le aproximan, y que determina á todos los ánimos á juzgar de cada cosa del modo que ella prescribe? ¿Qué hombre puede ocultarse á sí mismo estas dos verdades capitales: á saber, que semejante regla es el orden mismo, la misma belleza, la justicia misma, y que no puede ser por consiguiente sino el verdadero Dios, que ilustra á los hombres sobre toda especie de perfecciones, dándoles la idea de aquella perfeccion que reside en él sin limites y sin medida?

ARTICULO IX.

Prueba nona.

Primeros principios inmutables del racionio.

En esta idea, sencilla en si misma, pero infinita, subsisten todas aquellas que sirven de principios á la razon, y que no pueden ser combatidas ni rechazadas por hombre alguno. En esta luz superior á todos los espíritus vemos de una manera tan distinta y tan clara estas proposiciones universales: que la nada no es capaz de nada: que es preciso ser antes de obrar: que la extension tiene partes: que el conocimiento es una ventaja sobre la simple existencia: que el orden es un bien: que un falso racionio es vicioso, y una infinidad de otras semejantes máximas ó axiomas, que no se pueden impugnar de buena fe, y que llevan consigo su evidencia y su prueba.

Si los hombres convienen en ellas no es por haber obrado de concierto, pues no está en su mano el cambiarlas.

Son en todas partes las mismas, y donde quiera son la regla invariable de la razon. No deben pues con ella confundirse, pues que sirven para ilustrarla y rectificarla. Luego le son superiores, pues la razon debe por necesidad estarles sometida. ¿Y qué podremos concebir que sea la luz infalible de la razon, y la guia interior de todos los espíritus, si no es el mismo Dios?

ARTICULO X.

Prueba décima.

La materia incapaz de pensar y de sentir.

Lejos de mí la idea siquiera de atribuir á la materia el origen de estas verdades primitivas, inmutables, universales, que son superiores á la razon humana, pues entre la razon humana y la materia hay una distancia tan grande como entre la materia y la nada. La materia no piensa, ni tiene en su ser principio alguno de pensamiento. Es capaz de movimiento, de reposo, de figura; pero el pensamiento no puede ser efecto ni de movimiento ni de figura alguna. Al dividir las partes de la materia, nada se les añade: impulsándolas con mas ó menos velocidad, no se les da por cierto una nueva naturaleza. El mismo grado de ser subiste con las mismas propiedades; y no sabe absolutamente lo que se dice el que asegura, que lo que era estúpido é insensible bajo la figura de una piedra, será capaz de inteligencia con otra figura ú otra transposicion de partes.

Aquí no se necesita mas que la sinceridad y la atencion, pues la cosa no puede ser mas evidente: pero supongámosla dudosa por un momento y probemos hacer pensar y raciocinar la materia. Todas sus partes son realmente distintas, y aunque esten sujetas la una junto á la otra, son actualmente separadas: lo que una parte conocerá será de la otra desconocido, lo que hará una parte no hará la otra.

¿Cómo pues comparará la materia muchas ideas, de que se forma una proposición? ¿Cómo comparará muchas proposiciones, como hace un raciocinio? ¿Cómo comparará muchos raciocinios, lo que hace un discurso seguido? Cada parte de materia tendrá un cierto conocimiento, tendrá una cierta acción, pero ¿quién reunirá estos conocimientos y estas acciones separadas? ¿Quién fallará el juicio, después de reunidas? ¿No es más visible que la luz que toda inteligencia que no sea inmaterial é indivisible, no podrá reducir muchas ideas á un pensamiento, ni muchos pensamientos á un raciocinio, y que hay por consiguiente una absoluta imposibilidad de que la materia sea inteligente?

Lo mismo puede probarse por las sensaciones, por más que el vulgo las considere menos distantes de la materia que el pensamiento. Los órganos de los sentidos son diferentes: yo veo la luz y el color por medio de los ojos; oigo los sonidos por medio del oído; recibo la impresión de los olores y de los gustos por medio de órganos distintos. Cada una de estas sensaciones es muy diferente de la otra, y ellas son aun más diversas entre sí que los órganos que les sirven de canal; y sin embargo, todas ellas se reúnen en un sujeto que las compara, que juzga de ellas, y que uniéndolas las distingue.

Yo puedo á un mismo tiempo oír una música, ver un hermoso jardín, percibir el suave olor de las flores, gustar de los frutos, distinguir el frío ó el calor por medio del tacto. Puedo comparar estas diferentes sensaciones, y preferir la una á la otra; y es claro que no podría hacerlo si todas estas sensaciones no las recibiese un sujeto indivisible, muy diferente de la materia pues de otra manera cada sensación vendría á parar á diversos puntos, la una sería del todo desconocida á la otra; y sería tan imposible compararlas todas y juzgar de ellas, como es posible al ojo el juzgar de los sonidos, y á la oreja el juzgar de los colores.

No puedo pues absolutamente dudar que lo que piensa y siente en mí no sea inmaterial, simple, indivisible, en una

palabra , espiritual ; y desde entonces es indudable no solamente que hay otros seres á mas de la materia , y que tienen sobre ella una ventaja casi infinita , sino que deben su origen á un primer espíritu del todo independiente.

ARTICULO XI.

Prueba undécima.

Union del alma y del cuerpo.

La persuasion que tengo ya de esta verdad se robustece cuando comparo mi ser espiritual con el cuerpo que le está unido , y no soy yo ciertamente quien he deseado semejante union. Ni aun esta me parece posible no considerando sino el espíritu y la materia : la extension y el pensamiento no fueron hechos el uno para el otro , pues son entre sí independientes. Es pues indispensable que lo que el espíritu y la materia no pudieron hacer por sí solos , lo haya hecho el Criador del uno y de la otra , y que su voluntad , que es la regla de todo , haya fijado una relacion entre dos seres que ninguna tenian.

De ahí deduzco que esta voluntad es absolutamente libre , pues reúne substancias que deberian naturalmente estar separadas ; y cuanto mas reflexiono sobre las leyes de una union tan poco verosímil , mas descubro que son todas arbitrarias , y que forman otras tantas pruebas de la soberana voluntad de Dios , y de su universal imperio sobre la naturaleza.

ARTICULO XII.

Prueba duodécima.

Dependencia de los pensamientos con respecto á los órganos corporales: independencia de los otros cuerpos con respecto al alma.

Naturalmente el pensamiento es independiente del cuerpo, y sin embargo el orden y la serie de mis pensamientos dependen de lo que pasa en mi cabeza, la cual si se turba en su disposicion, no tengo ya libre el ejercicio ni de juzgar, ni de valerme de la memoria. No es el cuerpo quien ve la luz, quien oye los sonidos, sino el espíritu. Un hombre ciego y sordo de nacimiento ignora lo que son la luz y la palabra.

¿Quién ha puesto pues en mí un enlace necesario entre cosas independientes, cuyo misterio, lejos de haberlo yo obrado, ni aun llego á comprender? Por otra parte, la materia no obedece al espíritu: si mando al aire ó al agua no seré obedecido, mas si mando al cuerpo que está unido conmigo, su obediencia es tan pronta como mi voluntad; y me guardaré bien de atribuir á mi voluntad esta obediencia, pues todas las otras partes de la materia son sordas á mi voz.

ARTICULO XIII.

Prueba décimatercia.

Ignorancia del alma con respecto al mecanismo de los movimientos que manda, y que obedecen su voluntad.

Afirmame aun mas y mas de la independencia de los demás cuerpos con respecto á mi alma la consideracion de que

no sé yo mismo lo que mando, ni de que manera debo ser obedecido cuando doy órdenes á mi cuerpo ó de levantarse ó de sentarse. Para estas acciones, que tan sencillas parecen, es menester poner en movimiento una infinidad de resortes cuyos nombres y usos desconozco enteramente. Los mas hábiles anatómicos no han observado si no las mas visibles, y las otras han escapado al cuidado de sus investigaciones. Mas aun cuando los conociesen todos exactamente, de nada serviria este conocimiento para ser obedecidos con mas prontitud y facilidad, pues tan fácil y prontamente es obedecido el mas grosero de los hombres, aun que nada sepa de las leyes fisiológicas.

No está pues en mi mano el ocultarme que á Dios solo debo atribuir la dependencia en que plugo constituirme con respecto al cuerpo, por medio de acciones que naturalmente deberian ser de él independientes, y á la sola voluntad de Dios debo atribuir la obediencia que me presta el cuerpo, pues no solo no me conoce toda otra parte de la materia, sino que hasta los resortes de mi cuerpo y su uso me son desconocidos, y que ni aun en mi cuerpo nada puedo sobre los movimientos que no me estan sometidos, como por ejemplo el del corazon, ni sobre el reposo de ciertas partes que la parálisis ha dejado inmóviles.

ARTICULO XIV.

Prueba décimacuarta.

El sentimiento del dolor no es una propiedad de la materia y el alma es enemiga de este sentimiento.

Lo que mas me sorprende en la union de mi alma con mi cuerpo es el dolor que siento alguna vez cuando se halla alterada la disposicion de mi cuerpo. Bástame el desequilibrio de un solo humor para hacerme sufrir. Y cuando se

emplea contra mi cuerpo el hierro ó el fuego, el dolor el tormento que sufro es inexplicable. ¿De dónde viene semejante prodigio? ¿Qué le importa á un ser espiritual el arreglo ó desarreglo de las partes de la materia? ¿Qué relacion necesaria existe entre un cierto movimiento corporal, y un sentimiento tan vivo y tan penetrante como el que causa mi desgracia?

Basta la mas simple reflexion para enseñarme que la sensibilidad y el dolor no estan en el cuerpo, no siendo la materia capaz de sentir, y la experiencia de aquellos á quienes se ha hecho amputacion de una pierna ó de un brazo, y que sienten vivísimos dolores en el pie ó en la mano que ya no tienen, acaba de convencerme de esta verdad.

De otra parte, no es mi alma la que se da á sí misma un sentimiento que la atormenta, y que quisiera no tener, pues busca como librarse de él, y no puede. Á pesar suyo le sufre, y si exceptuamos la sumision y la paciencia, no tiene medio alguno de suspender la impresion ni de disminuir la intensidad del dolor.

¿Quién no ve pues aquí la mano del Todopoderoso que se deja sentir á los espíritus como le place, que penetra por su accion hasta el fondo mas íntimo de su ser, que puede probarlos, castigarlos, hacerlos desgraciados, sin que les quede contra él refugio alguno, y que les enseña á temblar delante de un poder infinito, de quien depende su felicidad ó su miseria, su consuelo ó su suplicio?

ARTICULO XV.

Prueba décimaquinta.

Deseo de un bien infinito, necesario y que nada puede calmar.

Siento además otro género de miseria que no tiene relacion alguna con el cuerpo, y que me sorprende aun mas todavía. Paréceme que nada necesito, y sin embargo no me

hallo satisfecho. He llegado por diversos grados al punto en que me hallo, creyendo que todos los puestos que he ido ocupando sucesivamente me harian feliz, pero ninguno de ellos ha llenado mis deseos. Envidianme mi suerte, pero bien me sé hasta donde alcanza mi felicidad. Veo de muy cerca al que todos se figuran que se halla en la mayor elevacion, y confieso que le tengo envidia, no porque yo nada desee, sino porque deseo infinitamente mas.

Pregúntome á mi mismo, ¿de dónde me viene un deseo que nada puede satisfacer sobre la tierra? Y al pararme á examinar la naturaleza de este deseo, diré en pocas palabras lo que he conocido. No quiero morir, ni quiero tampoco ser engañado. Lo que poseo, quisiera poseerlo siempre, sin inquietud y sin temor, y de consiguiente estar seguro que no le perderé por evento alguno, ni me lo podrá quitar ningun poder. Siento en mí un deseo de dominar y ser árbitro de otros; siento tambien que quiero ser estimado y merecer serlo por todos cuantos estan dotados de discernimiento y equidad. En una palabra, apetezco todos los bienes y conozco íntimamente que no está en poder mio el reducir este deseo á algunos bienes particulares y limitados: quiero claramente lo que es eterno é infinito, y lo quiero por una necesidad de mi ser, porque este deseo es anterior á mis reflexiones y á mis pensamientos, y no depende de mi deliberacion ni escogimiento.

Y tan al contrario, que este deseo inmenso es la base y el fundamento de todas mis deliberaciones, y si me siento impulsado hácia un bien particular es por la impresion general que me impele invenciblemente hácia un bien infinito, que abarca y supera de mucho todos los bienes particulares y limitados.

¿Y no veo ahora con evidencia que solo Dios pudo infundirme un deseo que solo en él puede terminar, del cual no soy yo el principio, como es palpable, ni pudiera ser el fin, deseo que me inspira al mismo tiempo una fundada esperanza de que Dios no dejará burladas mis ansias y anhe-

los, puesto que él mismo produjo en mi voluntad un movimiento natural hácia él tan rápido como violento?

ARTICULO XVI.

Prueba décimasepta.

Ley natural, cuyos vestigios no pueden borrarse enteramente. — Deberes superiores al hombre, é independientes de las instituciones humanas.

Esta materia me proporciona oportunidad para profundizar la ley que se llama natural, y examinar si es ella la que prescribe ciertos deberes, ó si estos dependen únicamente de una institucion humana.

Todos convienen en que se ha de honrar al padre, ser fiel al amigo, corresponder con gratitud á los beneficios; mas yo pregunto ahora si estos deberes son arbitrarios, y si en faltar á ellos se comete realmente una injusticia? ¿Si en el fondo es una cosa indiferente el asesinar á un hombre de quien se han recibido toda especie de beneficios, que se fia enteramente de nosotros, cuya conducta es digna de respeto por todos estilos? ¿Si se conviene en que este crimen es horrible con independencia de leyes humanas, pregunto despues, como es un crimen, no siendo prohibido positivamente, y como fué prohibido ya antes que las leyes humanas lo prohibiesen? Preguntó mas: ¿en dónde está la ley que le condena? ¿en donde se escribió? ¿cuándo y dónde fué publicada? Y si se me responde que esta ley es la que se halla escrita en el corazon de todos los hombres, continuo en preguntar: ¿quién la ha grabado en el fondo de su ser? Y es imposible que no se convenga en que Dios solo fué quien la grabó y pudo grabarla.

Si se me responde que el asesinato en las circunstancias predichas no está prohibido por la ley natural, pero que no deja por esto de ser injusto, por ser contrario á la sociedad

civil y á la seguridad pública, pregunto : ¿porqué lo que es contrario á la sociedad civil es injusto? ¿Y qué ley prohíbe esta especie de injusticia? No hay medio; es indispensable remontarse hasta á una primera ley superior á todos los hombres, é independiente de toda institucion humana, ó convenir en que no hay en la verdad ninguna injusticia real en los crímenes mas execrables; que los deberes que pasan por esenciales no son mas que simples usajes, y que la diferencia que se pone entre el vicio y la virtud no está fundada sino en una mera opinion popular.

Cuando á tal extremo se llegase, la demostracion de la Religion seria completa, pues nada manifiesta mas su verdad que la imposibilidad de combatirla sin echar por tierra los fundamentos de toda probidad y aniquilar todos los deberes. Todos he dicho; pues si uno solo se reserva, que sea independiente de los hombres, este solo deber, que una ley natural prescribe, demuestra invenciblemente la existencia de una justicia primitiva que es la regla de los hombres, que existe antes de ellos y despues de ellos, y que no pueden los mismos doblar ni cambiar.

ARTICULO XVII.

Prueba décimaséptima.

Acusaciones y remordimientos de la conciencia,

De ahí vienen aquellos reproches tan vivamente amargos que hace la conciencia, cuando se ha cometido una mala accion. En vano se esfuerza el hombre injusto en sufocarlos, el grito penetrante de esta voz interior es mas fuerte que todo cuanto se le opone. En vano huye de su propio corazon y se da priesa á salir de sí mismo para no verse agobiado de confusion y oprobio delante de un juez que le echa en cara lo negro y miserable de su crimen: no

halla remedio en distraccion alguna, y el criminal en el centro de las mas violentas disipaciones se siente cubierto de terror y de vergüenza por el censor invisible que trae en su corazon.

¿Quién es este censor? cuál es esta voz que acusa vivamente el crimen? ¿cuál es esta luz que brilla entre las tinieblas mismas, y á la cual las tinieblas no pueden oscurecer? ¿Qué hay dentro del pecador que tan altamente se declara contra el pecado? Muy ciego habria de ser que confundiese la injusticia con lo que condena su injusticia, y muy poco ilustrado que no distinguiese del hombre la verdad incorruptible y la justicia eterna que le manifiesta sus deberes, le consuela cuando á ellos es fiel y le confunde cuando falta á los mismos.

ARTICULO XVIII.

Vana esperanza de los pecadores de que Dios hará poco caso de las acciones de los hombres.

Por todo lo dicho se puede venir en conocimiento de cuan vana es la esperanza que conservan ciertos pecadores de que Dios atenderá poco á las acciones de los hombres. Es él demasiado grande, dicen algunos, y nosotros pequeños en demasía para atraer sus miradas. Él desprecia nuestras flaquezas, ó por lo menos las compadece, y no valemos la pena de que se enfurezca contra nosotros, ni que turbe su reposo para entrar en el exámen de unos actos que á él no pueden hacerle bien ni mal. Ved ahí el principal subterfugio de los impíos, y lo que se empeñan en oponer á la revelacion mas real y terminante.

Ignoran que este Dios tranquilo, del cual tan falsa idea se forman, es aquel mismo que tan fuertemente les redarguye sus crímenes aun en esta vida, aunque esta vida sea el tiempo de su paciencia; que su voz terrible les hace es-

tremecer hasta el meollo de los huesos, si bien que la mide y la tempera para no prevenir el último día, en el cual debe estallar aquella como un trueno formidable; que su luz rompe y se abre paso por entre sus tinieblas, y disipa sus vanos pretextos, aunque el tiempo de la manifestacion de sus juicios no haya llegado aun.

Estos tales creen á Dios ausente, distraido por otros cuidados y poco atento á sus acciones, y no saben que está dentro de ellos mismos, que está presente á todo, no solamente á las acciones sino hasta á los menores deseos y á los mas leves pensamientos; que á cada momento lo juzga todo, y que levanta su voz á medida que las faltas se hacen mas voluntarias y mas inexcusables.

Dios es demasiado grande dicen, y nosotros harto poca cosa. ¿Mas de qué grandeza piensan hablar? ¿No saben que Dios es grande en justicia y en santidad? ¿No saben que su grandeza consiste en ser el orden por esencia y la ley eterna? ¿Y creen raciocinar bien pensando que porque Dios es infinitamente opuesto á la injusticia, será á ella indiferente? ¿que si bien no puede dañarle, es por esto menos opuesta á sus leyes? ¿y no es lo que aumenta el crimen del hombre el osar desobedecer á una Majestad, delante la cual todo es nada?

El injusto cree que Dios se le parece y que es tan indiferente como él á la iniquidad. Imaginase que Dios no ve lo que él desea que le sea desconocido, y no reflexiona que los reproches de su conciencia son la voz de Dios que le instruye y le reprehende á un mismo tiempo.

(1) « Reflexionad con juicio, ó insensatos, les dice él mismo en sus Escrituras, ó necios, sed cuerdos una vez. « ¿Cómo podeis creer que el que hizo la oreja no oiga, que « quien formó el ojo no vea? ¿que quién instruye en general á todos los hombres, ó enseña á cada uno en parti-

(1) *Intelligite insipientes in populo, stulti aliquando sapite. Qui plantavit aurem non audiet? aut qui finxit oculum, non considerat? qui corripit gentes, non arguet qui docet hominem scientiam? Ps. 93. v. 8. 9. 10.*

« cular lo que debe hacer, no sea el juez de sus acciones? (1) Pensasteis inicua-mente que yo seria como vosotros, mas yo os reprehenderé severamente, y os lo echaré en cara, forzándoos á que os veais vosotros mismos en vuestra propia deformidad. Entended bien esta amenaza, vosotros que creéis que Dios os olvida porque vosotros le habeis olvidado. »

CAPITULO IV.

El hombre tiene deberes con respecto á Dios. — La sola razon natural no descubre todos estos deberes. — Tampoco se pueden aprender con seguridad consultando á los otros hombres, y asi es absolutamente necesario que Dios haya revelado al hombre lo que de él exige. — Toda religion que no está fundada sobre la revelacion divina no merece ser examinada. — Facilidad en descubrir la Religion divina. — Necesidad de que la revelacion divina haya sido escrita. — Prueba de que la revelacion divina se ha conservado pura en las Escrituras, sin que haya necesidad de examinarlas.

ARTICULO I.

El hombre tiene deberes con respecto á Dios.

Las pruebas de la existencia de Dios que se acaban de manifestar en el precedente capitulo nos descubrirían muchas otras, si no debiéramos pasar mas adelante en nuestras investigaciones. La mano de Dios se ve marcada en todas sus obras; todo lleva su carácter divino; y el hombre solo, bien estudiado, descubre de mil modos el poder y la sabi-

(1) *Existimasti (iniqué) quod ero tui similis. Arguam te et statuam contra faciem tuam. Intelligite hæc qui obliviscimini Deum. Ps. 49. 22.*

duria infinita de su Autor. Pero este no es mas que el primer paso. Yo sé que existe Dios y que todo existe por él, sé que de él tengo todo cuanto soy; pero ignoro lo que le debo, porque no estoy bastante instruido en el desigmo que ha tenido al darme la vida.

No puedo empero dudar de que tuviese él alguna mira al darme la existencia, pues observo que en mí todo tiene su destino y su fin: el ojo es para ver, la oreja para oír, la mano para obrar, el pie para andar. Es pues imposible que cada parte sea formada para algun fin determinado, y que no haya fin alguno respeto al todo.

El cuerpo es para el alma, y la obedece: pero ¿para quién es el alma, y á quién debe obedecer? Tengo la razon, mas ¿quién ha de conducirla? he recibido la inteligencia para conocer la verdad, ¿pero qué verdad? tengo una voluntad para desear el bien, mas ¿qué bien he de desear?

Al examinar las pruebas de la existencia de Dios he descubierto que él es la luz de mi razon; que de él he recibido las primeras verdades que la ilustran que por el conocimiento de su idea me he instruido de lo que es bueno y defectuoso en los demás seres. ¿Me limitaria él acaso al solo conocimiento de las criaturas, habiéndome dado el suyo, ó se contentaria con ilustrarme acerca todos los otros objetos sin exigirme atencion alguna para con él?

Poseo tambien una íntima conviccion que el movimiento de mi voluntad hácia el bien viene de él, y que todos los caracteres del bien que deseo no se hallan sino en él. ¿Me hubiera acaso puesto en movimiento sin señalarme un término? ó consentiria que me detuviese en las criaturas, recibiendo de él una continua impulsión que hácia él me dirige?

Seria menester que yo renunciase á todas mis luces y á todos los sentimientos interiores que en mí hallo para ser capaz de dudar seriamente de que Dios al darme el ser no haya tenido el desigmo de que se lo consagrara y de ser él mismo mi fin y mi destino.

ARTÍCULO II.

La sola razon natural no descubre todos estos deberes.

Mas para esto, no sé yo aun cuales son mis deberes. Sé únicamente que los tengo y que no puedo faltar á ellos sin hacerme muy culpable, pues que estos deberes son la condicion esencial que ha puesto Dios á todo cuanto me ha dado: que son la ley de mi ser, el titulo fundamental de mi vida; y que mi desobediencia seria á un mismo tiempo una ingratitud y una rebeldia directamente contraria al mas indispensable órden natural.

Tengo pues un interés infinito en conocer estos deberes, en conocerlos todos, y en conocerlos con toda certitud. ¿Mas de dónde me vendrá tan exacto y tan seguro conocimiento? No tengo sino dos medios que esten en mi poder.

El primero es el examinar bien la idea que Dios me ha dado de él y la que yo tengo de mí. Pero lo primero que en Dios descubro es la poca proporcion que hay entre él y mis pensamientos. El es infinito, y yo soy limitado. Si le mido por mis reflexiones y conjeturas, me expongo á engañarme, pues mi espíritu es incapaz de sondear el suyo. Su libre voluntad me es desconocida, y aquella que yo le atribuiré como necesaria puede ser muy diferente de lo que yo juzgo; porque en Dios todo se identifica con su naturaleza, y por consiguiente todos sus atributos son tan impenetrables y tan incomprehensibles como él.

Por parte de la idea que tengo de mí, ¿cómo me atreveria á quedar satisfecho de una luz tan débil como vaga é insegura? Yo ya vislumbro ciertos deberes, pero pueden ocultárseme muchos otros, y aun los que llego á descubrir no siempre se me presentan con la misma evidencia. Siento en mí una inconstancia que me admira, y las verdades y las nieblas que me las oscurecen se suceden mutuamente, y á veces no media un instante entre la certitud y la duda.

ARTICULO III.

Tampoco se aprenden con certeza estos deberes consultando á los demás hombres.

El segundo medio, que es el de consultar á los demás hombres, me parece mucho mejor, porque se conforma mas á la justa desconfianza que debo tener de mis luces, y por una secreta inclinacion que tengo á creer que la Religion no se adivina, que la razon de uno solo no es bastante firme ni capaz para descubrir todo su plan y toda su economía, y que en vez de buscarla en mis propias reflexiones, lo mas seguro es aprenderla de aquellos que se hallan en ella bien instruidos.

Pero al consultar á los demás hombres sobre la Religion, no tardo en reconocer que mis defectos les son comunes; que la razon es en todos ellos tan timida y tan limitada como en mí mismo, y que si exceptuamos la presuntuosa temeridad de muchos que deciden sin pruebas sobre lo que no han examinado, la razon es hasta en los sabios mas propia para formar Judas que para resolverlas.

Inútil seria mentar aquí lo vario é incierto de sus opiniones y hasta sus contrariedades en los puntos mas esenciales. Me limitaré á decir que no son ellos capaces de sacarme de mi incertidumbre, y que todo su talento lejos de darme el medio para salir de mis perplejidades, no hará sino aumentarlas.

ARTICULO IV.

Es absolutamente necesario que Dios haya revelado al hombre lo que de él exige.

Pero estas dificultades en vez de desalentarme me infun-

den mayor esperanza, y cuanta menos posibilidad veo en instruirme de la Religion por medios humanos, mas me afirmo en la confianza de que hay otros, por esta sencilla reflexion: Me parece evidente que Dios quiere que el hombre sepa sus deberes hácia él, deberes que el hombre no puede saberlos por otro hombre. Evidente pues me parece que Dios los ha revelado al hombre, y que si lo ha hecho, esta revelacion no puede haber perecido.

Esta es la idea que he tenido siempre fija en mi corazon; pero yo no me decidia á seguir esta luz, por simple y natural que sea, antes de haber tentado los demás medios, por temor de exponerme á la ilusion dejando las vias ordinarias. Mas desde este momento la razon misma, la natural evidencia me manifiestan la necesidad de la revelacion, y me conducen á desearla y á informarme si hay una, y si de ella se conserva memoria.

No hay otro medio que sea seguro y proporcionado á todos los hombres. Este es el único infalible, tal como debe serlo la Religion misma, y dispensa á los hombres de una discusion de que no son capaces. Fija de golpe los ánimos vacilantes, decide todas las dudas, marca exactamente todos los deberes, manifiesta los libres designios de Dios, enseña al hombre lo que debe esperar de su bondad ó temer de su justicia, arregla el culto exterior, y determina cual sea el interior y verdadero, del cual el exterior es como el cuerpo.

ARTICULO V.

Toda religion que no está fundada sobre la revelacion divina no merece ser examinada.

Esta verdad me hace dar un paso mas, y ya no temo asegurar que toda religion que no está fundada sobre la revelacion divina no merece el menor exámen, y es visiblemente defectuosa, pues no se apoya sino en conjeturas huma-

nas, indignas de someter el albedrío de todos los hombres, é incapaces de enseñarles los pensamientos y las promesas de Dios.

Dos cosas tan solo me inquietan: la primera como descubriré si hay una revelacion divina, y la segunda como la distinguiré de las que se arrogan falsamente el mismo honor.

ARTICULO VI.

Facilidad de descubrir la revelacion divina.

Pero en esta parte se ostenta abiertamente la divina Providencia. Un solo pueblo entre todos los pueblos de la tierra se gloria de haber aprendido inmediatamente de Dios el modo como quiere ser servido; y este pueblo está diseminado por todas partes. Así que, no puedo alegar ignorancia, y poco me cuesta el encontrarle, y como ningun otro pretende haber recibido de Dios ni sus leyes ni su culto, me hallo dispensado de examinar cual de las revelaciones es la verdadera. No hay mas que una, y desde luego es cierta.

Este fácil descubrimiento me llena de admiracion y de placer. No puedo dar bastantes gracias á la bondad de Dios de no haber dejado que el error disputase nada á la verdad sobre dos puntos esenciales, de los cuales dependen todos los demás. El ha revelado á los hombres sus voluntades, y no ha permitido que la revelacion sea dudosa. Escogió un pueblo para confiarle el depósito de una Religion pura y sin mezcla, y con esto impidió que las falsas tradiciones de los demás pueblos pusiesen á los débiles como yo en la triste necesidad de deliberar, y en el peligro de escoger mal.

ARTICULO VII.

Necesidad de que la revelacion divina haya sido escrita.

Confieso sin embargo que no estaria yo tranquilo si me viese obligado á preguntar á los diferentes individuos particulares de este pueblo para instruirme de sus tradiciones, y que temeria mucho que en él transcurso de tantos siglos no hubiesen sufrido alguna alteracion. Mas sé que todo está escrito, y que desde la mas remota antigüedad las tradiciones estan ya fijas en libros que ellos respetan como divinos.

Pueden empero suscitarse dudas con respecto á estos libros mismos. Puédese preguntar si han sido conservados con bastante cuidado, si se han hecho en ellos cambios de importancia, si los autores á quienes se atribuyen han sido bien informados, si la tradicion que se les supone está bien fundada. Pero cada una de estas dudas tiene ya su precisa respuesta. El respeto que tienen los Judios á las Escrituras raya á una escrupulosa delicadeza, y miran como un crimen enorme el añadir ó quitar á ellos una sola palabra, una sola letra. Los autores de los libros santos eran no solamente sinceros, sino hombres inspirados y profetas; y las memorias originales han sido escritas siempre por escritores contemporáneos, como será fácil justificar.

ARTICULO VIII.

Pruebas de que la revelacion divina se ha conservado pura en las Escrituras, sin que haya necesidad de examinarlas.

Me hallo empero dispensado de entrar en esta investigacion, y sin desviarme de los principios que me han conducido hasta aquí, veo claramente que las mismas razones

que me han demostrado la necesidad de la revelacion , demuestran tambien la necesidad de que se haya conservado con integridad y pureza , pues de otra manera Dios hubiera hablado en vano á los hombres (1): hubiera instruido á los unos de su voluntad , sin conservar á los otros un medio para conocerla : hubiera establecido una Religion sin pensar en mantenerla : hubiera juzgado la revelacion necesaria , para descuidarla luego como inútil : hubiera reducido á los hombres á examinar de nuevo lo que le agrada , despues de haberles dispensado de un exámen que es superior á sus fuerzas , y hasta habria añadido á este exámen nuevas dificultades , dejando alterar los monumentos de su culto por instituciones extrañas que han de serle enteramente ajenas : por fin , hubiera puesto en peligro de errar á las almas dóciles y humildes permitiendo que libros que han alcanzado una autoridad soberana vayan mezclados de verdad y de mentira , y que el agua pura y divina de la revelacion sea enturbiada por invenciones humanas.

Todo esto es imposible , y veo tan clara esta imposibilidad , que no tengo necesidad de la menor discusion para recibir de los Judios la coleccion de las Escrituras como un depósito en el que la Providencia divina ha tenido un particular cuidado , y cuya conservacion está fundada en las mismas razones que tuvo la divina Sabiduría para hacer escribir desde el principio en los sagrados libros su voluntad soberana.

(1) *Vid. Origenem in Epist. ad Jul. African. n. 227.*

PARTE SEGUNDA.



PRUEBAS DE LOS PRINCIPIOS DE LA FE CRISTIANA POR LOS LIBROS DEL ANTIGUO TESTAMENTO.

CAPITULO I.

Pruebas de la verdad de las Escrituras, su antigüedad. — Solo por ellas tenemos un conocimiento exacto del origen de los pueblos, y de sus mas antiguos monumentos. — Su verdad probada por las tradiciones comunes á todos los pueblos, y por el tiempo en que acaban estas tradiciones. — Pruebas que Moisés es el autor de los libros que llevan su nombre. — Nuevas pruebas que los libros de Moisés son divinos. — Certitud de los milagros que en ellos se refieren.

ARTICULO I.

Pruebas de la verdad de las Escrituras. — Su antigüedad.

Convencido ya de que debo leer los libros santos con el mismo respeto que si los hubiese recibido inmediatamente de Dios, al momento de abrirlos veo desde luego que contienen una historia seguida desde la creacion del mundo hasta una remota antigüedad; que los primeros de estos libros son mucho mas antiguos que todos cuantos se han escrito en otras naciones; que la historia del pueblo hebreo va unida con la de los pueblos vecinos, y de un

modo tan circunstanciado y con tanta exactitud y verdad , que cuanto mas instruidos nos hallamos de la antigüedad tanto mas nos conmueven y admiran las pruebas de veracidad que brotan de todas partes.

Advierto en ellos con asombro un cómputo exactísimo de las épocas , un conocimiento el mas distinto de la mas antigua geografia , una historia de las primeras monarquias conforme con lo que han dejado escrito de ellas los mas hábiles historiadores de los demás pueblos , aunque en dichos libros no se hable de ellas sino por incidencia , una relacion exacta y fiel , bien que en pocas palabras de la manera como fueron dividiéndose las diferentes naciones , los lugares que escogieron para establecerse , y los gefes que condujeron sus primeras colonias.

ARTICULO II.

Por medio de las Escrituras tenemos conocimiento exacto del origen de sus mas antiguos monumentos.

En ninguna otra parte veo lo que en las Escrituras santas , y lo que leo en ellas queda justificado plenamente por todas las investigaciones que se han hecho sobre la antigüedad , y por todos los monumentos que de ella nos han quedado.

En todas sus páginas descubro el verdadero origen de los pueblos que ellos mismos no conocian. Los Griegos , los Latinos , los demás pueblos de la Europa han conservado la memoria de Jafet , su comun autor ; pero ya no se remontan mas arriba. No saben de donde viene Jafet (1) é ignoran la razon de su nombre que es extranjero en el idioma de ellos , y lleno de sentido en el de los Hebreos. Si pregunto á los Griegos porque razon se llaman Jonios ,

(1) Gen. 9. 27.

y porque se llama Jonia la region que ocuparon en Asia, no saben que responder, pero la Escritura me enseña que descienden de Jafet por Ion, otro de sus hijos (1). Si me dirijo á los Egipcios para que me digan que es lo que adoraran bajo el nombre de Júpiter Hamon, no me dirán sino fábulas. Pero Hamon, variando un poco el final, es el tercer hijo de Noé, que se pronuncia Ham ó Cham (2), cuyos descendientes poblaron el Egipto, al cual los antiguos llamaron Chamia (3). Pasaría los limites de mi objeto si me detuviera mas en observaciones de esta especie: basten ya las insinuadas.

ARTICULO III.

La verdad de las Escrituras probada por las tradiciones comunes á todos los pueblos y por el tiempo en que acaban estas tradiciones.

Mas no puedo prescindir de hacer una observacion sobre las tradiciones generales que se han conservado en todos los pueblos, y que á pesar de la mezclanza de algunas fábulas son restos preciosos de las verdades primitivas.

Todos los pueblos cuyos monumentos han llegado hasta nosotros, han tenido la idea de la creacion del mundo, informe en un principio, y reducido despues al orden armonioso en que le vemos. Han conservado la memoria de una primera edad en que la inocencia iba á la par de la felicidad, y han hablado de otra en que el crimen habia sido castigado por la miseria. Todos han conocido el diluvio universal, el corto número de los que se salvaron, y el arca que les conservó la vida. Supieron que el mundo se habia vuelto á poblar por uno solo que habia presenciado

(1) Ion en el texto hebreo está puntuado *íavav*; pero quitando los puntos posteriores al texto, queda *Ion*.

(2) Gen. 10. 2. et 4.

(3) Gen. 10. 6.

el fin del antiguo mundo, y el principio del nuevo. Por esto le dieron dos caras, y conservaron, sin saberlo, su verdadero nombre, pues el Janus de los Gentiles equivale á Noe, (1) y estas dos palabras vienen del mismo origen marcado en la Escritura.

Todos los pueblos han reconocido á los tres hijos de Noé á quienes fué distribuido como imperio suyo todo el universo, y de ellos hicieron los tres hijos de Saturno, que repartieron entre sí el imperio del mundo. Tuvieron un conocimiento bastante distinto de que, despues del Diluvio, algunos hombres orgullosos emprendieron la construccion de un edificio de elevacion extraordinaria, que disgustó á Dios, y se vieron precisados á abandonarle, despues de algunos prodigios; y aqui acaban estas tradiciones generales que se han conservado en todas las naciones no embrutecidas del todo por la barbarie; tradiciones, que separando algunas mezclas fabulosas, son la historia misma de la Escritura.

Despues de este último acontecimiento no se encuentra ya ninguna otra tradicion general que sea conocida de todos los pueblos, y no puede darse otra razon de ello que la division de las lenguas, que rompió la union y el comercio entre las familias en quienes tuvieron el origen las diversas naciones, y que habiendo venido despues á ser hárbaras las unas con respecto á las otras, no supieron ya mas lo que pasaba fuera del país que habiau escogido, ni tomaron en ello el menor interés.

Así que, la verdad de las Escrituras en su parte mas antigua y sorprendente, está demostrada con claridad por el consentimiento de todos los pueblos á quienes las mismas Escrituras fueron desconocidas. Pues es evidente que únicamente la verdad puede ser el fundamento de las tradiciones universales que han subsistido en todas las naciones, á pesar de la distancia de los lugares, y de la diversidad de costumbres é idiomas.

(Gen. 5. 29.)

Y el término en donde acaban estas tradiciones es una nueva prueba de su certitud; pues manifiesta que antes de la division de las lenguas todos los hombres no componian mas que una grande familia, cuyo jefe era Noe (1) que vivió 350 años despues del diluvio, y conservaba la noticia de la historia del mundo y de la Religion; y añade una nueva certidumbre á lo que nos enseña la Religion acerca la division de las lenguas y acerca la dispersion de las familias, pues ninguna otra causa hubiera podido cortar en un tiempo preciso el comercio de los hombres y el hilo de la historia general.

Todo esto robustece el respeto que he concebido hácia las Escrituras, y conozco que la evidencia en el orden puramente humano alimenta y sostiene mi fe.

ARTICULO IV.

Pruebas de que Moisés es el autor de los libros que llevan su nombre.

No puedo dudar de que Moisés estuvo perfectamente instruido de todo lo sucedido en los primeros tiempos, pues que le servian de testigos todos los pueblos, y no puedo rehusar de consiguiente el darle crédito cuando me habla de lo que ha visto y de lo que ha hecho. Para quedar íntimamente persuadido de que él es el autor de los libros que llevan su nombre, bastaria que me lo asegurase todo el pueblo judío, el cual se los ha atribuido por una tradicion no interrumpida, mirándolos como la base del culto público, y que habiendo entrado en la tierra de promision con una Religion ya formada, debió por necesidad haberla aprendido de Moisés en el desierto.

Pero á mas de este testimonio del cuerpo entero de la nacion y del establecimiento del culto público, es evidente

(1) Núm. 28. Gen.

que Moisés habla siempre en persona, que se halla presente á todo, que es de tal modo contemporáneo á los sucesos que refiere, que concluye su historia antes de pasar el Jordan el pueblo judío para entrar en la Palestina, y que para suponer que otro hubiese sido el autor de sus libros seria preciso fingir las mas increíbles absurdidades.

ARTICULO V.

Nuevas pruebas de que los libros de Moisés son divinos.

La manera con que es tratado en estos libros el pueblo judío es una nueva prueba de su divinidad; pues en ellos se le representa como un pueblo ingrato, estúpido, rebelde, impío, propenso á la idolatría y á la murmuracion, y que no vuelve á su deber sino á fuerza de castigos, y reincidiendo en sus antiguas faltas desde el momento en que es perdonado. Los hechos que contra él se refieren le hacen aun menos honor que las reconvenciones que se le hacen, y la historia entera de Moisés no es mas que la historia de los crímenes de este pueblo indócil. ¿De dónde viene pues que este pueblo mismo la respete tanto y que la mire como divina? Viene de que se ve forzado á ello por los prodigios sin número que obró Dios para autorizar á Moisés, y para dar testimonio de su mision, y que la mas obstinada incredulidad queda vencida por la fuerza de los milagros.

ARTICULO VI.

Certitud de los milagros que se refieren en los libros de Moisés.

Estos milagros son casi infinitos, y todos tienen el particular carácter de haber sido obrados delante de todo el

pueblo, y muchos de ellos en presencia de los mismos Egipcios. Me limitaré á algunos cuya verdad es de todo punto incontrastable; no porque la de los otros pueda ser ofuscada, sino porque no todo puedo decirlo, y es preciso escoger.

Predice Moisés por orden de Dios que la obstinacion de Faraon será castigada por un postrer castigo que le forzará hasta á suplicar á los Judíos que salgan de su reino (1); que todos los primogénitos del Egipto, desde el hijo del principe hasta el del esclavo, serán pasados á cuchillo por el Ángel exterminador en una misma noche, y que las casas de los Israelitas, cuyas puertas estarán rociadas con la sangre del Cordero pascual inmolado en la noche precedente, no sufrirán el menor daño. Todo sucede como el predijo: el duelo es general, los Hebreos son los únicos á quienes no comprende. Se les da prisa para que salgan al momento mismo, tan grande es el terror que se apodera de los Egipcios, y de este modo los Israelitas logran la libertad.

Pocos dias despues se hallan estos en un peligro inminente entre la mar que les cierra el paso, y la numerosa caballería de Faraon que logra alcanzarlos en el desierto. Mas ellos son libertados por un inaudito prodigio. Abrese la mar á la voz de Moisés para darles paso, y por una orden contraria se vuelve á reunir y traga á los Egipcios que los perseguian, y cuyos cadáveres, arrojados por las ondas á la orilla, proporcionan á los Israelitas las armas de que necesitaban.

Si estos prodigios no sucedieron en efecto. ¿cómo se pudieron hacer creer á mas de seiscientas mil personas que sabian lo contrario, y que se hallaban bien instruidos de que ni su salida de Egipto ni su entrada en el desierto nada tenian de maravilloso? ¿Cómo pudiera fundarse en la evidencia de estos prodigios tantas reconvenções con-

(1) Ex. 11. 5.

tra su desobediencia y sus murmuraciones? ¿Cómo se sujetan á una Religion cargada de penosas observancias, amenazadora y severa, cuando estos hechos milagrosos se citan perpetuamente como pruebas de su divinidad? ¿Cómo desde entonces quedó instituida la fiesta de las Pascuas, la principal y mas augusta, á manera de un eterno monumento de la muerte de los primogénitos, de la eficacia de la sangre del Cordero, y del paso del mar Rojo? Preciso es un prurito ciego de negarlo todo para desconocer que en circunstancias semejantes la sola duda es una injuria á la razon.

Cincuenta dias despues de la salida de los Hebreos, Dios les dió su ley sobre la montaña de Sinaí, (1) con un aparato tan majestuoso y aterrador que llenó de espanto al mismo Moisés. Todo el pueblo veia el fuego ardiendo sobre la cima de la montaña; todo el pueblo escuchaba la voz terrible que pronunciaba clara y distintamente los diez preceptos de la ley. ¿Qué puede oponerse á semejante evidencia, á tantos testigos, á hechos tan públicos y ruidosos, á la historia que de ellos se hizo entonces, y se escribió, á la Religion que ha consagrado su memoria por medio de una fiesta solemne que es la de Pentecostes?

¿Cómo es posible persuadir á dos millones de espectadores (2) que una columna de nube durante el dia cubria el campo para preservarle de los ardores del sol, y que por la noche tornaba luminosa para alumbrarles, si este prodigio, que se supone tan regular y tan perseverante, no hubiese jamás acontecido? ¿Cómo todo el pueblo hubiera podido arreglar sus movimientos sus detenciones, sus marchas, segun se paraba ó se movia la columna, si esta hubiese sido imaginaria? No son estos de aquellos hechos rápidos ó instantáneos que no pueden examinarse deteni-

(1) Hebr. Exod.

(2) Los Israelitas debian ser á corta diferencia este número, pues se contaban 600.000 combatientes de veinte años arriba, sin contar los levitas. n. 446.

damente, y capaces de deslumbrar á hombres poco observadores; pues estos prodigios duraron cuarenta años, y por mas que se fatigue la incredulidad no podrá con todos sus esfuerzos inducir la sospecha de artificio.

Limitóme ahora á un solo hecho, que no solo es incontestable, sino que viene á ser la prueba de todos los demás. Levantóse una grande sedicion contra Moisés, á quien no se quiso obedecer, y contra Aaron, á quien se disputaba el sacerdocio. Los jefes de la insurreccion eran Coré de la misma tribu de Moisés, Datan y Abiron (1), jefes de la tribu de Ruben, el mayor de todos los hijos de Jacob. (2) Estaban apoyados por el favor del pueblo, y la sedicion podia en un momento pasar á ser universal.

Moisés, acompañado de Aaron y de los ancianos del pueblo, avanzó hácia las tiendas de los sublevados, y habló al pueblo de esta manera: « Retiraos de las tiendas de esos
« hombres impíos, y no toqueis cosa suya, para que no
« seais envueltos en sus crímenes. Ahora vais á ver si el
« Señor que me ha enviado es el que ha ejecutado por mí
« todos los prodigios que me habeis visto hacer, ó si me los
« he forjado yo en mi cabeza. Si estos que me acusan mu-
« rieren de la muerte ordinaria de los hombres, y fueren
« heridos del azote que suele tambien herir á los demás, no
« es el Señor el que me ha enviado. Pero si el Señor hicie-
« re una cosa nunca vista de modo que la tierra abriendo
« su seno se les trague á ellos y á todo lo suyo y bajen vi-
« vos á los profundos abismos, entonces sabréis que han
« blasfemado contra el Señor. No bien hubo acabado de ha-
« blar, cuando la tierra se hundió debajo de los pies de
« aquellos; y abriendo su boca se los tragó con sus tiendas
« y todos sus haberes; y cubiertos de tierra, bajaron vivos
« al infierno, y perecieron de en medio del pueblo. Al pun-
« to todo Israel, que estaba al contorno, á los alaridos de

(1) Núm. 26. 9. et Deut. 11. 6.

(2) Núm. 46. 2. et 44.

« los que padecian echó á huir, diciendo : No sea que nos
« trague tambien á nosotros la tierra. »

¿ Quién puede resistir á la evidencia de un testimonio de la mision divina de Moisés , tan público por un lado , y por otro tan sobrenatural ? ¿ Qué otra razon pudo obligar á la tribu de Ruben á recibir como divino un libro en que se refiere la rebelion y el castigo asombroso de sus jefes de un modo que tanto deshonra á toda la tribu ? ¿ Y qué otra razon sino una evidencia completa forzó tambien á los descendientes de Coré, que gozaban en la tribu de Leví de suma autoridad , á dejar subsistir un monumento que cubria de oprobio á su autor , y le hacia morir como un impío ? No en vano he dicho que este prodigio justifica todos los demás. El solo basta para dar á todo cuanto ha hecho ó ha enseñado Moisés una autoridad divina ; y es absolutamente opuesto á la razon el exigirle pruebas de lo que dice acerca la creacion del mundo, y de todo lo que siguió á ella hasta á su tiempo , pues tan claras y convincentes las da de que Dios es quien le ha enviado , y de que no obra ni habla sino por órden suya.

CAPITULO II.

Certitud de los milagros acontecidos bajo el gobierno de Josué.

Certitud de los milagros en tiempo de Elias. — Certitud de los milagros en tiempo de Isaías. — Prueba completa de la verdad de los milagros, y de la consecuencia que de ellos se saca en pró de la verdad de la Religion y de los libros que la contienen. — Enlace esencial que tienen entre sí los libros de la Escritura, y enlace esencial de los hechos milagrosos que los autorizan.

ARTICULO I.

Certitud de los milagros bajo el gobierno de Josué.

Los milagros que obró Dios para autorizar á Josué por sucesor de Moisés añaden , si es posible , un nuevo grado de certidumbre á lo que Moisés hizo ú escribió , pues estos nuevos prodigios no tienen otro objeto que confirmar los antiguos. Me contentaré en observar dos , que no se pueden contestar si se conserva algun rastro de sinceridad ó de pudor.

El Jordan , (1) que debian pasar los Israelitas para entrar en la tierra prometida , venia hinchado y rebosaba por sus orillas , como sucede todos los años al tiempo de las mieses. (2) Josué mandó preceder el Arca de la Alianza , y ordenó á los sacerdotes que la llevaban entrasen por el canal del rio , y que se detuviesen en medio hasta que hubiese pasado todo el pueblo. (3) Ya en la víspera de aquel dia aseguró al pueblo que Dios obraria un grande prodigio , y que separaria las aguas del Jordan para hacérselo pasar á pie enjuto : para lo cual mandó á las doce tribus escoger doce personas que los representasen para que cargasen sobre sus hombros al pasar el Jordan doce enormes piedras , tomadas de su mismo lecho , para levantar un monumento en el lugar donde acampasen despues de haber pasado el rio , reservándose él mismo el cuidado de hacer levantar otro monumento semejante en medio del cauce del Jordan que quedaria enjuto , compuesto de tantas piedras como tribus habia. Todo corresponde á la prediccion de Josué. Al punto que los sacerdotes que llevaban el Arca humedecieron sus pies en la orilla del Jordan , las aguas del rio se di-

(1) Jos. 3. 15.

(2) Jos. 3. 8. et 4. 40.

(3) Jos. 3. 5. y sig.

vidieron en dos partes, la una siguió su curso natural, y la otra se sostuvo formando un muro de elevacion prodigiosa que se descubria á gran distancia. Ambos monumentos fueron levantados, el uno en medio del Jordan, y el otro en el lugar donde se pasó la noche. Cuando todo el pueblo hubo pasado con toda seguridad volvieron á tomar las aguas su curso natural, y este prodigio sucedió el dia decimo del primer mes. ¿Qué puede oponerse para oscurecer ese portentoso acontecimiento? tiene por testigos á dos millones de personas, es confirmado expresamente por los monumentos que se levantan en el lugar mismo en que se verificó, y los padres al mostrarlos á sus hijos les enseñan su origen, conservando así la memoria de un milagro que corrobora el que habia obrado Dios en el paso del mar Rojo. « Al to-
 « mar Josué en Gálgala las doce piedras que habian tomado
 « del fondo del Jordan, dijo á los hijos de Israel; cuando
 « pregunten con el tiempo vuestros hijos á sus padres,
 « diciéndoles: ¿qué significan estas piedras? les instruireis
 « y direis que á pie enjuto pasó Israel ese Jordan, secando
 « el Señor Dios vuestro sus aguas á vuestra vista hasta que
 « hubieseis pasado: á la manera que primero lo habia hecho
 « en el mar Rojo, al cual secó hasta que nosotros pasamos,
 « para que conozcan todos los pueblos de la tierra la mano
 « omnipotente del Señor, y vosotros así mismo temais en
 « todo tiempo al Señor Dios vuestro (1). »

Sabe todo el mundo la manera con que la ciudad de Jericó fue entregada á los Israelitas, y por que milagro se desplomaron sus murallas despues de haber dado siete veces la vuelta en torno de ellos el Arca de la Alianza precedida por una parte del pueblo y seguida por la otra. (2) Esta maravilla, que habia sido tambien prenunciada, se verificó

(1) Jos. 4. 20. y sig. 5. Gerónimo dice que este monumento se veia aun en su tiempo, y algunos opinan que hablaba de él S. Juan Bautista (Mat. 3. 9.), pues Bethabara donde bautizaba el Precursor tuvo ese nombre por haber pasado allí el Jordan el pueblo de Israel.

(2) Jos. 6. 2. etc.

á la vista de todo el mundo. Todas las circunstancias concurrieron á hacer mas ostensible el poder de Dios, y una publicidad de tal especie disipa hasta la última sombra de toda sospecha y desconfianza.

ARTICULO II.

Certitud de los milagros en tiempo de Elias.

Son tan públicas y tan convincentes casi todas las otras pruebas de la divinidad de la Religion de los Judios, y de la de los libros en que está contenida, que no puede debilitarse su fuerza por duda alguna razonable.

El profeta Elias, despues de haber echado en cara al Rey de Israel su idolatría, le habla en estos términos: (1) « Por « testigo pongo al Dios viviente, al Dios de Israel en cuya « presencia me hallo, que de algunos años no caerá lluvia « ni rocío, y que la lluvia no obedecerá sino mi voz. » El efecto siguió á la amenaza: durante tres años y medio ninguna gota de rocío cayó sobre la tierra; y despues de este intervalo, presentándose Elías con valor al principe, que le hacia buscar por todas partes para quitarle la vida, le propuso que reuniese todo el pueblo sobre el monte Carmelo, haciendo comparecer allí á todos los profetas de Baal (2) cuyo culto habia este impío rey preferido al del verdadero Dios.

Cuando fue reunido el pueblo, Elías le increpó fuertemente su indecision, y su culto dividido entre el verdadero Dios y Baal, y le propuso un medio seguro para conocer cual de los dos merecia ser adorado. Solo soy por mi parte, les dijo, los profetas de Baal son en número de cuatrocientos cincuenta; désenos á ellos y mí dos víctimas: ni ellos ni

(1) 3. Reg. 17. 4.

(2) 3. Reg. 48. 47, etc.

yó pondremos fuego al sacrificio, y el Dios que consumirá con la llama bajada del cielo á la víctima que le será ofrecida, este sea reconocido por único Dios. Aceptóse este ofrecimiento: los falsos profetas invocaron en vano una divinidad muda y sorda á sus clamores. Y al pronunciar Elías estas palabras: « Escuchadme, Señor, atended mi suplica á « fin de que todo el pueblo conozca que sois el único Señor « y el único Dios, y que transformeis su corazón por el mi- « lagro que os pido, » súbitamente cayó el fuego del cielo y consumió no solo la víctima, sino hasta las piedras del altar, la tierra del rededor, y el agua de que estaba lleno el hoyo que le cercaba, y que el Profeta habia dispuesto echar en abundancia por tres diferentes veces sobre la víctima y sobre el altar.

Las consecuencias de este prodigio fueron que los cuatrocientos cincuenta profetas de Baal (1) murieron á manos del pueblo á quien habian engañado, que la lluvia cayó copiosamente á la voz y súplica de Elías, y que este profeta se vió obligado á buscar su seguridad en el desierto para sustraerse al furor de Jezabel, que queria vengar por su muerte la de los sacrificadores de Baal. Todos estos hechos, enlazados entre sí, importantes, públicos impresionan á cualquiera persona razonable, y como no pueden ser ciertos en sí mismos, sin ser al mismo tiempo pruebas irrefragables de la Religion desde el momento en que son creidos, no es posible dejar de mirar la de los Judíos como cierta, y sus libros como depositarios de ella.

ARTICULO III.

Certitud de los milagros en tiempo de Isaías.

Seria nunca acabar el empeñarse en referir todos los hechos que contiene esta doble prueba; y que siendo indu-

(1) 3. Reg. 48. et 49.

dables en sí mismos, son otros tantos testimonios divinos ya de la Religión, ya de los libros que la enseñan. (1) Limitóme á la destruccion maravillosa del ejército de Sennaquerib, rey de los Asirios, y uno de los monarcas mas poderosos que tuvo esta nacion. Sitiaba este á Jerusalem con un ejército formidable. Esta ciudad era la única que le quedaba á Ezequías rey de Judá, pues todas las demás estaban ó tomadas ó rendidas, y ella se veía reducida á los mas extremos apuros por un largo sitio en que el hambre y la enfermedad se habia unido á todas las demás calamidades. Isaías aseguró siempre al príncipe que Dios haria perecer al ejército asirio, y segun su prediccion, el Angel del Señor en una sola noche quitó la vida á ciento ochenta y cinco mil hombres. (2) Sennaquerib tuvo que huir casi solo, cubierto de oprobio, y pereció tambien á su turno, como habia tambien predicho Isaías. La fama de este prodigio se extendió por todas las regiones vecinas, y tan ruidosa fue que de todas partes (3) venian á ofrecer sacrificios en Jerusalem, y á felicitar á Ezequías por tan milagrosa proteccion.

Imposible es en efecto contradecir un hecho tan público, tan patente, á menos que no se quiera negar todo crédito á las historias mas circunstanciadas, escritas por autores bien instruidos, contemporáneos, que tuvieron parte ellos mismos en los sucesos que refieren, y cuyo relato es respetado por todo un pueblo, no solo como sincero, sino como formando parte de su Religión, y considerado siempre así por sus progenitores.

(1) Is. 36. et 37.

(2) Is. 37. 7 et 38.

(3) 2. Paral. 32. 23.

ARTICULO IV.

Prueba completa de la verdad de los milagros y de la consecuencia que de ellos se saca para la verdad de la Religion y de los libros que la contienen.

Para hacer completa esta prueba de los milagros, preguntó al que vacila en someterse á ella, ¿cómo quisiera que se le probase la Religion? Si las pruebas naturales no le persuaden, querrá de extraordinarias. Si estas pueden ser explicadas por la razon, y reducidas á las reglas ordinarias, las mira como insuficientes, porque nada hay en ellas maravilloso. Si son superiores á todo poder natural, entra ya en desconfianza, y no puede determinarse á creerlas. Escuche pues y atienda á testigos irrecusables, y escójalos á su gusto. Si quiere que hayan presenciado los sucesos, que hayan sido ellos mismos sus ejecutores, y ministros, que los hayan ellos mismos escrito, que sus libros se hayan colocado en los archivos públicos, que tengan á todo un pueblo por garante de su verdad, que este los reverencie como parte integrante de su Religion, que su exacta sinceridad sea atestiguada por hombres divinos é inspirados, y que obren milagros ellos mismos para probar la certitud de los primeros; le concedo de buen grado todas estas condiciones, pues que las encuentro reunidas todas en los testigos que deponen por medio de las Escrituras. Y le preguntaré en seguida si exige tanto para asegurarse de la certitud de muchos sucesos de los cuales no duda, y si puede ser mas injusto é inexcusable en obstinarse todavía en dudar de lo que se le prueba por medio de testigos que á todos los grados imaginables de autoridad humana añaden la autoridad divina por sus milagros propios, tan ciertos y tan públicos como son los que los atestiguan.

ARTICULO V.

Enlace esencial que tienen entre sí los libros de la Escritura; y enlace esencial de los hechos milagrosos que los autorizan.

Esta observacion es importante en sus consecuencias. Todos los libros de la Escritura estan enlazados entre sí, y dependen los unos de los otros. Los hechos que parecen mas extraordinarios en los primeros, son referidos como indudables en los segundos, y los milagros de los profetas posteriores son obrados por hombres íntimamente persuadidos de la verdad de los milagros mas antiguos. Así es que ó todo se ha de rechazar, ó se ha de creer todo. Un solo profeta de los últimos tiempos reconocido por tal, basta para autorizar á todos los que le han precedido. Un solo milagro obrado por él certifica todos los demás, pues no le obró para otro objeto que para probarlos. Así pues, un hombre que duda de una parte, duda de todo; y como es muy opuesto á la razon el dudar sin motivos legitimos para ello, es preciso que quien no esté cierto de la verdad de las Escrituras tenga sobre cada hecho, sobre cada suceso, sobre cada milagro razones particulares para impugnar su veracidad, porque de nada sirven las conjeturas generales, ni deciden nada, y la certitud de un solo hecho milagroso las haria todas inútiles.

¡Qué empresa seria la de demostrar particular y circunstanciadamente que de todos los milagros referidos por autores contemporáneos muy exactos y fieles en todo lo demás, y mirados como indudables por todo un pueblo que los presenciaba, no hay uno solo que sea verdadero, ó á lo menos que sea cierto; ¡Qué ceguedad el pretender estar mejor instruido de lo que no se ha visto, que todos cuantos fueron espectadores del hecho, y tuvieron una gran parte en lo mismo que refieren! ¡Qué impiedad el negar á Dios el

poder de obrar sobre las leyes naturales! ¡Qué contradiccion, exigir pruebas sobrenaturales para creer, y resistirse á creer porque estas pruebas son sobrenaturales! ¡Qué ventaja para la Religion el tener tantos testigos prontos á dar la vida, y que la dan en efecto, para testificar la verdad; y qué ventaja tambien no tener por enemigos sino hombres que dudan porque se les antoja dudar, y que á pruebas las mas ciertas y palpables no saben oponer sino una irracional desconfianza!

Pero si semejante desconfianza tan visiblemente injusta, tuviera algun pretexto con respecto á los hechos milagrosos; ¿cómo puede tener lugar con respecto á las profecias, cuya prueba subsiste, y de la cual podemos asegurarnos por nosotros mismos?

CAPITULO III.

De que género de profecias se trata aquí, pues pueden considerarse en tres grados.—Las primeras profecias sirven para hacer esperar las mas recientes y distantes de aquellas, y el cumplimiento de estas confirma las primeras.—Pruebas particulares de la verdad de las profecias de Isaias.—De la verdad de las profecias de Isaias se deduce por consecuencia necesaria que todas sus palabras son divinas.

ARTICULO I.

De que profecias tratamos ahora; pueden considerarse en tres órdenes ó grados.

No pretendo hablar aquí de aquella especie de profecias cuya interpretacion puede ser contestada, y el cumplimiento tenido por dudoso, pues estas tales profecias tienen un objeto en el cual no convienen los Judíos. Hablo únicamente

te de aquellas que están limitadas á hechos históricos , y cuyo cumplimiento es cierto é indudable.

Las distingo en tres clases. Las unas fueron cumplidas poco tiempo despues de ser anunciadas públicamente. Las otras han tenido su cumplimiento un poco mas tarde , pero le ha presenciado el profeta mismo que las prenunció. Las últimas han tenido un objeto mucho mas distante , y que ha pasado mucho mas allá de la vida del profeta mas las varias predicciones que habia hecho estaban tan enlazadas entre sí , que las mas distantes tocaban de muy cerca á las cuyo cumplimiento preparaba el posterior.

ARTICULO II.

Las primeras profecías sirven para hacer esperar las mas distantes , y el cumplimiento de estas confirma las primeras.

Si los profetas no hubiesen predicho sino sucesos muy distantes , hubiera debido aguardarse mucho tiempo para saber si eran profetas . y no hubieran podido gozar de autoridad alguna durante su vida.

Si por el contrario , no hubiesen profetizado sino sucesos muy próximos . hubiérase podido sospechar que estaban instruidos de ellos por medios naturales , y la persuasion de que hablaban por el espíritu de Dios hubiera parecido menos fundada.

Y si de otra parte no hubiesen en cierto modo enlazado los sucesos próximos con los mas distantes por medio de predicciones que debian cumplirse en el intervalo , la distancia entre ambos extremos hubiera echado á perder el fruto de sus profecías , siendo olvidadas ya las primeras , y no esperadas las segundas.

Por el cumplimiento de las primeras adquiria el profeta autoridad legítima , y hacia aguardar el cumplimiento de las siguientes. Estas añadian á su autoridad una completa

certidumbre de que su luz venia de Dios, y que todo lo que le era revelado para tiempos mas remotos, se cumpliria tan infaliblemente como lo que habia predicho para un tiempo cercano. Los monumentos públicos daban testimonio de lo que estaba ya cumplido, cuya memoria pasaba á sus hijos por las instrucciones que se les daban; y estos, combinando lo que sucedia á su vista con lo que habia sucedido en tiempo de sus padres, dejaban á su posteridad un profundo respeto hácia los profetas que lo habian pronunciado, y una firme esperanza de que se cumpliria tambien todo cuanto estaba contenido en sus demás predicciones.

De este modo sus libros han merecido ser mirados siempre como libros divinos. La prueba era segura y al alcance de todo el mundo. Creíase en el porvenir porque se veia lo presente, y la persuasion general de que la revelacion era divina, se fundaba en que era infalible y superior á todo conocimiento humano. Y claro está que se hubiera concluido todo lo contrario si algunos sucesos no hubiesen correspondido á su prediccion. « Escúchame, decia el profeta Jeremías á un hombre que pretendia ser enviado de Dios, escúchame, y escúcheme contigo todo el pueblo. Los profetas que han sido enviados antes de nosotros han predicho á diversos países y á grandes reinos la guerra, el hambre y otras calamidades; otros ha habido al contrario, que han pronunciado la paz, y el éxito ha hecho siempre discernir cuales eran los verdaderos enviados de Dios (1)... »

Ved ahí la única regla que se observaba; regla sencilla y fácil, cuya aplicacion estaba al alcance de la gente mas simple como de los mas ilustrados del pueblo, y era imposible que nadie con ella se engañase. Veamos ahora si esta regla, aplicada á las profecías que forman una parte tan considerable de las Escrituras santas, demuestra tambien su verdad. Empecemos por las de Isaias.

(1) Jos. 28. 7. 11.

ARTICULO III.

Pruebas particulares de la verdad de las profecías de Isaías.

El Rey de Siria y el Rey de Israel (1), que separadamente habian causado grandes pérdidas al reino de Judá, se unieron para destruirle enteramente, y vinieron á poner sitio delante de Jerusalem. Á las primeras nuevas de esta temible confederacion, Achaz rey de Judá se llenó de temor, y con él se consternó todo el pueblo. Isaías en este momento vino á asegurarle (2) públicamente que la empresa de estos dos monarcas seria vana, que dentro un corto plazo uno y otro moririan; que antes que un niño nacido sobre diez meses despues pudiese llamar á su padre y á su madre, Damasco capital de la Siria, y Samaria capital del reino de Israel, quedarian sujetas al rey de los Asirios. El suceso justificó la prediccion en todas sus partes, aunque esta se hallara fuera de toda verosimilitud.

Vimos ya con que certitud prometió algunos años despues á Ezequias (3) que Dios haria perecer milagrosamente la poderosa armada de Sennaquerib; y como realmente quedó exterminada en una noche, cuando estaba ya sin esperanza la salvacion de Jerusalem.

Mas este grande suceso le habia sido revelado mucho tiempo antes de verificarse. Habia visto en espiritu al exercito de los Asirios semejante á un rio salido de madre (4), inundando todo el país, y no dejando ver sino la cabeza, que era Jerusalem, quedando todo lo demás sumergido.

Habia anunciado ya la venida de Sennaquerib, cuando todo estaba tranquilo. Habia marcado su camino, sus jor-

(1) Isai. 7. 4. 9. et 46.

(2) Isai. c. 8. v. 2. 3. 4. 4 de los Reyes. c. 45. v. 29 y 30 y 46. v. 9.

(3) Isai. 37. 4.

(4) Isai. 8. 7 et 8.

nadas, sus campamentos, antes que aquel hubiese pensado salir de su país (1). Pasará rápidamente, decia el Profeta, por delante de tal ciudad, pernoctará en aquella, dejará sus bagajes mayores en la otra. Llegará á la última muy temprano para hacer alto, y se apresurará á venir antes que muera el dia al lugar desde donde podrá descubrir Jerusalem, y la amenazará, haciendo con la mano un gesto insultante.

Visto habia desde aquel entonces, y lo habia escrito, que este formidable ejército seria destruido por un prodigio sobrenatural (2), como lo habia sido antiguamente el de los Madianitas en tiempo de Gedeon, y el de los Egipcios en tiempo de Moisés.

Habia mas de una vez señalado las circunstancias de este prodigio; que sucederia por la noche; que al despertar, el sitio de Jerusalem pareceria un sueño (3); que Dios ahogaria el ejército de los Asirios por medio de un vapor inflamado; que esta noche seria semejante á aquella en que el Ángel hirió de muerte todos los primogénitos de los Egipcios para salvar á los Hebreos; que el estallido del trueno que habia de romper sobre los Asirios seria para Jerusalem un sonido armonioso, y como el concierto de un cántico (4); porque en efecto seria seguido de públicas acciones de gracias.

Tan precisas y tan circunstanciadas predicciones fueron las que sostuvieron la esperanza del rey Ezequías, á pesar de todo cuanto parecia contrariarla. Y no es de admirar que despues de haberse cumplido aquellas predicciones, este santo Rey con todo el pueblo se persuadiese de que Isaías era un profeta á quien Dios revelaba sus designios, y que no hablaba sino por orden suya.

(1) Isai. 40. 28 y sig.

(2) Isai. 40. 26.

(3) Isai. 29. 6. 7. y 8.

(4) Isai. 30. 31. 32 y 39.

El rey de Babilonia (1), á quien llama la Escritura Mero-dac Baladan, habiendo enviado embajadores á Ezequías para congratularle porque, estando enfermo de muerte, habia recobrado la salud, y tal vez tambien para informarse exactamente del retroceso de la sombra en el cuadrante solar de su palacio, encontró á este príncipe tan sensible al honor de su felicitacion, que Ezequías hizo ostension á sus embajadores de lo mas precioso que tenia, y luego que estos se hubieron retirado, Isaías, á quien Dios habia revelado el secreto engreimiento de corazon de Ezequías, vino á anunciarle de parte suya (2) que todos sus tesoros serian llevados á Babilonia, que príncipes nacidos de su sangre serian cautivos en ella, y reducidos por el vencedor á los ministerios mas humillantes.

Todo era en esta prediccion contrario á la verosimilitud. El rey de Babilonia era aliado y unido en intereses. Parecia además poco temible en comparacion de los reyes Asirios, cuyo yugo acababa de sacudir, y de los que era quizás aun tributario (3); y no obstante la profecia es terminante, y el príncipe no vacila de su verdad. Cumplióse al pie de la letra, y por entonces se aguardó la vuelta del cautiverio que el mismo Profeta habia muchas veces predicho en términos los mas magníficos.

« Sal del polvo, Jerusalem, habia dicho él muchos años
« antes, Sion, rompe los lazos que te tienen cautiva (4). Sal
« de Babilonia (5). Huye de los Caldeos, dando gritos de jú-
« bilo; anuncia á toda la tierra que Dios á rescatado á Ja-
« cob su servidor. Ved ahí lo que dice el Señor (6): el Re-

(1) Isai. 39. 4. Reg. 20.

(2) Isai. 39. 5. 6. 9.

(3) Parece que los Asirios conservaban autoridad en Babilonia. pues que Asscor-Haddan, sucesor de Sennaquerib, envió á la Samaria habitantes ó de su territorio ó de Babilonia. 1. Esd. 4. 2, y 4 Reg. 17. 24.

(4) Is. 52. 2.

(5) Is. 48. 20.

(6) Is. 44. 14.

«dentor y el santo de Israel: por tí pueblo mio, envié á
«Babilonia el que debe libraros de su yugo, por vosotros
«he roto sus puertas y sus baluartes. »

El Profeta sabe mas aun: señala el vencedor de Babilonia y el libertador de los Judíos por su nombre propio, y ved ahí como habla Dios de él por boca de su siervo: «Yo soy
«el señor y el autor de todas las cosas (1), el que cumplo
«con el tiempo lo que digo por boca de mi servidor, y que
«pongo en ejecucion los designios que he revelado á mis
«enviados. Yo soy el que digo á Jerusalem: tú volverás á ser
«poblada; el que digo á las otras ciudades de Judá: voso-
«tras seréis restablecidas. El Señor es quien dice á mi un-
«gido Ciro (2), á quien he tomado de la mano para sujetar
«á su persona las naciones, y hacer volver las espaldas á
«los reyes, y para abrir delante de él las puertas sin que
«ninguna pueda resistirle: Yo iré delante de tí, y humilla-
«ré los grandes de la tierra; despedazaré las puertas de
«bronce, y romperé las barras ó cerrojos de hierro. Y te
«daré á tí los tesoros escondidos, y las riquezas recónditas,
«para que sepas que yo soy el Señor, el Dios de Israel, que
«ya desde ahora te llamo por tu mismo nombre. Por amor
«de mi siervo Jacob, y de Israel mi escogido, te llamé por
«tu nombre, te puse el sobrenombre de Ungido, y tú no
«me conociste. Yo soy el Señor, y no hay otro que yo: no
«hay Dios fuera de mí; yo te ceñí la espada, y tú no me
«has conocido; y te armé á fin de que sepan todos de
«Oriente á Occidente que no hay mas Dios que yo. ¿Quién
«fuera el atrevido que pretendiera parecerse á mi (3)? Que
«llame pues al porvenir antes que sea, ó que anuncie los
«sucesos antes de verificarse, que me descubra el orden de
«mis designios. No hablo yo en secreto (4), ni en la os-
«curidad de una caverna como las falsas divinidades. ¿Quién

(1) Is. 44. 24.

(2) Is. 45. 4 y sig.

(3) Is. 44. 7.

(4) Is. 45. 19 y 21.

« puede hablar de las cosas futuras con tanta claridad tanto
 « tiempo antes que sucedan, y predecirlas con tanta cer-
 « titud? ¿No es pues evidente que yo solo soy Dios, yo solo
 « el justo y el salvador? »

¿Quién había revelado á Isaias, que murió tantos años an-
 tes del nacimiento de Ciro, el nombre de este príncipe, sus
 conquistas, la toma de Babilonia, su afeccion hácia los Ju-
 díos, y la libertad que les dió? ¿De qué incredulidad, por
 mas obstinada que sea, no triunfará tan brillante y majes-
 tuosa profecía?

El mismo Profeta anuncia clarísimamente la ruína de Ba-
 bilonia, despues de haber visto en espíritu todo el esplendor
 y toda la gloria que tuvo bajo el reinado de Nabucodo-
 nosor. « Baja (1) á humillar en el polvo tu erguida frente,
 « ó hija de Babilonia, ya no hay trono para la soberbia hija
 « de los Caldeos. En vano dijiste yo seré siempre reina, no
 « vestiré el manto de la viudez, ni seré jamás estéril. Estas
 « dos calamidades caerán en un mismo dia sobre tu cabeza.
 « Llama á tu socorro á los adivinos, á los que te encantan
 « con prestigios: sálvente tus astrólogos, los que leen en las
 « estrellas lo futuro, y que te anuncien lo que te ha de su-
 « ceder. »

« Oyendo estoy ya la voz terrible de los reyes confedera-
 « dos (Ciro rey de Persia y Darío rey de los Medos) y de los
 « pueblos que estos reúnen bajo su cetro. Babilonia, la or-
 « gullosa dominadora de provincias, el orgullo de la Cal-
 « dea, será destruida por la mano potente de Dios como las
 « ciudades nefandas de Pentápolis. No será ya mas habita-
 « da, ni volverán á edificarse sus erguidas torres, para las
 « generaciones venideras, ni los escombros de sus palacios
 « podrán servir de albergue á los pastores. Sus ruínas no
 « darán guarida sino á las fieras, y sus casas derruidas se
 « llenarán de serpientes. Yo exterminaré, dice el Señor,
 « hasta el nombre y los restos de Babilonia, y convertiré

(1) Is. 47. 47. 9. 42. 43.

« en hediondo pantano el lugar que ahora ocupa. Buscaré
 « con cuidado hasta sus últimos vestigios para borrarlos de
 « la faz de la tierra. Así lo ha jurado el Dios de los ejércitos,
 « y lo que decretó, será ejecutado.

Asombra á la verdad la exactitud con que se cumplieron todas las partes de esta profecía. Babilonia dejó de ser desde luego la ciudad dominadora; fue despoblada por las nuevas ciudades de Seleucia y de Ctesifon, que á este intento se edificaron en sus cercanías. Sus murallas no abrigaron en su recinto sino un lugar mal sano y desierto, de que se sirvieron los reyes de Persia como de un parque para la caza. Las murallas descuidadas se fueron desmoronando, y el Eufrates que dividia en otro tiempo la ciudad, no hallando ya libre su curso á causa de las ruinas amontonadas, abrióse un nuevo canal á larga distancia de su antiguo lecho. Un débil arroyo que continuó en serpentear por allí, no hallando salida formó un lago inaccesible, y los mas hábiles geógrafos no sabrían demarcar en el dia con certitud el lugar en donde estuvo situada Babilonia: tan rigurosamente se cumplió el juramento que habia hecho Dios de borrar hasta los últimos vestigios de aquella ciudad tan soberbia como desgraciada.

ARTICULO IV.

De la verdad de las profecias de Isaías se concluye por necesidad que todas sus palabras son inspiradas por Dios.

Me detengo ahora un momento para preguntar si despues de tantas pruebas, tan claras, tan seguidas, tan fuera de toda sospecha, de que Isaías era profeta, puede dejársele de mirar como tal? ¿si es hacer buen uso de la razon el resistirse á una tal evidencia? ¿y si puede, cualquiera que sea, dispensarse de respetar sus predicciones como divinas desde el momento en que se ve obligado á mirarlas como indudables?

Porque aquí no hay medio: de la verdad de las palabras de Isaías se deduce por consecuencia necesaria que son inspiradas por Dios, pues él se manifiesta siempre como inspirado: nunca habla en nombre propio; Dios es, según él mismo nos dice, quien habla siempre por su boca, asegurándonos siempre que él no es sino su intérprete y su ministro. Es necesario pues ó contradecírsele todo, ó concedérsele todo; y si se le admiten sus profecías como tales, ya no queda libertad para dudar de que sus libros sean divinos. Lo mismo sucede con todos los demás profetas. Todos hablan en nombre del Señor, no hacen mas que escucharle y repetir lo que les dice en los propios términos que se lo inspira. Y si les creemos sinceros, debemos á su palabra el mismo respeto que á la de Dios.

Esta observacion será pues aplicable á Jeremías y á todos los demás profetas que le siguen, cuyas predicciones no pueden ser ciertas sin dejar de ser divinas. Téngase presente pues en todas ellas, sin necesidad de recordarla.

CAPITULO IV.

Pruebas particulares de la verdad de las profecías de Jeremías.

—¿Porqué reveló Dios á Jeremías lo que debia suceder á todos los pueblos conocidos de los Judios?— *Continuacion de las pruebas de la verdad de las profecías de Jeremías.*— *Tres observaciones importantes sobre Jeremías.*

ARTICULO I.

Pruebas particulares de la verdad de las profecías de Jeremías.

Jeremías empezó su ministerio público bajo el reinado de Josias, rey de Judá, príncipe muy religioso, pero cuya

piedad no fue imitada por sus hijos. Faraon (1), rey de Egipto, era entonces muy poderoso, y habia sujetado casi todas las provincias hasta el Eufrates (2), y al conducir su ejército hácia este rio contra el rey de los Asirios fue cuando retó en batalla al de Josías, y mató á este príncipe que se habia opuesto temerariamente á su paso.

Á su vuelta depuso uno de los hijos de Josías (3), á quien el pueblo habia colocado en el trono, y se lo llevó cautivo á Egipto, en donde murió, y puso en su lugar á Joakim, su hijo mayor.

Parecia pues que la Judea habia de temerlo todo de parte del Egipto; pero Jeremías empieza su profecía anunciando que todas sus desgracias le vendrán de la parte del Septentrion (4), cuando el Egipto estaba al Mediodia, y designa claramente la Caldea y el Rey de Babilonia, cuando por este lado todo parecia estar tranquilo (5).

« Oído he, decia, el sonido de la trompeta, y los gritos « de los combatientes. Una calamidad llama otra calamidad; « ¿ hasta cuando veré mi pueblo en huida? Oigo los últimos « gemidos de Sion que está espirando (6).

Nadie podia ver apariencia alguna de tales calamidades, y así no eran creidas. Pero la prediccion de una hambre extraordinaria (7) que desoló el pais, y cuya amenaza habian despreciado los falsos profetas, fue una prueba de la certitud de las demás predicciones de Jeremías.

Desde el principio del reinado de Joakim, declaró Jeremías á este príncipe y á la reina (8) que caerian en la servidumbre, y que el Rey de Egipto que los habia puesto en

(1) Es llamado por sobrenombre Nechac. 4. Reg. 25. 29.

(2) Esto lo confirma el c. 4. v. 7. del libro 4. de los Reyes.

(3) Se llamaba Joachaz. Ibid. v. 31 y sig.

(4) *Dixit Dominus ad me ab Aquilone pandetur omne malum.* Jerém. 1. 14.

(5) Jer. 20. 4.

(6) Jer. 4. 49. 21. 31.

(7) Jer. 2. 43 y 44.

(8) Jer. 43. 48. 49.

el trono no podria impedir que otro los derribase de él.

Mas sus voces no fueron escuchadas , y hasta se lisonjeaba el pueblo de que Joachaz , cautivo á la sazón en el Egipto , seria soltado con honor. Pero el Profeta aseguró que moriria en el cautiverio (1) como realmente murió.

Desde el cuarto año del reinado de Joakim , la prediccion de Jeremias contra este monarca quedó justificada por el suceso. Joakim se vió forzado (2) á recibir el yugo del rey de Babilonia , y porque tuvo la temeridad de afectar independencia despues de tres años de servidumbre , quedó reducido (3) á una completa cautividad , y puesto en cadenas para ser conducido á Babilonia , á donde sin embargo no se dignó hacerle llevar el vencedor , el cual , despues de haberle quitado la vida , le negó hasta los honores del sepulcro (4) , como Jeremias se lo habia predicho en términos precisos y reiterados y en épocas diferentes.

El rey de Babilonia puso á Jechonias , hijo de Joakim , en el trono de su padre. Pero Jeremias predijo desde luego (5) que su reinado seria corto , que él y su madre moririan desterrados en Babilonia , y que este principe debia considerarse como estéril (6) , porque ninguno de sus hijos , ni aun de su posteridad subiria al trono de David.

Esta prediccion fue cumplida exactamente. Ninguno de los descendientes de Jechonias (7) tuvo la calidad de rey , ni aun despues de la vuelta de Babilonia. Y los reyes que tuvieron los Judíos desde aquella época no fueron ya mas de la casa de David.

Nabucodonosor puso en lugar de Jechonias (8) á Sedecias su tio paterno. Y creyó todo el mundo que este nuevo rei-

(1) Jer. 22. 41 y 42.

(2) Lib. 4. Reg. 24. 2.

(3) 2. Paralip. 46. Jer. 22. 48. 49.

(4) Jer. 36. 30.

(5) Jer. 22. 24. 26.

(6) Jer. 30.

(7) 2º Paral. 36. 9.

(8) 4 de los Reyes 24. 47 y 2. Paral. 36. 10.

nado seria mas feliz que los precedentes; y que Dios se portaba de un modo muy diferente con aquellos á quienes dejaba en la herencia de sus padres bajo el cetro de un príncipe de su nacion, que con aquellos á quienes habia desterrado á Babilonia bajo una dominacion extranjera.

Pero Jeremías aseguró lo contrario (1). Dijo que los desterrados regresarian á su país, que los que se habian quedado en él perecerian de mil distintos modos, y que Sedecías seria mas desventurado que su predecesor, cuya servidumbre seria de algun modo dulcificada, en vez de que la miseria del otro seria sin consuelo.

El suceso correspondió del todo á esta prediccion (2). Los desterrados regresaron á su tiempo; los que se habian quedado en la Judea fueron casi todos exterminados: Jechonías fue puesto en libertad, y tratado muy decorosamente por el sucesor de Nabuco: y Sedecías al contrario, despues de haber visto degollar á sus hijos (3), le sacaron los ojos, y acabó su vida entre cadenas.

¿Seria posible despues de tantas profecias que tan de cerca se han ido sucediendo, relativas á cuatro príncipes de la casa de David, sucesores inmediatos unos de otros, y á los dos reyes mas poderosos de naciones extranjeras, el Rey de Egipto y el Rey de Babilonia, que fueron tan exactamente cumplidas en el corto espacio de veinte y dos años (4); seria posible, repito, que despues de tales profecias, tan pronta y perfectamente verificadas por el suceso, se conservase alguna duda sobre las demás predicciones del mismo Profeta, y que se titubease en mirarlas como divinas? Por cierto que no pudiera atribuirse á la razon una duda tan poco conforme á ella; duda que solo pudiera ser efecto de una incredulidad voluntaria, cuya se-

(1) Jer. 24. 4. y sig.

(2) Jer. 52. 21 y sig.

(3) Jer. 52. 10. y 44. Eccl. 4. Reg. 25. 7.

(4) No pasaron de este decurso de tiempo los cuatro reinados de Joachaz, de Joakim, de Jechonías y de Sedecías.

creta raíz solo se hallaria en alguna pasion desordenada.

Mas yo no sé si hay incredulidad que valga contra lo que me queda que decir, tan público es y tan convincente.

Tres años habia que reinaba Joakim en Jerusalem (1), y Nabucodonosor entraba solo en el primer año de su reinado en Babilonia, cuando aseguró Jeremias que Dios (2) sujetaria á este último Príncipe no solo Jerusalem y la Judea, sino todos los pueblos vecinos que nombra en particular (3), y que ciertamente no esperaban mudar de dueños, teniendo todos príncipes que parecian bien cimentados, y en disposicion de defender su independencia.

Para dar mayor importancia y solemnidad á esta prediccion, mandó Dios á Jeremias que se hiciese unas cadenas (4), y que poniéndoselas en su cuello, las llevase públicamente, manifestando por sus palabras lo que ellas significaban. Así las llevó por muchos años, sin que nadie se intimidase por este espectáculo.

Mas en los dias primeros del reinado de Sedecias, cuando Jerusalem se hallaba llena de enviados de los príncipes vecinos que habian venido á felicitar al jóven Monarca por su elevacion al trono, Jeremias recibió orden de Dios de presentar cadenas á cada uno de estos enviados (5), y mandarles de parte de Dios que las llevasen á sus amos y les informasen de lo que habian oido. « Ved ahí lo que
« manda el Señor Dios de los ejércitos, el Dios de Israel (6)
« esto diréis á vuestros señores. Yo soy el que por mi om-
« nipotencia y extendiendo mi brazo crié la tierra, los
« hombres y los animales de que aquella está poblada,

(1) Jer. 25. 1.

(2) Ibid. 9.

(3) Todos estos pueblos van nombrados en este capitulo, desde el versículo 8. hasta el 27.

(4) Jer. 17. 1 y 2.

(5) Jer. 27. 3.

(6) Jer. 27. 42. y sig.

« dando su imperio al que plugo á mis ojos, Sabed pues
 « que ahora todas estas tierras las he puesto en manos de
 « Nabucodonosor, rey de Babilonia, mi siervo. Y á él, y
 á su hijo y á su nieto servirán todos estos pueblos, hasta
 « que venga su tiempo á uno y á otro. »

¿ Cuán cierto debía estar de su mision el Profeta, que tan públicamente se expusiera al peligro de ser desmentido por el suceso? ¿ Y cuán inexcusable seria el que despues de haber el suceso plenamente justificado todas las partes de esta gran profecía, no reconociera en ella el espíritu de Dios?

No se contentó Jeremías con estas predicciones generales (1). Señaló en particular la conquista futura de todas las naciones que Dios habia decretado sujetar al Rey de Babilonia; y entra en tan maravillosos pormenores, que supera la exactitud de cualquier historia, y las circunstancias estan pintadas con tal viveza y fidelidad, que nos parece estar viendo todo lo que sucede.

ARTICULO II.

Porque Dios reveló á Jeremías todo lo que debía suceder á todos los pueblos conocidos de los Judíos.

Mas para comprender toda la fuerza de esta prueba de la mision de Jeremías, es necesario observar que los Judíos estaban circuidos de muchos pueblos, cuya situacion y gobierno tenian bien conocido, y que eran ó sus enemigos ó sus aliados. Tenian al Mediodía la Idumea y el Egipto; al Oriente el país de los Moabitas, de los Ammonitas y de los Árabes; al Septentrion la Caldea y la Asiria, y al Occidente las ciudades de Sidon y de Tiro, y el país de Filistin, ó de los antiguos Cananeos. Las otras naciones les

(1) En esto emplea Jeremías desde el cap. 46 al 52.

eran poco conocidas, y como respecto de ellos casi todas eran ultramarinas, las comprendian ordinariamente bajo el nombre de Islas, ó de Costas marítimas.

Hubiera pues sido inútil el escoger estos países desconocidos para hacerlos materia de las predicciones; pues nada hubieran comprendido de ello los Judios, y era menester limitarse á aquellos pueblos de quienes tenian una exacta noticia.

De este modo pues, no habia medio alguno para disimular la falsedad de las predicciones, y cuanto mas circunstanciadas eran estas por los tiempos, por los lugares, por los sucesos, mas fácil era el conocer su verdad.

Por esto hace Dios prenunciar por Jeremías todo cuanto debia suceder á todas las naciones que rodeaban la Judea, y le revela hasta las mas pequeñas circunstancias, á fin de que por todas partes brille y resalte con evidencia la verdad de su palabra, y que todos los pueblos conocidos de los Judios den testimonio de la inspiracion de los Profetas.

(1) Isaías y Ezequiel han hecho lo mismo que Jeremías: y para dar crédito á profecias mas lejanas y mas interesantes para la salud de los hombres, han predicho con una asombrosa minuciosidad los cambios temporales que debian acontecer en su tiempo, ó pocos años despues de su muerte, á todas las naciones de que tenian noticia los Judios.

ARTICULO III.

Continuacion de las pruebas de la verdad de las profecias de Jeremías.

Seria una evasion miserable y digna de desprecio el reducir las predicciones de Jeremías sobre todas las nacio-

(1) Isaías desde el cap. 43. hasta el 32, y Ezequiel desde el cap. 25 al 33.

nes limitrofes de la Judea á simples conjeturas fundadas en lo que podia haber llegado á su noticia acerca las grandes calidades de Nabucodonosor. Lo que hasta aquí hemos visto y la sola lectura de las profecías quitan á este vano efugio hasta la menor sombra de verosimilitud.

Mas quiero hacerme cargo por un momento de esta contestacion como si fuese un reparo formal, y pregunto: ¿sobre qué conjeturas se fundaba Jeremías para pronunciar la libertad y la vuelta de los que habian sido llevados cautivos á Babilonia? ¿Sobre qué apariencia de verdad fijaba el tiempo de su cautiverio dentro el preciso término de setenta años? ¿En qué conocimientos de política, en qué táctica de los negocios se apoyaba para señalar un término al imperio de los Babilonios y á la posteridad de Nabucodonosor; esto es, fijando á la duracion del imperio el término de setenta años y afirmando que la posteridad de Nabuco no pasaria de su nieto? ¿Y en qué reglas de prudencia y de crítica fundaba su juicio, al asegurar terminantemente que en un mismo dia todas las naciones de que habla en el capítulo XXV quedarian sujetas al Rey de Babilonia; y que el mismo Rey de Babilonia beberia (1) en la misma copa llena del vino de la cólera de Dios, copa que el Profeta presenta á todos los pueblos á quienes este Príncipe debía poner el yugo?

«Tiempo vendrá (2), dice Jeremías, en que ya no se dirá mas: vive el Señor, que libró á los hijos de Israel de Egipto, sino: vive el Señor que sacó á los hijos de Israel de la tierra del Septentrion, en la cual gemian en cautiverio.»

«Cuando el tiempo (3) que habreis pasado en Babilonia, dice el Señor, tocará el término de setenta años, yo os visitaré, y cumpliré la promesa que os hice de volveros á vuestro pais.»

(1) Jer. 25. 15 y 16.

(2) Jer. 16. 14. y 23. 7.

(3) Jer. 29. 10.

« La Judea (1) quedará desierta y desechada , y las naciones todas llevarán el yugo del Rey de Babilonia por espacio de setenta años : mas pasado este término , visitaré en persona al Rey de Babilonia y la tierra de los Caldeos , y la convertiré en desierto de interminable soledad. »

« He puesto en manos de Nabucodonosor , rey de Babilonia , mi servidor , todo este país , y todas las naciones servirán á él á su hijo y á su nieto , hasta que haya llegado el tiempo de él y de su reinado . »

¿ Podía haber cosa mas distante de la prevision natural que todos estos sucesos ? ¿ Y no obstante , podian preununciarse de un modo mas firme y mas positivo ?

Jeremías (2) en todos estos pronuncios era inspirado por una revelacion tan segura , que despues de haber predicho en dos largos capítulos todo lo perteneciente á la toma y á la ruina de Babilonia mas de seis años antes de la toma de Jerusalem , encargó á un hombre de confianza que acompañase al rey Sedecias en su viaje á Babilonia , ó para hacerle allí la corte , ó porque por orden suya leyese allí estas predicciones , terminando su lectura por esta oracion : « Señor , vos sois quien habeis fulminado contra este lugar el decreto de exterminio que acabo de leer , y quien habeis resuelto su perdicion de tal modo , que no habite ya mas en él ni hombre , ni ganado , y sea una eterna soledad. » Y encargóle tambien que cuando hubiese acabado de leer el libro en donde se hallaban escritas estas predicciones terribles , atase á él una piedra y le arrojasen al fondo del Eufrates , diciendo : « Del mismo modo será sumergida Babilonia , y nunca mas se levantará del abismo de la afliccion en que voy á sepultarla. »

¿ En qué se parecen las tímidas conjeturas de los hombres sobre el porvenir con unas profecias de este carácter ,

(1) Jer. 25. 11 y 12.

(2) Jer. 31. 39. y sig.

en las cuales tan visibles se ostentan la omnipotencia de Dios y la eficacia de su poder soberano?

Cuando Nabucodonosor sitiaba á Jerusalem en tiempo de Sedecías, el Rey de Egipto (1) vino en su socorro con un numeroso ejército. Nabucodonosor levantó el sitio para ir á su encuentro; y consultado Jeremias en este intervalo, respondió que el ejército egipcio no serviría de nada, que el Rey de Babilonia vendría de nuevo á poner el sitio, tomaría la ciudad, y la reduciría á cenizas. Y añadió estas palabras verdaderamente dignas de la grandeza y de la omnipotencia de Dios: « Aun cuando quedase desecho el ejército de los sitiadores, sin otros restos que algunos heridos, bastarían para tomar la ciudad y entregarla á las llamas. »

El mismo Profeta, después del incendio y de la ruina de Jerusalem, conducido á pesar suyo á Egipto por los que confiaban todavía hallar allí un reposo y un asilo contra el Rey de Babilonia, no se contentó con decirles, como había hecho siempre, que no encontrarían allí ni paz ni seguridad, porque vendría también el Rey de Babilonia y se haría dueño de aquel país; sino que llevó por sí mismo dos enormes piedras debajo la bóveda del palacio de Taphnis, morada de los Faraones, para ocultarlas allí (2); y aseguró á presencia de todos los Judíos, que aquellas piedras serían sacadas de aquel lugar obscuro para servir de base al trono de Nabucodonosor cuando sería dueño del Egipto.

¡ Qué luz ! ¡ qué seguridad ! ¡ y por cuán asombroso cúmulo de pruebas desde el principio hasta el fin quedan autorizadas la misión divina y las profecías de este grande hombre !

(1) Jer. 37. 6. y sig.

(2) Jer. 43. 8. 9 y 40.

ARTICULO IV.

Tres observaciones importantes sobre Jeremías.

Primera observacion.

Concluyo el exámen de estas pruebas por tres observaciones, que añadirán á su certitud un nuevo grado de evidencia que nada puede obscurecer.

Es la primera, que no solamente Jeremías no tenia el menor interés personal en ejercer el ministerio de profeta, sino que este ejercicio le exponia á continuados peligros, enconando contra su persona á los príncipes, á los sacerdotes, á los magistrados, á todo el pueblo, por las acriminaciones que les hacia, y por las muchas calamidades públicas que pronosticaba (1). Ya desde el principio de su ministerio sus propios conciudadanos intentaron quitarle la vida. Recibió muchos ultrajes del que tenia el empleo de rey de los sacrificios, y se vió por orden suya encarcelado. Se le trató de impio porque predijo que el templo seria destruido, y los sacerdotes mancomunados con los magnates le juzgaron digno de muerte (2). El rey Sedecías le hizo prender como enemigo del bien público. Los grandes del Estado le hicieron meter en un calabozo (3), en donde le tuvieron por largo tiempo. Y alcanzaron despues una nueva orden del Rey para arrojarle en un hoyo lleno de fango é inmundicia, y dejarle allá morir (4).

Mas no pudieron tan infames tratamientos debilitar su

(1) Jer. 14. 49 y 21. Ibid. 20. 2

(2) *Morte moriatur. Judicium mortis est viro huc.* Jer. 26. 8. 11.

(3) *Ingresus est Jeremias in domum laci, et in ergastulum, et sedit ibi diebus multis.* Jer. 37. 44. 45.

(4) *Submiserunt Jeremiam funibus in lacum, in quo non erat aqua sed lutum. Descendit itaque Jeremias in cœnum.* Jer. 38. 4. 6.

paciencia y su valor; y á los que querian quitarle la vida les decia: « En vuestras manos estoy, y podeis hacer de mí lo que os plazca. Pero si me haceis morir derramáis una sangre inocente que precipitará vuestra perdición y la de Jerusalem; pues en verdad el Señor me ha enviado (1) y por orden suya os he dicho todo lo que habeis oido de mí. »

Segunda observacion.

La segunda observacion es que las predicciones de Jeremías eran combatidas por falsos profetas que se decian, como él, enviados de Dios, y que eran escuchados y atendidos por los príncipes y por el pueblo, porque les prometian lo que halagaba sus deseos. En todas ocasiones estos impostores eran preferidos á Jeremías (2), cuyos consejos eran siempre desechados; y hasta el fin prevalecieron sobre sus advertencias la seduccion y la incredulidad. Mas cuando todos los acontecimientos hubieron justificado sus predicciones, y demostrado la ilusion de los falsos profetas, entonces se respetó por fuerza lo que antes no se habia creido; disipóse la impostura, y quedó vencedora la verdad.

Tercera observacion.

La tercera observacion es que muchos de aquellos falsos profetas quedaron convencidos de impostura por Jeremías de un modo que no dejaba la menor sombra de duda. Á uno de ellos llamado Ananias, que le habia arrancado las cadenas de madera que traia al cuello, y las habia roto afir-

(1) Jer. 26. 44 y 15.

(2) Todo el libro de las profecias de Jeremías es una prueba que los falsos profetas fueron siempre mas escuchados que él.

mando que del mismo modo rompería Dios dentro dos años el yugo impuesto por Nabucodonosor. « Vos acabais de romper, le dijo, unas cadenas de madera y con esto las habeis convertido en cadenas de hierro, pues así habla el Dios de Israel, el Señor de los ejércitos: He convertido el yugo de Nabucodonosor en yugo de hierro, y le he puesto sobre el cuello de todas estas naciones. No es pues el Señor quien os envía (1). La esperanza que dais al pueblo se apoya en la mentira. Moriréis este mismo año por haber hablado contra lo que Dios me revela. » Y en el séptimo mes de aquel año el falso profeta murió.

Habia en Babilonia dos profetas, llamados Achab y Sedecías, que prometían un pronto regreso á los Israelitas que estaban allí cautivos con su rey Jechonías, y que se oponían á las predicciones contrarias de Jeremías. Este Profeta aseguró que aquellos dos seductores serían castigados por Dios (2) de un modo terrible por los adulterios que encubrían bajo la máscara de la hipocresía, y por sus mentidas predicciones, y que Nabucodonosor sería el instrumento de la venganza divina, mandándoles arrojar al aceite hirviendo. Su suplicio fué público, y cargó con el peso de la imprecación contra los Judíos de Babilonia.

Así confundía Dios á los temerarios que osaban usurpar una misión que de él no habían recibido, y profanar su nombre santo, haciéndole servir para dar crédito á la mentira; y hacia ostensible la inmensa distancia que debía ponerse entre su palabra y la de los hombres, entre los profetas que hablaban animados por su espíritu, y los que no se apoyaban sino sobre vanas conjeturas. « El que no tiene sino sueños, de los como sueños, dice el Señor, y aquel á quien yo hable, anuncie con verdad mi palabra. ¿ En qué se parece el trigo á la paja? dice el Señor: ¿ No inflaman como el fuego mis palabras? ¿ no son como un martillo

(1) Jer. 28. 40 y sig.

(2) Jer. 29. 8. 9. 21. 22. 23.

« que rompe la piedra? ¿Cuál de los hombres asistió al Consejo del Señor, y escuchó sus soberanos decretos? » Ved ahí lo que hizo desvanecer tantas ficciones que lucharon algún tiempo con las predicciones de los verdaderos profetas, pues ellos fueron todos como Jeremías perseguidos por la verdad, y perseguidos á causa de ella, y este carácter de verdad es lo que ha conservado sus profecias á pesar de la conspiracion casi universal para sofocarlas y destruirlas. Todo ha cedido á la verdad, y la incredulidad misma ha contribuido á robustecerla mas y mas, dando ocasion á diversos prodigios, y verificando todas las amenazas que la incredulidad habia despreciado.

CAPITULO V.

Pruebas particulares de la verdad de las profecias de Ezequiel.

Hay en las profecias de Ezequiel, como en las de Isaías y de Jeremías, muchos caracteres de verdad que equivalen á demostraciones, y que para sus contemporáneos eran otras tantas pruebas infalibles que aquel era enviado de Dios y que estaba lleno de su espíritu, pues que sus predicciones tuvieron siempre su mas exacto cumplimiento, sirviendo las primeras de garantia á las que se referian á épocas mas lejanas.

(1). Ezequiel empezó á profetizar el año cuarto de la cautividad de Jechonías, que es tambien el cuarto del reinado de Sedecias su sucesor (2). No existia entonces la menor sombra de desavenencia entre este Príncipe y el Rey de Babilonia, el cual se habia asegurado de la fidelidad de aquel por medio de un juramento, que Sedecias se veia

(1) Ezech. 1. 1.

(2) 2. Paral. 36. 43.

obligado á guardar por el doble motivo de la Religion y de su propio interés.

(1). Pero ya entonces reveló Dios á Ezequiel que este príncipe, burlado en la confianza que habia puesto en el Rey de Egipto, se convertiría en rebelde y perjuro, y se engolfaría en una guerra cuyo término sería la ruina de Jerusalem y de toda la Judea.

No se contentó este Profeta en prenuñciar todas estas desgracias: empleó las acciones tanto como las palabras, bosquejando por sí mismo en un dibujo el sitio de Jerusalem (2). Allí demarcó las avanzadas, las líneas, las fuerzas levantadas contra ella; dirigió contra ella varias acciones de amenaza, puso entre ella y su persona un obstáculo de hierro para mostrar de una manera sensible que entre Dios y la ciudad se interponía como un muro de hierro que la privaba de las miradas y socorros divinos; y todo esto lo hizo para llamar con hechos palpables la atención de los que daban oídos á vanas profecías, no haciendo caso de sus amenazas.

No se contentó con pronosticar el hambre que devoraría á Jerusalem por causa de su sitio, sino que previno esta misma hambre con muchos años de anticipacion, y la hizo sentir á su persona tantos dias cuantos debían sufrirla los sitiados. Hizo pan (3) de todas las especies de granos, y le hizo cocer sobre pavesas impuras. Comió de él diariamente en muy corta cantidad, bebiendo el agua con la misma escasez, solo para mantener su vida. Todos los hebreos cautivos en Babilonia fueron testigos de aquella rígida y dilatada abstinencia pues duró trescientos noventa dias, y todos los que se habian quedado en Judea estuvieron informados de ella. Y pregunto ahora: si despues de haberse verificado puntualmente todas estas predicciones hay pretexto razonable para no mirar á Ezequiel como á un hombre inspirado? ¿Y

(1) Ezech. 17. 14.

(2) Ezech. 4. 4. y sig. 42. 2.

(3) Ezech 4. 9. y sig.

cómo pueden ser sospechosas de ilusion ó de fraude unas profecías que por un lado tan caras costaron al Profeta, y por otro eran tan exactamente cumplidas?

El mismo Profeta, para marcar de un modo sorprendente lo que debia suceder á los Judíos de Jerusalem y al rey Sedecías al fin del sitio se apresuró á preparar en medio del dia y á vista de todo el mundo lo necesario para una pronta partida: hizo traer sus muebles (1) y equipaje, como desocupando su casa, y por la noche se hizo sacar de su casa por una brecha abierta al intento, vendados los ojos y llevado en hombros de algunos. Y despues que estas acciones notables hubieron llamado la curiosidad y la atencion de todo el mundo, declaró que de aquel mismo modo se verian forzados los Judíos á levantar su casa y emigrar, y de la misma manera, y muy particularmente, Sedecias se veria en el apuro de tener que salvar su vida por una brecha abierta en la muralla, y que le llevarian en hombros al bajar el foso de la ciudad, despues de haberle vendado los ojos para impedir que no cayese en un vértigo á la vista del precipicio.

Añade el Profeta que en vano probará el príncipe escaparse por este medio, que caerá preso en el lazo que le habrá tendido el Señor, que será conducido á Babilonia despues de haber perdido la vista, y que morirá en el cautiverio.

La historia nos enseña que todo esto se cumplió, pero en menor detalle de lo que dice Ezequiel (2). ¿Y será posible no adorar aquí el incomprehensible conocimiento que tiene Dios de lo futuro, y no dar una entera fe al hombre privilegiado á que Dios tan perfectamente comunica este conocimiento?

Cuando nadie veia ni aun apariencias de sitio en Jerusalem, Ezequiel le ve presente ante sus ojos, y lo que es mas

(1) Ezech. 42. 4. y sig.

(2) Puede verse el libro 4.º de los Reyes, cap. 25. v. 4. 5. 6 y 7, y Jerem. c. 52. v. 7. y sig.

asombroso, el Profeta habia predicho muchos años antes hasta la duda en que estaria Nabucodonosor en si pondria sitio á Jerusalem ó á Rabbath, capital de los Ammonitas. Ezequiel habia escrito muy de antemano cual seria la irresolucion de aquel Rey, los medios que emplearia para salir de ella, y los que le determinarian á obrar.

« Yo he recibido orden de Dios (1), para señalar la ruta
 « que seguirá el rey de Babilonia, y de detenerle en el lugar
 « donde se dividen los dos caminos uno hácia Jerusalem, otro hácia Rabbath. Porque él se detendrá realmente
 « en este punto para consultar hácia que lado se dirigirá.
 « Sacará por suerte una de las dos flechas á las que pondrá
 « el nombre de dos ciudades despues de haberlas mezclado
 « con algunas otras. Preguntará á sus ídolos, consultará las
 « entrañas de las víctimas, y todas estas maneras de adivinar
 « le determinarán á tomar el camino de la derecha que
 « conduce á Jerusalem, y á dejar á su izquierda el que le
 « hubiera conducido á Rabbath y á los Ammonitas. »

¿ Qué revelacion será divina si esta no lo es? ¿ y quien, despues de visto el cumplimiento de aquella, pudiera negar á Ezequiel la calidad de profeta?

(2). La ciudad de Tiro era entonces una de las mas opulentas ciudades del mundo por su comercio, de las mejor fortificadas por su situacion y por los fuertes que la defendian, y de las que menos en peligro se hallaban de ser sitiadas, pues dominaba el mar por una poderosa flota. Ezequiel predijo que Nabucodonosor (3) se haria dueño de ella, pero que el sitio seria largo, y para dar á conocer el espíritu que le inspiraba en sus palabras, refiere lo que Dios le revela en estos términos: « El Rey de Babilonia, dice el Señor, me ha servido por medio de su ejército en el sitio de Tiro. Mucho han sufrido en él sus soldados y sus tropas han sido oprimidas por grandes trabajos,

(1) Ezech. 21. 48. y sig.

(2) Ezech. 26. 27 y 28.

(3) Ezech. 29. 17 y sig.

« y sin embargo sus servicios no han sido todavía recom-
 « pensados. Doy pues á Nabucodonosor por recompensa el
 « Egipto, y le entregaré á saqueo á su ejército para que se
 « parta sus riquezas y despojos. » ¡Qué majestad de decir!
 ¿Y quién no reconoce en estas expresiones al Arbitro del
 mundo y de los imperios? Lo menos que brilla en este len-
 guaje de majestad es la profecía, aunque sea de otra parte
 admirable.

Después de la quema de Jerusalem y del templo, y de la
 entera ruina de la nacion, los Judíos que estaban cautivos
 en Babilonia perdian ya la dulce esperanza de restablecerse
 á su patria (1) y no sabian que pensar de las promesas que
 habia hecho Dios á sus padres. Ezequiel les consoló, con-
 tándoles el prodigio que Dios le habia hecho ver, resucitán-
 do con su palabra huesos secos y áridos esparcidos por
 la superficie de la tierra, y participándoles la explicacion
 que le habia dado el Señor de aquella resurreccion milagro-
 sa. « Estos huesos, me ha dicho el Señor (2), son figura del
 « estado á que se halla reducida la casa de Israel, pero anún-
 « ciale de mi parte que yo abriré los sepulcros en los cuales
 « parece sepultada, y la restableceré en la tierra que poseyó
 en otro tiempo. El milagro que á tus ojos he obrado debe
 probarte el otro, y la resurreccion que le prometo no es
 mas increíble que la primera. »

¿Con qué respeto no leyeron esta profecía los Judíos ya
 restablecidos á su patria? ¿Y qué confianza no tuvieron en
 todo lo que les prometia para lo futuro un hombre tan ilus-
 trado y tan bien instruido de los designios de Dios, aun
 cuando parecian mas distantes de la probabilidad humana?

(1) *Pertit spes nostra*, decian, *et abissi sumus*. Ezech. 33. 44.

(2) Ezech. 37. 4. y sig.

CAPITULO VI.

Pruebas particulares de la verdad de las profecias de Daniel.
 — *No se puede sospechar que las profecias de Daniel se hiciesen despues del suceso á que se refieren.*

ARTICULO I.

Pruebas particulares de las profecias de Daniel.

Toda la profecía de Daniel está atestada de pruebas evidentes y públicas que se suceden sin interrupcion, y cuya certitud está esencialmente enlazada con la de la historia.

(1) Siendo aun muy jóven este profeta, el Rey de Babilonia tuvo un sueño misterioso, cuya idea distinta se le olvidó; pero conservaba sin embargo de él una idea confusa que le traia muy inquieto. Quiso que todas las personas de alguna reputacion por sus talentos le dijesen lo que él habia olvidado, y que se lo explicasen, condenándolos todos á muerte si no lo hacian. Daniel, que era de este número (2), y estaba comprendido en la órden general, se puso en oracion junto con tres jóvenes hebreos que corrian el mismo peligro que él, y supo por divina revelacion lo que no podia saber por vias naturales (3). Todos los sabios de Babilonia tenian un pleno conocimiento de que era imposible todo otro medio; y el Monarca mismo quedó tan convencido de que la luz descubierta á Daniel, y el sueño, y la explicacion que de él le dió el Profeta eran superiores á

(1) Dan. 2. 4. y sig.

(2) *Quærebanturque Daniel et socii ejus ut perirent.* Ib. v. 43.

(3) *Tunc Daniel misterium per visionem nocte revelatum est.* Ib. v. 19.

las fuerzas humanas (1), que quiso adorar á Daniel (2), y ofrecerle sacrificios como á una deidad. Y como disgustase á Daniel este exceso de homenaje, se contentó con colmarle de presentes, y darle una inspeccion general sobre todas las provincias, y sobre los que las gobernaban. Daniel, con el permiso del Rey, hizo participantes de su autoridad á los tres jóvenes hebreos de que hemos hablado, y que tan célebres se hicieron despues por el milagro que obró Dios conservándolos ilesos en medio de las llamas.

¿Cómo seria posible separar el uno del otro todos estos acontecimientos? ¿De dónde viene el poder extraordinario de Daniel, si no fuese verdad la revelacion que dió motivo á él? ¿Cómo los jóvenes hebreos (3), cautivos antes con Daniel, gozan de autoridad, si Daniel que les adelantó no tiene ninguna (4)? ¿Y cómo los que los acusan delante del Príncipe se los señalan por su encargo y destino, si ellos en efecto estaban confundidos con los demás cautivos?

Hallándose Nabucodonosor en el colmo de su poder y de su gloria, tuvo otro sueño que se referia á su persona, y cuya explicacion solo Daniel le pudo dar. Le dijo en términos precisos que «seria arrojado de la compañía de los «hombres, y confinado entre las bestias; que pasturaria la «yerba como ellas, y habitaria como ellas al descubierto; «que pasaria siete años enteros en este estado de abyeccion, hasta que reconociese que el Altísimo tiene un imperio absoluto sobre todos los reinos de la tierra, y que «los da á quien le place; y que despues de este intervalo, «y despues de haber confesado que todo el poder humano viene del cielo, seria restablecido en su trono por la «mano misma que le habia hecho bajar de él (5). »

Un año despues de esta prediccion, y vanagloriándose

(1) Dan. v. 44.

(2) Ibid. 46. y sig.

(3) Ibid. v. 49.

(4) Dan. 3. 12.

(5) Dan. 4. 22 y 23.

Nabucodonosor por la magnificencia y gloria á que habia hecho llegar á Babilonia , oyó una voz venida del cielo (1) que le fulminaba un decreto en los propios términos de que se habia servido Daniel. Este príncipe fué realmente arrojado de entre los hombres , cuya razon habia perdido , y confinado entre las bestias , cuyas propensiones tenia. Mas despues del tiempo señalado (2), le fue devuelto el uso de la razon , y con ella la Religion y la humildad. Reconoció que delante de Dios todos los hombres son nada ; que él es el único que domina en el cielo y en la tierra y que todo está sometido á su voluntad (3). Y entonces le buscaron todos los grandes del estado , y habiéndole encontrado , volviéronle á colocar en el trono , desde donde gobernó el imperio con mas firme autoridad y con mayor gloria de lo que habia hecho la primera vez.

Antes que semejante prediccion fuese confirmada por el suceso , era increíble en todas sus partes. La humillacion tan súbita y extraordinaria del Príncipe , la vacancia del trono por siete años , sin que nadie osase ocuparle , y la priesa que se daban los grandes en buscar despues de este término un Rey insensato ó imbécil , eran hechos enteramente faltos de toda verosimilitud. Por cuya poderosa razon cuando todo estuvo cumplido no se pudo dudar de que Dios habia revelado á Daniel un porvenir tan impenetrable á todas las humanas conjeturas.

El mismo Príncipe (4) fue quien hizo la relacion de todo. Él es el que habla en Daniel , y su declaracion misma en su propio idioma es la que transcribe Daniel en sus escritos. Asi que , nada hay tan autorizado en la historia como este monumento.

Y si se considera que la intencion de este príncipe al escribir todo cuanto le habia sucedido era de hacerlo público

(1) *Vox de caelo ruit ab hominibus ejicient te.* Dan. v. 28 y sig.

(2) Dan. 4. 31 y 32.

(3) *Ibid.* 33.

(4) Dan. 3. 98. 99 y todo el cap. 4.

á toda la tierra, y que realmente lo habia ya dirigido á todos los pueblos, se verá aun con mas certitud que Daniel nada pudo cambiar en esta relacion, y que ni aun en su mano estuvo de atribuir al principe una manifestacion que no hubiese salido de él, darla como enviado en todas las provincias, aunque nadie lo hubiese visto, y publicar en medio de Babilonia llena de judíos y de gentiles una declaracion auténtica de tal importancia, cuya falsedad todo el mundo hubiera al momento conocido.

Daniel (1) hablando á Baltasar rey de Babilonia, nieto de Nabucodonosor, en presencia de toda la corte le hizo recuerdo de la humillacion de su abuelo y de su restablecimiento, como de hechos que conocia él ya perfectamente; y en presencia de la reina su madre y de mil personas concurrentes al fin (2) le echó en cara que no se habia aprovechado de tan admirable leccion. El hecho pues es indudable, y basta por sí solo para probar que Daniel es profeta y que sus escritos son inspirados por Dios.

Durante el festin de que acabo de hablar, una mano sobrenatural escribió en tres palabras el decreto que habia pronunciado Dios contra el rey de Babilonia. Estas palabras nadie sino Daniel (3) podia leerlas y explicarlas, y es cierto que su interpretacion dependia de una revelacion divina.

Babilonia fue tomada en aquella misma noche (4) y el Rey muerto en su palacio; por manera que entre la prediccion de Daniel y el suceso hubo pocas horas de intervalo. Y no puede atribuirse sino al éxito ruidoso de esta prediccion los honores extraordinarios con que se apresuró á honrar á este Profeta el nuevo Rey de Babilonia (5). Nombróle uno de sus tres principales ministros, y su designio era el darle

(1) Dan. 5. 4 y 10.

(2) Ibid. 22. Dan. 5. 4 y 40.

(3) Dan. 5. 24 y sig.

(4) Ibid. v. 30.

(5) La Escritura le llama *Dario*. v. 31.

una autoridad general sobre todo el Imperio (4). Envidiosos de tal elevacion los grandes del Imperio sugirieron al príncipe una ley contraria á la Religion de Daniel (2), único flanco por donde podian atacarle, y le acusaron de haber desobedecido á ella, y forzaron al príncipe á que le arrojase á los leones para ser devorado, de cuyo suplicio se libró por un milagro. Y fue tan manifiesta la evidencia de este prodigio, é impresionó tanto el ánimo del monarca, como que ordenó por un decreto público (3) respetar y temer al Dios de Daniel como el solo Dios eterno, único capaz de librar de todos los peligros y de la muerte misma.

No es posible separar de esta relacion la menor circunstancia. La elevacion de Daniel, entonces ya avanzado en años (4), bajo el reinado de un príncipe nuevo y de una nacion extraña, no puede tener otra causa que la grande reputacion que le adquirieron sus profecias, y sobre todo la última. La envidia de los grandes contra él es una prueba patente de su elevacion. La ley sugerida por ellos es un efecto de su envidia, y el decreto del príncipe una consecuencia del milagro que obró Dios para proteger á su servidor. De este modo todo va enlazado, es menester ó desecharlo todo ó admitirlo todo. ¿Y cómo rechazarlo, en medio de tantos hechos públicos, de los cuales habia millones de testigos cuando se escribió su historia, en la cual va producido el mismo acto solemne del príncipe, y cuya relacion forma parte de la Religion de un pueblo entero?

Mas aun cuando la mas cavilosa y poco racional incredulidad se permitiera apurar contra la evidencia todos los recursos del sofisma y de la mala fe en lo que acabo de refe-

(4) Dan. 6. v. 4.

(2) Dan. 6 13. etc.

(3) Dan. 6. 25. y sig.

(4) Daniel habia sido conducido á Babilonia desde el primer cautiverio, despues del tercer año de *Joakim*, c. 4 y 6. Así es que continuó en él despues de 70 años, cuando *Ciro* y *Dario* le sometieron á su imperio, y entonces tenia el Profeta á lo menos 80 años.

rir, ¿ cómo pudiera no rendirse á la evidencia de lo que voy á decir ahora?

Cuando Daniel, muy jóven todavía (pues tendria sobre quince años) explicó el primer sueño de Nabucodonosor, le dijo que los diferentes metales de que se componia la estatua que en sueños habia visto (1) significaban otras tantas monarquías diferentes que se sucederian unas á otras, siendo las primeras destruidas por las segundas. Vese claramente que él designó la monarquía de los Persas y de los Medas, la de los Macedonios y la de los Romanos, pues las señala por caracteres muy fáciles de reconocer, prescindiendo de que es una prueba de ello el solo orden con que se suceden. ¿ En dónde podia ver entonces Daniel ni aquel orden ni aquella sucesion? ¿ Quién podia descubrirle el cambio de los imperios, sino Aquel que es (2) el Arbitro supremo de los tiempos y de las monarquías, que todo lo tiene ordenado por sus decretos, cuyo conocimiento revela á quien le place por una luz sobrenatural?

Si se contesta que el Profeta no nombra distintamente estas monarquías, y que se ajusta al suceso una prediccion ambigua, semejante respuesta no subsistirá mas que un momento. Porque el Profeta, despues de haber señalado en otro lugar la monarquia de los Persas y la de los Macedonios bajo el simbolo de dos bestias (3), se explica en estos clarísimos términos: El carnero (4) que tiene dos cuernos desiguales representa al Rey de los Medos y de los Persas. El cabrito que le derriba y le pisotea, es el Rey de los Griegos, y el grande cuerno que tiene este animal en su frente representa al primer autor de esta monarquía.

Aquí es preciso que se rinda la incredulidad: porque si no ha de valer la data de esta profecía, que es del tercer año,

(1) Dan. 2. 42. y sig.

(2) Dan. 2. 21 y 22.

(3) Dan. c. 8. 3. etc.

(4) Dan. v. 40. etc.

de Baltasar rey de Babilonia, mas de doce años (1) antes de la toma de esta ciudad por Ciro, pregunto: ¿por qué medio vió Daniel que el imperio de los Persas seria destruido por el de los Griegos? ¿No era esto contra toda verosimilitud? ¿Cómo pudo ver la rapidez de las conquistas de Alejandro que tan magníficamente describe con aquel sublime rasgo, diciendo que no tocaria tierra? (2) ¿Cómo pudo ver que Alejandro no tendria sucesor alguno que le igualase, y que el fundador de la Monarquía de los Griegos seria tambien el mas poderoso?

Y á estas preguntas añado ahora: ¿de dónde supo este Profeta que Alejandro no tendria hijos que le sucediesen? (3) ¿que su imperio se desmembraria en cuatro principales reinos? (4) ¿que sus sucesores serian de su nacion, pero no de su sangre? ¿y que de los escombros de una monarquía en tan poco tiempo formada habria de que componer estados tan numerosos que unos estarian en Oriente, otros en Occidente, unos al Mediodia, otros al Septentrion?

Es preciso obcecarse, no diré contra la Religion y la piedad, sino mas contra la razon misma para no abrir los ojos á una tal luz. Pero para hacerla mas viva, mas irresistible, pregunto á cualquier talento razonable, si un hombre que vivia bajo el imperio de Ciro podia predecir (5) que el cuarto de sus sucesores reuniria todas sus fuerzas contra la Grecia? Si un hombre que tan distante se hallaba del tiempo de los Macabeos podia señalar minuciosamente las persecuciones de Antioco (6) contra los Judios, la manera con que aboliria el sacrificio (7) que se ofrecia todos los dias en

(1) Baltasar reinó diez y siete años, y en el último dia de su vida fué tomada Babilonia.

(2) *Non tangebatur terram.*

(3) Dan. 11. 3. 4.

(4) Dan. 8. 22.

(5) Dan. 11. 2.

(6) Dan. 8. 23 y sig.

(7) Ibid. v. 11.

el templo de Jerusalem, la profanacion (1) que haria de este lugar santo, estableciendo en él un ídolo, y la venganza que Dios tomara de este hecho sacrilego? Yo pregunto á cualquiera, con tal que la impiedad no le haya pervertido hasta el punto de privarle de todo pudor, si cree que en el año primero del reino de los Persas se podian prenuñciar las guerras que harian los reinos Macedonios (2), sucesores de Alejandro de los reyes de Siria y de Egipto, sus mutuas invasiones, su poca sinceridad en sus tratados, sus alianzas por medio de enlaces que solo servian para cubrir el artificio?

Dios ha puesto en las profecías de Daniel una evidencia tal de que de él solo proceden, que nada puede oscurecerla, y no queda otro asilo á la impiedad que convertir maliciosamente contra estas profecías su evidencia misma, y mirarlas como hechas despues y sobre lo pasado mas bien que sobre el porvenir.

ARTICULO II.

No puede sospecharse que las profecías de Daniel sean hechas despues del suceso.

Pero esta sospecha que entró en el espíritu de los gentiles, cuando por medio de las profecías se les probaba la verdad de la Religion cristiana, queda plenamente destruida por el testimonio de los Judios que las han ido recibiendo de un siglo á otro por una tradicion no interrumpida y que remonta hasta el tiempo de los Profetas. Las profecías de Daniel en particular eran ya célebres en todo el imperio de Babilonia cuando el profeta Ezequiel, su contemporáneo,

(1) Dan. c. 11. 31.

(2) Las predicciones que tienen relacion con los reyes Macedonios de Siria y de Egipto se hallan muy minuciosamente explicadas en el cap. 41 de Daniel, y desde el v. 5. hasta el fin.

aunque mas avanzado en años y cautivo como él en la Caldea, echaba en rostro de parte de Dios al Rey de Tiro (4) el orgullo con que se arrogaba simuladamente el carácter de la Divinidad, y le preguntaba á él en tono de mofa si era mas sabio que Daniel, y si como él conocia lo mas recóndito y oculto.

Este testimonio que Dios mismo ha querido dar á la sabiduría sobrehumana y al porvenir mas oculto que habia concedido á Daniel es superior á cuanto puede imaginarse. Mas aun cuando quisiese reducirse á la simple fuerza de una deposicion de un autor contemporáneo, bastaria para testificar el tiempo de Daniel y de sus profecías, y para asegurar por la sola data la inspiracion divina que las produjo.

Encargado el mismo profeta Ezequiel de anunciar la venganza divina á los Israelitas, que se lisonjeaban con la vana esperanza de que las oraciones de algunos hombres virtuosos suspenderian el efecto de aquella venganza, les dijo que aun cuando estos tres hombres Noé, Daniel y Job (2) se hallasen reunidos á un mismo tiempo y en el mismo país que Dios hubiera resuelto castigar, ellos solos se salvarian, no pudiendo impedir que sus propias familias pereciesen. Luego en aquel entonces la virtud y la justicia de Daniel eran comparables con las de Noé y de Job (3): luego tenia reputacion de tener acerca de Dios un poder igual al de aquellos grandes hombres; y la confianza en sus oraciones y en su mediacion parecia tan bien fundada como la que se habia tenido otras veces en las súplicas de Noé y de Job, de los cuales el uno habia salvado á sus hijos y el otro á sus amigos, rogando por ellos. ¿En qué pues podia fundarse el alto concepto que se tenia del valimiento de Daniel para con Dios, y de tanta confianza en sus oraciones, sino en lo que se refiere en su profecía de que él salvó la vida á sus tres amigos y á todos los sabios de Babilonia, y que por

(1) Ezech. 48. 2. 3.

(2) Ibid. 44. 24. 26.

(3) Ibid. v. 20.

sus súplicas logró el conocimiento de un sueño misterioso ya del todo olvidado, y de la sucesion de los imperios, cuya prediccion aquella profecia contiene?

Añádase á todo esto el milagro que obró Dios haciendo que los leones respetasen la presencia del Profeta (1), y la nueva y poderosa autoridad que dió á sus escritos y á sus palabras tan pasmosa proteccion, y véase despues si es posible resistir á pruebas tan multiplicadas y tan convincentes.

No seria difícil manifestar que los otros profetas han anunciado todas cosas cuyo cumplimiento, conforme siempre á la prediccion, y del cual podian ser espectadores sus contemporáneos, servia para darles autoridad. Pero despues de lo que he dicho acerca los cuatro principales, no parece necesaria semejante discusion: en primer lugar porque todo queda probado desde que está probada la inspiracion divina de algunos libros, cuyo número, mas ó menos considerable no tiene esencial enlace con la verdad de las Escrituras en general. En segundo lugar porque en los largos escritos de los cuatro grandes profetas se hallan casi todas las materias diseminadas en los escritos de los demás, á los que sirven aquellos de caucion y garantía.

CAPITULO VII.

Todas las antiguas Escrituras pueden reducirse á tres puntos principales: al Decálogo, al culto público, á la promesa del Mesías. — Pruebas de la verdad de la Religion en el primero y último precepto del Decálogo.

Las pruebas indudables y casi sin número que se me presentan en lo sucesivo de que las Escrituras son divinas,

(1) Daniel estuvo expuesto dos veces á los leones. Mas yo solo hablo

y que les debo el mismo respeto que á la palabra de Dios, añaden á la aplicacion que ya tenia en leerlas un sincero deseo de aprovecharme de ellas, siguiendo en todo una luz tan segura y tan infalible.

ARTICULO I.

Puede reducirse á tres puntos principales todo lo contenido en las Escrituras.— Al Decálogo, al culto público, á la promesa del Mesías.

Paréceme despues de un exámen detenido, que puedo reducir á tres puntos cardinales todo lo que contienen las Escrituras que he recibido de los Judíos, á saber: lo que tiene relacion con el Decálogo y la ley natural, lo que se halla ordenado para el ejercicio exterior de la Religion y para el culto público, y la promesa de la espectacion del Mesías. Pues todo lo que mira al gobierno civil y á la policía particular de los Judíos es para mí menos interesante, porque me parece que la Religion es independiente de ello, y que puede variar la forma política ó civil de la nacion sin que sufra la Religion el menor cambio. Voy pues á ordenar mis reflexiones sobre estos tres puntos importantes, empezando por el Decálogo.

Veó claramente que el Decálogo es una publicacion nueva de una ley mas antigua (1), y que Dios dijo á los hombres en la montaña de Sinaí lo que desde un principio habia escrito en sus corazones, pero que habian borrado en parte y obscurecido mucho sus pasiones y sus errores. Al comparar lo que oigo exteriormente con los vestigios de la ley natural que han quedado en mí, reconozco todos los antiguos rasgos de la primera mano, y admiro la precision

de la que se refiere en el cap. 6., porque los Judíos no admiten en el cánon de las Escrituras la que se refiere en el cap. 44 y que nosotros no tenemos hoy día sino en griego.

(1) Exod. 20. Deuter.

y firmeza con que la ley exterior prescribe todo cuanto habian hecho incierto y vacilante los vicios y la ignorancia.

ARTICULO II.

Prueba de la verdad de la Religion en el primer precepto del Decálogo.

Por el primer precepto caen por tierra todas las falsas divinidades, y quedan reducidos á polvo todos los ídolos, y la adoracion queda reservada á un solo Dios invisible, y distante infinitamente de la materia. Con estas pocas palabras quedan confundidas todas las falsas religiones, y sin embargo estas falsas religiones habian inundado toda la tierra. Y por ahí debo entender de cuan poco socorro ha servido la razon á los hombres cuando no han tenido otra guia.

La manera con que en otros parajes se explica la adoracion que debo á Dios, es un nuevo carácter que distingue la verdadera Religion de todas las demás. « Amarás á tú « Dios, se me dice (1), con todo tu corazon, con toda tu alma, con toda tu fuerza. » Nada hay mas justo, pero nada ha sido menos conocido de los otros pueblos, y de consiguiente todos han estado envueltos en el error sobre el punto mas esencial de la Religion.

Este precepto me enseña que yo no adoro á Dios si no le amo con toda la extension de mis fuerzas. Y realmente solo un amor lleno y universal puede someter todo el corazon, y sujetarle á Dios como á un bien soberano. Todo lo que el hombre se reserva queda independiente, y todo lo que es independiente, no adora.

Me enseña tambien, y me importa infinito el saberlo, que Dios por lo que á mí toca no solo es un objeto de admira-

(1) Deuter. 6. 4. 5. y 5. 11. 43.

cion, no solo es una Majestad ante la cual debo llenarme de respeto y de temor; sino que es al mismo tiempo mi bien, mi felicidad, mi último fin; pues que exigiendo que le ame únicamente, exige tambien que no halle reposo sino en viéndole; y es evidente que no me manda un amor que me traiga siempre inquieto y que no llegue jamás á su término.

Me enseña que la Religion es un comercio de afeccion entre Dios y yo; que yo soy el primero en ser amado, pues él me manda que le ame, y que está solícito de todos mis deseos pues los exige todos, y que tiene presentes todas mis acciones, pues quiere ser el único fin de todas. Tan importantes verdades me consuelan y me llenan de júbilo. ¿Mas en dónde las hubiera yo descubierto si no me hubiesen sido reveladas? ¿Y quién hubiera podido fijar mis dudas, aumentadas por las de los demás hombres, si Dios mismo no me hubiese manifestado su voluntad y mis deberes?

Todos los preceptos que siguen al primero no necesitan sino ser publicados para que al punto se les reconozca por justos, y el entendimiento se rinde sin dificultad á la luz que los acompaña. La suprema Verdad jamás ha de ser invocada en testimonio de la mentira, ni llamada para testificar objetos frívolos. ¿Qué mas justo que el prescribir no nos ocupen todos los días de la semana los cuidados de la vida, y que debemos consagrar un dia al culto público? La regla de no hacer á los demás lo que no quisiéramos sufrir de otro es el fundamento de la sociedad, y todos los preceptos que tienen mira al prójimo son la aplicacion de este fundamento.

ARTICULO III.

Prueba de la verdad de la Religion en el último precepto del Decálogo.

Mas el último, que bastaria por sí solo si fuese bien ob-

servado, me descubre el origen de todas las injusticias de los hombres prohibiéndome (1) todos los deseos con respecto á los bienes temporales que no me pertenecen de cualquiera especie que sean.

En mí mismo reconozco que la raíz de estos deseos es la injusticia; que no basta me abstenga de una mala acción, si en mi corazón apruebo el designio y la voluntad de hacerla; que no me es permitido desear lo que no se me permite hacer, y que á los ojos de Dios soy tal como es mi corazón.

Mas ¿quién me hubiera descubierto esta secreta corrupción que en mí existe, si la ley de Dios no me hubiese dicho en términos claros y de amenaza: No desearás nada de lo que no sea tuyo? (2) ¿Qué ley había nunca llegado á tal punto? ¿Qué otra Religión había hecho un crimen de este deseo? No hay sino la verdadera que me enseñe lo que yo soy, cuales son mis males y cual es su causa.

Por la prohibición que me hace de no desear nada de lo ajeno, me advierte que no tenga apego á lo que es mío. Muéstrame otros bienes que no se disminuyen por muchos que participen de ellos; me enseña á contentarme aquí en la tierra con lo necesario, y hasta á saberme pasar sin ello si se me niega, y me procura al mismo tiempo la paz y la inocencia mandándome resistir á un apetito que es enemigo de una y otra.

Adhiérome pues con todo mi corazón á una ley tan pura y tan conforme con mis necesidades, y miro todo lo que hay en la Escritura con respecto á ella, promesas, amenazas, exhortaciones, ejemplos, como si desde un principio hubiesen sido escritos para mí, y como si yo solo estuviese obligado á aprovecharme de ellos.

(1) Exod. 20. 17.

(2) Num. *concupiscentiam nesciebam; nisi lex diceret: non concupisces.* Rom. 7. 7.

CAPITULO VIII.

El culto público prescrito por Moisés no fue establecido para siempre. — No podía ser el principal objeto de Dios ni aun con respecto á los Judíos. — Debe cesar desde el momento en que sea anunciada la verdadera justicia. — Este tiempo es el del Mesías. — Nueva prueba de que las Escrituras son divinas.

ARTICULO I.

Pruebas que el culto exterior prescrito por Moisés no tiene un enlace necesario con la Religion y que no fue establecido para siempre.

Al examinar el culto público y exterior de la Religion, tal como la prescribió Moisés á los Judíos, me formo de él una idea muy diferente de la ley natural renovada en el Decálogo, y esta diferencia me induce á creer que la verdadera piedad no depende de aquel culto, el cual no podía ser establecido para siempre.

La parte exterior de la Religion de los Judíos se reduce á cinco ó seis puntos principales: al tabernáculo, al cual sucedió el templo; al sacerdocio; á los sacrificios de diversos géneros; á las fiestas y á las solemnidades; á la circuncision y á otras leyes exteriores, varias especies de purificacion que no tenian relacion sino con el cuerpo. Todas estas cosas estan enlazadas entre sí, y no pueden despreciarse las unas sin despreciarse todas. El que atacase los sacrificios atacaria tambien el sacerdocio, y el que prescindiese de las fiestas solemnes echaria por tierra el culto público.

Y en prueba de esto, véase como habla Dios de todo esto

por boca de Isaías (1) « ¿Qué honor pretendéis darme multiplicando vuestros sacrificios? Harto estoy ya de ellos. No gusto de vuestros holocaustos. ¿Quién os mandó presentaros con tales víctimas á mi presencia? No me ofrezcáis mas sacrificios inútiles. Abomino el perfume de vuestro incienso; no sufriré mas ni las fiestas del séptimo día de la semana, ni del primero del mes, ni las otras solemnidades. Las aborrezco, me fastidian, me son inaguantables. » ¿Sería posible que hablase Dios así de un culto que debiese ser perpetuo é indispensable para agradarle? Me parece que esta suposición no puede ser mas inverosímil, y aun se opone mas á ella lo que añade el mismo Profeta en otro paraje.

« El cielo (2) es mi trono, dice el Señor, y la tierra es la tarima de mis pies. ¿Qué casa pues sería la que pretendieseis edificarme, y qué lugar sería digno de servirme de morada y de reposo? Todo lo que ven vuestros ojos es obra de mis manos; ellas hicieron el universo. ¿A quién podré mirar con ojos propicios para habitar en él de una manera particular, sino al humilde y al pobre de espíritu, de corazón contrito y que escucha todas mis palabras con tembloroso respeto? El que cree honrarme sacrificándome un buey me es tan odioso como si inmolase un hombre. Cualquiera que me ofrece el incienso, me ofende tanto como si lo ofreciera á los ídolos. »

¿Qué añadir á tan terminantes palabras? El templo no es nada: los sacrificios son tan odiosos como los homicidios: la oblación del incienso es mirada con la misma indignación que el culto de los ídolos.

Mas, se replicará: ¿no es verdad que estas palabras son demasiado fuertes? ¿El mismo Isaías no ofrecía sacrificios? ¿y aun despues de su profecía no continuaron en ofrecerlos los hombres mas religiosos y mas ilustrados de los Ju-

(1) Isai. 4. 41. y sig.

(2) Isai. 66. 4. 2 y 3.

dios? Hay pues exageracion en el lenguaje de Isaías , y pues que no debe tomarse á la letra , no puede tampoco inducirse de él consecuencia alguna contra el culto público mandado por la ley.

Muy poco se conoce la exacta verdad de la palabra de Dios cuando se le atribuyen exageraciones cuya fuerza debemos rebajar, y de las que nada podemos concluir. En este caso ya no pudiera ella servir de regla de nuestra fe, y á nosotros tocara el reformarla, reduciendo á justos y razonables límites expresiones exageradas, capaces de engañar á espíritus crédulos.

El discurso de Dios en boca de Isaías tiene dos objetos, y nos instruye en dos verdades importantes. Nos enseña que el culto exterior, aunque arreglado por orden suya, no es absolutamente esencial, y que si se le separa de la piedad interior, es inútil y se hace odioso: ved ahí el primer objeto y la primera verdad. Pero las palabras de Dios penetran mas hondo, y nos enseñan que este culto imperfecto será un dia abolido, que no subsiste sino por determinado tiempo, y solo es provisional, y que cuando quedará suprimido por otro culto mas digno de la Divinidad, el mismo crimen será querer continuar sacrificios abolidos, que si se degollasen víctimas humanas; y que será tan culpable quien se obstiene en ofrecer á Dios un incienso que ya no pide, como si le ofreciera á los ídolos. Ved ahí el segundo objeto y la segunda verdad de las dos que llenan exactamente la extension de las verdades del Profeta.

Queda no obstante en el pensamiento alguna ligera sospecha de que no tanto se dirige Isaías al culto mismo como á los crímenes del pueblo judío, que le deshonoraban y le hacian odioso, aunque fuese santo en sí mismo, y debiese para siempre subsistir.

Convengo en que el Profeta arrostra al pueblo sus crímenes; mas sus palabras recaen sobre el culto mismo, y ellas son una prediccion clara de que será abolido algun dia y que entonces pasará á ser criminal.

David le miraba como insuficiente y como debiendo un día ceder á otro su lugar. « Si hubieseis querido sacrificios (1), decia á Dios, yo os los hubiera ofrecido con júbilo, pero los holocaustos ya no os agradan. Tiempo vendrá en que aceptaréis un sacrificio de justicia, oblacones y holocaustos (dignos de vos). » Aquí no se trata ya de los pecados del pueblo sino de los sacrificios mismos, de los que dice el Profeta que Dios no los quiere, y hasta los rehusa de las manos de David su profeta y su siervo. Mas no los rechazará todos. Los sacrificios de la ley serán desechados, pero el que les sucederá será aceptado. Una nueva víctima está prometida, y de consiguiente está prenunciada la abolición de las antiguas.

ARTICULO II.

El culto exterior no es el principal designio de Dios ni aun con respecto á los Judíos.

No se contenta el profeta Jeremías con decir á los Judíos de parte de Dios: « ¿Porqué haceis venir de la Arabia el incienso (2) y de lejano país los perfumes que me ofreceis? « Vuestros holocaustos no me son agradables, vuestras victimas me disgustan; » sino que añade estas importantes palabras: « Esto dice el Señor (3): Cuando liberté á vuestros padres del Egipto no les mandé que me ofreciesen holocaustos y victimas, ni hablé de ello una palabra; mandéles solamente que escuchasen mi voz, y que andasen por el camino de mis preceptos, y en esta sola condicion fundé la promesa de ser su Dios, y que ellos serian mi pueblo. »

Tan distante está pues de la verdad que el culto exte-

(1) Salm. 50. v. 18 y 21.

(2) Jerem. 6. 40.

(3) Jerem. 7. 21. y sig.

rior (1) establecido por la ley de Moisés debiese durar siempre, que ni aun pensó Dios en él en su primer designio sobre el pueblo hebreo, y dista tanto de ser el único medio de agradarle, que todas las promesas divinas le han precedido, y son de él del todo independientes.

El mismo Moisés, aunque ministro de la ley, no descuidó el hacerlo observar así, y es de mucho peso la reflexion que hace al concluir el Decálogo. « Ved ahí, dice (2) lo que « ha mandado el Señor á todo el pueblo desde lo alto de la « montaña sin añadir ningun precepto mas. » Esta reflexion lo comprende y lo explica todo. De ella se deduce que el Decálogo por sí solo era suficiente; luego lo que á él se añadió despues no era necesario para la salud: si se estableció fue para otras miras, y pasado que sea su uso, solo servirá de testimonio y de figura, y no será ya mas ordenado.

¿ Mas para qué cargó Dios al pueblo Judío de tantos preceptos, si los del Decálogo eran suficientes? El mismo Dios nos quiso dar la razon de ello. « Cuando saqué á los Israelitas del Egipto y los hice pasar al desierto, les di mis « preceptos y les mostré mis juicios; por manera que el que « los observase, viviria (3). Pero ellos en el desierto provocaron mi indignacion, y no observaron mis preceptos, cuya observancia daba la vida. Por lo cual les di preceptos « incapaces de hacer buenos á los que los observan, y les « prescribí actos de justicia que no pueden dar la vida. »

Es evidente que los preceptos vivificantes son los del Decálogo, porque no puede observarse el primer mandamiento sin amar á Dios de todo corazon, ni el último sin resistir á todos los apetitos de la concupiscencia, y por consiguiente sin ser justo. Y es evidente tambien que los preceptos incapaces de dar bondad y vida son todas las observancias de la ley que no se dirigen á reformar el corazon, pues no

(1) Véase el Salm. 49 desde el v. 7. al 46.

(2) Deuter. 5. 22.

(3) Ezech. 20. 5. 40. 43. 25.

pasan de exteriores, y pueden subsistir con la injusticia. Y esto aparece aun mas cierto por el versículo siguiente, que parece rechazar todos los sacrificios, ó voluntarios, ó por el pecado; sin exceptuar ni aun la oblacion de los primogénitos. *Et pollui eos in muneribus suis, cum offerrent omne quod aperit vulvam, propter delicta sua.*

Verdad es que el término original de este versículo condena tan solo la costumbre impía de ofrecer los primogénitos á falsas divinidades, haciéndoles pasar por el fuego, porque aunque el Profeta no habla de fuego ni de ídolos, ó de Moloc ó de Baal, se sirve sin embargo de un vocablo (1) que solo puede significar esta ceremonia impía.

Verdad es tambien que las palabras que San Gerónimo traduce: *Propter delicta vestra*, pueden referirse á otra raíz y significar: *Ut in solitudinem* (2), ó *desolationem adducerem eos*; lo cual supone que Dios se ha irritado tanto por estos sacrificios abominables, que ha castigado á toda la nacion, convirtiéndola en desierto por medio de una desolacion general. En tal caso, no deberia atribuirse á otra cosa la voluntad de Dios con respecto á tales sacrificios, que á castigar los crímenes con crímenes mayores, como aquella voluntad divina de que habla san Pablo cuando dice (3) que Dios castiga la ingratitud y el orgullo de los filósofos infieles abandonándoles á los deseos de su corazon y á las mas vergonzosas pasiones.

De ahí nace una obscuridad que hace dudoso el sentido del Profeta, y si no tuviera mas que esta sola autoridad, no pudiera concluir de ella de un modo decisivo, como con las otras he demostrado, que bien lejos de ser las observancias de la ley necesarias para agradar á Dios, sabemos de su misma boca que su institucion es el efecto de su justo enojo, que son el castigo de la dureza y de la indecibilidad del pueblo Judío, una prueba de que es indigno de la ley

(1) *Haabir.*

(2) Rom. 1. 24. 26.

(3) *No á Ascham deliquit, sino á Schamam desolavit.*

interior y espiritual que ha despreciado, y que deben por consiguiente cesar al momento en que sea llegado el tiempo de la verdadera justicia.

ARTICULO III.

El culto exterior debe cesar desde el momento en que será anunciada la verdadera justicia.

Esto es lo que claramente nos manifiesta otro Profeta: « Abomino vuestras solemnidades, dice hablando en persona del mismo Dios, y las rechazo. Si continuais en ofrecerme holocaustos y vuestros otros sacrificios, no los admitiré. Dejad de añadir á la oblacion de las víctimas solemnes cánticos, cuyo sonido no percibo sino como un confuso ruido. No escucharé pues ni vuestras voces, ni vuestros instrumentos, sino que manifestaré el juicio y la justicia, y haré que inunden la tierra como el agua entumecida de un rápido torrente (1).

Es evidente que Dios hace andar unidas ambas cosas, á saber: la manifestacion de una verdadera justicia que se derramará no solamente sobre un pueblo particular, sino sobre todos, y la abolicion de todo lo mas solemne y respetable en el culto prescrito por la ley. Es evidente pues que la duracion de este culto y la manifestacion de la verdadera justicia estan en oposicion, y que cuanto mas crece el interés de la justicia, mas debe crecer el deseo de que sea derogado el culto judaico.

Las Escrituras mismas que los Judíos me han puesto en la mano son las que me instruyen en estas verdades, y porque las reconozco por divinas, repugno sujetarme á unos ritos cuya insuficiencia y debilidad me descubren ellas mismas, actos que estan indudablemente abolidos, si es cierto

(1) Amós. 5. 21. 22. 23 y 24.

que la verdadera justicia haya sido anunciada á toda la tierra.

Aun procedo con mas timidez en este punto, cuando considero con atencion lo que dice el Profeta de una alianza nueva, diferente de la que sirve de fundamento á la ley, y que debe sucederla y abolirla. « Dia vendrá (1) dice el « Señor, en que haré una nueva alianza con la casa de Israel y con la casa de Judá. Esta alianza no se parecerá á la que hice con sus padres cuando los tomé por la mano para sacarlos de la tierra de Egipto. Ellos fueron infieles, y quedaron sujetos á las maldiciones con que les amenacé si faltaban á mis mandatos. Mas ved cual será la alianza que yo haré con la casa de Israel. Despues de determinados dias introduciré mi ley en su interior, la inscribiré en su corazon, seré su Dios y ellos serán mi pueblo. Ya no será necesario entonces que el hombre enseñe á su próximo, y el hermano á su hermano y que le diga: conoce al Señor, pues todos me conocerán desde el mas pequeño hasta el mas grande, porque yo les perdonaré sus iniquidades y no me acordaré ya mas de sus pecados. »

Sobre esto se me ofrecen varias reflexiones. Primeramente, es necesario que la antigua alianza sea defectuosa (2) pues Dios promete otra de nueva. En segundo lugar, desde que la segunda alianza se llama nueva, es una prueba que la otra ha envejecido; y todo lo que envejece está muy próximo á su fin (3). Tengo pues razon para creer que aquella no existe, pues desde el tiempo en que hablaba el Profeta hasta el presente han pasado sobre dos mil y trescientos años. En tercer lugar, la primera alianza nada tiene que atraiga mi deseo. En caso que aun subsistiese, no subsistiria sino por sus maldiciones, pues por parte de los hombres se ha quebrantado, y sus promesas han quedado

(1) Jerem. 31. 32. y sig.

(2) S. Pablo á los Hebr. 8. 7.

(3) S. Pab. Ibid. v. 43.

sin efecto por la infidelidad de estos. Tengo, al contrario, el mayor interés en la nueva (1) porque Dios me promete en ella lo que exigia del hombre en la antigua. El mismo se encarga de la condicion que ha de hacerla durable. No me dice solamente: si me obedeces yo premiaré tu obediencia, sino que me dice que él me hará obediente.

No me da ya una ley puramente exterior, sino que la introduce en mi corazon. No la graba sobre la piedra (2), sino que la imprime en mi voluntad. La alianza consiste en la promesa de mi fidelidad y en el don de mi justicia, y no me cuido de someterme al antiguo yugo, si es que haya venido el tiempo de mi libertad.

Porque las dos alianzas son incompatibles, es menester que la una ceda el lugar á la otra. La nueva deroga la antigua, y no pueden reunirse en un tiempo mismo.

Y aun me convence mas de esta verdad aquella otra profecia que me asegura que el Arca de la alianza, tan célebre y tan respetada en la antigua ley, quedará plenamente olvidada en la nueva, sin que nadie piense ya mas en ella. « Yo os daré pastores (3) segun mi corazon, dice el Señor, « los cuales os alimentarán de ciencia y de doctrina. Ya no « se dirá mas entonces: el Arca de la alianza del Señor, ni « se conservará mas amor á ella, ni aun se guardará su « recuerdo, ni será visitada, ni existirá. »

Toda la santidad de la ley depende de la del Tabernáculo, así como la santidad del Tabernáculo consiste en el Arca que está colocada en el lugar mas recóndito y mas inaccesible (4), á donde solo el gran sacerdote tenia permiso para entrar, pero una sola vez al año. Al Arca la llamaban el trono de Dios: y parecer á su presencia, segun el literal de la ley, era parecer ante la misma Divinidad.

(1) Jerem. 31. 32.

(2) Ibid. v. 33.

(3) Jerem. 3. 45 y 46.

(4) El Arca estaba colocada en el lugar del Tabernáculo llamado el Santo de los Santos.

¿Qué viene á ser pues el Tabernáculo ó el templo, si el Arca ya no se ha de buscar ni respetar? ¿Qué será del culto público cuyo centro aquella era, si está ya olvidada, y este olvido es un efecto de Religion, un precepto de Dios? No viene su olvido de un irreligioso desprecio, sino de una nueva luz (1); es la consecuencia de un conocimiento mas sublime. El Arca pues debia ser precisamente la figura de alguna cosa mas grande, de cuya verdad gozará la nueva alianza, desapareciendo aquella como una sombra cuando haya llegado el tiempo de la realidad.

ARTICULO IV.

Pruebas de que el culto exterior debe cesar á la venida del Mesías.

¿Mas por qué señales podré reconocer yo este tiempo? Clara está en las Escrituras la promesa de una nueva alianza: no menos evidente aparece en sus páginas la incompatibilidad de dos alianzas á un mismo tiempo, pero me importa mucho el saber en que tiempo empezará la nueva.

Los profetas me la designan con precision, y la fijan todos á la venida del Mesías. Limitome por ahora á dos profecías decisivas. La primera es la siguiente: « Vos no habeis querido, Señor, ni sacrificios, ni oblation (2), vos con todo habeis formado mis oidos (ó mi cuerpo, segun interpreta San Pablo). Tampoco habeis exigido el holocausto por el pecado. Entonces he dicho yo: Aquí me teneis Señor, yo vengo, segun está escrito de mí desde el principio del libro, para hacer vuestra voluntad. Yo la acepto, ó Dios mio, y vuestra ley está en lo mas íntimo de mi corazon. »

No cabe duda que quien habla así es el Mesías. No podia tener David la presuncion de pensar que él solo pudiese

(1) V. 46.

(2) Ps. 29. 7. 8 y 9.

equivaler á todos los sacrificios ordenados por la ley; ni se creía una víctima inocente por sí mismo, y capaz de reconciliar á Dios con los demás hombres. No era él preunciado ni prometido desde el principio de las Escrituras; y sería preciso dar un giro muy violento y arbitrario á sus palabras para reducirlas á un sentido que pueda referirse á él.

A la venida pues del Mesías es cuando han de cesar todas las especies de sacrificios ordenados por la ley de Moisés. Estos nunca han sido dignos de Dios, ni capaces de agradarle, y solo los ha sufrido Dios como imágenes y figuras de una hostia única, prometida desde un principio, que debe abolirlos á todos desde el momento en que se presente. La opinion entre ambas cosas es evidente. Vos no habeis querido sacrificios, aquí me teneis. Los holocaustos no me agradan. Yo vengo en persona. El que viene, pues, suprime el uno (1) y substituye el otro.

No es menos clara la segunda profecía. Léese en el Salmo 109 y todo el mundo la aplica al Mesías, pues es imposible referirla á otro objeto. « El Señor (2) lo ha jurado, dice el « Profeta, y no retractará su juramento. Tú eres el sacerdote « eterno segun el orden de Melchisedech. »

Ved ahí un nuevo sacerdocio muy diferente del de Aaron, y por consiguiente el de Aaron queda abolido. Y en efecto, ¿cuál sería su ministerio (3) bajo las órdenes de un sacerdote eterno, que no puede tener sucesor? Y si el sacerdocio de Aaron está abolido, toda la ley de Moisés lo está tambien, pues esta ley está necesariamente ligada con el ministerio de los sacerdotes de la tribu de Levi. Y es evidente de otra parte que si el sacerdocio que es siempre la cabeza de la alianza y el fundamento del culto público es in-

(1) *Aufert primum ut sequens statuatur.* S. Pab.

(2) *Juravit Dominus et non ponitebit eum: tu es Sacerdos in aeternum secundum ordinem Melchisedech.* Ps. 109. v. 4.

(3) 27. Pablo á los Hebreos. cap. 7. v. 44 y 42.

suficiente, todo lo que está edificado sobre esta base es aun mas imperfecto.

El sacerdocio de Melchisedech existió mucho tiempo antes que el de Aaron. No se vuelve pues al primero sin declarar inútil el segundo. Nadie precedió ni siguió á Melchisedech : es pues la imágen de un sacerdote eterno (1) que no tiene principio ni fin. El Mesías, de quien era imágen es pues en la realidad el solo Sacerdote digno de Dios, á quien nadie ha precedido y á quien nadie seguirá.

El reúne dos calidades, es hostia y es sacerdote á un mismo tiempo (2). Como hostia deja abolidos todos los sacrificios de la ley ; como sacerdote deja abolido el sacerdocio. Ofreciéndose á sí mismo, declara que todo lo que antes de él se habia ofrecido no era grato á Dios (3). Ejerciendo un sacerdocio eterno, hace desaparecer el sacerdocio legal que no se perpetuaba sino por medio de hombres mortales, y que no podia ofrecer sino víctimas perecederas por la muerte.

Seguro pues estoy de que todo el ministerio exterior de la ley ha de terminar con la venida del Mesías, y no me resta para examinar sino el tiempo en que ha de venir.

ARTICULO V.

Nueva prueba de que las Escrituras son divinas.

Mas antes de entrar en esta discusion, debo reconocer una nueva señal de la verdad y de la divinidad de las Escrituras, en el juicio mismo que ellas traen de todas las observancias legales, de su insuficiencia, del designio que se habia propuesto Dios al establecerlas, y de su futura derogacion. Cuando se instituyeron, todas estas verdades esta-

(1) Ibid. v. 24.

(2) Ps. 39.

(3) Ps. 109.

ban ocultas, y parecia muy al contrario, que la salud dependia de aquellas observancias, y que su práctica estaba mandada para siempre. Solo pues una luz sobrenatural podia revelar á los profetas un secreto tan oculto y tan importante, y enseñar á hombres mas atentos que los demás en guardar hasta los mas pequeños preceptos de la ley, que estos preceptos por sí solos no podian agradar á Dios ni justificar á persona alguna.

CAPITULO IX.

La mas antigua promesa es la del Mesias: renovada á Abraham, circunscrita á la tribu de Judá y despues á la casa de David. — El último Profeta termina las Escrituras, renovándola. — La revelacion del pecado de Adan y de la condenacion de su posteridad es una prueba de la verdad de la Religion y de que las Escrituras son divinas. — La revelacion de la promesa del Mesias es otra prueba de esta verdad.

ARTICULO I.

La mas antigua promesa es la del Mesias: renovada á Abraham, circunscrita á la tribu de Judá y despues á la casa de David. — El último Profeta termina las Escrituras renovándola.

No me es posible examinar el tiempo de la venida del Mesias, sin examinar antes la promesa que de ella se hizo. Esta promesa es tan antigua como el mundo, y es la primera de que hablan las Escrituras. Hablando el Señor con la serpiente que habia seducido á Eva, le dijo: Pondré (1) eterna enemistad entre tú y la mujer, entre tu descendencia

(1) Gen. 3. 15.

y la suya. El que de ellá nacerá (1) aplastará tu cabeza, y tú andarás acechando (2) á su calcañar.

Esta misma promesa fué renovada en otros términos á Abraham: « Todos los pueblos de la tierra (3) serán bendecidos en tu posteridad ó descendencia. »

Así lo entendió Abraham, y no creyó que ni por él ni por Isaac fuesen bendecidas todas las naciones; pues la misma promesa fué hecha á Isaac (4) su hijo, y á Jacob (5) su nieto. No hubiera sido pues necesario reiterarla á Isaac si este mismo hubiese sido objeto de ella, y hubiera sido inútil renovarla á Jacob, si se hubiese ya cumplido en Isaac.

De otra parte era evidente, que si aquellos grandes patriarcas eran los depositarios y no el fin de la promesa, no habia la menor apariencia de que su posteridad natural, inferior en todo á su mérito, fuese la causa de la bendicion de todos los pueblos, y era manifiesto que tan alta prerogativa estaba reservada á aquel Hijo prometido desde el principio del mundo que debia aplastar la cabeza de la serpiente, y cuya primera y clara prediccion serviria para interpretar las siguientes.

La promesa del Mesías, en vez de pasar de Jacob á José, el mas virtuoso de la familia, fué limitada á Judá por un privilegio del todo gratuito. Su padre, al bendecirle, le ha-

(1) La palabra *Ipsa* de la Vulgata, segun el Hebreo y segun los Setenta, seguidos por muchos Padres latinos, debe traducirse *Iipse* ó *Ipsum* y referirse al que nacerá de la mujer.

(2) En el original hebreo la palabra equivalente á *insidiaberis* es la misma que la que le precede *conteret caput*. En ambos pasajes hay el mismo sentido. Y refiriendo estas últimas palabras al hijo de la mujer, tienen una explicacion muy importante, pues manifiestan que el hijo de la mujer peleará con el demonio, no empleando su divino poder sino con la flaqueza de la carne; significada por el calcañar la humanidad de Jesucristo.

(3) Gen. 22. 18.

(4) Gen. 26. 4.

(5) Gen. 28. 14.

bla así: «Judá (1), tus hermanos te colmarán de alabanzas
« y te adorarán. Y no será quitado el cetro de Juá, y se-
« rán siempre de su posteridad los caudillos del pueblo ,
« hasta la venida de aquel que debe ser enviado y que será
« el objeto de la espectacion de las naciones. »

Esta profecía es mas determinada y mas precisa que las otras, porque habla claramente del que ha de ser enviado, y que es esperado de todas las naciones, y concreta á uno solo lo que parecia dicho de una manera general de toda la posteridad de Abraham. Pero las primeras profecias habian sido entendidas en el mismo sentido.

En la tribú de Judá (2) escogió Dios la familia de Isaac, y entre sus hijos el último de todos que era David, para ser el padre del Mesías. Así lo hizo con los hijos de David, y prefirió Salomon á todos los demás, aunque fuese el mas joven, para mostrar en todo que la promesa del Mesías era gratuita, y que dependia únicamente de la misericordia divina.

La prediccion (3) del reino eterno del Mesías está entremezclada de algunas particularidades que convienen al de Salomon; pero fácil es el separarlas, y ninguno de los judíos se ha engañado en este punto. Todos han comprendido que ni David ni Salomon eran el verdadero objeto de la promesa, y si solo una representacion ó figura. Todos han esperado el Cristo ó el rey que debia nacer de David, hasta en tiempo en que su posteridad no estaba ya en el trono, y muchos profetas le llamaban David (4) para dar á entender mas vivamente que el primer David no era sino la sombra y el velo que ocultaba el verdadero.

Desde que la promesa del Mesías se fijó á la casa de David, todos los profetas han hablado de él con mas precision y claridad, y con mayor frecuencia, y serian menester dila-

(1) Gen. 49. 8 y 10.

(2) 1. Paral. 28. 4. 3.

(3) 2. Reg. 7. 14. 16. 1. Paralip. 17. 13 y 14.

(4) Jerem. 30. 9. Ibid. 37. 24. Oseas. 3. 5.

tados extractos para referir todo lo que de él han dicho. Me limitaré á citar los últimos, como los mas recientes, y como testigos los mas seguros de que no habia venido, pero que se le aguardaba. « El que es el objeto (1) de los deseos y de « la esperanza de las naciones, vendrá, dice el Señor por el « profeta Ageo, y yo colmaré de gloria el templo que se me « edifica. La gloria de este segundo templo será mayor que « la del primero, y en este lugar daré la paz, dice el Señor « de los ejércitos. No tardaré, dice el Señor por el profeta « Zacarías (2), en hacer asomar á mi servidor, que es un « sol en su oriente (3). Alégrate, hija de Sion, reboza en « júbilo, hija de Jerusalem; mira que pronto va á venirme « tu rey justo y salvador (4). »

« Estoy ya para enviar mi Angel, dice el Señor por el « profeta Malaquías, para preparar el camino delante de « mí; y al momento vendrá á su templo el rey á quien bus- « cais, y el Ángel de la alianza á quien estais deseando. Ved- « le cual viene, dice el Señor de los ejércitos (5). » « El sol « de justicia se levantará para todos los que temen mi nom- « bre, y su luz volverá la salud (6). »

Por esta promesa acaban las Escrituras que admiten los Judíos, así como por ella comienzan. Ella les deja en la esperanza de un libertador, de un rey que les dará la paz, de un sol de justicia que disipará sus tinieblas, y les volverá la salud.

Despues de esta promesa, ninguna otra han recibido. El último Profeta cesando de hablar, ha hecho enmudecer la ley; y el silencio que esta guarda despues de tanto tiempo

(1) Agg. 2. 8 y 10.

(2) Zack. 3. 8 y 6 42.

(3) Sol naciente: la version de los Setenta y S. Lucas cap. 2. v. 78 79 autorizan la traduccion que damos aquí de la palabra hebrea de que se sirve el profeta Zacarias.

(4) Ibid 9. 9.

(5) Malach. 3. 4.

(6) Malach 4. 2.

es una grande presuncion que todo quanto aguardaba está cumplido.

Mas antes de entrar en la discusion de este punto importante, debo aprovecharme de dos grandes verdades que la promesa del Mesias acaba de descubrirme.

La primera verdad es que todos los hombres son pecadores desde su nacimiento, que han perdido todo lo que se quitó al primer hombre; han sido echados como él del paraíso terrenal, y como él condenados á la muerte; por último, que Dios no pone diferencia alguna entre Adán y su posteridad.

La segunda es que Dios desea vivamente restablecer al hombre en el goce de los derechos que perdió por su caída; pero que no quiere concederle esta gracia sino por medio de un mediador que hará cesar la maldicion (1) que fue fulminada contra la tierra, y que será la fuente de una bendicion (2) que se derramará sobre todos los pueblos.

ARTICULO II.

La revelacion del pecado de Adán y de la condenacion de su posteridad es una prueba de la verdad de la Religion y de que las Escrituras son Divinas.

Y concretándome á la primera de estas verdades, preguntome á mí mismo: ¿Si hubiera podido yo descubrirla por la sola razon natural? ¿Si la conoció algun otro pueblo fuera del de los Judíos? ¿Si alguna otra religion mas que la suya la ha supuesto como el fundamento de todo? ¿Si era posible hablar de ella con mas precision y certeza de lo que hizo Moisés? ¿Y si podia este hacerlo así, sin haberlo aprendido de una tradicion que remontaba hasta el tiempo

(1) *Maledicta terra in opere tuo. Gen. 3. 17.*

(2) *Benedicentur in semine tuo omnes gentes terræ. Gen. 22. 18.*

en que Adan era inocente, y por consecuencia hasta á Dios mismo, ó sin haberlo sabido por una revelacion sobrenatural?

Y sin embargo, ¿qué es lo que se sabia cuando se ignoraba esta verdad capital, de la que dependen todas las que se refieren á la Religion? ¿Qué se conocia del hombre y de su verdadero estado? ¿Quién podia discernir lo que venia del Criador, ó lo que era castigo; lo que habia recibido, ó lo que habia perdido, lo que constituia su naturaleza, ó lo que era un desórden de ella; las inclinaciones que debia seguir, ó las que debia reprimir?

¿Qué podia comprenderse acerca el modo con que Dios habia tratado á los hombres durante tantos siglos, permitiendo que lo adorasen todos menos á él, y no manifestándose sino á un corto pueblo, único depositario de sus escrituras, de sus promesas y de su culto?

¿Qué juicio podia formarse acerca las flaquezas comunes á todos los hombres y que nacen con ellos? ¿y cómo podia prescindirse de considerar á Dios como autor de todas estas flaquezas y defectos?

¿Qué medio habia de conciliar lo que hay de grande y de noble en el hombre, con lo que hay en él de débil y de indigno? ¿Cómo concertar las asombrosas contrariedades de que está lleno? ¿Cómo deslindar el origen de una elevacion tan sublime que aspira á todo, hasta á una duracion eterna y á una felicidad infinita, y el origen de una bajeza que renuncia á todas las pretensiones sublimes, y sacrifica todos sus elevados deseos á un objeto presente por despreciable que sea?

Mas todas estas dudas se desvanecen, todos estos celajes oscuros de la razon humana reciben una luz, desde que sé que el estado en el cual veo hoy al hombre no es aquel en que le habia puesto Dios, y ya no me admiro de ver abismada en la miseria una criatura rebelde y desgraciada. Ya no hallo contrariedad en la obra de Dios, hállola tan solo entre lo que ha quedado de esta grande obra y los cambios

que ha hecho el hombre. Conozco ya á que debo atribuir tanto la elevacion como la bajeza; sé que las causas de una y otra son muy diferentes; y mientras estoy admirando restos preciosos de una primera grandeza, que conserva todavía algunos vestigios de la mano de Dios, deploro amargamente las espantosas ruínas que la imprudencia del hombre y la envidia de la serpiente han causado en tan magnífico edificio.

Antes de estar instruido acerca el cambio que sucedió en mi primera condicion, era yo para mi mismo un enigma inexplicable. Cuanto mas me afanaba en conocerme, mas sentia crecer las dificultades. Parecíame estar desterrado, y no sabia porque sentia sobre mí el peso de un castigo, y no sabia la razon ni la causa: queria restablecer el orden y la paz en mis sentidos, é ignoraba por donde habia merecido el hallar en mí mismo tanta resistencia y rebeldia. No podia comprender como siendo criado para Dios tenia de ello tan débiles deseos, cuando sentia de tan vivos hácia objetos que no eran ni mi bien ni mi destino. No podia darme razon de la propension que tengo en confundirme con mi cuerpo, y á tomarle siempre por mí, al paso que siento una extrema repugnancia en considerarme como un espíritu independiente de la materia, aunque sea esta la parte mas esencial de mi naturaleza. Caen empero todas mi perplejidades desde que sé que soy pecador y concebido en el pecado. Mi curiosidad se cambia entonces en gemido, ya no me agita la duda, pero me oprime la afliccion.

Verdad es que el modo con que el pecado de Adan ha llegado hasta mí está cubierto de obscuridades. Mas cabalmente de este punto celado por las tinieblas viene la luz que lo aclara todo. Si porque me cuesta penetrar este único punto rehusó el creerle, nada comprendo de lo demás. Dios, el hombre, el universo vuelven á entrar para mí en un abismo oscuro, en donde nada puedo descubrir. Mas si admito este único punto sin obstinarme en sondearle, todo lo demás se me vuelve claro, luminoso. Dios, el hombre, el

universo se presentan á mis ojos bajo un aspecto en el cual puedo discernir distintamente todo lo que antes me era oculto.

No tengo reparo pues en prestar mi creencia á una sola cosa , cuya fe se me recompensa por la inteligencia de tantas otras , y prefiero someter mi razon á un solo artículo que ella no comprende , pero que es revelado , á hacer que ella se rebele sobre una infinidad de otros objetos que tampoco conoce , y cuyo exámen no le prohíbe la divina revelacion.

En esto mismo reconozco tambien un carácter de verdad y de divinidad en las Escrituras que me llena de consuelo y de firmeza en mi misma fe. Porque , cuanto menos verosímil sea , humanamente hablando , el pecado del primer hombre ; cuanto menos natural nos parezca el venir en él comprendida su posteridad ; cuanto menos descubra el pensamiento humano por que justicia son culpables los hijos antes de tener libertad : mas convencido me hallo de que semejantes verdades no han podido tener otro fundamento que la revelacion divina , y si han encontrado entre los hombres quienes las creyesen es porque las pruebas de la revelacion divina eran ciertas , manifiestas , palpables.

ARTICULO III.

La revelacion de la promesa del Mesias es una nueva prueba de la verdad de la Religion y de las Escrituras.

La promesa de un libertador estaba todavía mas distante de todas las conjeturas humanas , que el pecado del primer hombre y la condenacion de toda su posteridad. Porque podíase , viendo al hombre tan miserable , conjeturar que nacia injusto , y con el estudio de la parte buena y de la parte defectuosa que en él ha quedado , concluir que cayó de su estado primitivo. ¿ Mas quién nunca hubiera pensado en

un libertador, á no haber sido prometido? ¿Y quién hubiera podido fundar una Religion sobre esta promesa, si Dios no se hubiera explicado sobre este punto desde un principio, y no hubiese sido de su agrado renovar de tiempo en tiempo una promesa libre y gratuita, que los hombres no podian adivinar, que tan poco interesaba á su natural corrupcion, y que el largo transcurso de tiempo hubiera hecho olvidar del todo ó despreciar como supuesta, á no haber tenido otros fundamentos que los humanos?

Cuando otra prueba no tuviese de la divinidad de las Escrituras, esta sola me bastaria para hacérmelas mirar como la base de la verdadera Religion. Pues ellas me enseñan lo que yo no podia saber sino por ellas, y que hubiera buscado inútilmente en otra parte.

Ellas me enseñan la única verdad que me conviene, y si yo la hubiese ignorado, todas las demás no me conducirian á ningun resultado provechoso. Las Escrituras me descubren lo que Dios es para mí y lo que soy yo para él, por cual medio puedo volver á su gracia y á su amor, sobre que esperanzas se funda el culto que le tributo, y de que modo puede este culto serle agradable. Sin estos saludables conocimientos, no hubiera hecho en toda mi vida mas que extraviarme y fatigarme, caminando por rutas que á nada me hubieran conducido.

Me hubiera presentado á Dios sin saber que le desplacia, ó hubiera creido poder reconciliármele con mis servicios. Habria ignorado que, roto todo comercio entre él y yo, estaba desterrado de sus divinos ojos, y hubiera sido siempre el objeto de su cólera, si no hubiese sido llamado por su misericordia, que debe ser el primer principio de mi penitencia y de mi reconciliacion, y que no se ha concedido esta gracia sino á los méritos del Mediador.

Sobre mi indignidad habria añadido el orgullo, acercándome á su trono sin haber aplacado su justicia. Hubiérale irritado por una vana confianza en mí, y no hubiera hecho mas que aumentar el intervalo que de él me separaba, ha-

ciendo inútiles esfuerzos para acercarme á él sin el que ha de ser el autor de mi paz, y ha de cambiar en bendicion el anatema que me habia separado de Dios para siempre.

En vano me hubiera afanado en profundas reflexiones sobre la esencia divina, sobre la grandeza y la perfeccion del Ser infinito, sobre los vestigios impresos en todas las criaturas de su poder y de su sabiduria. Me hubiera perdido en pensamientos, si bien que razonables, infructuosos; y creyéndome bastante sabio, hubiera sido tan imprudente como desgraciado, pues me hubiera sido para siempre desconocido el único sendero que guia hácia la felicidad.

Nada pues debe interesarme tanto como la promesa de un libertador, porque Dios mismo sin esta promesa no puede ser justo ni fiel sino para castigarme; y jamás respetaré bastantemente las Escrituras por darme una esperanza y un consuelo que deben hacer toda la felicidad de mi vida, y que no se contentan con descubrirme hácia donde he de caminar, sino que me enseñan el camino.

CAPITULO X.

Es cierto por pruebas evidentes que el Mesías ha venido y que Jesucristo es el Mesías. — Primera prueba sacada del cumplimiento de la profecía de Jacob.

Todo cuanto he visto hasta ahora en las Escrituras que he recibido de los Judíos, y que estos reconocen como yo mismo por divinas, ha producido en mí poderosos y fundados presentimientos de que el Mesías que ellos esperan todavía ha venido ya, y que han tenido la desgracia de desconocerle. Mas yo no quedo satisfecho con estos presentimientos, y en una cuestion de tanta importancia como la presente no quiero determinarme sino por pruebas evidentes.

Lo que se ha dicho en general sobre el Mesías y su reino no es bastante decisivo; puédesse explicar de diversos modos, y mi designio es el remover todo lo que deja alguna obscuridad. Me limitaré pues á aquellas pruebas que son sensibles y naturales, y que traen consigo una claridad que esté al alcance y juicio de todo el mundo. De este género son cabalmente las que marcan con precision el tiempo en que ha de parecer el Mesías, y por ellas voy á empezar.

La primera es la célebre profecía de Jacob, que referí ya en el precedente capítulo, y que conviene mucho profundizar. « Judá, tus hermanos te colmarán de alabanzas y te adorarán. No será quitado el cetro (1) de Judá, y habrá siempre en su posteridad caudillos (2) del pueblo, hasta la venida de aquel que ha de ser enviado (3) y que será la «espectacion (4) de todas las naciones. » Todos los antiguos Judíos han aplicado al Mesías esta prediccion, como lo atestiguan sus paráfrasis y sus antiguos monumentos, y del mismo sentir son muchos de los modernos. Mas aun quando conspirasen todos á desviar el verdadero sentido de esta profecía, aplicándola á otro, ¿con qué éxito lo intentarían? ¿no serian vanos todos sus esfuerzos?

¿No es evidente que Jacob quiere hablar aquí de aquel que le habia sido prometido, como á Isaac y á Abraban, y que debia ser la bendicion de todos los pueblos? Le designa con el título de *enviado*, como hizo despues Moisés quando dijo á Dios (5): « Enviad, Señor, os ruego al que habeis de

(1) *Sceptrum* ó *virga* Schebet. La autoridad la superioridad sobre las demás tribus.

(2) *Dux*, *legislator* *magistratus*. La palabra hebrea *Mechkek* tiene todos estos sentidos.

(3) *Qui mittendus est*. Siloch, Seitoh. La última letra es una aspiracion suave en vez de otra mas fuerte, y la semejanza entre estas dos palabras es la que ha podido producir este cambio. Es la misma palabra que *Silos* en S. Juan cap. 9 v. 7. que se ha interpretado *Missus*.

(4) *Et ipse erit expectatio*, segun el texto tal como hoy le tenemos. *Et ipsius erit congregatio gentium*, que viene á ser el mismo sentido.

(5) Exod. 4. 13.

« enviar. » Y es evidente que mira su venida como el bien general no solo de su familia, sino de todas las naciones, lo cual no puede convenir sino al Mesías.

Para entrar en el verdadero sentido de esta profecía, es preciso hacer algunas observaciones.

Judas era el cuarto hijo de Jacob (1), pero es preferido á sus hermanos mayores para ser el heredero de las promesas hechas á sus padres y para ocupar el puesto preferente.

Nadie, desde la bendición de Jacob, le ha disputado este primer lugar. Su tribu es siempre nombrada la primera cuando se trata de alguna preferencia ó de algun honor: es la primera (2) en ofrecer sus dones al Señor: tiene señalado su lugar (3) al oriente del campamento, y frente la entrada del tabernáculo desde la muerte de Josué (4), y siendo Dios consultado por todo el pueblo sobre la eleccion de un nuevo jefe, respondió que debia serlo Judá.

La autoridad real fue despues radicada á esta tribu en la persona de David y de sus descendientes; pero el mismo David reconoce que la superioridad de la tribu de Judá sobre las demás tribus era mas antigua que la dignidad real. « Dios, dice (5), ha escogido los príncipes en Judá. Esto « toca ya con los primeros tiempos, desde la bendición de « Jacob, porque despues escogió la casa de mi padre para « elevarme al trono. » Y por esto David llama á Judá (6) su rey, aun cuando él mismo era constituido rey sobre todo Israel, porque la superioridad de Judá es independiente de la

(1) Gen. 29. 45.

(2) Num. 7. 42.

(3) Num. 2. 2 y 3.

(4) Judic. 4. v. 4 y 2.

(5) L. 2 Paral. 28. 4.

(6) Ps. 59. en el hebreo 60. v. 9. Este salmo es indudablemente de David como el 407, en donde se ve repetida la misma expresion. Esta es aquella misma de que Jacob se habia servido en el original hebreo Mechekek, y es evidente que David hace alusion á ella en los dos pasajes citados: *Juda dux meus, legifer meus*, como traduce S. Gerónimo.

persona de David, y esta superioridad empezó antes que él, y continuará cuando su familia no estará ya en el trono.

Cuando las diez tribus que se separaron de las de Judá fueron dispersadas en diversas provincias por los reyes de Asiria, y no formaron mas un cuerpo visible, la de Judá se mantuvo hasta en el cautiverio, pues una parte quedó en Judea y la otra que se hallaba reunida en Babilonia y en sus contornos tenia varones ilustres, tales como Daniel y sus tres célebres amigos, el profeta Ezequiel, y algunos otros personajes que le daban una grande consideracion. Tenia con ella (1) á uno de sus reyes, á quien el sucesor de Nabuco hacia comer á su mesa, y á quien habia elevado sobre todos los príncipes destituidos ó tributarios. Y cuando Ciro restituyó la libertad á los Judíos, regresó en cuerpo esta tribu al mando de Zorobabel á su antigua patria, ó herencia, á donde no habia permitido Dios que los reyes de Babilonia enviasen colonias extranjeras, como habian enviado los reyes de Asiria á los países de las diez tribus deserradas.

Entonces la tribu de Judá fue mas pujante, mas célebre y mas ilustre que nunca, pues ella fue casi la única que sirvió de base y de fundamento al nuevo estado. Ella suministró magistrados y senadores, ella comunicó su nombre á las demás tribus, que no fueron conocidas sino bajo el nombre de Judíos, y conservó esta preeminencia hasta que en tiempo de Tito perdió á Jerusalem, el templo, todas sus ciudades, la libertad, el privilegio de formar un cuerpo visible y subsistente, y quedó reducida al mismo estado que las otras tribus, dispersa y desmembrada como ellas, sin tener ya mas ni autoridad ni jurisdiccion, y no dando mas ni jefe ni magistrados á las otras partes del pueblo, ni á sí misma.

Ved ahí pues lo que habia predicho Jacob, y que se reduce á estos dos puntos esenciales. El primero que en tanto

(1) L. 4. Reg. c. 25. v. 27. y sig.

que la tribu de Judá subsistirá , tendrá la preeminencia y la autoridad sobre las demás tribus.

Y el segundo que subsistirá y formará un cuerpo de república gobernado por sus leyes y conducido por sus magistrados , hasta que el Mesías haya venido ; no debiendo tener las otras tribus el mismo privilegio , pues que ellas serán dispersadas antes de este grandioso acontecimiento , en el cual no tendrán parte sino en cuanto esten incorporadas con la tribu de Judá.

Este sentido , tan sencillo y natural como es , está claramente contenido en los términos de la profecía , porque Jacob no dice que vendrá un día en que el cetro será dado á la tribu de Judá , y que le conservará hasta la venida del Mesías.

Sino que dice que el cetro no saldrá de Judá (1) hasta que haya venido el que ha de ser enviado. Desde aquel momento le da autoridad sobre todos sus hermanos (2). Desde entonces pone ya el cetro en sus manos , es decir , el mando y la preeminencia. Y le asegura juntamente que esta preeminencia le será conservada hasta el Mesías , y que será una prueba evidente de que habrá venido cuando la tribu de Judá no domine ya , ni forme un estado cuyos magistrados sean sacados de su seno.

La pura y vivísima luz que de sí arroja esta predicción se obscurece algun tanto si se hace diferir la autoridad de Judá hasta David , quitándole el cetro en la cautividad de Sedecías : esto es , cerca de seiscientos años antes de Jesucristo : pero todos estos inconvenientes que quitan á la profecía toda su fuerza nacen de que se da á la palabra cetro una significacion harto limitada y extricta , significacion que des-

(1) *Non recedet* (así lo trae el original) *sceptrum de Juda*. Gen. 49.

(2) *Juda , te laudabunt fratres tui ; adorabunt te filii patris tui*. Ibid.

Esta bendición tuvo su efecto desde el momento en que fué dada , como la que Jacob había recibido de Isaac : *Serviant tibi populi , et adorant te tribus : esto Dominus fratrum tuorum , et incurventur ante te filii matris tuæ*. Gen. 27. 29.

pues se ha de rechazar por necesidad, porque no puede explicarse como la tribu de Judá haya conservado el cetro despues de la cautividad de Babilonia, si se entiende por aquella palabra la autoridad real.

Al contrario, todo se va desenvolviendo y sigue sin violencia, si bajo el nombre figurado de cetro ó de baston de mando se entiende lo que entendian los antiguos; esto es, una preeminencia acompañada de autoridad, que ha sido algunas veces mas grande y marcada en la tribu de Judá, y otras menos absoluta y menos visible; pero que ha subsistido siempre, y que habiendo empezado en la profecia de Jacob, ha debido continuar hasta la venida del Mesías.

No hay mas pues que abrir los ojos é informarse: ¿en dónde está la tribu de Judá? ¿en qué país domina? ¿qué autoridad ejerce sobre las otras tribus? ¿qué magistrados y que jefes suministra á un estado visible? ¿qué diferencia va entre ella y las demás tribus dispersadas? Estos dos privilegios suyos, estan claramente abolidos. No tiene ya primacia, ni forma cuerpo subsistente, cuyos magistrados salgan de ella misma. Luego es evidente, incontestable que el Mesías ha venido.

¿Mas desde qué tiempo la tribu de Judá se halla igual á las demás y con ellas confundida? La historia nos enseña que esta confusion y mezclanza data de los tiempos de Tito y de Adriano, que acabó de exterminar los restos de Judá. Luego el Mesías debió venir antes de este tiempo, y desde entonces es tan evidente que Jesucristo es el Mesías, como lo es que el Mesías vino antes de la destruccion de Jerusalem y del templo, y la dispersion entera de la tribu de Judá.

CAPITULO XI.

Segunda prueba que el Mesias ha venido y que Jesucristo es el Mesias. — El cumplimiento de la profecía de Daniel.

No es menos clara la profecía de Daniel, y hasta marca de un modo tan preciso y circunstanciado el tiempo en que ha de parecer el Mesias, que es imposible el equivocarse en este punto.

Este Profeta (1) estaba meditando en el fin de la cautividad de Babilonia, cuyo término, fijado por Jeremías á setenta años, iba á espirar, cuando Dios se dignó revelarle el tiempo de una libertad mucho mas preciosa todavía.

« Estando, dice, en oracion, al tiempo del sacrificio de
« la tarde, he aquí al ángel Gabriel, que volando hácia mi,
« me toca y dirige estas palabras: Daniel, venido he para
« instruirte. Desde el principio de tu plegaria se ha dado la
« orden, y yo he venido para noticiártela porque tu cora-
« zon rebosa en deseos. Atiende pues á mis palabras y en-
« tiende lo que voy á revelarte.

« El tiempo de setenta semanas está fijado para tu pueblo
« y para tu santa ciudad, para que cese la prevaricacion, y
« acabe el pecado, y sea borrada la iniquidad. Y que la jus-
« ticia eterna le suceda, y sean cumplidas la revelacion y
« la profecía, y sea ungido el Santo de los Santos.

« Sepas pues, y compréndelo bien, que desde el día en
« que se diere la orden de reedificar á Jerusalem hasta el
« tiempo en que parecerá el Rey que es el Cristo, habrá sie-
« te semanas y sesenta y dos mas.

« Y las plazas de Jerusalem y sus murallas se reedificarán,

(1) Dan. 9. 2 y 3.

« aunque sea en tiempo de angustia, y pasadas sesenta y
 « dos semanas, el Cristo será entregado á la muerte, y ya
 « no tendrá pueblo, pues le habrá negado. Y el pueblo
 « acaudillado por un jefe que ha de venir desolará la ciu-
 « dad y el santuario. Su fin será semejante al de una nave
 « sumergida, y la guerra finirá por una desolacion comple-
 « ta cuyo término está prefijado. »

« (El Cristo) establecerá (1) una firme alianza con muchos
 « en una semana, y en medio de esta semana hará cesar el
 « sacrificio y la oblacion, y habrá en el templo las abomi-
 « naciones de la desolacion, y hasta á la postrer ruina que
 « está decretada sucederá desolacion á desolacion. »

Ved ahí la profecía en toda su extension, traducida del original hebreo mas bien que de la version latina, para quitar pretexto á toda contestacion.

No puede dudarse que las semanas de que habla Daniel son semanas de años, y no de dias, ni de meses, ni de otra medida mas larga que el año. Estaba meditando, como lo dice él mismo, sobre el número de setenta (2) años revelado á Jeremías, que comprende diez semanas de años, ó siete veces diez años; y Dios le descubre otra duracion que comprende siete veces esta primera, y que se compone de setenta semanas. Así, siete veces diez años son el primer número multiplicado por siete, y forman la base, y de consiguiente son años de una misma medida los que forman el fondo ó el objeto de una y de otra revelacion. De otra manera el cálculo seria incierto, cuando el Angel quiere absolutamente explicárselo todo á Daniel, y este Profeta, en vez de determinar el tiempo haria aun mas tenebroso el porvenir.

Hecha esta única observacion, todo es claro en la profecía, pues los dos términos de setenta semanas estan bien demarcados: principian por la orden dada para reedificar

(1) Dan. 9. 21. y sig.

(2) Dan. 9. 2.

las murallas de Jerusalem , y acaban con el fin de la vida del Mesías. Así pues , para hallar el segundo término basta asegurarse de la data del primero , que conocemos exactamente por la historia de Nehemias.

Este santo personaje nos dice que obtuvo de Artajerjes rey de los Persas, de quien era copero, una orden para volver á levantar las murallas de Jerusalem ; que esta orden fué expedida el año vigésimo de su reinado en el mes (1) que corresponde en parte al mes de marzo ; que fue ejecutada en el mismo año por un llamamiento general de todo el pueblo al trabajo , y que al sexto mes toda la obra estaba concluida.

Hay que contar pues desde el año vigésimo de Artajerjes, cuatrocientos noventa años , á que ascienden las setenta semanas de Daniel para llegar al fin de la vida del Mesías. Y este cálculo conduce al vigésimo segundo año de Tiberio , bajo cuyo reinado ejerció Jesucristo su ministerio público , dió su vida por la salud de los hombres , y estableció su Iglesia.

Mas para hacer aun mas clara y mas sensible la demostracion que se saca de esta profecía , es menester examinar una por una todas sus partes.

Hemos dicho (2) que se han de comenzar á contar las semanas hasta el Mesías desde el dia en que se haya dado la orden para reedificar á Jerusalem. Y acabamos de ver que está orden se dió y ejecutó el vigésimo año de Artajerjes.

Se ha dicho que las murallas de Jerusalem (3) serán reedificadas en tiempos angustiosos y en medio de muchas contradicciones ; y sabemos por Nehemias que todas las naciones limítrofes se opusieron á este designio , y que se vieron obligados (4) los Judíos á estar sobre las armas dia y

(1) Nehem. 2. 4. 5. 6. 7.

(2) Dan 9.

(3) Ibid.

(4) Nehem. 4. 3. 17.

noche, teniendo en una mano la espada y edificando con la otra.

Se ha dicho que no solo las murallas con su foso y parapetos serán vueltas á edificar, sino que las plazas (4) destruidas en Jerusalem volverán á ser habitadas. Y Nehemías nos explica esta profecía diciéndonos que el recinto de las murallas (2) no encerraba sino plazas inhabitadas; pero que él indujo á los magnates y magistrados del pueblo á que volvieran á establecerse en Jerusalem (3), haciendo sortear la décima parte de los que habian vuelto del cautiverio, para restablecer y poblar de nuevo aquella ciudad.

Ved ahí pues cumplida exactamente la primera parte de aquella profecía, y es imposible dudar de que la prediccion de Daniel en esta parte dejase de cumplirse por Nehemías.

En la segunda parte (4) de la profecía, pone Daniel alguna diferencia entre las semanas de que al principio habia hablado en conjunto, diciendo: El tiempo de setenta semanas queda fijado para vuestro pueblo y para vuestra santa ciudad.

(5) Reserva una de última en la cual el Cristo debe afirmar la alianza, y la divide en dos partes iguales.

Cuenta sesenta y nueve hasta la manifestacion del Mesias.

(6) Y compone estas sesenta y nueve semanas de dos números separados, de siete y de seis, sin duda porque las siete semanas que pone á parte tienen algun privilegio sobre las demás.

(7) Dice en fin, que despues de las sesenta y dos semanas el Cristo será entregado á la muerte, lo cual supone visiblemente que las siete semanas privilegiadas habrán en-

(4) Nehem. 4. 4. 17.

(2) Nehem. 7. 4.

(3) Nehem. 11. v. 1.

(4) Ibid. v. 44.

(5) Ibid. v. 17.

(6) Ibid. v. 15.

(7) Ibid. v. 16.

tonces pasado, y que las sesenta y nueve serán cumplidas.

(1) La explicacion de la última semana es muy fácil. El Mesías ha de emplear tres años y medio en su ministerio público y en el establecimiento de la nueva alianza, y la misma duracion tuvo el ministerio de Jesucristo. En medio de la semana el Mesías debe abolir los sacrificios antiguos, y Jesucristo los abolió en este mismo tiempo, sacrificándose á si mismo.

Las siete semanas privilegiadas, que componen una duracion de cuarenta y nueve años, comprenden toda la vida del Mesías hasta su manifestacion, y la de la Virgen su madre hasta el dia en que debia nacer de ella. Al nacimiento de esta Virgen, las promesas hechas á Abraham y á David sus progenitores, empezaron á tener su cumplimiento; y todo será preciso é importante desde el fin de la semana sexagésima segunda hasta el fin de la septuagésima que es la última.

(2) Jesucristo empezó á predicar á la edad de cerca de treinta años, segun el cómputo mas exacto. Estuvo nueve meses en el seno de su madre, la cual, segun una tradicion que merece algun respeto, tenia entonces quince años, y todos estos incidentes componen las siete semanas privilegiadas de Daniel, que son cuarenta y nueve años.

En la tercera parte de la profecia el Mesías está designado por sus caracteres mas augustos. Es (3) el Santo de los Santos, el autor de una justicia eterna, el cumplimiento de todo cuanto ha sido revelado á los profetas. Es enviado para poner término á la iniquidad, y es la víctima de expiacion que debe borrar todos los pecados.

(1) Ibid. v. 47.

(2) Suponiendo que Jesucristo nació antes de la muerte de Herodes (lo que es indudable), que S. Juan empezó á predicar el año XV de Tiberio, (lo cual es cierto); y que Jesucristo recibió de aquel el bautismo, cuando todo el mundo acudia á su Precursor, no es muy posible que hubiese empezado su ministerio público antes de los treinta años cumplidos.

(3) Dan. 9 24.

¿Quién no reconoce con estos rasgos á Jesucristo? ¿y quién, al contrario, puede aplicar esta pintura á un Mesías tal como le esperan los Judios, que sea grande no mas que segun los sentidos, y autor de una felicidad puramente temporal?

En la cuarta parte se dice claramente que el Mesías será entregado á la muerte, y que nadie (1) se declarará por él. Para esto pues es preciso que sea desechado por el Consejo de la nacion, que todos los mas sabios se engañen en cuanto á calificar su persona, que una ceguera general oculte á todo Israel el Mesías que le está prometido y á quien espera.

Es menester que el reino del Mesías sea sin ningun brillo exterior, sin pompa, sin séquito ni aparato, sin ninguno de los otros objetos que distinguen á los demás reyes, pues nadie toma su defensa, ni nadie se opone á su muerte.

Es menester que la envidia y otras pasiones hayan obscurecido los milagros que debe hacer el Mesías, segun los profetas, y que su virtud y su libertad en reprender los vicios sean las causas del odio que se le tiene, pues que todo el mundo consiente en la muerte del Santo de los Santos y del autor de una justicia eterna.

Quiere que la muerte en los designios de Dios sea el único medio de expiar los pecados, y de reconciliar los hombres, pues el Mesías es enviado para reconciliarlos, y no obstante debe ser condenado por ellos á muerte. Todo esto se sigue necesariamente. ¿Y cómo despues de tan copiosa luz, puede aun Jesucristo quedar desconocido á aquellos que con sus propias manos han puesto en ejecucion una profecía en la cual todo, hasta su propio crimen, sirve para descubrirle?

En la quinta parte se dice: « Que un pueblo (2) conducido por un principe que ha de venir, destruirá la ciu-

(1) El original trae v. 26. *et nemo ipsius ó nihil ipsi.* [Nadie estará por él, y por una consecuencia necesaria, nadie se declarará en su favor.

(2) Dan. 9. 26.

« dad y el santuario , que su fin será semejante al de las
« cosas sumergidas , y que la guerra no finirá sino por una
« completa desolacion. »

La historia sirve aquí de comentario. Los Romanos conducidos por Tito arruinaron la ciudad y abrasaron el templo. Un diluvio de calamidades se desplomó sobre los Judíos; ningun país les ha sido tan severamente prohibido como el suyo , y toda la nacion ha sido dispersada de tal modo , que aun en nuestros dias no subsiste sino diseminada por toda la tierra.

Es pues manifiesto que el Cristo ha venido y que los Judíos le han dado la muerte , pues que la venganza preunciada ha caido ya sobre sus cabezas. Así que , de todos lados la luz es viva é irresistible. Los tiempos son fijados con toda claridad , y el cómputo se presenta con la mayor facilidad. La muerte de Cristo y el cálculo de la época en que murió son evidentes ; no hay pues que raciocinar porque los hechos solos lo deciden todo. No hay mas que preguntar á los Judíos : ¿ en dónde está su templo ? ¿ en dónde está su Jerusalem ? ¿ en dónde se hallan ellos mismos ? Su castigo es visible , es tal como lo predijo el Profeta. Y su ceguedad está profetizada tambien , y ella es tambien otra prueba de que rechazaron al Mesías ; porque despues de haberle desechado está escrito que quedarán incorregibles en su obstinacion , hasta el tiempo que Dios á tenido á bien señalar : « hasta la entera ruina , (1) dice el Profeta , que está decretada , se añadirá desolacion á desolacion. » Continuará la impenitencia y continuarán tambien los castigos. El corazon de los Judíos será inflexible , y la justicia de Dios será inexorable.

Antes de acabar la explicacion de esta profecía , debo dar una aclaracion á lo que se dice en la version latina : « habrá en el templo (2) la abominacion de la desolacion ,

(1) Dan. 9. 27.

(2) Dan 9. 27.

porque no se comprende como se habrá podido colocar una abominacion, es decir, un ídolo, en el templo que fue enteramente quemado por los Romanos, y que Jesucristo que cita esta profecía de (1) Daniel dé á sus discípulos por señal de la futura destruccion de Jerusalem y de la precision de salir de la ciudad el cumplimiento de aquella circunstancia; pues no era ya tiempo de salir de ella, cuando habia ya sufrido los mayores estragos y estaba reducida á cenizas.

El texto original de Daniel no habla del templo, sino de sus alrededores (2) y del circuito de Jerusalem, á que llama él las alas ó los bordes. Veráse, dice este Profeta, en torno de la ciudad y sobre la contraescarpa de la muralla las abominaciones de la desolacion; es decir, las insignias profanas del ejército romano, adoradas por él como divinidades, y representando las imágenes ó los símbolos de los falsos dioses. Y este ejército que empezará devastando los alrededores, destruirá en fin la ciudad hasta sus cimientos.

Jerusalem era llamada en las Escrituras la ciudad Santa, la ciudad del gran Rey (3). Jesucristo y los Evangelistas le dan estos nombres del mismo modo que los Profetas, porque ella estaba consagrada al culto de Dios de una manera particular. Sus muros y todos sus contornos habian sido solemnemente dedicados en tiempo de Nehemías, y habian sido con razon mirados como santos, y como reparos de defensa á la Religion.

Por esto Jesucristo las llama un lugar santo, segun San Mateo, un lugar en que no podian ser colocados los ídolos sin profanarle (4), segun San Marcos, aunque él se explica de otro modo en San Lucas, no entendiendo con estas ex-

(1) Matt. 24. 15. 16. 17.

(2) *Al Ceneeph, super alam ú oram.* v. 27.
Luc. 21. 20 y 21.

(3) *Civitas regis magni.* Ps. 43. 3. y Matt. 5. 35. *Civitas Dei nostri.* Eod. Ps. *Sancta civitas.* Matt. 4. 5. 27. 53. La dedicacion de las murallas de Jerusalem se refiere en el libro de *Nehemias*, c. 12 v. 27. y sig.

(4) Ved los lugares de los Evangelistas arriba citados.

presiones sino el circuito ó recinto de Jerusalem.

Así nosotros sabemos por el mismo Jesucristo citando y explicando la profecía de Daniel, que esta se refiere al sitio de Jerusalem y no al templo, y que era entonces tiempo de salir de la ciudad, porque las enseñas romanas empezaban solamente á parecer sobre su territorio, y no estaban hechas todavía las líneas de circunvalacion.

Era necesario fijar el sentido de esta parte de la profecía de Daniel para impedir que las otras no pareciesen obscuras; porque este Profeta predijo tres diferentes desolaciones y tres diferentes profanaciones, que es fácil confundir, y que confundiéndolas se hacen obscuras.

La primera es la que debia tener lugar en tiempo de Antioco (1), que abolió el sacrificio perpetuo, y puso un ídolo sobre el altar del verdadero Dios.

La segunda es la que acabamos de explicar, y que se refiere al recinto de Jerusalem profanada (2).

La tercera es la que se refiere en el capitulo duodécimo, y que designa una desolacion acompañada de profanacion y de impiedad, sin especificar lo que será profanado (3).

Esta última profanacion está puesta en seguida de la de Antioco, repetida segunda vez; pero parece diferente de ella.

Las datas de las tres profecías marcan el orden y la sucesion. La primera (4) es la mas antigua. Sigue la segunda (5). Y la tercera (6), que parece referirse á los últimos tiempos, termina las revelaciones del Profeta.

(1) C. 11. v. 34. Dan. 8. 3. 4 ° Mach. 4. 57.

(2) Dan. 9. 17.

(3) Dan. 12. 11.

(4) La primera data del año tercero de Baltasar 8. 1. 12. 25.

(5) La segunda data del año primero de Dario Medo. 9. 1.

(6) La tercera data del tercer año de Ciro, que es el último año de Daniel. 20. 1. y 12. 23.

CAPITULO XII.

Tercera y cuarta pruebas. — El cumplimiento de las profecías de Ageo y de Malaquias.

ARTICULO I.

Prueba tercera.

Cumplimiento de la profecía de Ageo.

Otra profecía hay que marca de un modo preciso el tiempo en que el Mesías debe venir, y que no deja duda alguna de que ha venido ya. Es del profeta Ageo, y antes de referirla, estableceré ciertos hechos que facilitarán su inteligencia.

Los Israelitas que habian vuelto de Babilonia á Judea, por el permiso de Ciro, reedificaron el altar del verdadero Dios al primer año de su regreso (1), y en el año siguiente echaron los fundamentos del templo. Esta obra fue interrumpida por el crédito que las naciones (2) vecinas y enemigas encontraron en la corte del rey de Persia. Y no fue vuelta á emprender (3) hasta el segundo año de Dario por las vivas instancias de los profetas Ageo y Zacarías, que aseguraron al pueblo que Dios protegeria la empresa.

Este segundo templo estaba infinitamente distante de la magnificencia del primero, que habia agotado los tesoros inmensos de David y de Salomon. Era pobre y pequeño, y cuando se echaron sus primeros cimientos, los que (4)

(1) L. 2. Esd. 3. 5 y 8.

(2) 1. Esd. 4. 4. y sig.

(3) 1. Esd. 5. 1 y 2. y 6. 14. Véase tambien al profeta Ageo. c. 1. v. 2 y 4.

(4) 1. Esd. 3. 12.

en su juventud habian visto el antiguo templo derramaban lágrimas sobre el nuevo, que era una prueba de la miseria de su nacion, en tanto que los nacidos despues de la cautividad, daban gritos de júbilo porque se comenzaba á edificar el templo.

Cuando estuvo un poco levantado, entonces se conoció los estrechos límites que se habian dado á su recinto, y la impotencia que habia de embellecer su fábrica, y en este tiempo fue cuando mandó Dios al profeta Ageo que dijese lo que voy á transcribir.

« Habla (1), le dijo, á Zorobabel, jefe de Judá y á Jesus, « gran sacrificador, y á todo el pueblo, y díles: ¿ Quién hay « de vosotros que haya visto el primer templo en todo su « esplendor? ¿ Y con qué ojos mirais el presente? ¿ No es « verdad que en comparacion del primero os parece como « si no fuese? Alienta, sin embargo, Zorobabel, y cobra « valor, Jesus gran sacerdote, y cobre valor con ellos todo « el pueblo. Sed fieles á la alianza que hice con vosotros « cuando salisteis del Egipto, y mi espíritu estará con vosotros. No temais, pues, ved lo que dice el Señor de los « ejércitos: Un poco mas de tiempo, y poco distante está el « día, y yo conmoveré el cielo y la tierra y el mar. Y agitaré todas las naciones, y vendrá el que es el objeto de « los deseos de todos los pueblos. Yo llenaré de gloria este « segundo templo, dice el Señor de los ejércitos. Dueño « soy de todo el oro y de toda la plata, y la gloria de este « último templo sobrepujará á la del primero, y en este « santo lugar daré la paz, dice el Señor de los ejércitos.

Es evidente que todas las promesas que abarca esta profecía estan unidas al segundo templo, y que debieron ser cumplidas antes que fuese abrasado por los Romanos. No se necesita grande talento para deducir esta consecuencia, porque de este templo pobre, estrecho, tan diferente de la magnificencia del primero, es del que habla aquí el Profeta.

(1) Ageo. 2. 3. y sig.

Este templo ya no existe, y hay mas de diez y seis siglos que no existe, hay pues otro tanto tiempo por lo menos que todo cuanto se le prometió aquí por parte de Dios ha tenido su efecto.

Su gloria ha sido pues mayor que la del primer templo, cuyo plan y diseño habia dado Dios á David (1) que fue despues ejecutado con tanta sabiduria y magnificencia por Salomon, en el cual la presencia de Dios se hacia sensible por la nube (2) que le cubria, y en donde las primeras víctimas ofrecidas sobre el altar fueron consumidas por el fuego (3) que cayó del cielo. Mas si el Mesías no ha honrado con su presencia el segundo templo, ¿en qué puede compararse con el primero, lejos de tener sobre él alguna ventaja? ¿Y quién no ve que todo es inferior en el segundo si la verdad por si misma no ha venido á manifestarse á los hombres y á poner término á las nubes y á las figuras?

¿Quién es él Deseado de las naciones, si no el Mesías? (4) ¿Puede dársele un nombre que mas propio le sea? ¿Es posible desconocer á aquel en quien han de ser bendecidos todos los pueblos? Pues el que es el objeto de sus deseos debe venir al templo edificado por Zorobabel: el mismo es quien ha de levantar su gloria sobre la del primero: este es quien debe substituir el oro y la plata (5) que se habia prodigado en el de Salomon. El Deseado de las naciones vino pues á él pues este templo no subsiste; y el Deseado de las naciones es visiblemente Jesucristo, pues despues de su venida se destruyó el temple.

Dios promete dar la paz (6) en este templo, y esta paz no es una paz particular ni una paz temporal; es la paz misma

(1) 1. Paral. 28. 19.

(2) 2. Paral. 5. 14.

(3) 2. Paral. 7. 4.

(4) *Et veniet desideratus cunctis gentibus, et implebo domum istam gloria.*

(5) *Meum est argentum et meum est aurum. Magna erit gloria domus istius novissimæ plusquam primæ.*

(6) *Et in loco isto dabo pacem.*

por excelencia, eterna, constante, que abraza todos los bienes, y equivale á decir la reconciliacion de Dios con los hombres. Es la obra reservada al Mesías, es el fruto de su venida. Antes de la ruína del templo esta paz debia ser en él anunciada; antes que pereciese, esta paz debia ser concluida.

Pocos años despues de la muerte de Jesucristo, que habia muchas veces enseñado en este templo, quedó reducido á cenizas. Ya no hay lugar pues de preguntar si el Mesías ha venido, ó si Jesucristo es el Mesías. El lugar en que estaba antes construido el templo, hace diez y seis cientos años que ha hecho inútiles estas preguntas.

Dice Dios por el Profeta Ageo (1) que va á revolver otra vez el cielo y la tierra, y que será luego, y que entonces agitará todas las naciones. La obscuridad de las primeras palabras es un poco aclarada por las segundas, y estas se hacen mas claras por el enlace que el Profeta pone entre ellas y la duracion del segundo templo. Porque todas las naciones habian oido ya la voz del Evangelio antes de la ruína de Jerusalem y del templo. El nombre de Jesucristo era no solamente célebre en todo el pueblo Romano, sino que habia penetrado hasta las mas remotas regiones. Es pues necesario que se haya cumplido ya la primera parte de la promesa y que Dios haya revuelto segunda vez el cielo y la tierra, pues que todos los pueblos estan agitados. Es pues preciso que ya no haya de aguardarse cambio alguno en la Religion; pues el único cambio que habia que hacer está ya hecho. Luego es necesario que sea el Mesías

(1) *Adhuc semel: et brevi erit: et ego commovebo cælum et terram et mare et aridam: et movebo omnes gentes. Et veniet desideratus cunctis gentibus. Et implebo domum istam gloriã.*

S. Pablo en su Carta á los Hebreos entiende por estas palabras, *adhuc semel et commovebo cælum et terram*, el cambio de la antigua ley y del primer estado de la Religion; y es evidente que este es el sentido literal de la Escritura. *Quod autem adhuc semel dicit, declarat mobilium translationem tamquam factorum ut maneant ea quæ sunt immobilia.* Epist ad Hebr. c. 42. v. 27.

á quien estaba reservado este cambio. Luego es necesario que el Mesías haya venido antes de la ruina del templo edificado por Zorobabel, pues durante la subsistencia de este templo es cuando debe verificarse el último cambio en la Religion y el trastorno de todos los pueblos. Porque ved lo que dice el Dios de los ejércitos: Una vez mas, y este tiempo es poco distante, yo removeré el cielo y la tierra y el mar. Yo pondré en agitacion todas las naciones, y el que es el objeto de las ansias de todos los pueblos, vendrá. Yo colmaré de gloria este segundo templo.

Todo lo ha allanado la divina Providencia; y ha puesto las pruebas de la venida del Mesías al alcance de los talentos mas sencillos, fijándolas en lugares y tiempos que pueden sujetarse al juicio de los sentidos.

ARTICULO II.

Prueba cuarta.

El cumplimiento de la profecía de Malaquías.

Lo mismo puede decirse de la profecía de Malaquías, que transcribi ya en otra parte, y tiene la mayor conformidad con la de Ageo que acabo de explicar. Hállase concebida en estos términos:

« He aquí que envio mi Angel (4), dice el Señor, y él « preparará el camino delante de mí. Y luego vendrá á su « templo el Dominador á quien buscáis, y el Ángel de la « alianza, á quien quereis. Vedle, que viene, dice el Señor « de los ejércitos. »

Preguntemos á los Judíos: cuál es el Señor que aguardan, y cuál es el Ángel cuya venida desean, porque ha de establecer entre Dios y ellos una alianza eterna? Responde-

(4) Malach. 3. 4.

rán al punto que es el Mesías, y que estos caracteres solo á él pueden convenir. Añadirán que él es á quien llama en otro lugar el mismo Profeta el Sol de justicia (1) cuyos rayos de luz dan la salud.

Preguntemos luego al Profeta: ¿cuándo debe venir? Cuanto antes, responde; porque Dios está pronto á enviar delante de él un precursor que anunciará su venida: y poco tiempo despues vendrá él mismo, y se le verá en su templo. ¿Mas en qué templo? En el de Jerusalem, en el que hoy existe. ¿Y qué pruebas nos dais de ello? Que viene al momento, vedle como viene, dice el Señor de los ejércitos.

¿No es en verdad mas que evidente que seria engañar á los hombres en vez de instruirlos y consolarlos por medio de las profecías, el asegurarles que el Mesías está pronto á venir, cuando está distante mas de dos mil años, y que está para venir á un templo que será destruido mas de mil seiscientos años antes que aquel aparezca?

Porque no puede aquí tener aplicacion aquella palabra de la Escritura (2) mil años delante de Dios no son mas que un solo dia. Trátase de un tiempo fijo y determinado: trátase de un señal exterior que sirve de prueba á una prediccion: trátase de un término enlazado con la duracion del templo. Comprendo ya que esta expresion, el Ángel de la alianza debe venir cuanto antes, es compatible con un plazo muy largo segun nuestro modo de pensar. Mas cuando el Profeta ha dicho que vendrá en su templo, y que ha de venir presto, estoy cierto que ha venido ya, cuando veo que el templo aquel ya no existe. Ni necesito de otra discusion alguna para convencerme de verdad tan palpable. Y cuando se me dice en que tiempo ha sido enviado el Precursor, como le ha seguido de cerca el Ángel de la alianza, y por cuales milagros ha probado que él era el Señor del templo en donde enseñaba, no basto á admirarme de que

(1) *Orietur vobis sol justitice et sanitas in pennis ejus.* Mal. 4. 2.

(2) *Mille anni ante oculos tuos, sicut dies hesternus.* Ps. 89. 4. Pet. 3. 8.

pueda haber resistencia capaz de obstinarse á pesar de tanta luz.

CAPITULO XIII.

Continuacion de las pruebas de que Jesucristo es el Mesias prometido por las Escrituras. — La conversion de los Gentiles reservada al Mesias, que debe procurarle por medio de sus Discipulos.

ARTICULO I.

La conversion de los Gentiles es una demostracion de que Jesucristo es el Mesias.

Los profetas han predicho que el Mesias disiparia las tinieblas que cubrian antes de él toda la tierra, que ilustraria los Gentiles, que seria su libertador, como asimismo de los Judíos, y que no formaria de unos y otros sino un solo pueblo y una sola Iglesia.

« No callaré (1) dice el profeta Isaías, ni reposaré á causa
« del interés que tomo en Sion y en Jerusalem, hasta que el
« que ha de ser su justicia se levante como la luz, y el que
« ha de ser su salvador arda como una antorcha. Porque
« entonces, ó Sion, los Gentiles verán tu justicia, y todos
« los reyes presenciarán tu gloria, y llevarás el nuevo nom-
« bre que el mismo Dios te habrá dado.

El autor de la justicia, de la salud y de la gloria de Jerusalem que el Profeta con tantas ansias desea es ciertamente el Mesias. Su luz alumbrará todo el universo, y la Iglesia que someterá á los Judíos y á los Gentiles no llevará mas el

(1) Isai. 62. 1 y 2.

nombre de Sinagoga, sino el nombre mismo del Mesías, y se llamará cristiana.

« Ved ahí mi servidor sobre quien descanso (1), dice Dios « hablando del Mesías, aquel á quien escogí y en el cual « hallo mis delicias. Yo le he llenado de mi espíritu: él en- « señalará á los Gentiles la justicia ». Y dirigiendo despues la palabra al mismo Mesías, le dice: « Yo te constituí media- « dor de la alianza del pueblo, y para ser la luz de las na- « ciones, á fin de que abras la vista á los ciegos, des la « libertad á los que gimen entre cadenas, y saques de su « prision á los que estan sumidos en las tinieblas. »

No hay necesidad de explicar un texto tan claro. El Mesías ha de ilustrar todos los pueblos, enseñarles la justicia, librarles de las tinieblas y del cautiverio en que les tiene el que los engañó. Él ha sido escogido y enviado con este designio, y su obra ha de ser la conversion del mundo entero.

« Poco es, continua diciendo Dios al Mesías, poco es que « me sirvas (2) para restablecer las tribus de Jacob, y á « llamar á mí á los que me reservé en Israel. Yo te envio « para que seas la luz de las naciones, y por tí salvaré to- « dos los pueblos de un extremo al otro del globo. » « Ahí « teneis (3) dice en otra parte, al que he dado á todos los « pueblos por testigo, es decir, para instruirlos, y para « hacerles acordar de mí y de mis mandamientos, que han « olvidado, por jefe y por maestro á todas las naciones. »

No hay pues ahora mas que considerar el estado en que se halla el universo para saber si el Mesías ha venido, ó si es preciso aun aguardarle. Las naciones mas dadas á la idolatriano adoran sino al solo Dios verdadero. Los Romanos, los Griegos, los Egipcios, los Caldeos, desde muchos siglos ya no tienen ídolos. ¿ Á quién debe atribuirse su conversion? Ella estaba prometida al Mesías, á él estaba reservada, y habia de servir de prueba á su venida. ¿ Qué usurpa-

(1) Isai. 42. 4. 6 y 7.

(2) Isai. 49. 6.

(3) Isai. 55. 5.

dor le ha ganado por la mano y ha hecho lo que él solo debía hacer? ¿Por qué señal le reconocerémos cuando haya venido? ¿De qué uso serán las profecías que nos sirven sino para engañarnos?

Ó mas bien, ¿cómo no reconocer una verdad tan claramente predicha y tan manifiestamente cumplida? ¿Cómo rehusar el testimonio del universo entero? ¿Cómo cerrar los ojos á la conversion de todos los pueblos? ¿Cómo dudar de la venida del Rey legitimo, cuando el usurpador está echado de todas partes? ¿Cómo transmitir á un extraño (1) la gloria de una obra que no puede ser cumplida, segun las Escrituras, sino por el Mesías?

Mil veces lo repito, aquí no es menester mas que tener ojos. El raciocinio queda reducido á hechos tan terminantes, tan claros, tan públicos, que la verdad de la Religion cristiana es casi palpable y sensible. Las naciones en otro tiempo idólatras no adoran mas que á un Dios. Jesucristo es quien mandó á sus Discipulos el sacarlos de su engaño, y les aseguró el éxito de su empresa. Al Mesías estaba prometida la conversion de los Gentiles, y esta grandiosa obra debía ser ejecutada por los que creyesen en él.

Es pues tan evidente que Jesucristo es el Mesías, como es evidente que las naciones en otro tiempo idólatras ya no lo son.

ARTICULO II.

Es otra prueba el haberlas convertido por medio de sus Discipulos.

Débil objecion seria el decir que Jesucristo no convirtió por sí mismo á los Gentiles. Él (2) debía comenzar por las ovejas de la casa de Israel; merecer la conquista del mun-

(1) Isai. 42. 8.

(2) Isai. 53. y Salm. 24.

do, por su obediencia y por su muerte; no llamar á los extranjeros hasta que sus hijos hubiesen por sí mismos renunciado á la herencia, y no substituir á estos los Gentiles sino despues que el Mesías hubiese sido desechado por su propio pueblo; y por consiguiente, la conversion de los Gentiles debia seguir á su resurreccion, y no podia ser ejecutada sino por sus Discípulos.

Los Profetas lo han claramente predicho; y seria una cosa que haria dudosa y obscura la mision de Jesucristo, si hubiese emprendido por sí mismo la conversion de todos los pueblos. « Vos me libraréis, decia David en la persona « del Mesías (1), de las contradicciones de un pueblo rebel- « de, y me constituiréis en jefe de las naciones. Pueblos á « quienes no he conocido, se me someterán, y con solo que « hayan oido hablar de mí, me obedecerán. » No será pues el Mesías quien les instruya inmediatamente, pues que creerán lo que no habrán visto.

« Llamará á tí naciones (2) para quienes eras descono- « cido, dice el Profeta Isaías, y pueblos que no te conocie- « ron correrán á tí, porque el Señor te habrá colmado de « gloria. » Esto señala la resurreccion de Jesucristo y los prodigios obrados por sus Apóstoles.

« Vendrá tiempo, dice el mismo Mesías, en que yo reu- « niré todos los pueblos y todas las lenguas. Ellos vendrán « y verán mi gloria. Yo escogeré de entre ellos aquellos que « habrán escapado (de la incredulidad general) de los hom- « bres, y les pondré una marca particular, y los enviaré « á las naciones, á las que son mas allá de la mar, en Áfri- « ca, en Libia, en los pueblos del Occidente, á la Grecia, « á las mas remotas islas, á los que no habrán oido hablar « de mí, y que no han visto mi gloria: estos enviados la « harán conocer á las naciones, y sacarán de en medio de « ellas á los que se harán vuestros hermanos, y los ofrece-

(1) Ps. 47. 44. 45 Los verbos son en plural en hebreo: *servierunt, obedierunt.*

(2) Isai. 55. 5.

« rán á Dios como una oblacion santa. Y de entre ellos to-
« maré yo sacerdotes y levitas, dice el Señor (1). »

Jesucristo pues hubiera contrariado las profecias en vez de cumplirlas, si hubiese emprendido por sí mismo la conversion de los Gentiles, en vez de enviarles sus Discípulos. Y la conducta que tuvo es una nueva prueba que él es el Mesias (2), pues envió por toda la tierra sus Apóstoles con el poder de hacer milagros, los cuales se dieron á entender á todos los pueblos y en todas las lenguas, purificaron por medio del Bautismo á los que habian creído en el Evangelio, y los consagraron á Dios como una hostia santa; escogiendo de entre ellos sacerdotes y levitas para ofrecer un sacrificio nuevo, diferente de los de la Ley, dando á entender con esto que el sacerdocio de Aaron y el antiguo ministerio de los levitas quedaban abolidos, pues escogian no solo en tribu diferente de la de Leví, sino entre las mas remotas naciones, sacerdotes y levitas.

Todo esto debia obrar el Mesias por medio de sus enviados, y solo él lo podia hacer. Jesucristo lo ha hecho de un modo que supera la misma prediccion. Es pues una ceguera sobrenatural el no reconocerle con tales prodigios, y con tan asombrosa conformidad con todo lo que de él escribieron los Profetas.

(1) Isai. 66. 48 y sig. El autor hace advertir algunas variantes del original sobre la Vulgata, como por ejemplo estos versículos de Isaias *Venit* en vez de *Venio*; *omnes* por *omnibus*; *qui evaserint*, en lugar de *qui salvati fuerint*. Por *Lidiam* dice el hebreo *Loud*, que es una parte del Africa, y por *Italiam* dice *Thubal*, que son los pueblos de Occidente.

(2) *Mittam ex eis, qui evaserint ad gentes. Penam in eis signum ut congregem omnes gentes et linguas. Adducent fratres vestros de cunctis gentibus domum Domini. Assumam ex eis in Sacerdotes et Levitas.*

CAPITULO XIV.

El restablecimiento de un sacrificio ofrecido en todos los lugares del mundo, predicho por el profeta Malaquías es una prueba convincente de que Jesucristo es el Mesías. — Despues de Jesucristo puso Dios una entera imposibilidad al ejercicio de la ley que debia durar hasta el Mesías.

ARTICULO I.

El establecimiento de un sacrificio ofrecido en todos los lugares del mundo predicho por el profeta Malaquías, es una prueba convincente de que Jesucristo es el Mesías.

Acabamos de ver que los Gentiles, despues de la venida del Mesías serán admitidos al Sacerdocio, y que por consecuencia el Sacerdocio de la Ley que excluye á todos los que no son de la familia de Aarón será suprimido. De esto se sigue necesariamente que las antiguas victimas serán abolidas, pues que cesará el ministerio de los que las ofrecian. Y por otra consecuencia inevitable, se instituirá un nuevo sacrificio, pues habrá un nuevo Sacerdocio, es decir, un nuevo poder de ofrecer una nueva víctima.

Esta prueba de la venida del Mesías seria la mas clara y la mas decisiva si por un lado estuviese claramente predicha, sin tener que sacarla por medio de inducciones expuestas á impugnacion; y si por otro lado el nuevo Sacerdocio y la nueva víctima hubiesen abolido el Sacerdocio judaico y los sacrificios de la Ley, y todas las naciones ofreciesen donde quiera una hostia con un culto y un aparato exterior que saltase á los ojos, y que no se pudiese eludir por interpretaciones alegóricas.

Gracias á la divina bondad la prueba por ambos lados es

del todo completa, y tan manifiesta que seria preciso salir del mundo para ignorarla. Empecemos por la prediccion.

Esta se halla en el profeta Malaquías, el cual, despues de haber echado en cara (1) á los sacerdotes su negligencia y su avaricia, continua así: « No sois vosotros de mi agrado (2) dice el Dios de los ejércitos, y no quiero recibir de vuestras manos oblacion alguna. Y desde que nace el sol hasta que se pone, mi nombre es grande entre las naciones, y en todo lugar se sacrifica y se ofrece en mi nombre una oblacion pura; porque mi nombre es grande entre las naciones, y porque yo soy el gran Rey y mi nombre es temido por todos los pueblos. »

En primer lugar, está claro que Dios opone aquí el sacrificio nuevo á los sacrificios antiguos, como que es con estos incompatible, que desecha estos últimos, y prohíbe que se le ofrezcan.

El nuevo sacrificio no es pues un simple sacrificio interior y espiritual; porque semejante sacrificio no estaria en oposicion con los sacrificios de la Ley, cuando es antes al contrario el alma y el espíritu de ella, y los justos del antiguo Testamento unian siempre estas dos especies de sacrificio, las disposiciones interiores, y la oblacion exterior de la víctima.

En segundo lugar, Dios opone el sacrificio nuevo á los que estaban ordenados por la Ley, pues aquel es ofrecido en todas partes, cuando estos no podian ser ofrecidos sino sobre un solo altar y en un solo templo.

Es pues evidente que el Profeta habla aquí de un sacrificio propiamente dicho, pues de lo contrario no habia maravilla alguna de que se ofreciesen á Dios oraciones en todos los lugares: y la libertad de invocarle en todas las naciones no impediria que las víctimas exteriores estuviesen siempre reservadas á un solo altar y á un solo templo.

(1) Malaq 4. 7 y 20.

(2) Ibid. 10. 41 y 44. En vez del *sacrificatur* de la Vulgata, dice el original hebreo *adoletur suffitus sacrificii*, y en lugar de *horribile, metuendum*

En tercer lugar, Dios quiere dar una señal por la que se reconocerá que será adorado de todos los pueblos, así como se reconocía antes que era adorado del pueblo Judío, y por esta señal da el sacrificio universal, así como los sacrificios ofrecidos por los Judíos en Jerusalem era la señal del culto supremo que ellos le tributaban.

Si se reduce á simples súplicas y á un culto invisible el sacrificio de las naciones, es mucho menos evidente que Dios sea tan grande entre ellas como lo era entre los Judíos. La adoracion suprema no se distingue sino por el sacrificio, ni se hace pública sino por un sacrificio público; y si las naciones no tienen esta prueba de que Dios es el gran Rey á quien ellas sirven, y que su nombre es terrible entre ellas, hallaré la Religion de los antiguos Judíos mucho mas autorizada, y aun la Judea tiene un privilegio de que Dios es en ella conocido (1) y la ventaja particular del pueblo de Israel, que su nombre sea allí tan grande.

Toda religion ha de tener un sacrificio real, así como tambien un real sacerdocio. Seria quitarle lo mas grande y lo mas majestuoso que tiene el quitarle el testimonio público de una adoracion infinita; y es privarla de este público testimonio reducirla á simples deseos, y negarle el consuelo de ofrecer á Dios una víctima real.

En cuarto lugar, el profeta Malaquías no quiere simplemente decir que las naciones se convertirán y abandonarán sus ídolos, sino que entiende alguna cosa mas. Predice, como Isaías, que Dios tendrá entre ellas (2), sacerdotes y levitas que le ofrecerán lo que el pueblo por sí solo no podria ofrecer; así como los sacerdotes y los levitas ofrecian entre los Judíos lo que los simples particulares no tenían derecho de inmolar. Es confundir dos cosas muy distintas el confundir el sacrificio universal de los Gentiles con su conversion. Es quitar á la venida del Me-

(1) *Notus in Judea: in Israel magnum nomen ejus.* Ps. 75.

(2) *Isai. 66. 21.*

sías la prueba mas evidente el suprimir el sacrificio público que debe servirle de testimonio en todos los lugares. Es restablecer los sacrificios de la antigua Ley el negar á la Iglesia cristiana un sacrificio real , porque no es posible dejar de recurrir á signos sino se posee la verdad ; y si Jesucristo no es ofrecido por nuestras propias manos , es menester representar su sacrificio por aquellas mismas víctimas que en otro tiempo le prenunciaban.

Debe pues quedar por indestructiblemente sentado que el sacrificio universal predicho por Malaquias es un sacrificio visible que forma una parte y la mas esencial de la Religion pública , y que sirve de testimonio exterior de que Dios es verdaderamente grande entre los Gentiles , pues que estos le ofrecen en todos los lugares una víctima pura , y que por este acto que encierra la adoracion suprema , le reconocen por el único Dios.

Despues de esto solo falta preguntar á los Judíos: ¿ en qué lugar del mundo les es permitido sacrificar ? ¿ y desde qué tiempo perdieron el altar y el templo en donde sus padres lo hacian entonces ? Y despues de su respuesta , ya no será necesario investigar cual es el sacrificio que en todas partes se ofrece. Los templos que constituyen su mayor santidad descuellan en todas nuestras ciudades y son mas visibles que todos los demás edificios. La Eucaristía es el sacrificio único , pero universal de las naciones , y de un extremo al otro del mundo es una prueba de que el nombre de Dios es grande y terrible entre todos los pueblos.

Así pues , la prueba de que el Mesias ha venido y de que Jesucristo es el verdadero Mesías es tan clara como evidente es que los Judíos estan sin sacrificio , y que los Gentiles tienen uno que se ofrece en todos los lugares. Ya no hay que preguntar sobre el antiguo Sacerdocio ; el tiempo de las víctimas que no podian purificar á los que las ofrecian , ya pasó. Una oblacion pura (1), cuya santidad es

(1) *In omno loco offertur nomini meo oblatio munda.*

Ni los sacrificios exteriores , ni las súplicas , tienen la ventaja de ser

independiente de los sacerdotes y del pueblo, y por consiguiente es siempre agradable á los ojos de Dios, ha sucedido á las figuras que la prometian. No hay pues otro cambio que esperar, pues las señales que ocultaban la verdad han desaparecido, y despues que aquella se ha manifestado, ya no se volverá á las sombras. Es pues preciso de absoluta necesidad que todo sea ya cumplido, y que en adelante la esperanza de los Judíos no sea ya mas que una ilusion y una ceguera lamentable.

ARTICULO II.

Desde que pareció Jesucristo, Dios ha hecho absolutamente imposible el ejercicio de la Ley que debía durar hasta el Mesías.

Si alguna cosa fuese capaz de desengañarlos y de volverlos á Jesucristo, á quien no han conocido, seria la consideracion de dos verdades, cuya evidencia es tal, que ellos mismos estan de acuerdo con ellas. Es la primera que el estado de la Ley debe subsistir hasta el Mesías; y la segunda que Dios ha puesto una entera imposibilidad en la ejecucion de la Ley.

El profeta Malaquías, de quien acabamos de hablar, establece claramente la primera verdad, acabando así su profecía, que es la última que admiten los Judíos: « Acor-
« daos (1), dice el Señor de la ley de Moisés mi servidor,
« que yo le dí para todo el pueblo de Israel sobre la mon-
« taña de Horeb, de los preceptos y de las reglas de justicia
« que ella contiene. Ved ahí que yo os envio al profeta Eli-
« as, antes que llegue el dia grande y terrible del Señor,
« que convierta el corazon de los padres hácia sus hijos, y

siempre una oblacion pura. Esto solo puede decirse de una *Hostia* santa por sí misma.

(1) Malach. 4. 4. 5 y 6.

« el de los hijos hácia sus padres , por temor de que no venga yo y fulmine la tierra con mi anatema. »

No hay ahora que examinar cual sea este profeta Elías que Dios promete enviar : si es Elías en persona , ó si es otro que tenga su espíritu y su celo. Esta adoracion no entra en el fondo de que tratamos. Pues no por esto es menos evidente que el Profeta habla de la venida del Mesías , y del Precursor que ha de prepararla , y que recomienda la observancia de la Ley dada á Moisés sobre la montaña (1) de Horeb , ó de Sináí , hasta el tiempo en que parecerá el Mesías. He aquí por lo tanto la primera verdad.

No será menos evidente la segunda , si antes se atiende á tres observaciones.

Primera observacion : Dios proñibió bajo pena de muerte á los Israelitas (2) , el ofrecerle sacrificio alguno , que no fuese delante del Tabernáculo en donde estaba el Altar de la alianza.

Segun la observacion : Les dijo , que cuando les hubiera hecho entrar en la tierra prometida , les señalaría un lugar para fijar en él el Tabernáculo (3) , que en ningun otro lugar recibiría sus holocaustos ni sus votos , ni sus décimas , ni sus primicias , y que en este único lugar , centro de su Religion en aquel entonces , residiría su nombre y su majestad.

Tercera observacion. Este lugar privilegiado quedará desconocido é indeciso hasta el tiempo de David , pues el Tabernáculo fué establecido en Silo en tiempo de Josué provisionalmente , y todos los lugares en que permaneció el Arca desde que fué sacada de Silo bajo el pontificado de Heli , fueron tambien tan solo provisionales.

Mas en tiempo de David , señaló Dios claramente á este

(1) Es la misma montaña dividida en dos puntas , de las cuales la una se llama *Sináí* y la otra *Horeb*.

(2) Levit. 17. 8 y 9.

(3) Deut. 12. 5. 6. 13 y 14.

Príncipe y á los otros profetas, que él escogia Jerusalem por fija y perpetua morada: « Dios ha preferido Sion á « todas las otras moradas de Jacob (1), dice David. Dios ha « escogido Sion (2), y la ha escogido para fijar en ella su « residencia. Allí reposaré yo para siempre, dice el Señor; allí habitaré, porque la he elegido.

Esta preferencia de Jerusalem sobre todas las demás ciudades, no determinaba no obstante de una manera precisa en que lugar debian ser colocados el Altar y el Tabernáculo. Mas Dios (3) lo dió á conocer á David por medio del profeta Gad, y le señaló el area de Ornan como el solo lugar del universo en que aceptaria en adelante los sacrificios ordenados por la Ley. Así lo comprendió David: « Esta « es, dice (4), la casa de Dios, y sobre este altar ofrecerá « en adelante Israel sus holocaustos. » Realmente, en este mismo lugar fué despues edificado el templo de Salomon (5), segun el diseño que de él tenia David, y segun la revelacion que del mismo le tenia comunicada.

Todo el culto exterior pues de la Religion quedó fijado por orden de Dios en Jerusalem, y en el templo allí edificado. No fué ya permitido buscar otro lugar, pues fué cohartada toda libertad en esta parte. Declaró Dios que no mudaria de voluntad, y que la eleccion que habia hecho de Jerusalem (6), y del lugar en que estaban el altar y el templo, seria irrevocable.

Luego Dios imposibilitó absolutamente el ejercicio del culto exterior en el caso de quitar al pueblo Hebreo Jerusalem y el templo.

Luego manifestó bien palpablemente que no queria este culto cuando hiciese destruir Jerusalem y el templo, cuan-

(1) Ps. 87. 2.

(2) Ps. 131. 13. 14.

(3) 1.º Paral. 21. 18.

(4) Ibid. c. 22. v. 1.

(5) 2.º Paral. 3. 1.

(6) Ps. 131. 14. 2.º Paral. 7. 16.

do privase á los Judíos de reedificarlo , cuando los arrojase para siempre de su antigua herencia , sin darles la menor esperanza de volver á ella.

Juntemos ahora estas dos verdades. La Ley dada á Moisés sobre la montaña de Sinai debia estar vigente hasta la venida del Mesías. Dios despues , por el largo transcurso de diez y seis siglos pone una imposibilidad absoluta al ejercicio de la Ley : luego es mas que obvio que diez y seis siglos hace ha venido el Mesías , y por esta razon está abolido el culto de la Ley.

Las pruebas que exigen aplicacion y encadenamiento no se hallan al alcance de todo el mundo ; mas en esta todo es sencillo y fácil , y en ella brilla de un modo admirable la Providencia divina.

Señaló Dios desde un principio que no aceptaria sacrificio alguno sino sobre el altar que está delante de su Tabernáculo.

Promete declarar que lugar preferirá para fijar en él su Tabernáculo.

Y lo hace de una manera clara y precisa , escogiendo á Jerusalem , y en Jerusalem un lugar que él mismo designa.

Quita despues á los Judíos Jerusalem y este sitio particular y de diez y seis siglos acá inutiliza todos los esfuerzos que aquellos hacen para volver á entrar en él.

¿ A quién pues puede ofrecerse duda que desde aquel tiempo Dios no quiere ya mas ni los sacrificios ni las observancias de la Ley , y que , debiendo durar aquella hasta el Mesías , se ha de concluir que él vino antes que esta quedase abolida ?

La comparacion que pudiera hacerse aquí de la cautividad de Babilonia , durante la cual los Judíos quedaron privados de Jerusalem y del templo , solo serviria para confirmar la prueba que acabo de alegar , en vez de debilitarla , pues todo es diferente en los dos estados que se quisieran comparar.

El tiempo de la cautividad fue muy corto , y no guarda

proporecion alguna con un destierro de Jerusalem y una privacion del templo que durase cerca dos mil años.

Entonces en la misma Jerusalem, y en otras ciudades de Judea, cuando los Judíos fueron conducidos á Babilonia quedó una parte de pueblo; y cuidó la Providencia divina de que no se enviasen allí colonias extranjeras, como sucedió con los países de las dos tribus, y que las naciones vecinas no fijasen allí su domicilio, como lo deseaban. En vez de que los Romanos (1) prohibieron á todos los Judíos bajo pena de la vida entrar en Jerusalem, despues que esta ciudad se hubo reedificado bajo el hombre de Elías; que en tiempo de San Gerónimo (2) compraban muy caro el permiso de venir allí un solo dia á derramar lágrimas sobre el lugar en que habia estado el templo, y que en tiempo alguno, á excepcion del muy corto reinado de Juliano el Apóstata, les fue levantada esta severa prohibicion.

Los Profetas antes del cautiverio habian predicho su fin. Jeremías habia fijado el término á setenta años; Isaias habia designado á Ciro por su nombre, el cual debia dar la libertad á los Judíos. Y antes que Jerusalem fuese destruida, le habia dicho: tú serás reedificada; y antes que el templo fuese pábulo de las llamas, tú serás levantado de nuevo. Ezequiel habia visto en espíritu el diseño de la ciudad y

(1) Euseb. hist. 4. 4. c. 6. Tertull. contra Judæos. c. 45. Id. Apolo, c. 46. Greg. Naz. Orat. 42.

(2) *Usque ad præsentem diem perfili coloni, post interfectionem servorum, et ad extremum filii Dei, excepto planctu prohibentur ingredi Jerusalem, et ut ruinam suæ eis flere liceat civitatis, prætio redimunt: ut qui quondam emerrant sanguinem Christi, emul lacrymas suas, et ne fletus quidem eis gratuitus sit, videas in die quo capta est à Romanis et diruta Jerusalem venire populum lugubrem, confluere decrepitas mulierculas, et senes pannis annisque obsitos, in corporibus et in habitu suo, iram Domini domonstrantes. Congregatur turba miserorum, et patibulo Domini curruscante, ac radiante, avasaor ejus, de Olivete quoque monte crucis fulgente vexillo, plangere ruinas templi sui populum miserum, et tamen non esse miserabilem. Adhuc fletus in genis, et livida brachia, et sparsi crines: et miles mercedem postulat ut illis flere plus liceat.* S. Hieron in Sophon cap. 2.

del templo, y habia señalado sus proporciones, mas augustas en verdad que las de la ciudad y del templo que habian realmente de edificarse, pero sirviendo de garantía de que algun dia lo serian. Mas aquí todo es al contrario: ya no hay mas profetas: todo enmudece: todo anuncia la cólera de Dios: niégase todo consuelo; y aparece evidentemente que el crimen con tanto rigor castigado es mayor que el de Idolatría, cuyos castigos van siempre mezclados de esperanzas y limitados á cierto tiempo; y que este crimen no puede ser otro que el haber desechado al Mesias, porque despues de la vuelta del cautiverio la antigua propension de aquel pueblo hácia la idolatría no fue sino el crimen de algunos particulares, y despues de los Macabeos no lo ha sido de nadie.

Pero lo que pone el colmo á la prueba de que Dios no ha quitado á los Judíos Jerusalem y el templo sino porque ha querido abolir la ley y hacer ver á los mas incrédulos que el Mesias, que era el fin y el término de la Ley, habia venido, es lo que sucedió en tiempo de Juliano el Apóstata (4).

Queriendo este impío príncipe ofuscar esta prueba, y convencer, si posible fuese, de impostura al mismo Jesucristo,

(4) En el año 363 siendo cónsul por la cuarta vez Juliano y Salustio. Ammien. Marcellin. L. 23. initio.

Socrates lib. 3. de la *hist. Ecclesiástica*, cap. 20.

Sozom. L. 5. cap. 22. Theodoret. L. 3. 20.

Filostorgo en los extractos de su historia hechos por Focion, l. 7. n.º 9.

Amiano Marcelino. l. 23. de su historia, al empezar. Todos estan de acuerdo sobre el fondo y las maravillas de esta historia. Véase como habla este último, á pesar de ser pagano:

Imperii sui memoriam magnitudine operum gestiens propagare, ambitionum quandam apud Jerosolimam templum instaurare sumptibus cogitabat immo-dicis, negotiumque maturandum. Alipio dederit Antiochiensi, qui olim Britannias curaverat pro præfectis. Cum itaque res idem fortiter instaret Alipius, juvaretque provinciæ rector, metuendi globi flammarum prope fundamenta crebris adsultibus erumpentes, fecere locum, exustis aliquoties operantibus, inaccessum: hocque modo, elemento destinatus repellente, cessavit inceptum.

el cual habia predicho que el templo cuya soberbia estructura admiraban sus Discípulos, seria destruido, y que ni aun vestigios quedarian de él; este príncipe, repito, exhortó á los principales de entre los Judíos para que lo reedificasen, les ayudó con sumas considerables; comisionó para esta empresa á un hombre de autoridad; le dió por auxiliar al gobernador de la provincia, y á los motivos secretos de la irreligion y de impiedad añadió tambien el de la ambicion, esperando una memoria eterna del restablecimiento de un templo que el celo de una nacion entera hacia en cierto modo inmortal.

Esta nacion acudió de todas partes, agotó sus recursos en dispendiosos preparativos, y para trabajar sobre nuevos fundamentos, arrancó lo que de los antiguos quedaba, y acabó así de verificar la prediccion de Jesucristo no dejando piedra sobre piedra, y borrando hasta los últimos vestigios.

Y cuando ella por sí misma contribuyó á completar la profecía y fue á echar nuevos cimientos, un violento temblor de tierra sacudió las piedras: un fuego cuya actividad parecia conducida por una secreta inteligencia, consumió los instrumentos, los materiales y los operarios, y estos prodigios fueron tan terribles, tan espantosos, tan perseverantes, que la obstinacion de los Judíos, su celo ardiente por el templo, su odio contra Jesucristo y su Iglesia, todo el poder del Príncipe y toda la resistencia de los hombres se vieron forzados á ceder.

Estos hechos con todas sus circunstancias quedan atestiguados por historiadores contemporáneos, ó muy cercanos á su tiempo, cuyo testimonio no puede recusarse por ser de cristianos; pues un historiador, grande admirador de Juliano y tan adicto como él al paganismo, nos refiere el mismo acontecimiento. ¿Pero se necesita mas prueba que el haber abandonado la obra? ¿Y qué otra causa sino prodigios sobrenaturales hubiera podido forzar á Judíos y á Paganos, animados por un príncipe orgulloso é impío á desis-

tir de su intento? Esta es la juiciosa reflexion de Sozomeno (1).

CAPITULO XV.

El profeta Oseas señala minuciosamente todas las circunstancias del estado á que hoy se miran reducidos los Judios , y predice que semejante estado será el castigo de su incredulidad , y que no cambiará hasta que se convertirán á Jesucristo. — La dispersion de los Judios por toda la tierra y el desprecio en que se les tiene , son una prueba manifiesta de que ellos han rechazado el Mesias , y demuestran la verdad de la Religion cristiana y la divina inspiracion de las Escrituras.

ARTICULO I.

El profeta Oseas señala minuciosamente todas las circunstancias del estado á que se miran reducidos los Judios , y predice que semejante estado será el castigo de su incredulidad , y que no cambiará hasta que ellos se convertirán á Jesucristo.

No puede negarse que lo que acabamos de decir deje de ser de la mayor evidencia. Mas quizá se desearia para dejar el ánimo plenamente convencido que Dios se hubiera declarado con toda precision acerca el estado en que se hallan los Judios tanto tiempo hace ; que hubiese señalado sus principales circunstancias , y que nos hubiese dicho cual era la causa de aquel estado. Entonces se desvaneceria para nosotros toda sombra de temor de ser engañados , fundando sus

(1) *Quod si cuiquam hæc incredibilia videbuntur, fidem ei faciant ii qui acceperunt ab hominibus qui res ipsi viderant, ei qui etiamnum superstites sunt sed et Judei ipsi ac Gentiles qui opus imperfectum dimiserunt, aut ut verius dicam, ne inchoare quidem potuerunt.* lib. 5. hist. cap. ult.

juicios, por ser él mismo quien en tal caso nos lo revelaría. Hasta que se verifique esta demostracion, parece que ciertos espíritus cautos en demasía creen permitido el conservar sobre este punto algun temor.

Injusto y fuera de razon seria este temor despues de tantas y tan evidentes pruebas; pero la bondad de Dios ha llegado á un punto mas allá de lo que podia nuestra flaqueza desear, y todo lo que podemos apetecer en la materia para entera seguridad de nuestra fe, se halla comprendido en la profecia de Oseas, cuyo literal es el siguiente: « Los hijos
« de Israel (1) estarán largo tiempo sin rey, sin príncipe,
« sin sacrificio, sin altar (2) sin Ephod, es decir, sin vesti-
« do sacerdotal, y sin figuras (3). Y pasado este tiempo los
« hijos de Israel volverán, y buscarán al Señor su Dios y
« á David su rey (4) y estarán llenos de pavoroso respeto
« para con su Dios y para con lo que es el bien de Dios, y
« esto sucederá en el último de los dias. »

El estado en que se hallan los Judíos desde que han rehusado creer en Jesucristo está claramente marcado con todas sus circunstancias. Ha sido predicho tal como es, y la

(1) Oseas c. 3 v. 4 y 5.

(2) *Sine altari*, la palabra original hebrea significa mas ordinariamente, *columna*, *lapis eructus in titulum*, *statua*, pero puede tambien traducirse *altare*.

(3) La palabra *Teraphim* puede ser tomada en buena ó en mala parte, por figuras permitidas, ó por idolos. Los terafines de Micas de que se habla en el libro de los Jueces, eran en la apariencia una representacion de estos querubines del Arca, como puede conjeturarse, comparando lo que se dice en el cap. 47. v. 5. con el v. 40. y con el cap. 48. v. 6 y 31.

Es tambien presumible que el Ephod que mandó hacer Gedeon estaba destinado á honrar una igual imitacion de querubines del Tabernáculo, pues empleó en aquel 700 siclos de oro. Judic. c. 8. v. 2. 7.

(4) El Mesías es llamado tambien David, porque debia nacer de él, y porque David era figura suya. Vimos en otra parte que los Profetas le señalaban por este nombre, mucho tiempo despues de la muerte de David. Oseas empezó á profetizar bajo el reinado de Osias que era el undécimo sucesor de aquel príncipe.

verdad corresponde exactamente á la prediccion.

La causa de semejante estado se halla marcada con la misma claridad. Esta es por no haber conocido al Cristo ó al Mesías; es por haberse negado á someterse á su Rey, al verdadero David. Porque el Profeta no dice: y despues de este tiempo David su rey vendrá; sino: despues de este tiempo los hijos de Israel volverán á David su rey, y le buscarán. Se sentirán tocados de arrepentimiento; saldrán de su ceguera; volverán á buscar á aquel á quien no habian conocido.

Rechazándole, rechazaron tambien al que le ha enviado (4). Cesaron de tener á Dios por su Dios, negándose á admitir á su Cristo ó Ungido. No volverán al Padre, ni le hallarán al buscarle, sino volviendo á su Hijo, y buscándole con ardor.

Priváronse de la misericordia (2) de Dios, y del mas excelente don que esta podia hacerles, no admitiendo á Jesucristo. Por medio de este queria derramarse y extenderse la bondad de Dios, de él la justicia y la gracia debian manar sobre todos los hombres. No conocieron pues el bien infinito que Dios les ofrecia; pero un dia le conocerán, y le buscarán despues de haberle despreciado.

Las formas humillantes de un Dios hecho hombre les habia ocultado lo que él era. Mas un dia adorarán estas humillaciones, y se prosternarán delante de su cruz. Temblarán á su presencia, como ante la Majestad divina, y no pondrán diferencia alguna entre el culto debido al Padre y el que el Hijo merece.

El tiempo en que debe verificarse este cambio en Israel se ofrece al Profeta á una larga distancia, hácia el fin de los dias (3), cuando parecerá que toda esperanza estará perdida. El suceso ha hecho ver cuan exactas son sus expresio-

(4) *Et post hæc revertentur filii Israel, et quærent Dominum Deum suum, et David Regem suum.*

(2) *Et pavebunt, ad Dominum, et ad bonum ejus.*

(3) *In novissimo dierum.*

nes. La cólera divina pesa aun sobre Israel; y despues de tantos siglos, el tiempo de su reconciliacion, aunque cierto, queda aun desconocido.

Esta profecía de Oseas, que tantas cosas nos descubre, merece sobre dos puntos una atencion particular. Y son el estado en que se hallan los Judíos, y la perseverancia de un tal estado. Porque estas dos cosas son nuevas pruebas de la verdad de la Religion cristiana, del carácter divino de las Escrituras, y de la venida del Mesias. Pues solo una luz divina é infalible pudo revelar á los Profetas tantas circunstancias increíbles, tan difíciles en su conjunto como poco verosímiles en su duracion.

ARTICULO II.

La dispersion de los Judíos por toda la tierra y el desprecio en que yacen, son una prueba manifiesta de que han desechado al Mesias, y demuestran la verdad de la Religion cristiana y el carácter divino de las Escrituras.

Necesario era que el pueblo de Israel á quien debian ser confiadas las Escrituras, y que era el depositario de la promesa del Mesias estuviese reunido en un cuerpo visible; que no se mezclase con las demás naciones, hasta que todos los libros divinos fuesen escritos y reconocidos por inspirados, y que la promesa del Mesias quedase cumplida por su venida.

Si antes de esta época hubiesen sido dispersados los Judíos, los libros divinos no hubieran podido adquirir una autoridad universal; las pruebas de ellos se hubieran perdido, y solo habrian podido apoyarse en el testimonio de algunas personas particulares.

Lo mismo hubiera sucedido con el Mesias, si hubiese parecido despues de la dispersion de aquel pueblo. Sus milagros, sus acciones, su doctrina, su muerte, su resurrec-

cion, el nacimiento de su Iglesia, habrian ido envueltos en mil incertidumbres. Un número muy corto hubiera sido el espectador de estos sucesos, y el cuerpo entero de la nacion nada hubiera sabido sino por relatos poco autorizados.

Mas despues que se ha puesto el sello á las Escrituras, y que todas las promesas se han cumplido por el grande acontecimiento del Mesias, era necesario que los Judios fuesen dispersados por todo el universo, para propagar por él las Escrituras, y dar al mismo tiempo testimonio de ellas, y para probar á los Gentiles que el Mesias que se les anunciaba era el mismo que aquellas habian prometido.

Antes que los Judios se hubiesen hecho indignos de las promesas, estas eran para ellos solos, y antes que hubiesen entregado á la muerte al Dios de los Profetas, los Profetas no hablaban sino á ellos.

Mas desde que ellos cedieron á los Gentiles las promesas y el Mesias, debieron tambien cederles sus titulos, ó por lo menos, comunicárselos, y darles pruebas que ellos eran poseedores legítimos de lo que les dejaban.

Sin esto el trabajo de los Apóstoles hubiera sido casi infructuoso. A cada profecía se hubieran visto contradichos y entorpecidos en su marcha. De unas se hubiera dicho que no se entendian del Mesias, y de otras, que habian sido forjadas despues del suceso. Hasta se hubiera negado que existiese tradicion alguna acerca del Mesias, ni que este hubiese sido nunca prometido. El testimonio de un corto número de Judios convertidos hubiera sido sospechoso, y á menudo hubiera faltado hasta este testimonio.

Preciso era hallar donde quiera testigos, y testigos adversarios, que se opusiesen por odio á la fe de los Gentiles, y que se viesen forzados por la fuerza de la verdad á prepararles á ella; que á un tiempo estableciesen todos los principios del Cristianismo, y que desechasen sus mas evidentes consecuencias, y que contribuyesen á hacer adorar á Jesucristo por todos los pueblos, mostrándoles la ceguera con que le habian ellos mismos desechado.

Por esta razon quitó Dios á los Judíos el país en que él les conservaba tan solo hasta el Mesías, y los ha dispersado hasta las extremidades del mundo, á donde los Apóstoles tuvieron orden de pasar (1). « No exterminaré yo enteramente, á pesar del exterminio, la casa de Jacob, dice por uno de los profetas; mas por el ministerio de mis enviados, dispersaré la casa de Israel por todas las naciones, con una agitacion semejante á la del trigo cuando se le pasa por un cedazo, y ni un solo grano caerá en tierra en medio de este general sacudimiento. » Todas las naciones han cumplido este decreto: todas se han opuesto á que los Judíos formen un pueblo aparte; y este pueblo, dispersado y esparramado por todos los demás, se parece perfectamente á los granos de trigo que una violenta agitacion arroja á diversos puntos.

« Dios me ha hecho ver (2) dice otro Profeta, hablando en nombre de Jesucristo, lo que ha resuelto sobre mis enemigos. No los extermineis, Señor, no sea que mis pueblos olviden esta venganza; dispersadlos por vuestro poder, y deponed su orgullo, vos que sois mi protector. »

Ved ahí otra razon de la dispersion de los Judíos. Ellos llevan siempre (3), como Cain, la imágen de la cólera de Dios: ellos son como aquel fratricida, errantes, fugitivos; ellos tiemblan y se aterrorizan de su crimen, sin por esto sentir sus entrañas movidas de saludable arrepentimiento: ellos demuestran á todas las naciones que derramaron la sangre del justo Abel, y que segun la imprecacion que se fulminaron ellos mismos, se les pide (4) cuenta de esta sangre, cuya venganza ha caido sobre ellos y sobre sus hijos.

(1) Amós. 9. 8. 9. Ps. 408. 40. Ps. 68. 26.

(2) Ps. 58. 11. 42.

(3) Gen. 4. 14.

(4) *Sanguis ejus super nos*, decian los Judios, *et super filios nostros*, Matt. 27. 25. *et sanguis ejus exquiritur*, Gen. 42. 22.

Enseñan á los Gentiles que les han substituido á no menospreciar la misericordia que han recibido, y á temer la justicia divina, de la cual estan viendo tan terrible ejemplar. Les hacen acordar de lo que eran antes que la gracia los hubiese llamado, y les muestran lo que pudieran ser por la ingratitud. Les enseñan tambien á ser humildes y reconocidos (1), pues siendo los Gentiles ramas ingertas del árbol, consideran atónitos en lo que han venido á parar las ramas naturales del árbol verdadero y privilegiado, que ya no pertenecen á la raíz de los patriarcas, y que han sido cortadas de ella por su infidelidad y para ceder su lugar á la fe y á la conversion de los que eran extraños con respecto á la alianza y á las promesas.

Todo esto quedaria olvidado, si los Judios dispersados por todos los lugares de la tierra no repitiesen á los Gentiles esta leccion importante: No os envanezcáis demasiado (2), antes temed. Comparad vuestro estado presente al antiguo: comparad en el que nos hallamos con el de Abraham y los Profetas: ved de que abyeccion os ha sacado la gracia, y de que elevacion hemos nosotros decaido. Y nosotros ahora no existimos sino para recordaros los beneficios de Dios y nuestro castigo permanece para privaros á vosotros de caer en otro de semejante. Á nosotros se nos vuelve á pedir cuenta de la sangre del Mesias, mas si no os sabéis aprovechar de nuestro castigo, se os pedirá cuenta de la nuestra: pues la justicia divina no continua en derramarla á nuestros ojos sino para intimidaros con el espectáculo de una venganza tan terrible como perenne. No los exterminéis pues, Señor, para que mi pueblo no caiga en el olvido de vuestras misericordias, pero dispersadlos sí por vuestro poderoso brazo, y abatid su orgullo, vos que sois mi protector.

Esta última parte de la súplica del Mesias, que pide que

(1) Rom. 11. 12. Ibid. v. 17. et. 18.

(2) Ibid. v. 20. 21.

los Judíos sean conservados (1), pero reducidos al abatimiento, ha sido tan exactamente cumplida como la que puede su dispersion. Ellos han caido en un general menosprecio (2). En todas las naciones son mirados como la hez y el oprobio del género humano. Unos pueblos los han expulsado y prohibido la entrada; otros les han destinado un barrio aparte, de cuyos angostos limites no pueden pasar. Las falsas religiones así como la verdadera les tienen horror, y el nombre solo de Judío es una injuria. Tanto los hombres ilustrados como los que no lo son miran igualmente este pueblo desgraciado como un cadáver privado de vida, como herido de anatema, como exhalando un hedor de muerte. Y sin embargo, este pueblo, dejando á parte su incredulidad con respecto al Mesías, tiene una ventaja casi infinita sobre todos los pueblos del mundo. Él es el solo á quien han sido confiadas la divina revelacion y las Escrituras (3); el único con quien Dios haya hecho alianza; el único á quien hizo promesas; el único á quien envió sus profetas; el único que ha esperado el Mesías; el único de quien el Mesías quiso nacer; el único á quien él instruyó personalmente, y á quien tuvo por testigo de sus milagros y de sus misterios; el único del cual sacó sus Discípulos y sus Apóstoles, á quienes debe el mundo entero el conocimiento de la verdad.

Pero todo esto se ha borrado, porque no ha creído en Jesucristo; y es lo mas admirable que todos los pueblos de la tierra han conocido que todo lo habia perdido por semejante infidelidad. ¿Quién no reconoce aquí la fuerza de aquella palabra: Abatid su orgullo? ¿quién no admira la verdad de las profecias que han predicho la dispersion y la humillacion de los Judíos? ¿y quién no siente redoblar en su corazon el respeto y amor á Jesucristo, en quien no se puede creer sin tenerlo todo, y de quien nadie se puede se-

(1) Ps. 39. 13.

(2) Ps. 406. 40.

(3) Rom. 9. 4. 5.

parar sin perderlo todo y sin caer en una miseria y en una humillacion infinitas?

CAPITULO XVI.

La conservacion de los Judios á pesar de su dispersion y del menosprecio en que han caido es una prueba que Jesucristo es el Mesías y que ellos le reconocerán algun dia.

Pero lo que hay aquí mas extraordinario no es la dispersion de los Judios en todas las naciones y el menosprecio en que han caido, sino su conservacion despues de tantos siglos, á pesar de su dispersion por toda la tierra y del desprecio universal en que les tienen todos los pueblos.

Sin una particular providencia, un pueblo desunido, separado en una infinidad de familias particulares, desterrado en países de lenguas y costumbres diferentes, se hubiera mezclado y confundido con las demás naciones y despues de tantos siglos ni aun se conservaria de él el menor vestigio.

Porque no solamente no subsiste ya formando un cuerpo de república, sino que no hay una sola ciudad en donde pueda vivir segun sus leyes y establecer magistrados: no está ligado por ningun ejercicio público de su Religion: sus sacerdotes estan sin funciones: sus sacrificios son suprimidos: sus fiestas no pueden solemnizarse sino en un solo lugar á donde les está prohibido el reunirse.

¿Por cuál prodigio pues se ha conservado entre tantas naciones, sin tener ninguno de los medios que tienen los demás pueblos reunidos? ¿Cómo hallándose esparcido entre ellos como un pobre imperceptible, ha podido subsistir mas largo tiempo que todas, y sobrevivir á su extincion?

¿Quién puede en el día distinguir los antiguos Romanos de los pueblos sin número que se echaron sobre la Italia? ¿Quién puede distinguir una sola familia de los antiguos Galos entre las que tienen diverso origen? ¿Quién puede en España hacer la misma distincion entre los antiguos naturales y los Godos que los conquistaron? Todo el mundo en Oriente y en Occidente ha cambiado de faz. Todos los pueblos se han entremezclado de cien modos diversos; y si alguna familia pretende remontarse á un origen anterior á estos grandes cambios públicos del Estado, no puede conseguirlo sino á fuerza de conjeturas, oscuras y frívolas las mas de las veces.

Pero los Judíos, por una tradicion que ninguna desgracia pública ni particular ha podido interrumpir, remontan hasta la antigua estirpe de Abrahan. Pueden sí engañarse suponiéndose descendientes de una tribu mas bien que de otra, porque desde su dispersion carecen de archivos públicos, y esto mismo es una prueba de que su Ley quedó abolida, porque ni los sacerdotes ni los levitas podrian asegurar por monumentos ciertos que pertenecen á la familia de Aaron y á la tribu de Levi. Mas cada padre se ha encargado de decir á sus hijos que su origen era diverso del de los Gentiles, y que descendia de los patriarcas, cuyo elogio hace la Escritura.

El general menosprecio en que han caido hubiera debido hacerles confundir con los pueblos dominantes, suprimiendo todo cuanto podia distinguirles, pues separándose de los que tenian autoridad sobre ellos no lograban sino atraer sobre sí el odio y la irrision. En muchos lugares se exponian á la muerte, llevando la marca exterior de la circuncision. Todos los intereses humanos les impelían á borrar la mancha afrentosa de su origen.

Estaban viendo todos los dias que el Mesías se alejaba; que las promesas de sus doctores sobre su pronta manifestacion eran falsas; que las predicciones de los Profetas, que ya no entendian, estaban cubiertas de tinieblas; que todos

los cálculos de los tiempos (1) ó terminaban en Jesucristo, ó no tenían ya límites; que algunos de ellos desmayaban ya, perdían la esperanza y caían en la incredulidad con respecto á las Escrituras.

Y á pesar de todo esto, subsisten aun, se multiplican, continúan visiblemente separados de todos los otros pueblos; y á pesar de la aversion general que se les tiene, á pesar del poder de todas las naciones que los odian y los tienen bajo su dominacion, á pesar de todos los obstáculos humanos, ellos se han conservado y se conservan por una proteccion sobrenatural, que no ha conservado de este modo ningun otro pueblo de la tierra.

Muy poco sensible tendria que ser yo á los objetos que causan el pasmo y la admiracion, si no me asombrase y moviese semejante prodigio; y seria preciso que me hubiese formado una extraña idea de la Providencia, si me persuadiera que á ella no le cabe parte alguna en este prodigio.

Mas no ha querido el Espíritu santo dejarnos en la obscuridad sobre este punto; antes nos tiene declarado por sus Profetas, que la conservacion de los Judíos es obra suya. « Jacob, siervo mio, no te abandones al temor (2), dice el « Señor, porque yo estoy contigo: porque no conservaré « ninguna de las naciones entre las cuales te he dispersado, « á ti empero te conservaré, contentándome con castigarte « segun las reglas de mi justicia pues no debo tratarte como « inocente. »

Hizose esta promesa á los antiguos patriarcas, á quienes reservó Dios hijos herederos de su fe, y á los restos de Israel que creerán en Jesucristo al fin de los siglos.

Para ellos sufre Dios la indigna posteridad de los incrédulos; y con el objeto de conservar la comunicacion entre los

(1) Hace ya muchos siglos que los Rabinos han prohibido calcular los tiempos, porque todos los cálculos conducian á Jesucristo. *Rum-patur spiritus eorum, qui supputant fines; esto es, temporum terminos. Vide Buxtorf. in vou, nin.*

(2) Jerem. 46. 28.

primeros padres y los últimos hijos, es conservada la nacion no obstante su injusticia y en medio de los castigos que hubieran debido acabar con ella.

Atendamos empero que esta promesa no se hizo sino á la sola nacion de los Judios (1); que todas las demás serán ó exterminadas ó de tal modo confundidas unas con otras, que no podrán nunca mas distinguirse; y por último, que la sola palabra de Dios es la que mantiene y hace subsistir á los Judios, en medio de todo cuanto hubiera debido sumergirlos y devorar su existencia.

« Si otro que yo, dice el Señor, ha fijado el orden y la sucesion del dia y de la noche (2); si no soy yo el que prescribí leyes al cielo y á la tierra, podrá suceder que yo rechace la posteridad de Jacob y la de David mi servidor. Los volveré á llamar, y los convertiré, y tendré de ellos misericordia. » Ved ahí lo que acabo de decir, la promesa y el fin de la promesa. Dia vendrá en que los Judios sean llamados por misericordia, y á causa de los que serán llamados á conversion, todos los demás son sufridos por la paciencia de Dios y conservados por su poder.

« Esto es lo que dice el Señor que ha criado el sol (3) para iluminar durante el dia, y que ha regulado los movimientos de la luna y de las estrellas para alumbrar durante la noche, que agita la mar por el flujo y el reflujo, y que causa el bramido estrepitoso de sus olas. Si faltasen las leyes que yo he establecido, podrá faltar tambien la posteridad de Israel, y no ser ya mas un pueblo que subsista delante de mí en todos tiempos. Si fuese mensurable la altura de los cielos, dice tambien el Señor, si pudiesen sondearse los fundamentos de la tierra, desecharé completamente la raza de Israel, á causa de los grandes crímenes que ha cometido, dice el Señor. »

(1) *Ego consumam cunctas gentes ad quas ejeci te; te vero non consumam.*
Loc. cit.

(2) Jerem. 33. 25 y 26.

(3) Jerem. 34. 35. 36. 37.

Es decir, que el cielo y la tierra pasarán, antes que los Judíos dejen de ser un pueblo distinto de los demás. El poder mismo que ha dado leyes á la naturaleza vela en su conservacion, y el crimen inaudito que han cometido crucificando al Salvador prometido á sus padres, crimen que ha puesto el colmo á sus antiguas iniquidades (1), no moverá á Dios á retractar su palabra, y á desechar enteramente y sin apelacion la posteridad de Jacob.

¿Qué luz ilustraba á los Profetas para que osasen hablar de un modo tan alto y tan grandioso de una cosa tan poco verosimil cual era la duracion de un pueblo débil, dispersado, universalmente aborrecido, y culpable del mayor de todos los crímenes?

¿Quién dará pues de las otras profecias, viendo el cumplimiento de esta? ¿Qué prueba mas brillante puede desearse de la verdad de la Religion cristiana, que estos dos sucesos reunidos, la dispersion de los Judíos en todas las naciones, y su conservacion durante mil y seiscientos años? Cada uno de estos dos sucesos separadamente seria increíble, y son aun mas increíbles reunidos; pero estos dos prodigios eran indispensables para atestiguar que Jesucristo era el Mesías.

Era preciso que los que le habian desechado fuesen desterrados por todos los lugares de la tierra, llevando en todas las Escrituras, que fuesen en todos mirados como deidadas y cubiertos de ignominia.

Mas para cumplirse las promesas hechas á sus padres, era tambien necesario que su desterrada familia fuese llamada otra vez, y que disipada algun dia su ceguera, adorase al que Abraham habia deseado ver (2), y al que habia adorado con un santo transporte de alegría y de reconocimiento.

(1) *Et ego objicam universum semen Israel propter omnia quæ fecerunt, dicit Dominus. Loc. cit.*

(2) *Abraham pater vester exultavit ut videret diem meum, vidit et gavisus est. Joan. 8. 56.*

Los Judíos castigados y dispersos, dan testimonio de Jesucristo. Los Judíos vueltos á llamar y convertidos, le darán un día aun mas grandioso y solemne. Los Judíos conservados por un milagro perenne para conservar á Jesucristo la raíz y la sucesion de aquellos que creerán algun día en él, le rinden un testimonio perpetuo.

Si no fuesen mas que castigados, no darian otra prueba sino la de su justicia; si solo fuesen conservados, no probarian mas que su poder; si no fuesen reservados para adorarle un día, no darian muestra de su misericordia y fidelidad, y no le serian reparacion de sus ultrajes.

Su dispersion manifiesta que ha venido, pero que ellos le han desechado. Su conservacion muestra que él no los ha desechado á ellos para siempre, y que algun día creerán en él.

Por la una y la otra, ellos mismos declaran que es el Salvador prometido; que su miseria proviene de no haberle conocido; que la única esperanza que les queda es la de conocerle algun día.

No es pues menester preguntar porque los sufre Dios tan largo tiempo sin ilustrarlos, y porque deja tan largo intermedio entre los padres fieles y los hijos que lo serán. Seria querer medir la altura de los cielos (1) y querer sondear las profundidades de la tierra el pretender examinar los juicios impenetrables de Dios y los abismos de su sabiduria. Él ha puesto límites á la incredulidad de los Judíos (2), y á la ingratitud de los Gentiles. Su misericordia y su justicia se suceden, y nadie sabe en que tiempo ejecutará lo que ha prometido á la última posteridad de Israel, aunque sus promesas sean infalibles.

« He aquí lo que dice el Señor que te ha creado (3) y que te ha dado el ser. No temas porque te he rescatado, y lla-

(1) *Si mensurari potuerint cæli sursum, et investigari fundamenta terræ deorsum, et ego objiciam univèrsam semen Israel.* Sup.

(2) Rom. 11. 32. 33.

(3) Is. 43. 4. 2. 5. 6. 7. 8.

« mándote por tu nombre te he dicho : tú eres mi pueblo.
 « Cuando pasarás por entre las ondas , yo estaré contigo ,
 « y no te verás sumergido por los rios. Cuando andarás por
 « entre las llamas no serás quemado , y ellas te respetarán
 « para no consumirte. No temas pues , porque yo estoy con-
 « tigo. Del Oriente haré venir tu posteridad , y la haré reu-
 « nir en el Occidente. Diré al Septentrion : dámela ; y al
 « Austro : no pongas obstáculo á su vuelta ; al contrario ,
 « sirve de conductor á mis hijos que vendrán de lejos , y á
 « mis hijas que vendrán de los confines de la tierra. Cual-
 « quiera que invocare mi nombre es obra mia , yo le he
 « criado para mi gloria , y le hice ser lo que es. Hazme sa-
 « lir un pueblo ciego , y que tenga ojos , un pueblo sordo ,
 « aunque tenga oido corporal. »

Esta profecía verdaderamente admirable en todas sus partes está dirigida á Jacob , jefe de las tribus de Israel , y heredero de las promesas del Mesias y de la salud.

Su posteridad se halla dispersada en todos los lugares del mundo : tal es el estado de los Judíos desde Jesucristo acá.

Su dispersion es el castigo de su ceguera espiritual y de la sordera de su espíritu. ¿Y qué ceguedad ó qué sordera puede echarse en cara á los Judíos , sino el no haber conocido á Jesucristo y el no haberle escuchado , aunque probase su mision divina por una infinidad de milagros ?

Su situacion parece la mas desesperada , las aguas estan para sumergirlos , las llamas los rodean por todas partes ; pero donde quiera les sigue la proteccion de Dios para librarlos.

Esta proteccion se concede á todo el cuerpo de la nacion en favor de aquellos que invocarán un dia el nombre que los demás han ultrajado con sus blasfemias.

La pura misericordia de Dios será la que (1) dará un corazon dócil y fiel á los que renunciarán á su antigua incre-

(1) *Omnem , qui invocat nomen meum , in gloriam meam creavi eum , formavi eum et feci eum. Loc. cit.*

dulidad. Serán la obra de su gracia, y á ella sola deberán su penitencia y su retorno á la fe.

No empezarán á ver un objeto nuevo, sino un objeto que su ceguera les habia ocultado. No escucharán la voz de un maestro que haya parecido de nuevo, sino la de un maestro á quien una sordera voluntaria y obstinada les habia impedido escuchar (1).

El cambio se verificará en sus personas, pero no en la Religion, la cual quedará como es ahora (2); pero ellos empezarán á verla. Jesucristo rasgará el velo que tienen en sus ojos, pero él será el mismo. Curará su sordera, pero las palabras que dirá serán las mismas.

Es pues evidente que los Judíos se conservan por él, y que todo el cuerpo de la nacion no subsiste sino por la eficacia de la promesa que debe conducir hácia á Jesucristo los restos de Israel. «Hágase salir y condúzcaseme un pueblo «ciego aunque tenga ojos, y sordo aunque tenga oídos(3).»

CAPITULO XVII.

Demuéstrase que Jesucristo es el Mesías prometido por las Escrituras, porque ellas predicen la obcecacion general de los Judíos, excepto un pequeño número, porque ellas señalan la verdadera causa de esta obcecacion y predicen clarísimamente la fe de los Gentiles.

ARTICULO I.

Demuéstrase que Jesucristo es el Mesías prometido por las Escrituras porque ellas predicen la ceguera de los Judíos.

Hemos terminado el capítulo precedente por una profecía

(1) *Educ foras populum cæcum et oculos habentem; surdum, et aures et sunt.* Loc. cit.

(2) *Jesus-Christus heri et hodie, ipse et in sæcula.* Hebr. 43. 8.

(3) Is. 43. 5.

de Isaías, que contiene claramente la promesa del retorno de los Judíos, bajo el nombre de un pueblo « ciego aunque tenga ojos y sordo aunque tenga orejas: » mas si alguno dudare que deben entenderse los Judíos bajo esta expresion, el mismo Profeta le sacaria de esta duda con estas palabras: « Escuchad (1), dice el Señor, vosotros que sois sordos, y vosotros ciegos, abrid los ojos para mirar. ¿ Mas quién es el ciego á quien hablo sino mi servidor? ¿ Y quién es tan sordo como el que debería servirme de ángel y de enviado? ¿ Quién es tan ciego como él que debería ser perfecto? ¿ Quién es tan ciego, repito, como mi servidor? ¡ Y qué! ¿ Tú que ves tantas cosas no observas ninguna? ¿ Y tú que tienes abiertos los oídos no escucharás jamás? »

Estas reconvenciones dirigidas á todo el pueblo, y hasta á aquellos que tenían obligacion de ser mas ilustrados y mas perfectos que los demás, menguan la admiracion que debería causarnos el que toda una nacion instruida durante tanto tiempo por los Profetas, y que aguardaba al Mesías por tantos siglos haya sido bastante ciega para no conocerle cuando realmente vino.

Esta nacion, que mira todas las demás como sumergidas en las tinieblas, no puede comprender que se haya engañado en un punto tan esencial, y que los Gentiles que solo por medio de ella han tenido conocimiento del Mesías, hayan tenido mas luz para saberle discernir.

De mí, dice ella, han recibido las Escrituras los pueblos extranjeros, de mí pues tambien deben recibir el modo de entenderlas. A mí solo han hablado los Profetas, ¿ y cómo

(1) *Surdi, audite; et cæci intuemini ad videndum. Quis cæcus nisi servus meus? et surdus, nisi adquem nuntios meos misi? Quis cæcus nisi qui venundatus est? Et quis cæcus nisi servus Domini?*

El texto original trae: *et surdus, velut angelus meus, quem eram missurus? Quis cæcus, velut ille qui perfectus esse deberet?*

Qui vides multa, nonne custodies? Qui apertas aures habes, nonne audies?
Is. 42. 48. 49. 20.

los pueblos desconocidos á los Profetas han de entenderlos mejor que yo? En mi país, ante mis ojos, ha pasado todo lo que veneran los Cristianos; ¿estarán ellos mejor instruidos de estos sucesos que los sabios que componian el supremo Consejo, en donde se examinaba todo lo concerniente á la Religion?

Esta dificultad hubiera podido hacer alguna impresion en los espíritus, si las mismas Escrituras que prometen el Mesías no predijesen que este seria desechado por la nacion misma á quien estaba prometido y que le estaba esperando, que sé ceguedad sobre este punto esencialísimo seria universal; y si no predijesen tambien que los extranjeros, á quienes la promesa del Mesías seria desconocida, le recibirian, y creerian en él cuando les seria anunciado por el corto número de aquellos que por una gracia particular hubiesen sido preservados de la incredulidad general.

Así la objecion que tan fuerte parece se convierte en prueba, y forma una doble demostracion que Jesucristo es el Mesías que las Escrituras prometen, porque toda la masa de la nacion Judía le ha desechado, excepto un cortísimo número que se ha reservado la misericordia de Dios: y porque los Gentiles, los cuales no habian oido hablar de él, recibieron con docilidad la predicacion de sus Apóstoles. Esta observacion es de la mayor importancia, y conviene estar de ella bien instruido.

El Profeta Isaías, al ofrecerse á Dios para anunciar á su pueblo lo que aquel le habia revelado, recibió de él esta admirable respuesta (1): « Vé á decir á este pueblo: escuchais lo que os digo y no lo entendeis, veis lo que yo os muestro y no lo comprehendéis. Obceca el corazon de este pueblo, ensordece sus oidos y cierra sus ojos para que no vea con ellos, ni oigan sus oidos, ni entienda en su corazon y no se convierta á mí, ni yo me halle dispuesto á curarle. Entonces replicó el Profeta: ¿Hasta cuando ha de

(1) Is. 6. 8. 9. 40. 41.

« durar tanta ceguera ? Y contestó el Señor : Hasta que las
 « ciudades queden desoladas y sin habitantes , y las casas
 « sin moradores , y la tierra se convierta en un desierto. »

Y sabemos por el Evangelio de San Juan que en esta profecía se trata de Jesucristo , que su gloria es la que vió Isaias , y que de él es de quien habla.

Las pruebas alegadas hasta aquí de que Jesucristo es el Mesías me dan un derecho para citar como divinas las Escrituras del nuevo Testamento , antes que yo demuestre su verdad en particular. Así pues la autoridad de San Juan es decisiva (1) , y desde este momento debe tenerse por cierto que la obcecacion general predicha por Isaias es con relacion al Mesías prometido , y que para él y con respecto á él todos los ojos estan cerrados , son sordos todos los oidos , y está entorpecido y obtuso el corazon de todos.

Mas aun cuando se tuviera suspenso el juicio sobre la autoridad divina del Evangelio de San Juan , ¿ no resultarían mas claros que la luz del dia estos dos hechos , á saber que la ceguedad predicha por Isaias será un obstáculo á la conversion y á la curacion del pueblo Judío , y que esta ceguedad durará hasta que el pueblo Judío no tenga ciudades , ni habitacion ni patria ? ¿ Pues que otra ceguedad que la que hará desconocer al Mesías será un obstáculo á la conversion y á la curacion de los Judíos , y que otro será castigado con un destierro universal y perpetuo ?

« Dad gloria á la santidad del Señor de los ejércitos (2) ,
 « dice en otra parte el mismo Profeta ; él solo sea el que os
 « haga temer y temblar , y él será vuestra santificacion. Al
 « paso que será piedra de tropiezo y piedra de escándalo
 « para las dos casas de Israel , y lazo y ruina para los habi-
 « tantes de Jerusalem. Y muchos de ellos tropezarán con es-
 « ta piedra , y caerán , y se harán pedazos , y se verán co-
 « gidos en el lazo , y quedarán presos. Recoge ahora el tes-

(1) Joan. 42. 37. 39. 40. 41.

(2) Is. 8. 3. y sig.

« timonio , sella la Ley para mis discípulos. Yo , sin embargo
 « tengo puesta mi esperanza en el Señor , que ha escondido
 « su rostro de la casa de Jacob , y en esta esperanza perse-
 « veraré. Veisme aquí á mí y á mis hijos que me dió el Se-
 « ñor para que sirvan de señal y portento á Israel , de par-
 « te del Señor de los ejércitos que habita en el monte de
 « Sion (señal que sea una prediccion y una imágen de lo
 « que ha de venir). »

San Pedro en su primera carta (1), y San Pablo en la su-
 ya á los Romanos (2), han explicado esta profecía entera de
 Jesucristo ; pero prescindiendo por algunos momentos de
 una autoridad de tanto peso , es evidente en primer lugar
 que se trata aquí del Mesías , pues este es á quien espera el
 Profeta , y que su familia persevera con él en esperarle pues
 que la salud ó la ruína de Israel depende de si le admite ,
 ó si le rechaza.

Es evidente , en segundo lugar , que el Mesías no será co-
 nocido sino de un corto número de personas , y que todo
 Israel irá á ojos cerrados á chocar contra él , y se estrella-
 rá contra la piedra (3) que debe servir de fundamento á to-
 do el edificio. Las dos casas de Israel , es decir , las dos tri-
 bus de Judá y de Benjamin de una parte , y las diez tribus
 de la otra , caerán en igual ceguedad. Dios ocultará su ros-
 tro á la casa entera de Jacob (4). Los Profetas solamente y
 su familia , ellos y los hijos que se les han dado , por una
 particular gracia conocerán al que ellos mismos habrán es-
 perado. Todo el resto seguirá falsos guias (5) , dejará el rec-
 to camino para no exponerse á los peligros , y preferirá que-
 darse dentro á salir.

Es en tercer lugar evidente , que toda la inteligencia de

(1) 1. Petr. 2. 7. 8.

(2) Rom. 9. 32. 33.

(3) *In lapidem offensionis duabus domibus Israel.* Loc. cit.

(4) *Expectabo Dominum , qui abscondit faciem suam á domo Jacob.* Ibid.

(5) *Offendant ex eis plurimi , et cadent , et conterentur , et irretientur et ca-
 pientur.* Ibid.

las profecías que tienen relacion con el Salvador prometido, es un secreto y un misterio (1) desconocido de todos, á excepcion de los discípulos, á aquellos á quienes quiso Dios revelarle; que las Escrituras son para los demás un libro cerrado del cual no ven aquellos sino la cubierta, y que bien ejos de que la multitud le comprenda, no puede hacer mas que obscurecerla.

Por esto se ve cuan mal fundados van los Judíos en echarnos en cara que no hayamos tomado por guías á los que componian el Consejo público de la nacion. Este hubiera sido el mas seguro medio de extraviarnos.

Vese tambien quanto yerran en decirnos que supuesto hemos recibido de ellos las Escrituras, debiéramos haber recibido para entenderlas las lecciones de sus maestros. Nosotros las hemos recibido de los discípulos á quienes el mismo Dios habia instruido; las hemos recibido de los Profetas y de sus hijos. No hemos inventado por cierto lo que creemos, pero no debimos aprenderlo de aquellos para quienes las Escrituras son un libro cerrado. El secreto conservado entre los discípulos ha llegado hasta nosotros, y Jesucristo era la clave del enigma. Los Judíos que le conocieron nos han enseñado á conocerle, y todos los demás han sido ciegos, y han retenido los libros de los cuales no tocan mas que el volúmen, sin entender ninguno de los saludables arcanos que contienen.

Es evidente, en cuarto lugar, que el profeta Isaias en este pasaje se da á sí mismo y á sus hijos (2) como un signo misterioso de lo que habia de suceder en Israel. Uno de estos hijos tenia un nombre profético, que significaba que los

(1) *Liga testimonium, signa legem in discipulis meis. Ibid.*

(2) *Ecce ego, et pueri mei quos dedit Dominus in signum et in portentum, Isr'el. Ibid.*

El primero de los hijos de Isaias se llamaba *Schear Iaschoub. Reliquiae revertentur.*

El segundo se llamaba *Maher Schalal Haschbar. Velociter spolia detrahe cito prædare. Is. 7. 3 et 8. 3. segun el texto original.*

restos de Israel serian libertados ; y el otro llevaba uno de los nombres del Mesías que significaba las conquistas que habia de hacer entre las naciones. Y el mismo Isaías representaba á todos los profetas.

Así que, estas tres personas nos enseñan que solamente el resto de Israel será salvado ; que el Mesías extenderá su reino entre los Gentiles, y que los discipulos que creerán en él entre los Judíos quedarán reducidos á los profetas y á su poco numerosa familia.

Lo que hasta aquí he dicho se hará mas claro por otra profecía, que merece en cada una de sus partes la mayor atencion.

« Pasmaos y sorprendeos (1) atónitos, ó hijos de Israel, « id fluctuando y bamboleando como embriagados, y no « de vino, tambaleaos y no de embriaguez, porque el Se- « ñor ha derramado sobre vosotros el espíritu de letargo, « cerrará vuestros ojos, pondrá un velo para que no en- « tendais á los profetas y príncipes ó ancianos vuestros que « tienen visiones (ó revelaciones). Y las visiones ó profe- « cías de todos estos serán para vosotros como palabras de « un libro sellado, que cuando le dieren á uno que sabe « leer y le digan : Léele, responderá : No puedo porque está « sellado. Y si le dieren á uno que no sabe leer y le dicen : « Léele, responderá : No sé leer.

« Y dijo el Señor: Por cuanto este pueblo se me acerca « de palabra no mas, y me honra solo con los labios ; su co- « razon empero está lejos de mí, y me rinden culto segun « los ritos y doctrinas de los hombres: por tanto he aquí « que nuevamente excitaré la admiracion de este pueblo « con un prodigio grande y espantoso, porque faltará la sa- « biduria de sus sabios, y desaparecerá el don de consejo de « sus prudentes. »

¿Puede darse mas clara demostracion de la verdad de la Religion cristiana que el estupendo prodigio de la ceguedad

(1) Is. 29. 9. etc.

de los Judíos que profetiza aquí Isaías? No puede ponerse ni aun en duda que esta profecía habla de los Judíos. Jesucristo hace de ella la aplicacion, y la cosa habla por sí misma, porque en tiempo de Isaías, ¿qué otro pueblo sino el de los Judíos adoraba al verdadero Dios con un culto público y general?

Es cierto pues que sobre el punto capital, del que depende el verdadero sentido de las Escrituras, este pueblo no tendrá ninguna luz; que aquellos mismos á quienes mirará como sus conductores le engañarán, y que los sabios no tendrán ni sabiduria ni inteligencia.

Luego es tambien cierto que toda la nacion en cuerpo se engañará con respecto al Mesías; porque él es la clave de las Escrituras, así como es su término y su fin, y solo conociéndole pueden entenderse las Escrituras; así como, por el contrario, nada puede comprenderse de ellas si se le desecha.

Mas para conocer toda la evidencia y toda la fuerza de esta profecía, preciso es dividirla en tantas partes como lo hizo el Profeta.

Ante todo considera toda la nacion como agitada (4) por un espíritu de vértigo, irresoluta, incierta, sin tener firmeza en sus consejos, ni consecuencia en su comportamiento, semejante en todo á una persona á quien el exceso del vino hace bambolear, y la incapacita de juzgar de nada con sano juicio. Tal fue el primer estado en que el testimonio del Precursor y los milagros de Jesucristo pusieron al pueblo, y muy principalmente á sus jefes y doctores. No sabian estos que partido tomar. La evidencia de los milagros hacia en ellos una impresion de momento, pero su envidia los empujaba otra vez hácia el lado opuesto. Veian, y se irritaban, daban un paso, y luego retrocedian.

De este estado pasaron á otro mas criminal, pero que era

(4) *Obstupescite et admiramini, fluctuate et vacillate; inebriamini, et non á vino; movemini et non ab ebrietate.* Loc. cit.

un justo castigo del primero. Se esforzaron en oscurecer todas las pruebas que daba Jesucristo de su mision, en negar todo cuanto no pasase en su presencia, en poner dudas en lo que parecia mas claro, en atribuir al demonio los prodigios cuya realidad no podian disputar. Así, aquellos á quienes escuchaba el pueblo como á sus profetas, y seguia como sus conductores, se hicieron mas enemigos de la verdad que todos los demás, y de consiguiente mas incapaces de verla. Dios derramó sobre ellos un espíritu de letargo (1), les cerró los ojos, y pasó delante de ellos un velo que les ocultó aquello que no amaban.

En esta disposicion consultaron ellos las Escrituras, no para instruirse, sino para afirmarse en sus erróneas presunciones. Pero ellas fueron para ellos un libro cerrado y sellado (2). Nada vieron en él, desde que tomaron la resolucion de no ver á Jesucristo; se limitaron á simples exterioridades, es decir á los sellos que les ocultaban lo interior, y substituyeron sus vanos pensamientos á la verdadera inteligencia de los libros divinos, sus visiones ilusorias á las verdaderas revelaciones de los Profetas.

Desde entonces toda la nacion quedó en la incapacidad de ser ilustrada por la luz de la verdad, porque el simple pueblo no podia leer (3), esto es, no podia entender por sí solo las Escrituras. Y sus doctores no tenian ya la clave de ellas, y perdian el tiempo en meditar sobre un volúmen y un rollo sellado por todas partes; en vez de leer en la Ley, vendian el fruto de sus delirios, y hablaban de su propio fónido en lugar de explicar lo que estaba realmente escrito en el libro.

(1) *Miscuit vobis Dominus spiritum soporis, claudet oculos vestros: Prophetas et duces vestros, qui vident visiones, operiet.* Ibid.

(2) *Erit vobis visio omnium* (claro está que aqui se ha de suplir *Prophetarum*, y que se ha de entender de los verdaderos Profetas) *sicut verbi libri signati.* Ibid.

(3) *Quem cum dederint scienti litteras, dicent, lege istum; et respondebit: non possum; signatus est enim, et dabitur tiber nescienti litteras, diceturque ei, lege, et respondebit nescio litteras.*

En Isaías tanto el pueblo como los doctores aparecen de buena fe; el pueblo confiesa su ignorancia, y los doctores reconocen que el libro está sellado. Pero esto es para hacer la cosa mas sensible, y no para explicar las disposiciones ya sea del pueblo, ya de sus maestros; bien que fuese una verdad que el pueblo era mas sincero que sus doctores, á quienes increpa Jesucristo el ser mas ciegos que los otros (1) y con menos esperanzas de curacion porque en su orgullo se creian muy perspicaces.

ARTICULO II.

Las Escrituras señalan la verdadera causa de la ceguera general de los Judíos con respecto al Mesías, que es Jesucristo.

Pudiera preguntarse ahora: ¿cómo permitia Dios que la nacion entera á la que por un particular privilegio habia confiado las Escrituras, perdiese el conocimiento y la inteligencia de ellas? ¿porqué eran ellas superiores al alcance del pueblo? ¿porqué eran un libro cerrado para sus doctores? ¿porqué Dios mismo, añadia para aumentar su obscuridad el velo que puso á los ojos de sus jefes y de sus pastores?

No dejó Dios de prevenir todas estas objeciones, y por la respuesta que á ellas hace descubre juntamente la justicia y la profundidad de su conducta, y da una leccion importante á todos los que se dedican á la inteligencia de las Escrituras.

Este pueblo á quien yo las he confiado, dice el Señor (2), no me honra sino con los labios, pero su corazon está lejos de mí. Puso todo su cuidado en instituciones humanas, que

(1) *Si cæci essetis, non haberetis peccatum. Nunc ve: o dicitis quia videmus peccatum vestrum manet.* Joan. 9. 41.

(2) *Eo quod appropinquat populus iste ore suo, et labiis suis glorificat me, cor autem eorum longe est á me.*

dejan en libertad las pasiones, y que no prescriben sino una pureza exterior; pero hace poco caso de mi ley, que se opone en todo á sus injustos deseos.

Yo le trato, pues, conforme él me trata (1); arreglo mi conducta por la suya, y le vuelvo la espalda así como él me la ha vuelto á mí. Me habla, pero me oculta su corazón, y así yo le hablo ocultándole mis sentimientos. Él prefiere promesas temporales á las que tienen por objeto los verdaderos bienes. Yo encubro estas promesas eternas con las temporales. El no desea la verdadera justicia, y se contenta con un aparato exterior de Religión; yo le ocupo en esta parte exterior, que hago servir de velo á un culto espiritual que se manifestará á su tiempo. Él prefiere á mi ley las tradiciones humanas, y yo le entretengo con historias humanas y con hechos bajo los cuales encubro las principales acciones del Mesías.

Él le aguarda bajo la idea que de él se ha formado, muy análoga con la de los principes de la tierra, y yo se la represento por algunos rasgos conformes á su idea que le muevan mucho mas que todos los otros, si bien estos la explican y rectifican. El no me ama, ni ama al que yo he de enviar; yo castigo las tinieblas de su corazón con las de su entendimiento, y lejos de hacerle confidente de mi secreto, tomo contra él precauciones como contra un enemigo que abusaría de mi confianza.

Sus injustas disposiciones, en vez de disminuir por las exhortaciones y milagros del Mesías, solo servirán para exasperarle, y como no podrá sufrir la luz, preferirá sus tinieblas. Y para castigarle de tan loca preferencia, consentiré en que persevere en ellas, y permitiré que la ceguera sea tan general, que casi nadie se hallará en estado de observarlo.

Entonces sucederá lo que es increíble (2), lo que asom-

(1) *Ideo ecce ego addam ut rem miram faciam cum populo isto, rem miram et stupendam.*

(2) *Peribit sapientia á sapientibus ejus, et intellectus prudentium ejus, abscondetur.*

brará á todo el mundo y parecerá incomprehensible, que la nacion que tiene las Escrituras en depósito, nada comprenderá de ellas: que el pueblo instruido por los Profetas desechará á aquel mismo á quien ellos han prometido y esperado; que hombres que no viven sino de la esperanza del Mesías le darán la muerte. El terrible prodigio que yo reservo á esta nacion es que sus labios se verán privados de toda sabiduría, y sus doctores de toda inteligencia.

Así lejos de que el ser, como será, desechado por el Consejo de los sabios y por los doctores de la ley mancomunados sirva de prevencion contra el Mesías que yo quiero enviarle; yo quiero, al contrario, que se le reconozca por esta señal, y por esto la hago prenuñciar, á fin de que, cuanto mas asombroso sea este hecho y contra toda verosimilitud, mas corresponda á la prediccion.

Tan funesto fue este prodigio á la nacion, que los Profetas la deploraron mucho tiempo antes que llegase. « Nosotros esperábamos la luz decian, (1) y henos aquí sumergidos en las tinieblas. Aguardábamos un brillante día, y caminamos entre las sombras de la noche. Vamos como ciegos tanteando las paredes, y caminamos á tientas, como si estuviéramos sin ojos. Topamos unos con otros en medio del día, como si estuviésemos á oscuras, y nos encontramos en lóbregas cavernas como los muertos. Damos aullidos como osos, y gemimos como timidas palomas. Esperamos un juicio y este no ha llegado. Esperamos la salud, y la salud está muy distante de nosotros; porque nuestras iniquidades se han multiplicado á nuestros ojos, y nuestros pecados nos acusan infelizmente. »

Todo es digno de llamar la atencion en estas interesantes palabras. La desgracia que aflige al Profeta es general, y no consiste en una pérdida temporal, sino en una espantosa ceguera. Esta ceguera no proviene de que no aparezca la luz, sino de que esta luz no es percibida (2). Estando en

(1) Is. 59 9. etc.

(2) *Impegimus meridié quasi in tenebris*, Ibid.

medio del día, en lo mas lleno de la luz meridiana, se anda á tientas como en medio de la noche, y se tropieza por todas partes. El pueblo no tiene ya guías á quienes poder seguir. Los mismos que debian guiarle andan á tientas como los demás. La salud prometida á la nacion (1) se ha apartado de ella y ha pasado á los otros pueblos. El juicio pronunciado por los sabios y por los prudentes sobre el punto mas esencial ha sido injusto y ha dejado todo el pueblo sumido en el error. Los otros crímenes de la nacion han sido castigados por este último, que ha puesto el colmo á todos ellos. Esta inmensa desgracia ha llenado de desconsuelo á los Profetas, que tienen los ojos arrasados en lágrimas. Mas ni los seductores ni los seducidos conocen su lastimoso estado, porque estan muertos (2), y sus tinieblas les ocultan la pérdida que han tenido de la luz.

Nada era menos de esperar que este prodigio, segun las conjeturas humanas; pero cuanto menos verosímil é inesperado, mayor y mas robusta prueba es de la verdad de las Escrituras que le han con tanta claridad vaticinado, y mas sirve para demostrar que Jesucristo es el Mesias que ellos prometieron, pues la ceguera general de los Judíos les ha llevado á desecharle.

ARTICULO III.

Demuéstrase que Jesucristo es el Mesias prometido por las Escrituras porque al vaticinar la ceguera de los Judíos, han predicho tambien que los Gentiles creerian en él.

Si los Judíos hubiesen admitido á Jesucristo, yo me veria obligado á no admitirle, porque, segun las instrucciones que he recibido de las Escrituras mismas, sé que se

(1) *Expectavimus salutem et elongata est á nobis. Expectavimus judicium et non est.* Ibid.

(2) *In caliginosis, quasi mortui.* Ibid.

engañarán sobre el punto mas importante de la Religion. Mas cuanto mas general es la conspiracion levantada contra él, mayor es mi seguridad en mi fe. Su juicio forma el mio con oposicion al suyo. Creo lo que ellos me prohiben creer, me dirijo al que ellos rechazan, y estoy cierto que sigo la senda verdadera, porque el Espiritu Santo me asegura que ellos se extraviarán del recto camino.

Tan solo aguardo un poco mas para ver si los Gentiles (1) adorarán al que los Judíos crucificaron, porque este segundo prodigio, mas increíble aun que el primero, se me ha dado como una última señal por la cual debo yo reconocer al verdadero libertador. Veo pues que todo se postra delante de él; que los ídolos caen; que el Capitolio humilla su erguida frente; que los emperadores, ya fieles, colocan la cruz en la cumbre de su diadema. No dudo pues un momento, y voy corriendo á prosternarme delante de Jesucristo, ya porque los suyos no le han admitido (2), ya porque los extranjeros le han adorado: entrambas señales van juntas, y es completa la prueba de que él es el que mucho tiempo antes de su venida dió ya estas dos señales á sus Profetas. « Los que no preguntaron por mí (y que ni me-
« nos habian oido hablar de mí) vinieron á buscarme (3).
« Los que no me buscaron me han encontrado. Aquí me
« tienes, aquí me tienes, he dicho á una nacion que no
« invocaba mi nombre. Al contrario, yo he extendido
« mis manos durante todo el dia á un pueblo incrédulo,
« que anda por un mal camino y que no sigue sino sus er-
« rados pensamientos. »

De lo que resulta que tanto la incredulidad de los Judíos, como la fe de las otras naciones son los parantes de mi creencia en Jesucristo, y estos dos prodigios conspiran juntamente para hacerme creer en él.

(1) Véase en el Cap. XIII las predicciones y las pruebas de la fe de los Gentiles.

(2) *In propria venit, et sui eum non receperunt.* Jo. 4. 44.

(3) Is. 65 1. 2.

CAPITULO XVIII.

Pruébese que Jesucristo es el Mesías, porque los Judios dan á los restos de Israel en tiempo del Mesías caracteres que convienen todos á los restos de Israel en tiempo de Jesucristo.

Todavía se me ofrece otro tercer prodigio muy singular en todas sus circunstancias, y como tengo un sincero deseo de aprovecharme de él, voy á detenerme en profundizarle.

Aunque todo el cuerpo de la nacion caiga en la infidelidad, promete Dios reservarse un corto resto de verdaderos israelitas, que con respecto á todo el pueblo será insignificante. Y estos restos tendrán los tres caracteres siguientes: Resplandecerán en virtudes, serán invencibles, y llevarán la luz á todo el universo. Despues de ellos la nacion quedará sin gloria y sin vida. Y no volverá á ser fecunda hasta los postrimeros tiempos en que otros restos, predichos tambien por los Profetas, serán recogidos, y formarán el tesoro de las naciones y el consuelo de la Iglesia.

Voy á examinar una por una estas partes, é iré haciendo de ellas su respectiva aplicacion.

Es menester que el número de aquellos que creerán en el Mesías sea muy poca cosa con respecto á la nacion entera, pues los Profetas se lamentan de la incredulidad de todos. « ¿ Quién ha creído, exclaman, á nuestra palabra, y á quien ha sido revelado el brazo del Señor (1) ? » como si dijera: quien ha conocido el designio del Señor al enviar el Mesías? « Él ha ocultado su rostro á la casa de Jacob (2). Las dos

(1) Is. 53. 4.

(2) Is. 8. 17.

« casas de Israel se han estrellado contra la piedra funda-
« mental del edificio (1).

« Los restos se convertirán; los restos de Jacob se con-
« vertirán al Dios fuerte (2). Pues cuando tu pueblo, ó Is-
« rael, será tan numeroso como las arenas del mar, un pe-
« queño resto solamente se convertirá á Dios, y todo este
« resto se verá inundado por la justicia (3). Porque el Se-
« ñor, el Dios de los ejércitos hará una considerable dis-
« minucion en medio de toda la tierra, y reducirá su pueblo
« á un pequeño número. »

Ved ahí dos caracteres reunidos: lo que Dios se reserva-
rá no es mas que un pequeño resto de todo Israel, pero es-
te resto precioso será inundado de justicia, es decir, que
su virtud será grande y perfecta.

Los mismos caracteres de pequeño número y de una
grande justicia se hallan juntos en otra profecía al valor y
al celo que desplegarán los restos de Israel para anunciar
á toda la tierra la gloria del Mesías. Ved ahí como habla el
Espiritu Santo.

« Lo que quedará en medio de la tierra y de los pue-
« blos (4) será semejante á las pocas olivas que quedan des-
« pues que se han recogido todas las demás, ó á uno ú otro
« grano de racimo que se escapa á la podadera del vendi-
« miador. Estos que habrán quedado, levantarán su voz, y
« entonarán cánticos de alabanza. Oiránse sus gritos de jú-
« bilo mas allá de los mares, cuando el Señor habrá entra-
« do en su gloria. Por esto, glorificad al Señor (vosotros á
« quienes él ha escogido) derramando la luz de su doctri-

(1) Ibid. v. 14.

(2) Is. 40. 21. 22. S. Pablo á los Rom. 9. 27.

(3) Lo que se lee en la Vulgata: *consumatio abbreviata inundabit justitiam*, y que uno de nuestros traductores de la Biblia vierte así: pero los restos que se salvarán de la destruccion rebotarán en justicia; Puede tambien traducirse: *Consumationem abbreviatam inundabit justitia*, lo cual es mas claro, pues el participio masculino *Schoteph* no es opuesto. segun el Hebreo al femenino *Tsedakak*.

(4) Is. 24. 13. etc.

«na (1): celebrad el nombre del Señor, del Dios de Israel
 «en las islas del mar. Desde las extremidades de la tierra
 «hemos oído las alabanzas y la gloria del Justo. Mas dije yo:
 «mi secreto es para mí solo. ¡Ay de mí! Ellos prevarica-
 «ron violando la ley, y siendo sus transgresores en todo.
 «¡Ó tú que habitas la tierra! ya no queda mas sobre tí que
 «el pavor, el abismo y el lazo para tu ruína!»

1. Los restos de Israel son semejantes á algunas olivas ó á algunos granos de racimo que han escapado á los ojos y á las manos de los hombres, y semejantes comparaciones indican un número excesivamente pequeño.

2. Pero estos restos de Israel, que la gracia ha preservado de la incredulidad general, comprenden toda la extensión de semejante misericordia, se sienten penetrados de reconocimiento, y hacen resonar con sus cánticos la tierra y la mar (2), sin que los incrédulos puedan reducirles al silencio.

3. Ellos publican á alta voz la gloria del Justo por excelencia (3), aunque el Consejo de la nación le haya condenado. Anuncian su resurrección, la predicán con todo el ardor de su celo, aun cuando toda la nación se empeña en oscurecer el brillo de tan estupendo prodigio.

4. No solamente por la Judea y provincias comarcanas van ellos derramando la luz de la verdad (4), sino que la propagan hasta en los países de la otra parte de los mares, hasta en las islas mas remotas, hasta en las extremidades de la tierra.

5. El Profeta escucha lo que ellos publican. Toma parte

(1) *Propter hoc in doctrinis glorificate Dominum.* El término original que corresponde á *doctrinis* está mejor traducido así, ó *in lumine*, que *in vallibus*, como pretenden algunos. También puede tener lugar la conjetura de que *Baurim* está en lugar de *Bahurim electi*.

(2) *Hi levabunt vocem suam atque laudabunt.* Ibid.

(3) *Cum glorificatus fuerit Dominus hincient de mari.*

(4) *A finibus terræ laudes audivimus, gloriam justí.* Ibid.

en su ministerio (1) les exhorta á que le desempeñen dignamente.

6. Mas no se atreve á explicarse mas claramente ni sobre los restos de Israel (2), ni sobre el motivo de su alegría, ni sobre el Justo cuya gloria ellos publican, ni sobre el éxito de sus predicaciones entre los Gentiles.

7. Se le recomienda mezclar estas predicciones que se refieren á Jesucristo y al Evangelio con las que tienen relacion con el modo prodigioso con que Jerusalem se libertó del sitio del Sennaquerib, con el corto número de los que se conservarán hasta la derrota milagrosa de los Asirios, su alegría y sus acciones de gracias de tan patente proteccion sobre Jerusalem y sobre Ezequias, que entonces reinaba allí con mucha piedad.

8. Mi secreto, dice el Profeta es para mí solo (3). El pueblo á quien yo hablo no merece el ser admitido en él, pues no desea sino una libertad temporal, no conoce á otros enemigos sino á los visibles. En nada le interesa una victoria espiritual; y así me veo obligado á ocultarle bajo otros nombres al verdadero Libertador. Le hablo en otra parte de Ciro, aunque no tenga en mi pensamiento sino el Mesías. Así lo exigen las órdenes severas que he recibido. El Salvador de Israel hace como que se oculta, y me sugiere expresiones que solo á él convienen, pero que él parece transmitir á otro. Y así no he podido menos que decirle: « Ó Dios, salvador de Israel, mucho empeño poneis en ocultaros (4). »

9. El comun del pueblo no sabe lo que he predicho, anunciándole que los restos de Israel se asemejarian á algunas olivas ó granos de racimo que se escapan á la recoleccion

(1) *Propter hoc in doctrinis (in lumine) glorificate Dominum: in insulis maris, nomen Domini Dei Israel.* Ibid.

(2) *Et dixi: secretum meum mihi.* Los que traducen *macies mihi*, se alejan mucho del verdadero sentido.

(3) *Et dixi secretum meum mihi.*

(4) Is. 45. 45. El sentido de la palabra hebrea *mischather*, es *abscondens te*, en lugar del *absconditus* de la Vulgata.

general. Tampoco saben lo que significan aquellos clamores de júbilo que yo he escuchado desde las extremidades de la tierra; ni que desgracia es para él que la gloria del Justo sea conocida de los Gentiles, mientras que es deshonrado su nombre en la Judea. El suceso explicará lo que no puedo revelar sino enigmáticamente.

10. Mas desde este momento me oprime la aflicción (1), porque despues que los restos de Israel hayan sido separados del cuerpo de la nacion, ella estará llena de injustos y de transgresores de la Ley de Dios, y desde entonces no es objeto sino de su cólera.

Basta leer los primeros capitulos de los Actos de los Apóstoles para ver con que exactitud se han cumplido todas las partes de esta profecia.

1. Á pesar de la universal conspiracion de lo mas poderoso y autorizado entre los Judíos, un pequeño número de Discípulos, sin crédito, sin bienes, sin letras, sin proteccion, permaneció fiel á Jesucristo y dió testimonio de su resurreccion.

2. Su santidad y su virtud fueron asombrosas. Nada tuvieron de propio; todos juntos no formaron sino un corazon y una alma sola; y la justicia inundó visiblemente estos preciosos restos de Israel.

3. En vano se apeló á las amenazas y á los malos tratamientos para reducir al silencio á los Discípulos de Jesucristo. Ellos declararon públicamente y con un valor heroico que era mas justo obedecer á Dios que á los hombres, y que no estaba en su poder el dejar de publicar la resurreccion de Jesucristo, pues habian sido escogidos para ser los testigos de ella.

4. La publicaron desde luego en la Judea y en la Samaria; pasaron despues á las demás naciones, y en pocos años

(1) *Væ mihi! prævaricantes prævaricati sunt: et prævaricatione transgressorum prævaricati sunt. Formido et fovea et laqueus super et qui habitator es terræ. Loc. cit.*

oyéronse desde las extremidades de la tierra las alabanzas y la gloria del Justo.

5. Quanto mayor era el éxito de sus predicaciones entre los Gentiles, el número de fieles disminuía proporcionalmente entre los Judíos.

6. En fin la incredulidad de la nacion fue general, y no quedaron en su seno sino hombres tales como los pinta Isaías.

7. Así que, los castigos que el Profeta (1) habia previsto, cayeron á tropel sobre ella, y hasta el fin de los tiempos no se verá que otros restos de Israel, reservados por la gracia salgan de su ceguera, y adoren al mismo á quienes sus padres crucificaron.

No es posible pues, comparando lo que los Profetas han predicho de los restos de Israel al tiempo del Mesías con lo que las Escrituras del nuevo Testamento nos dicen de los restos de Israel en tiempo de Jesucristo, dejar de ver que el suceso ha correspondido exactamente á la prediccion, y que Jesucristo es por consiguiente el Mesías.

Si no ha tenido este discípulos entre los Judíos; si estos discípulos han carecido de virtud, ó no la han tenido sino muy comun; si se les ha intimidado y reducido al silencio; si no han anunciado su gloria sino á los de su nacion; si han trabajado inútilmente en darla á conocer á los Gentiles; si se han limitado á algunos pueblos particulares, si despues de su separacion del resto de los Judíos, Jesucristo ha tenido en su nacion muchos otros discípulos; si al principio la mayor parte de los jefes y del pueblo se han declarado por él; si para formar su Iglesia han servido la autoridad pública y los medios humanos; entonces puede dudarse que Jesucristo sea el Mesías, pues los Profetas dieron á sus discípulos otros caracteres.

Pero si todo lo que aquellos han dicho de estos, tan poco verosímil, tan difícil de reunir, tan imposible á la sabidu-

(1) Zachar. 12. 12.

ría y á la prudencia humana, se halla con una exacta perfeccion en los Discípulos de Jesucristo, ¿cómo puede vacilarse un momento en reconocerle? ¿y cómo pueden negarse á la divina Providencia las acciones de gracias y alabanzas que le son debidas por habernos manifestado tan claramente en los restos de Israel, al Salvador de Israel y de los Gentiles?

CAPITULO XIX.

Mezcla de claridad y obscuridad en las profecias del reino del Mesias. — Menester era prometer un rey á quien desease el pueblo, y que reconociesen los justos. — Lo que movia el pueblo á esperarle, le ha impedido reconocerle. — El Mesias tal como le espera el Judío, es inútil y peligroso. — Ficcion de dos Mesias.

ARTICULO I.

Mezcla de claro y obscuro en las profecias del reino del Mesias.

Cuando la promesa del Mesías quedó fijada en la casa de David, empezó Dios á revelar de una manera mas clara que él seria rey, y que su reino seria eterno (1). Y desde entonces los Profetas le anunciaron siempre como un rey á quien todo debia someterse, que colmaria á Israel de bienes y de gloria, que le sacaria de la servidumbre, que le sujetaria

(1) *Firmabo regnum ejus, et stabiliam tronhum regni ejus usque in sempiternum.* 2.º Reg. 7. 12. 13.

Firmabo solium regni ejus super Israel in æternum. 1. Paral. 22. 10.

Ana, madre de Samuel, habia dicho muchos años antes: *Domini dabit imperium regi suo, et sublimavit cornu Christi sui.* 1. Reg. 2. 40. Pero antes de ella nadie habia hablado así.

sus enemigos , y que á él todos los reyes de la tierra reconocerian por su soberano.

Era de una alta importancia que el pueblo Judio conservase la esperanza del Mesias , que le aguardase con impaciencia , y que le mirase como el remedio de todos sus males.

El designio de Dios al encerrar á los Judíos dentro el circulo de la Ley (1) habia sido conservar por este medio el depósito de la promesa del Mesias , y hacer mas universal y mas viva esta esperanza.

Si los Profetas le hubiesen claramente predicho tal como debia ser sin encubrir sus grandezas reales bajo expresiones figuradas, los Judíos carnales, cuyo número era sin comparacion mayor, hubieran tomado muy poco interés así en las promesas como en el Mesias prometido.

Si de otra parte los Profetas le hubiesen predicho diferente de lo que debia ser, ocultándole de tal modo con el brillo exterior de un rey semejante á los reyes de la tierra, de tal manera que los Justos no pudiesen discernir á su libertador, las Escrituras les hubieran dejado sin consuelo. Y no hallando en ellas nada que alimentase su fe y su esperanza, se hubieran desprendido de ellas, cayendo en el peligro ó de olvidar ellos mismos el Mesias, ó de dejar que se resfriase la espectacion del pueblo.

ARTICULO II.

Era indispensable prometer un rey á quien el pueblo desease, y un libertador á quien reconociesen los justos.

Convenia prometer un rey que fuese objeto de los deseos del pueblo, y un libertador al mismo tiempo que fuese re-

(1) *Priusquam veniret fides, sub lege custodiebamur conclusi in eum fidem quæ revelanda erat.* Galat. 3. 23.

conocido por los justos. De aquí viene aquella mezcla de claro y obscuro que se advierte en las profecías. Los Profetas dicen la verdad, pero la encubren algun tanto, mas al encubrirla procuran que el velo sea transparente. Y al paso que dejan aparecer la verdad al través de este velo, procuran tambien que este velo sea rico y precioso segun los sentidos. Por este medio se atraieron las miradas de todos: las de las personas ilustradas hácia lo que era importante pero oculto, y las del pueblo hácia lo mas brillante aunque no tan sólido.

Durante la ausencia del Mesías parecia que todos los espectadores estaban mirando el mismo objeto, y que todos sus deseos tenian el mismo fin. Porque todos aguardaban al rey que prometian las Escrituras, y no se distinguia si á él ó á su resplandor se esperaba, si era la fe ó la ambicion mundana la que deseaba su venida.

ARTICULO III.

Lo que movia el pueblo á esperarle impidió el conocerle.

Mas cuando él apareció, todo lo que servia al pueblo para esperar su venida, le impidió el reconocerle. El velo que habia siempre visto quedó sobre sus ojos, y la verdad que nunca habia visto le pareció extraña, pues nunca habia sabido reunir y conciliar la figura con la realidad, el aparato exterior del Mesías con sus interiores perfecciones. La figura y lo exterior llamaron su atencion, y les sedujeron; y el Mesías sin diadema y sin púrpura les pareció un hombre ordinario.

Al contrario los justos, mas fácilmente le reconocieron cuando se mostró sin pompa y sin aparato; porque le amaban á él y no su brillo, y de él esperaban la justicia y la salud y no una gloria humana.

Pero estos justos fueron en muy reducido número. Los

otros creyeron ser engañados cuando se cumplieron las promesas. El Mesías, demasiado grande para ellos, muy superior á sus rastreros pensamientos, les pareció pequeño. Esperaban mucho menos, y porque recibieron infinitamente mas de lo que esperaban, creyeron no haber recibido nada.

ARTICULO IV.

El Mesías tal como le espera el Judio, es inútil y peligroso.

Los Judíos se lisonjaban que el Mesías no solo les haria independientes de los príncipes extranjeros (1), sino que se los sujetaria todos á su dominacion; que los tributos impuestos sobre todas las naciones (2) colmarien la suya de riquezas; que el oro y la plata abundarian mas que en tiempo de Salomon; que Jerusalem llegaria á ser la mas grande y la mas magnífica ciudad del mundo; que todos los pueblos suministrarían á los Judíos servidores, los cuales se tendrian por dichosos de obtener entre ellos los últimos destinos, y que el respeto al mas ínfimo de la casa de Israel rayaria á adoracion. Y tales ideas se habian formado, fundándose en pasajes de la Escritura mal entendidos, cuyo verdadero significado no les dejaba ver su orgullo y su amor á las cosas temporales.

Mas si esto era lo que debia hacer el Mesías, no veo en que hubiera mejorado á los hombres, ni sé por que razon hombres tan espirituales como los Profetas hubieran deseado con tanto ardor su venida.

De mí sé decir, que por semejante pintura en nada me interesa su reino, y nada espero de él. Nada se me ofrece pedir á un rey tal como se lo figuran los Judíos. Poco me

(1) Is. 44. 2.

(2) Is. 60. 9. 40. Ibid. v. 46. Is. 61. 6.

mueven el oro y la plata : no necesito de servidores : una ciudad magnífica en un país en que no estoy sino como desterrado solo serviria para hacerme olvidar mi verdadera patria ; y excesivos homenajes de respeto solo serian propios para dar pábulo á mi orgullo.

Todo lo que me ofrece pues el Mesías esperado por el Judío no sirve sino para alimentar mi corrupcion , y puedo decir que no la conoce , que inflama mis pasiones , y se hace su fomentador en vez de ser su medicina. Ignora mis males y sus remedios ; ni sabe lo que me falta ni lo que yo he perdido. Substituye bienes exteriores y perecederos , á otros íntimos y eternos que él no puede dar y que con tan vivas ansias deseo. Su objeto es engañarme , pues me tenta y me convida á la molicié. Le temo como á un seductor : huyo de él ; y lejos de poner en él toda mi confianza , le miro como partidario de los enemigos de mi justificacion y de mi libertad.

¿Qué ejemplo , de otra parte , me daria un salvador de esta especie ? ¿Qué consuelo recibiria de él en mis males , que valor en las persecuciones , y que desprecio seria capaz de inspirarme hácia una felicidad separada de la virtud?

ARTICULO V.

Ficcion de dos Mesías.

Mas si el Mesías (1) debe tener las manos llenas de riquezas , si la abundancia ha de seguirle , si la magnificencia es su carácter , ¿ cómo los Profetas predijeron que seria rechazado por el cuerpo entero de la nacion , y que una ceguera universal le ocultaria á los ojos de los que le han esperado (2) ? ¿Cómo han podido decir de él que será mirado

(1) Véase el Capítulo precedente.

(2) Isai. 53.

cual el último de los hombres, como un leproso, como un hombre castigado por la justicia divina?

¿Será menester separar un Mesías de otro, y hacer dos, atribuyendo al uno el oropel y la autoridad, y al otro la humillacion y la flaqueza?

Mas ¿cuál de los dos será entonces el que fue prometido á Abraham, como debiendo ser la fuente de la bendicion de todos los pueblos? ¿Vendrán en tiempos diferentes, ó han de aparecer juntos? ¿Estarán unidos, ó en oposicion? ¿Será permitido desechar al uno y preferirle el otro? ¿Qué dones se recibirán del que está en la humillacion y en el dolor? Si es la justicia y la inocencia, ¿el ministerio del otro es supérfluo, y hasta peligroso. Y si no es la justicia y la inocencia la que da el Mesías paciente y humillado, ¿qué viene á hacer en el mundo con una miseria inútil?

Es pues manifiesto que el Judío no entiende las Escrituras, pues halla en ellas contradiccion, y no puede explicar de un solo Mesías lo que ellas han dicho ciertamente de uno solo: pues la loca pretension de dividirle en dos es insostenible, y es á lo mas un delirio de un momento, pero que no puede tener consecuencia razonable.

CAPITULO XX.

Pruebas que Jesucristo es el Mesías por ser su reino en todo conforme con lo que los Profetas han dicho del reino del Mesías. — 1. Reino sin riquezas y sin ninguno de los medios humanos. — 2. Reino eterno. — 3. Reino sin el brillo ni aparato de los otros reyes. — 4. Reino de gracia y de santidad. — 5. Reino invisible é interior. — 6. Reino fundado en el menosprecio que los sumisos al Mesías harán del oro y de las riquezas. — 7. Reino que nada tiene de comun con el de los malos principes. — 8. Reino pacífico y sin

victorias exteriores. — 9. Reino que se extiende á todas las naciones. — 10. Reino que consiste en hacer dóciles los reyes de la tierra. — 11. Reino perfecto, pero despues que el Mesias se habrá sentado á la derecha de Dios. — 12. Verdad de las Escrituras.

Si el Mesias ha de ser pobre y afligido, como lo aseguran los Profetas, se engaña enteramente el Judío en la idea que se ha formado de su gloria y de su grandeza. No le conoce, absolutamente, pues le son desconocidos los estados en que debe hallarse. El Judío juzga tan mal de sus victorias como de sus ignominias; y es un fantasma lo que él espera bajo el nombre de Mesias, en vez del verdadero que prometen las Escrituras.

ARTICULO I.

Prueba primera.

Los Profetas han predicho que el reino del Mesias seria sin riquezas y sin ninguno de los medios humanos.

Las promesas de un reino sin opulencia en parte alguna son mas claras que en esta profecía de Zacarías, en donde el Espiritu Santo habla sin velo y sin enigma: « Cólmate de gozo, hija de Sion (1), hija de Jerusalem, despide gritos de alegría, ve aquí á tu rey que viene á tí, tu rey justo y salvador. Es pobre, é irá montado sobre una pollina, ó sobre un jumento de una pollina. Yo exterminaré los carros de Efraim (2) y los caballos de Jerusalem, y caerá el arco de la guerra. Él anunciará la paz á las naciones, y su poder se extenderá de un mar á otro mar, y desde el

(1) Zachar. 9. 9. 10. El hebreo dice asi: *Et ad te quoque quod spectat (ó Sion) in sanduine testamenti tui emisi vinclos tuos.* etc.

(2) Efraim era la principal de las diez tribus separadas del reino de Judá, y la residencia de los reyes de Israel.

« rio hasta las extremidades de la tierra. Y en cuanto á tí, « ó Sion, yo haré salir tus cautivos del profundo abismo « sin agua, en consideracion de la sangre que ha sellado tu « alianza. »

El rey cuya venida ha de colmar de júbilo á Jerusalem, es sin duda el que ella espera. Mas este rey es pobre: va montado sobre una pollina, y esta es toda su magnificencia.

No puede decirse que se ha de esperar otro que reinará con mas gloria; porque este rey tan pobre y tan humilde es el que reinará de una extremidad á otra del mundo. A él será sometido todo.

Estas dos cosas en apariencia tan contrarias, van íntimamente unidas. Es rey de todo, y nada tiene: porque no es rey como los reyes de la tierra: es justo y salvador, he aquí en que consiste su opulencia, y en vano busca aquí el Judío otro género de grandeza.

¿No ha leído tal vez lo que sigue? Yo exterminaré los carros de Efraím y los caballos de Jerusalem. Si quiere que el Mesías tenga una numerosa guardia y un tren formidable, se engaña. De este modo reinaron los reyes de Israel y los de Judá. Mas el nuevo rey no empleará semejantes medios, ni de ellos necesita. El solo constituye su propia fuerza y grandeza, y tan pobre como es, sujetará todo el universo.

Triunfará de toda la potencia humana, humillará todos los imperios, pero no haciéndoles la guerra: tambien en esto va engañado el Judío. Figúrase batallas y sueña victorias, mas el Mesías rompe los arcos y las flechas, está sin armas, y anuncia la paz.

Ni á solos los Judíos la anuncia, sino á todas las naciones; y de consiguiente desvanécese la fútil esperanza del Judío de reducir á servidumbre los demás pueblos; porque quando todo está en paz, ¿en dónde está la servidumbre y en dónde estan los tributos?

Una promesa hay que pertenece particularmente á Israel. Sus cautivos serán puestos en libertad. ¿Pero qué cautivos,

y de qué prision serán libertados? De un abismo subterráneo y sin agua: no es pues de la dominacion de los otros reyes, y ved ahí disipada otra ilusion del Judío.

¿Mas por qué medio se abrirán las prisiones subterráneas? por el mérito de una sangre que habrá sellado una nueva alianza; porque la sangre de los animales que ha sellado la antigua, no tiene poder alguno.

Será pues necesario que la libertad de los antiguos justos sea el precio de la sangre del Mesías: porque él es el Justo y el Salvador: ¿Y á qué se reducen entonces todos los pomposos pensamientos del Judío con respecto á su Mesías, pues que el verdadero ha de ser inmolado como una víctima, y desconocido por consiguiente á los mismos que le han de inmolar?

Basta esta sola profecía para descorrer el velo á todas las Escrituras, y para disipar enteramente la falsa grandeza del Mesías, que oculta á los ojos del Judío el Justo y el Salvador, cuyo poder nada mendiga á lo que es necesario á los demás reyes, y que hace servir su misma pobreza y su aparente debilidad para poner á sus plantas todos los imperios.

ARTICULO II.

Prueba segunda.

Reino eterno.

Mas el reino de Jesucristo y el modo con que ha sido pronunciado en las Escrituras merecen un exámen mas profundo y detenido.

Cuando Dios promete á David el Mesías (1), le dice que su reino será eterno. De este mismo modo hablan de él to-

(1) *Stabiliam thronum regni ejus usque in sempiternum.* 2.º Reg. 7. 13.
Usque in æternum. L. 1. Paral. 22. 40.

dos los Profetas, y principalmente Isaías: la extension de su imperio, y la paz no tendrán fin. « El se aventura sobre « el trono de David (1) y tomará posesion de su reino, para « afirmarle y hacerle firme por la equidad y por la justicia, « desde un principio y por todos los siglos. Este prodigio « obrará el Dios de los ejércitos, zeloso (de su gloria y de « su verdad). »

Esta sola promesa descubre á las claras que el reino del Mesías no es temporal, y que en nada se asemeja al de los demás reyes. Si debe durar siempre, no es de este mundo, pues no es para él para quien reina el Mesías, sino para hacer felices á los suyos. ¿Y qué felicidad les procuraria, quedándose él eterno, si los dejaba sujetos á la muerte? Haberle conocido y perderle seria el mayor de los suplicios. Es indispensable que los que le aman puedan tenerle siempre por su cabeza. Luego es necesario que ellos sean tambien eternos. Luego se ha de esperar una otra vida.

ARTICULO III.

Prueba tercera.

Reino sin el brillo ni oropel de los otros reyes.

El Mesías, segun la pintura que hace de su reino el Espíritu santo, nada tiene que se parezca á los demás reyes. Es sin pompa, sin séquito, sin ningun signo exterior de autoridad. No manda con imperio, ni se percibe á larga distancia el eco de su voz. No se publica edicto alguno en nombre suyo; no se castiga á nadie en virtud de sus leyes; ni el magistrado público les presta su ministerio. « No hablará con elevado tono, ni levantará (2) la voz, ni se le

(1) Is. 9. 7.

(2) Is. 42. 2. 3.

« oirá en las plazas públicas. No romperá la caña quebra-
« diza, ni apagará la mecha que está humeando. » Tales ex-
presiones alejan la idea exterior de un poder real, y han de
servir de desengaño á todos cuantos confunden el Mesías
con un príncipe temporal.

ARTICULO V.

Prueba cuarta.

Reino de gracia y de santidad,

Cuanto mas van explicando las Escrituras su objeto final que es el Mesías, mas descubren que su reinado se ejercita sobre el corazon y sobre la voluntad, y que es el mismo que el reinado de su gracia y de su misericordia. « El espíritu « del Señor, dice el mismo Mesías por un Profeta, ha repo- « sado sobre mí, (1) porque el Señor me ha llenado de su « nacion. Él me ha enviado para que anuncie sus miseri- « cordias á los que son mansos y humildes de corazon, para « curar á los contritos, para predicar la libertad á los cauti- « vos y á los que estan aprisionados el término de su encier- « ro; para publicar el año de la reconciliacion con el Señor; « para consolar á los que lloran, para cuidar á los que gi- « men en Sion, y para darles una corona en vez de ceniza, « un bálsamo de gozo en vez de llanto, un manto de gloria « en vez de angustia de espíritu; y habrá en ella hombres « poderosos en justicia (2), plantas escogidas del Señor, en « los cuales será glorificado. »

Jesucristo, despues de haber leído esta profecía en la Si-
nagoga de Nazareth, declaró que se habia cumplido en su

(1) Is. 61. 1. 2. 3.

(2) Esto es, que sobresaldrán en justicia, que serán los guías y los jefes de los otros justos. El término hebreo significa *arietes*.

persona (1); y es imposible no reconocerla en ella en cada uno de sus rasgos. Ved ahí el Mesías de que yo necesito: este es que los Profetas me han prometido. Este viene á consolar á los miserables, y no á aumentar sus miserias engañándoles con falsos bienes, y haciéndoles olvidar los verdaderos. Viene para los humildes, y no para fortificar el orgullo. Viene para poner en libertad á los que gimen bajo la tiranía de las pasiones, y no para hacer mas dura su servidumbre apegándoles mas á las cosas sensibles. Tengo necesidad de luz y de fuerza, y él es el origen de la fuerza y de la luz. Mis pecados me llenan de terror, y él me anuncia que se me han perdonado. Desterrado soy del cielo, y él me abre las puertas celestiales. Siéntome afligido porque mis deseos por la virtud son combatidos por otros deseos contrarios; y él librándome de esta lucha interior hace triunfar en mí la justicia, que es tambien el triunfo de su gracia. Él conoce mi estado, mis necesidades, mis dolencias, la causa de mis gemidos y de mis lágrimas. Tiene todo lo que me falta, y hallo en él todo cuanto deseo: me abandono á él sin reserva, y dejo que el Judío prefiera á él un vano ídolo que se forjó su vanidad, pues no tiene amor sino á la ilusion y á la mentira.

Si queda alguna ligera obscuridad en los términos de que se vale el Profeta, se ve plenamente disipada por la interpretacion que da á ella, diciendo: «Que habrá en Sion «hombres que sobrepujarán en la justicia y que serán «plantas del Señor en las cuales será glorificado.» La justicia y la santidad pueden ser figuradas por bienes temporales, mas los bienes temporales no pueden ser figurados por la santidad. La libertad espiritual puede darse á entender por la de los cuerpos; mas la salida de una prision exterior y sensible no puede darse á entender por la promesa de una libertad espiritual. Lo mas no es figura de lo menos, y una grande promesa no se explica por una promesa de un

(1) *Hodie impleta est hæc scriptura in auribus vestris. Luc. 4. 21.*

órden inferior. Así que , cuando la Escritura junta á expresiones capaces de admitir dos sentidos , otras expresiones claras que solo significan bienes espirituales é invisibles, determina el sentido en que deben ser tomadas todas las otras , y ya no es posible engañarse en este punto.

Los que van señalados en esta profecía , como á sobresalientes en justicia en Jerusalem , y debiendo servir de modelo á los otros justos , son los Apóstoles , los Discípulos de Jesucristo , y aquellos primeros fieles que todo lo abandonaron , todo lo vendieron para no ocuparse en otra cosa que en la Religion y en la esperanza de los bienes eternos. Y á ellos señala despues el Espíritu santo con estas palabras: « Vendrán los extranjeros , y serán los pastores de « vuestros rebaños (1), y los hijos de los extranjeros serán « vuestros labradores y vuestros vendimiadores : mas voso- « tros seréis llamados los sacerdotes del Señor , seréis nom- « brados los ministros de nuestro Dios. »

Esta promesa ha sido cumplida á la letra : porque de una parte aquellos primeros cristianos de Jerusalem se dedicaron únicamente á alabar á Dios y á darle gracias (2), sin salir casi nunca del templo ; y de otra parte las iglesias de los Gentiles se creian obligadas á alimentar la de Jerusalem, reconocidas por haber recibido de ellas la luz del Evangelio , y para proveer con su generosidad á las necesidades de los santos que lo habian dejado todo por Jesucristo.

(1) Isai. 61. 5. 6

(2) Act. 2. 44. 45 etc. 2. Cor. 3. 12. Y en la primera Carta á los de Corinto , cap. 12. se ve cual era el cuidado de S. Pablo y de las iglesias de los Gentiles en favor de los fieles de Jerusalem. Lo mismo se ve en la 2.^a cap. 8 y 9. y á los de Galacia , cap. 2. v. 40.

ARTICULO V.

Prueba quinta.

Reino invisible é interior.

Demostrado ya que el reino del Mesías es un reino de gracia y de santidad, es cierto de consiguiente que es invisible é interior, y que todo lo que al Judío le parece magnífico segun los sentidos, en las promesas, debe ser explicado de una manera espiritual, y por consiguiente mas magnífica aun de lo que se imagina el Judío. Vamos á ver de ello un bello ejemplo en la estructura de la nueva Jerusalem, que es la grande obra del Mesías. « Presto, dice el Señor, pondré en orden todas las piedras para volverte á « edificar (1); escogeré zafiros para tus cimientos; haré de « jaspe tus murallas, y tus puertas de piedras labradas con « el cincel, y todo su cerco será de piedras preciosas. Todos « tus hijos serán instruidos por el Señor, y gozarán de una « paz abundante. Serás pues fundada sobre le justicia. »

Es visible que esta Jerusalem es la Iglesia cristiana, y que las piedras preciosas con que está edificada son sus hijos. ¿Pero qué hijos? instruidos inmediatamente por el Señor; establecidos sobre una sólida justicia, llenos de aquella paz que nace de la presencia del Espíritu santo como de su fuente. Preciso es ser muy groseros, despues de tan clara explicacion, para ir á buscar en otra parte zafiros y jaspes, y para desear una ciudad exterior cuyos muros y puertas sean magníficos.

Mas si es inexcusable semejante estupidez con respecto á Jerusalem, lo es aun mucho mas relativamente al Mesías. Porque si su obra no es magnífica sino á los ojos del espiri-

(1) Isai. 54. 11. 12. 13. 14.

tu, ¿cómo se pretende que haya en él una magnificencia exterior y sensible?

La Ley fue dada por Moisés (1), pero la gracia y la verdad son obra de Jesucristo: la Ley que no hacia sino esclavos fue publicada al ruido del trueno y en medio de relámpagos. Mas la ley nueva se enseña en secreto. Cuanto mas ruidosa es la primera, menos tiene de interior; y cuanto mas interior es la segunda, menos va acompañada de todo lo que hiere los sentidos. No habla á los ojos ni á los oidos, sino al corazon. Y el nuevo Legislador, semejante á la Ley que enseña, nada tiene en su persona que atraiga los hombres hácia los sentidos, y que no les llame al corazon.

ARTICULO VI.

Prueba sexta.

Reino fundado en el menosprecio que los hijos del Mesías harán del oro y de las riquezas.

En vez pues de esperar que el Mesías llene á Jerusalem de oro y de opulencia, se ha de esperar que la llenará de justos que ningun caso harán del oro y de las riquezas. De este modo se explica él mismo, y descubre el fondo de sus promesas, ocultas bajo otras menos dignas de él: «Yo os daré oro en vez de cobre, plata en vez de hierro (2), y os daré cobre en vez de madera, y os daré hierro en lugar de piedras.» Por estas palabras espera el Judío otro Salomon: pero se engaña, y es bien infeliz en tan triste esperanza.

Trátase de un edificio espiritual, eterno, inmutable, en donde todo sea puro, firme y sólido: trátase de una ciudad

(1) *Lex per Moïsen data est; grátia et veritas per Jesum Christum facta est.* Jo. 4. 17.

(2) Is. 60. 17 y 21.

en la cual todo sea santo y perfecto. « Yo haré, continua el « Señor, que la paz reine sobre ti, y que la justicia te gobierne, y todo tu pueblo será un pueblo de justos. Estos « serán los renuevos que yo habré plantado, y la obra « formada por mis manos para mi gloria. »

He aquí lo que es digno del Mesías y lo que solo á él puede convenir. Él es el Rey de los justos y solo él los hace tales. Él los justifica para su gloria. En este pueblo santo consiste su reino, y este reino es tambien su conquista, porque es la obra de sus manos. Todo lo que no sea, pues, santidad y justicia es extraño al Mesías, y es degradarle el confundirle con un rey que en sus riquezas exteriores nada tuviese que un príncipe injusto no pudiese tener tambien.

ARTICULO VII.

Prueba séptima.

Reino que nada tiene de comun con el de los malos príncipes.

El Espíritu Santo obra todo lo contrario, pues que en la admirable pintura [que nos ha dejado del Mesías, de sus perfecciones y de su ministerio no ha puesto circunstancia alguna que pudiese ser comun con los malos príncipes; y no hablando sino de su santidad y de su justicia, ha alejado de nuestro pensamiento todas las ideas de una gloria y de una magnificencia puramente exteriores.

« Saldrá un renuevo de la raíz de Jessé (1) y una flor nacirá de esta raíz, y el espíritu del Señor se parará sobre ella; el espíritu de sabiduría y de inteligencia, el espíritu de consejo y de fortaleza, el espíritu de ciencia y de

(1) Is. 11. 1. 2. 3. 4. 5.

« piedad. Y quedará lleno del espíritu del temor del Señor (4).
 « No juzgará segun las impresiones que reciben sus ojos, ni
 « reprenderá segun lo que entre por sus oidos. Sino que
 « juzgará á los pobres segun la justicia, y se declarará jus-
 « to vengador de los humildes de la tierra. Herirá á la tier-
 « ra con la vara de su boca, y matará al impío con el soplo
 « de sus labios. Ceñirá sus riñones con la justicia y la felici-
 « dad será su tahalí. »

Todo en esta profecía merece ser meditado: pero yo me limito á manifestar que el espíritu de Dios se propuso darnos una idea del Mesias en todo diferente de la de los demás reyes, y de enseñarnos que él no tendria ni ejércitos, ni magistrados, ni ministros; que reinaria inmediatamente por sí mismo sin necesitar ayuda, y que de consiguiente no tendria aparato alguno exterior que le distinguiera á los ojos de los hombres.

Primeramente, él nacerá de la casa de Jessé, cuando se le haya cortado el tronco, es decir, cuando el cetro habrá salido de ella, y habrá entrado en un estado de obscuridad.

En segundo lugar, estará lleno de espíritu de Dios, de sabiduría, de inteligencia, de Religion. Mas á excepcion de esta grandeza espiritual é invisible, nada tendrá en lo exterior que le eleve sobre los demás hombres.

Terceramente, no juzgará por lo que vea con los ojos del cuerpo, ni sobre lo que le entrará por los oidos corporales; es decir, que penetrará en el fondo de las conciencias, y verá hasta los mas secretos pensamientos.

Ni empleará tampoco el ministerio de los jueces que solo de lo exterior pudieran informarle; ni tendrá tribunal ordinario, ni funcion alguna pública semejante á la de los príncipes que administran justicia á sus pueblos.

En cuarto lugar, para someter todos los pueblos de la

(4) Aunque en este pasaje pudiera muy bien darse al original otra traduccion, con todo nos ha parecido que nada debiamos cambiar.

tierra no tendrá necesidad sino de la eficacia de su palabra.

No necesitará pues ejércitos, ni servidumbres, ni ministros, que le ayuden á vencer á los rebeldes, á mantener sus súbditos en la obediencia, y á extender sus conquistas.

En quinto lugar, de un solo soplo exterminará al impío.

No aumentará pues inútilmente su corte de gran número de personas, que todo lo recibirían de él, y que no podrían darle nada.

Si llama algunos discípulos, los escoge pobres, y los saca de la obscuridad y de la ignorancia, para que no se creyesen necesarios si tuvieran grandes talentos. Comunícales su poder contra el impío, y la palabra de ellos le pone en fuga, porque es una participacion del soplo de su Maestro.

En sexto lugar nunca le dejan su justicia y su fidelidad en sus promesas. Estas son sus armas, estas le sirven de espada.

Tan poco necesita pues que se le preste ayuda para reinar, como que se le ayude á ser justo y fiel. Un rey de esta naturaleza lo es en todo, porque lo es en su propio fondo. Es envilecerle y reducirle á la debilidad de los principes de la tierra el rodearle de una multitud de ministros y de subalternos inútiles que obscurezcan su grandeza en vez de sublimarla, y que ocultarian lo que él es, lejos de contribuir á su gloria.

ARTICULO VIII.

Prueba octava.

Reino pacífico y sin victorias exteriores.

Mas de una vez hemos visto que su reino seria pacífico,

por cuya razon ha sido figurado por el de Salomon. Isaías le llama: el Principe de la paz (1), y asegura que la extension de su imperio y la paz que en él reinará no tendrán fin.

¿En dónde estarán pues aquellas victorias de las que el Judío se ha formado como un velo para no ver á Jesucristo? ¿En dónde estarán aquellos reyes humillados ante el pueblo de Israel, cargados de cadenas, y llevados como despojos del triunfo á Jerusalem?

¿Cómo no se ha desengañado el Judío al leer tan repetidas veces que el reino del Mesías será pacifico? ¿La paz temporal y la guerra temporal, tales como él se figura la una y la otra no estan en oposicion? ¿y no deberia comprender que las victorias del Mesías han de ser espirituales, pues serán compatibles con una paz universal?

ARTICULO IX.

Prueba n. na.

Reino extendido en las naciones.

Mas para sacarle enteramente de su ilusion, preguntémosle: ¿Á quién bará la guerra el Mesías? A las naciones, responde. Mas, segun el Profeta, á las naciones es á quienes ha de anunciar la paz (2). Él debe ser su luz, así como la del pueblo de Israel: su mision le trae expresamente. « Poco es, dice el Señor, que me sirvas para convertir los restos de Israel; yo te he establecido para que seas la luz de las naciones (3), y la salud que yo envio hasta las estremidades de la tierra. » No en vano llamará él á si todos los pueblos. Estos vendrán á él en masa con un espiritu de

(1) L. 4 Paral. 22. 9. *Princeps pacis.* Is. 9. 6. 7.

(2) *Loquetur pacem gentibus.* Zach. 9. 10.

Dedi te in fœdus populi in lucem gentium. Is. 41. 6.

(3) Is. 49. 6

religion y de penitencia. « El renuevo de Jessé (1), es decir, « el Mesías, será expuesto como un estandarte á la vista de « todos los pueblos. Las naciones le invocarán y le suplica- « rán, y él las purificará de sus iniquidades. »

¿Será menester recordar al Judío que él será el que quedará incrédulo, cuando los Gentiles serán fieles, y que si el Mesías ha de declarar la guerra á los rebeldes, tendrá que hacerla contra los de su nacion? Bastará citarle por ahora á Moisés, en quien pone él su confianza, y recordarle estas palabras: « Ellos quisieron provocar mis zelos, dice el Señor (2), prefiriendo á mí un Dios que no lo era; y yo provocaré los suyos, prefiriendo á ellos un pueblo que no es « mi pueblo. » Estos pues son los Gentiles que son preferidos, y de consiguiente no es de su humillacion de la que debe triunfar el Judío.

Mas ¿ no está escrito que el Mesías ha de someter á todos los pueblos de la tierra (3)? Sin duda que todos los Profetas lo han predicho, pero esto será haciendo fieles á todos los pueblos.

ARTICULO X.

Prueba décima.

Reino que consiste en hacer dóciles los reyes de la tierra.

La victoria del Mesías será interior, porque será verdadera (4). Él sujetará la voluntad de los príncipes, pero los

(1) *Radix Jesse qui stat in signum populorum, ipsum gentes deprecabuntur.* Is. 44. 40.

Iste asperget gentes multas. Is. 52. 45.

(2) *Ipsi me provocaverunt in eo qui non est Deus; et ego provocabo eos in eo qui non est (erat) populus (Sup) meus.* Deut.

(3) Ps. 71. 44. Is. c. 49. v. 23. c. 60. v. 40. 42. 46. y c. 52. v. 45.

(4) Tal es el sentido de aquellas palabras figuradas de Isaías, c. 44. v. 6. 7. y c. 65. v. 25. *Habitabit lupus cum agno, et pardus cum hædo.* etc.

dejará en el trono. Cambiará su corazón, pero no su condición. Les hará hijos de su Iglesia, pero no los degradará. Ablandará su espíritu, quitará de su dominación el orgullo y la fiereza, los reducirá á la obediencia y docilidad de mansas ovejas; pero sin tocar á su primera autoridad, que, al contrario, volverá mas santa y respetable.

Mas no todos los reyes serán dóciles, se replica. Habrá de ellos que se opondrán al reino del Mesías, y será preciso que contra ellos emplee su poder, y que los reduzca por la fuerza.

ARTICULO XI.

Prueba undécima.

Reino perfecto, mas despues que el Mesías se haya sentado á la derecha de Dios.

Esto es una verdad, mas no como la entiende el Judío. Todos los enemigos del Mesías serán destruidos con su cetro de hierro, como dice el Profeta (1); quedarán reducidos todos á servirle de tarima para poner sus pies, y todos los reyes que habrán rehusado someterse á él, perecerán en el dia de su justo furor.

¿Mas cuál será este dia? Piensa el Judío que este dia será el tiempo del reino visible y temporal del Mesías, y en esto yerra indudablemente. Antes que todos los enemigos del Mesías yazcan abatidos bajo sus pies (2), es necesario que él esté sentado á la derecha de Dios; que esté por consiguiente en el cielo, invisible á la tierra, y oculto en el seno

(1) *Reges eos in virgá ferreá et tanquam vas figulí confringes eos.* Ps. 2. 9.

Donec ponam inimicos tuos scabellum pedum tuorum. Ps. 109.

Et nunc reges intelligite, nequando irascatur Dominus et parcatis de viá justá. Ps. 2.

(2) *Dixit Dominus Domino meo: Sede á dextris meis; donec ponam inimicos tuos scabellum pedum tuorum.* Ps. 109.

de su Padre; es necesario que su mision temporal haya finido, pues que él ha vuelto á aquel que le habia enviado. Es menester que su paciencia con aquellos que no le reconocen por su rey se tome por una prueba de que no lo era, pues él no da señal alguna exterior de su cólera antes del dia destinado á la justa venganza. Es preciso que mientras muchos reyes y naciones le adoran, los incrédulos parezcan impunes, y que el Judío, mas culpable que los demás, abuse de la larga paciencia de aquel á quien ha desechado.

Ved ahí el último rasgo del reino de Jesucristo, tan perfectamente conforme con lo que los Profetas han dicho del reino del Mesías, que es imposible el dejar de reconocerle en vista de semejante conformidad. Él pareció pobre entre nosotros para hacernos ricos: no se valió para reinar de ninguno de los medios humanos: en nada se ha asimilado á los demás reyes, y ha desdeñado todo lo que podia ser comun con los malos principes. El ha sometido todos los reyes de la tierra, sin tocarlos de su solio; ha unido una paz eterna con continuas victorias; no ha reinado sino por la justicia y la santidad: él mismo se ha formado sus súbditos haciéndolos justos; nada ha mendigado de fuera de él, y ha sido rey por si solo. Su palabra ha exterminado al usurpador y al impío que seducia el universo. Ha vuelto á entrar en el seno de su Padre, despues de haber establecido su Iglesia, que es su reino. Se ha sentado á la derecha del Todopoderoso, en donde aguarda reducir sus enemigos á servir de peana á sus pies, y sufre con paciencia hasta el último dia tanto al Judío como á los demás incrédulos que abusan de su silencio, tomándole ó por debilidad, ó por impunidad, añadiendo, sin pensarlo el último rasgo por el cual debe ser reconocido aquel á quien ellos desechan.

ARTICULO XII.

Prueba duodécima.

Verdad de las Escrituras.

Antes de concluir este capítulo, volvamos un momento la vista á todo cuanto acabamos de considerar, y preguntémosnos á nosotros mismos si era posible el prenunciar por conjeturas humanas un reino tan poco humano como el del Mesías, tan mezclado de aparentes contradicciones, y tan diferente de todo cuanto nos han enseñado la historia y la experiencia? Si otra luz cualquiera, fuera la de Dios, habria sido capaz de descubrir á los Profetas verdades, que despues de su cumplimiento aun parecian increíbles? si otra sabiduría fuera de la suya podia arreglar sus expresiones, mezclando en ellas con tanta precaucion la verdad y la obscuridad, que basta tener un corazon recto para ver siempre en ellas el Mesías, y con un corazon corrompido no se ve sino el velo que le oculta? Y si Jesucristo, por fin, cuya verdad tan claramente establecen las Escrituras, podia dar á su vez una prueba mas invencible de su divinidad cumpliéndolas tan perfectamente, y verificándolas en toda su mas minuciosa exactitud?

CAPITULO XXI.

Lo que mas ha contribuido á la ceguedad de los Judios es lo que mas hubiera debido ilustrarles. — La muerte y las ignominias de Jesucristo son pruebas evidentes que es el Mesías porque fueron clara y terminantemente predichas por los Profetas. — Si no hubiese sido crucificado, y si su paciencia

no se hubiera mirado como debilidad , no seria el libertador prometido.

ARTICULO I.

Lo mismo que mas ha contribuido á la ceguedad de los Judíos es lo que mas hubiera debido ilustrarles.

Nada ha contribuido tanto á la ceguedad de los Judíos como la muerte del Mesías , y nada era mas capaz de ilustrarlos como el modo con que la sufrió , si ellos hubiesen atendido á las profecias que la han predicho con todas sus circunstancias.

Pudieron á lo mas engañarse al tiempo en que prestaron sus manos al cumplimiento de este terrible misterio ; mas cuando han tenido la libertad de comparar lo que habian hecho con lo que estaba prenunciado , y desde que han podido ver las consecuencias de un sacrificio ofrecido al mismo tiempo por las manos de Caín y por las de Abraham , es de admirar que no se hayan sentido movidos á arrepentimiento , y que no hayan reconocido en Jesucristo la verdad figurada por Abel y por Isaac.

Es todavía para ellos un escándalo la cruz del Salvador , asi como era en otro tiempo una locura para los Gentiles (1). Y el universo prosternado ante la cruz , la idolatria destruida por esta cruz , la sabiduría y el poder divino manifestándose tan magnificamente y tantos siglos hace por esta cruz , no han podido hasta el dia conducirlos á considerar otra cosa que el crimen de sus padres. Nosotros empero , instruidos como estamos de cual es la fuerza y la sabiduría de Dios para cuantos son llamados , ya Judios ya Gentiles (2) ; ciframos toda nuestra gloria en publicar la suya ; y bien lejos de avergonzarnos de la cruz , reconocemos á Jesucris-

(1) *Judeis scandalum Gentibus stultitiam.* 1. Cor. 2. 23.

(2) *Ipsis autem vocatis Judæis atque Græcis, Dei virtutem et Dei sapientiam.* ibid. 24.

to nuestro Salvador porque fue clavado en ella; prohibiéndonos los Profetas de admitir otro Mesías que aquel que haya sufrido por nosotros una muerte cruel é ignominiosa.

ARTICULO II.

La muerte y las ignominias del Mesías vaticinadas por Isaías clarísimamente.

El Profeta Isaías, encargado de anunciar esta muerte muchos siglos antes que sucediese, empieza por la prediccion de cuán poco verosímil parecerá á los hombres semejante misterio: « ¿Quién ha dado crédito, dice, á nuestra pala-
« bra (1)? » es decir: ¿quién creerá, Señor, lo que me descubris, y lo que me mandais publicar? ¿y á quien el brazo del Señor, es decir, aquel por el cual quiere él salvar á los hombres, ha sido revelado?

« Él se levantará delante del Señor, continua el Profeta, « como un arbolito (2), y como un renuevo que sale de una « tierra agostada: ni tiene belleza ni brillo; le vimos, pero « sin distinguirle (3), y le desconocimos. Nos pareció des-
« preciable, el último de los hombres, un varon de dolores, agobiado de sufrimientos. Su rostro estaba oculto, y « tan digno nos pareció de menosprecio, que no hicimos de « él caso alguno. »

« En realidad cargó sobre sí nuestras flaquezas, y llevó « el peso de nuestros dolores. Le hemos considerado como « un leproso, como un hombre herido por el brazo de Dios « y reducido á la abyeccion; y sin embargo, se ha visto « cubierto de llagas por nuestras iniquidades, y magullado

(1) *Quis credidit auditui nostro et brachium Domini cui revelatum est?*
Is. 53. 1.

(2) Is. 53. 2.

(3) Sin distinguirle. Tal es el sentido de estas palabras: *et non erat aspectus.*

« por nuestros delitos. Cayó sobre él el castigo que debia
« traernos la paz, y hemos sido curados por sus heridas (1).

« Nos habiamos extraviado todos como ovejas errantes (2);
« cada cual se habia descarriado para seguir su propia sen-
« da, y Dios cargó sobre él la iniquidad de todos nosotros.

« Ha sido ofrecido, porque esta fué su voluntad (3), y no
« ha abierto su boca. Será conducido á la muerte como una
« oveja que va al degolladero, y guardará silencio como un
« corderito delante de su trasquilador, y no desplegará sus
« labios.

« Es entregado á la muerte despues de haber sido atado y
« condenado (4) ¿Quién referirá su generacion, despues de
« haber sido arrancado de la tierra de los vivientes, y cuan-
« do yo le habré herido á causa de los crímenes de mi pue-
« blo? La conversion de los impíos será el precio de su se-
« pultura (5) y la de los poderosos el fruto de su muerte:
« porque él no cometió iniquidad, ni en su boca posó nun-
« ca el dolo, y sin embargo el Señor quiso aplastarle en su
« angustia.

« Si él da su alma por el pecado (6), verá una larga pos-
« teridad, y la voluntad de Dios se cumplirá felizmente por
« su ministerio. Verá el fruto de los sufrimientos que habrá
« padecido su alma, y quedará satisfecho. El justo mi ser-
« vidor justificará á muchos por su doctrina, y llevará so-
« bre sí las iniquidades de ellos.

« Porque yo le daré como porcion ó en herencia suya una
« grande multitud (7), y él dividirá los despojos de los fuer-
« tes, porque él entregó su vida á la muerte, y fue puesto

(1) *Ibid.*

(2) *Is. 53. 6.*

(3) *Is. 8. 32.*

(4) *De angustia et de judicio* (despues de haber sido atado y condenado es lo que trae el original) *sublatus est*, etc.

(5) El dará (es decir Dios) los impíos en su sepulcro y los ricos en su muerte. Este es el sentido del texto.

(6) *Si posuerit pro peccato animam suam*, etc.

(7) *Ideo dispertiam ei plurimos*, etc. *Is. 53.*

« en el número de los facinerosos, y llevó el peso de los
« pecados de muchos, y rogó por los transgresores de la
« ley. »

Es indudable que es el Mesías de quien habla el Profeta; ni los antiguos Judíos pudieron desconvenir en ello. Mas por un atentado que se convierte en un nuevo testimonio de la verdad, han cambiado en su paráfrasis todas las predicciones de los sufrimientos y de las humillaciones del Mesías en predicciones contrarias; sin osar no obstante hacer el menor cambio en el texto de Isaías, aun cuando este texto opuesto á su paráfrasis, quedase como una convicción perenne de su infidelidad y de su voluntaria ceguera. Los Judíos posteriores, menos sinceros quisieron aplicar erradamente á Jeremías lo que sus padres habian entendido del Mesías: y en esto no han hecho mas que atestiguar un odio impotente contra Jesucristo y sus profetas, pues todas las pruebas posibles de que él es de quien habla Isaías se hallan reunidas en lo que de él mismo dice. Vamos á indicarlás en pocas palabras, y para esto subamos hasta el capítulo precedente.

En él promete el Profeta á Jerusalem la gloria, la libertad, la santidad, el cumplimiento de sus deseos, y continua de esta manera: « En este día mi pueblo conocerá mi
« nombre (4). Entonces diré yo, el que hablaba en otro
« tiempo, aquí estoy. » No hay prediccion mas clara de la
venida del Mesías. Los Profetas le han anunciado; él habla por ellos, mas vedle aquí presente en persona. « ¡Cuán
« bellos son los pies del que anuncia y predica la paz sobre
« las montañas, los pies del que anuncia la buena nueva,
« del que predica la salud, del que dice á Sion: tu Dios ha
« entrado en posesion de su reino! Oigo ya la voz de tus
« centinelas, ellos levantarán su voz de concierto, y canta-
« rán cánticos de alabanza porque verán con sus propios
« ojos que Dios habrá convertido á Sion. Alegraos, desier-

(4) *Sciet populus meus nomen, etc. Is. 52. 6.*

« tos de Jerusalem , y alabad todos juntos al Señor , porque
« ha consolado á su pueblo y rescatado á Jerusalem. »

El rey prometido y esperado entró en posesion de su reino. La nueva es llevada á todas partes : la alegría es universal : todo cambia de faz en Jerusalem. Los enviados dicen que ellos han visto con sus propios ojos al Libertador.

« El Señor (1) ha dejado ver su brazo lleno de santidad á
« todas las naciones ; y todas las regiones de la tierra verán
« al Salvador que nuestro Dios nos ha de enviar. »

Este brazo que ocultaba Dios en su seno , y que desplega á vista de todas las naciones , es el mismo de quien el Profeta dice luego : « Señor , ¿ á quién ha sido revelado vuestro
« brazo ? ¿ De quién ha sido conocido por lo que es ? Aquí es lo mismo que el Mesías , y de consiguiente le significa pocas líneas despues.

Mas para poner la cosa en toda su evidencia bástame recordar lo que se dice en él capítulo LI. « Escuchadme (2) ,
« vosotros que sois mi pueblo ; nacion á quien yo he escogido , escucha mi voz , pues la ley saldrá de mí (esta ley
« no es la antigua , pues ya estaba dada , sino la nueva , pues se la promete) y mi justicia ilustrará á los pueblos. » « El
« justo á quien debo enviar está cercano : El Salvador que yo he prometido va á parecer , y mi brazo hará justicia
« á las naciones. Las islas (esto es los países de la otra parte del mar con respecto á los Judios) estarán en espectacion ,
« y vivirán aguardando mi brazo ». Si hubo promesa clara del Mesías fué esta ciertamente , en la cual el brazo de Dios , el Justo , y el Salvador á quien debe enviar , son una misma cosa.

Volvamos á seguir la narracion del Profeta : Mi servidor estará lleno de inteligencia (3) ; será grande y elevado ; subirá al mas alto colmo de la gloria.

¿ Quién es este servidor de Dios por excelencia que ha de

(1) Is. 52. 6. y sig.

(2) *Attendite ad me popule meus.* Is. 51. 4. 5.

(3) *Ecce intelligat servus meus.* etc. Sup.

elevarse tanto si no es el Mesías? Luego es él, de quien se dice que ha tomado posesion de su reino y que ha tomado á Jerusalem. Su venida es la que anuncian todos los que traen la nueva de la reconciliacion y de la paz.

« Así como tú has sido la admiracion de muchos (1) (por « su desolacion) él parecerá tambien sin gloria (2) delante « de los hombres y en una forma despreciable á los ojos de « los hijos de los hombres. »

Hablando Isaias con Jerusalem, le dice: Tú eres la ciudad que Dios ha escogido, prefiriéndote á todo el resto del universo, para establecer en ti el solo templo que quiere tener; y no obstante, te ha reducido á una tan profunda humillacion, permitiendo que fueses destruida junto con tu templo, que ya no se te ha reconocido por la Ciudad santa, y todo el mundo ha creido que eras reprobada para siempre.

Así sucederá con tu Rey y tu Libertador. El se verá en la humillacion y en el oprobio, aunque acabo de decirte que será grande y elevado, y subirá á lo mas encumbrado de la gloria. Preciso es distinguir los tiempos. Empezará por la ignominia, y por ella será recompensado con una gloria inmortal. En lo exterior se le hará descender mas abajo que todos los hombres; pero será un dia infinitamente elevado sobre todos los hombres.

« Así es que purificará por la aspersion muchas nacio- « nes (3). Los reyes guardarán silencio á su presencia, por- « que le verán aquellos á quienes él no habia sido anuncia- « do, y le contemplarán los que no habian oido hablar de « él. »

Por sus humillaciones y por sus sufrimientos merecerá la salud para todos los hombres, á quienes purificará con la aspersion de su sangre. Los mas poderosos reyes de la tierra

(1) *Sicut obstupuerunt super te multi, etc. Sup.*

(2) Puede tambien traducirse: su rostro será mas desfigurado que el de ningun otro hombre, y su forma mas desconocida que la de los hijos de los hombres.

(3) *Sic asperget gentes multas, etc. Supra.*

quedarán sobrecogidos de temor y de respeto viéndole abatido por causa de ellos. Y creerán en su resurreccion y en su gloria cuando se les anunciará, aunque los Profetas no les hayan preparado á esta creencia.

Pero, Señor, ¿quién de aquellos á quien nosotros le prometemos despues de tan largo tiempo creará lo que le diremos de él (1), y quien de ellos tendrá luces bastantes para reconocer vuestro brazo poderoso, viéndole debilitado por nuestra causa? Porque cuando se espera un rey que nazca en el esplendor de la grandeza y que ocupe exteriormente el trono de David; no será mas que un débil arbusto (2), nacido á la verdad de una Virgen llena de gracia, pero oculto en la oscuridad y confundido por su pobreza con lo mas despreciable del pueblo.

Deléngome aquí para preguntar si es posible aplicar á otro que al Mesías lo que acabo de transcribir del capítulo LII de Isaías, ó si es posible separarle del capítulo LIII? Mas fácil seria negar que exista promesa alguna del Mesías, que obscurecer la del capítulo LII: ¡tan clara y manifiesta es ella! Y de otra parte, es tan evidente que el Profeta habla de una misma cosa en los dos capítulos, que no se puede hacer en ellos la menor distincion. Porqué los últimos versículos del LII son un resúmen de todo el LIII, y este solo sirve para explicarlos con mas extension.

Mas prescindiendo de esta prueba que tiene toda la fuerza de una demostracion, no hay mas que leer el capítulo LIII. para encontrar en él un gran número de otras.

4. Aquel de quien habla el Profeta ha expiado los crímenes de los hombres (3) por sus sufrimientos; les ha merecido la reconciliacion por sus dolores; les ha curado por sus heridas.

(1) *Quis credidit auditui nostro? etc. Sup.*

(2) *Ascendet sicut virgultum de terrâ silienti.*

(3) *Attritus est propter scelera nostra.*

Disciplina pacis nostræ super eum.

Livore ejus sanati sumus.

2. Los profetas mismos (1), y de consiguiente los mas justos se ponen en el número de aquellos que tienen necesidad de ser purificados por él.

3. Él se ofrece y muere actualmente (2) para borrar los pecados de todos. Es la víctima escogida por Dios, y tiene la suficiente santidad para desviar su cólera.

4. Su muerte es recompensada por una posteridad numerosa é inmortal (3).

5. La conversion de los impíos y de las personas poderosas es el premio de su muerte y de su sepultura (4).

6. Tiene por herencia los pueblos de la tierra, porque ha consentido en inmolarse por ellos. Triunfado ha de los fuertes y repartido sus despojos, sacrificando su vida (5).

Si este no es el Mesías, si es lícito atribuir á otro que á él tan grandes cosas, ¿qué hará pues para igualarlas el que haya de venir? La esperanza en él, viene ya á ser inútil, pues cuando venga hallará ya el mundo purificado. Ni tendrá necesidad de trabajar en nuestra reconciliacion, pues ya está hecho. Ni será él quien triunfará del fuerte armado, pues ya está vencido. Ni serémos curados por su solicitud, pues otro nos ha dado ya la salud. Una segunda víctima es superflua, otro sacerdote es inútil. Todo lo que pretenderá hacer el libertador prometido está ya hecho por otro que las Escrituras no prometian.

¡Glorioso es para vuestro Hijo, ó Dios mio, el no tener por adversarios sino hombres enemigos de la razon. Y es muy consolador para nosotros el ver en vuestros Profetas una prediccion tan clara de todo cuanto leemos en la historia del Evangelio, y de conocer á cada rasgo trazado por Isaías al

(1) *Omnes nos quasi oves erravimus. Posuit Dominus in eo iniquitatem omnium nostram.*

(2) *Oblatus est quia ipse voluit; propter scelus populi mei percussit eum.*

(3) *Si posuerit pro peccato animam suam, videbit semen longævum.*

(4) *Dabit impios pro sepulturâ, et divitem pro morte suâ.*

(5) *Ideo dispartiam ei plurimos, et fortium dividet spolia, pro eo quod tradidit in mortem animam suam.*

Cordero que quita los pecados del mundo y que nos ha lavado en su propia sangre !

Mas aun echando por un momento un velo sobre él , queda á lo menos constante y demostrado que el Mesias debe sufrir y morir ; que ha de ser entregado á la muerte por el pueblo mismo que le espera , pero que no le conocerá ; que el silencio que guardará Dios durante su sacrificio le hará aparecer como desechado por él , y como que ha usurpado el ministerio y el nombre del Mesias ; que su paciencia será despreciada como una prueba de su debilidad , aun cuando sea aquella libre y voluntaria ; que su inmolacion será deshonorada por la compañía de criminales á cuyo lado se le pondrá ; que se le atará como delincuente , y que se le declarará tal por un juicio público ; que en vez de justificarse , ó de echar mano de los milagros para librarse , permanecerá tan mudo y tan débil en apariencia como un cordero que se degüella ; que no vendrá el desengaño hasta que venga su resurreccion y la multiplicacion asombrosa de su familia que le servirá de prueba ; que aun será mayor el desengaño cuando se verá los reyes y pueblos de toda la tierra dejar sus falsas divinidades y correr á él ; que entonces se conocerá que quien tan despreciable parecia era el Justo y el Rey prometido á Sion , admitido por un corto número de sus hijos , pero á quien el cuerpo entero de la nacion ha dejado para los Gentiles , entre los cuales es grande y encumbrado en gloria , como José vendido por su familia vino á ser el árbitro del Egipto .

No me queda ya mas que descorrer el velo y dejar ver á Jesucristo , cuya viva imágen está pintada en Isaias , y preguntar si es posible hallar una mejor semejanza y conformidad entre la prediccion y el cumplimiento , y si se puede rehusar creer en el Evangelio cuando se cree en los Profetas ?

CAPITULO XXII.

El Mesías ha de ser entregado á la muerte, segun la profecia de Daniel. — Ha de ser clavado en la cruz y ha de morir en ella, segun la profecia de David. — Está predicho que la paciencia del Mesías será tenida por flaqueza, y su confianza en Dios como vana. — Y tambien está profetizado que los Judíos llorarán universalmente al que ellos mismos clavaron.

ARTICULO I.

El Mesías ha de ser entregado á la muerte segun la profecia de Daniel.

Todo, si exceptuamos el nombre de Mesías, todo se halla en la pintura que Isaías hace de él, y todos sus demás nombres de Justo, de Salvador, de Luz de las naciones, le señalan con la misma claridad y precision.

Pero Daniel le da hasta este nombre en el pasaje mismo en que predice que será entregado á la muerte: « Despues de « sesenta y dos semanas (1), el Mesías ó el Cristo será entregado á la muerte. » Y no puede distinguirse este Cristo de otro que sea el Príncipe ó el Rey prometido; porque el mismo Profeta, á ejemplo del ángel que le revela los misterios, le llama el Mesías, que será el Príncipe ó el Rey; « Desde el dia en que se diere la orden de edificar otra vez « á Jerusalem (2) hasta el tiempo en que parecerá el Cristo,

(1) Se han de juntar estas 62 semanas á las otras 7 de que habla el Profeta en el precedente versículo.

Post Hebdomadas sexaginta duas occidetur Christus (en hebreo Mesias) Daniel. 9. 26.

(2) *Ab exitu sermonis ut iterum œdificetur Jerusalem, usque ad Christum duces, hebdomadas septem, et hebdomadas sexaginta duæ erunt. Ibid. 25.*

« que es el Rey, habrá siete semanas y sesenta y dos semanas. »

Ni menos puede decirse que la muerte de Cristo será natural y sin violencia. El término original significa que será muerto, dilacerado, que la vida le será quitada por ageno esfuerzo.

Es pues constante que el Cristo será entregado á la muerte. y como añade Daniel: « que nadie se declarará en favor suyo (1), ni tomará su defensa, » es indudable tambien que siendo el Cristo, como será, enviado á los Judios, serán estos los que le barán morir, y que todas las personas de autoridad entre ellos consentirán en su muerte, ó hasta contribuirán á ella.

Inútil seria aquí disputar sobre las datas, sobre la explicacion de las semanas, sobre su comenzamiento y su fin. Bastante he dicho sobre esto en el capitulo XI. Y aun sobre este punto haré todas las concesiones que se quiera, pues bástame á mi intento una sola consideracion que no puede admitir réplica. El Cristo debe ser entregado á muerte en medio del pueblo á quien será enviado. No me paro sino en esta circunstancia, pues con ella lo tengo todo, porque se me siguen todas estas verdades.

1.^a Qué el Cristo que no sea entregado á la muerte por los Judios no será el que prometen las Escrituras.

2.^a Que será una prueba de la venida del verdadero el haber sido por ellos condenado á la muerte.

3.^a Que el conspirar contra él todas las personas no impedirá que sea el Santo de los Santos (2).

4.^a Que su muerte, aunque mirada como un suplicio merecido, será el origen de una justicia eterna, y pondrá fin al reino del pecado (3).

Así pues todas las prevenciones contra Jesucristo se convierten en pruebas á favor suyo. Y si hallo que el resto de

(1) *Et nemo ipsius erit.*

(2) *Ut ungetur Sanctus Sanctorum. v. 24.*

(3) *Et deleatur iniquitas, et adducatur justitia sempiterna. ibid.*

la profecía corresponda exactamente á los resultados de su muerte; que la ciudad en que él ha sido puesto en cruz sea destruida (1); que el templo sea reducido á cenizas; que sean abolidos los sacrificios mandados por la Ley, que la desolacion de la Judea sea cierta é irreparable: no dudo un solo momento que no sea el Justo y el Rey aquel á quien han designado los Profetas. Y así como el Judío le desecha, porque le ha puesto en cruz, porque él le puso en cruz, yo le adoro.

ARTICULO II.

El Mesías debe ser clavado en cruz y morir en ella, segun la profecía de David.

Porque la divina luz del Espíritu santo reveló á los Profetas no solamente que el Cristo seria entregado á la muerte, sino que moriria en la cruz.

David lo señaló claramente en estas palabras del Salmo 21 : « Ellos taladraron mis manos y mis pies (2), contaron todos « mis huesos. Me miraron y contemplaron con atencion; « partieron entre sí mis vestiduras, y sortearon mi túnica. »

Es imposible atribuir ninguna de estas circunstancias á la persona de David, no hay esfuerzo humano que pueda reducir á sentido figurado tales expresiones, de que se sirve

(1) *Et civitatem et sanctuarium dissipabit populus cum duce venturo: et usque ad consummationem et finem perseverabit desolatio.* v. 27.

(2) *Foderunt manus meas et pedes meos: dinumeraverunt omnia ossa mea. Ipsi vero consideraverunt et inspexerunt me. Diviserunt sibi vestimenta mea, et super vestem meam misserunt sortem.* Ps. 21.

En vez de *foderunt* prefieren muchos Judíos una manera de leer el texto original que trae *sicut leo*. Pero además de que esta expresion no tiene aquí sentido alguno, es visible que esto es una falta de algunos ejemplares derivada del cambio de una letra con otra muy semejante. Habia ejemplares en que esta falta no existia, y los Judíos mismos cuidaron de advertirlo. *Demuis sobre este Salmo.*

el Profeta. No se dirá jamás de un hombre que le han taladrado los pies y las manos para significar que le han perseguido con mucha rabia, y que se ha maquinado contra su vida, sobre todo si se consideran todas las circunstancias de que habla David.

« Rodeado me han hombres semejantes á perros rabiosos, « y me he visto entre una cuadrilla de foragidos ». La persona pues de quien habla no tiene salida ni escapadero.

« Ellos taladraron mis manos y mis pies. » Luego es, cuando menos, preso y atado, y en poder de sus enemigos, lo cual no sucedió á David. « Contaron todos mis huesos. » Luego le extendieron con evidencia y le expusieron á las miradas de los que eran espectadores de su suplicio.

« Ellos me han mirado y considerado atentamente. » Luego está clavado y sin moverse. Sus enemigos gozan tranquilamente del bárbaro placer de verle sufrir. Aguardan el fin de su vida, y hasta verle le guardan con cuidado.

Ellos repartieron entre sí mis vestiduras. » Luego es un hombre públicamente condenado, cuyos despojos pertenecen á los que son los ministros de su muerte. Es un hombre, sin esperanza, sin amparo, es un hombre espirante á quien son inútiles sus vestidos.

« Y sortearon mi túnica. » La túnica pues es un despojo real y no figurado, son vestidos verdaderos que el moribundo traía antes de ser clavado en la cruz, pues que se reparten los verdugos lo que no puede rasgarse sin echarse á perder, y sortean lo que no se pudiera partir sin deshilarse. Este es pues el despojo personal de un individuo, y no el pillaje de sus casas y de sus bienes.

¡ Cuánto no aclaran estas observaciones palabras de suyo tan claras, tan naturales, tan sencillas! Ellos taladraron mis manos y mis pies; palabras que determinan de una manera mas precisa la crucifixion de Jesucristo de lo que no ha hecho la relacion de ningun Evangelista.

Lo que sigue del Salmo, claro vaticinio de su resurreccion y de su gloria, es una prueba manifiesta de que el

mismo que ha sido crucificado es la luz de las naciones. « Yo os alabaré, Señor, en una grande asamblea (cuando « me habréis restituido á la vida) cumpliré mis votos en « presencia de aquellos que os temen. Todos los países de « la tierra hasta sus extremidades, se acordarán del Señor « y se convertirán á él. Todas las tribus de las naciones os « adorarán y se prosternarán á su presencia: Porque el im- « perio del Señor, y él reinará sobre todos los pueblos (1).

¿Qué conexión puede tener la libertad de David con la conversion de todos los pueblos de la tierra? ¿Y quién no ve, por el contrario, que de la muerte y de la resurreccion de Jesucristo depende la luz y la salud de estos mismos pueblos?

¿Y quién puede así mismo encontrar racionalmente un sentido aplicable á David en las siguientes palabras: « Los « pobres comerán (2), y quedarán saciados: los que buscan « al Señor le alabarán, su corazon recibirá una vida eter- « na; comerán tambien y adorarán todos los poderosos « de la tierra; todos se postrarán delante de él y se humi- « llarán en el polvo? » ¿Á qué sacrificio de acciones de gracias pudo David invitar todos los pobres y todos los ricos de la tierra? ¿Por medio de cual alimento les da una vida eterna? ¿Y cómo pudo hacerlos á todos adoradores del verdadero Dios antes de admitirlos á los sacrificios que él habia ofrcido?

Y, al contrario, ¿quién ignora que la Eucaristía es el sacrificio de acciones de gracias de Jesucristo; que en él celebra á un mismo tiempo su muerte y su resurreccion; que á él invita todos los pobres y todos los ricos; que en él les comunica una vida eterna, y que una de las disposiciones necesarias para acercarse á aquella grande víctima es la de adorarle?

Es pues indudable que el Mesías ha de morir en cruz;

(1) *Apud te laus mea in ecclesiá magná, etc. Ps. 21. 26. 28. 29.*

(2) *Edent pauperes et saturabuntur, etc. Ps. 21. 27 y 30.*

que el fruto de su muerte será la conversión de todos los pueblos, y que todos cuantos recibirán la fe, participarán del sacrificio ofrecido por el Mesías en acción de gracias de su resurrección. Y desde el momento en que se sabe la certitud y la realidad de todos estos puntos, ¿quién puede dejar de reconocer á Jesucristo en todo lo que dice David del Mesías?

ARTICULO III.

Está predicho que la paciencia del Mesías será tenida como una flaqueza, y su confianza en Dios como vana.

El salmo que vamos explicando señala no solamente que será crucificado, sino que se insultará á su paciencia; que se la mirará como impotencia y como debilidad; que se le echará en cara como vana su confianza en Dios, y que el no obrar Dios milagro alguno para libertarle hará tener seguridad de que no es el Mesías. « Todos los que me ven (1) « me insultan: y lo que dicen contra mí lo acompañan « con un gesto de mofa de su cabeza. Él ha puesto en Dios « su confianza, dicen, que le libre pues, si es verdad que « sea de su agrado. »

Ved ahí pues otra prueba completísima de que Jesucristo es el Mesías, pues todo esto se hizo con él. Los propios términos de que se sirve el Profeta (2) fueron empleados por los sacerdotes y los fariseos para echar en cara á Jesucristo su debilidad, y la inutilidad de su confianza en su Padre; y ni Jesucristo ni su Padre hicieron el menor milagro para interrumpir su sacrificio y para que cesasen las blasfemias.

Si Jesucristo hubiese sido inmolado como Isaac por un

(1) *Omnes videntes me deriserunt me*, etc. Ps. 21. 8. 9.

(2) Math. 27. 43.

hombre obediente y fiel como Abraham, pudiera ser muy bien la figura del Mesías; pero no le reconociera yo por el mismo Mesías. Si hubiese muerto entre los gemidos y llantos de los pueblos; si su oblacion hubiese parecido voluntaria; si su paciencia y mansedumbre hubiesen enternecido el corazon de sus enemigos; si hubiese obrado algunos milagros para librarse de sus manos, ó para hacer cesar las blasfemias, no esperaria por cierto de él la salud. El Salvador prometido debe, segun los Profetas morir (1) saciado de oprobios; ha de ser tenido por un gusano de la tierra mas bien que por un hombre; quedando mas desconocido aun por sus ignominias que por sus padecimientos. Y por esto no puedo absolutamente desconocer á Jesucristo á quien tratan los Judios en todo como debe ser tratado el Mesías, y ellos mismos me enseñan á distinguirle y conocerle cuanto mas se esfuerzan en llenarle de oprobios.

« El Señor, dice él en uno de sus Profetas, me ha abierto el oído (2); es decir, me ha descubierto su voluntad, y yo no he contradicho. Lejos de retirarme, he abandonado mi cuerpo á los que me herian, y mis mejillas á los que mesaban mi barba: no retiré mi rostro de los que me escarnecian y escupian. El Señor Dios es mi protector: por esto no he quedado yo confundido; por esto presenté mi cara á los golpes como una piedra durisima, y sé que no quedaré avergonzado. Á mi lado está el que me justifica, ¿quién me hará oposicion?

Profecia tan distinta, tan circunstanciada como esta me enseña con que respeto debo yo leer en el Evangelio su cumplimiento, la veneracion profunda con que he de mirar las ignominias de Jesucristo, cuya causa aquí se me

(1) *Dabit percutienti se maxillam; saturabitur opprobriis. Thren. 3. 30. Ego sum vermis et non homo. Ps. 21.*

Despectum et novissimum virorum, virum dolorum. Is 53. 3.

(2) *Dominus Deus aperuit mihi aurem, etc. Is. 50. v. 5, y siguientes. Lo que precede y lo que sigue en Isaías es una prueba que el Profeta no habla de sí mismo, y esto está fuera de toda duda.*

revela, y el reconocimiento con que debo postrarme delante de él, que nada ha rehusado de lo que debía hacerse en favor mio, y que me ha libertado de una confusion eterna sujetándose por mí á tan indignos tratamientós. Nada en adelante ha de tener tanto precio á mis ojos como los oprobios de aquel que me ha salvado. Yo los preferiré como Moisés á todo el tesoro de Egipto (1), y lejos de avergonzarme de ellos, los miraré como una terminante prueba de que Jesucristo es el Mesías, y que por él me cabe la dicha de tener acceso con su eterno Padre.

ARTICULO IV.

Está predicho que los Judíos llorarán universalmente á aquel á quien crucificaron.

Dia vendrá en que los Judíos conozcan el precio de los sufrimientos y de las ignominias de Jesucristo, y deplorarán la ceguera que les ocultó la divinidad y el amor de aquel que murió por ellos. « Derramaré, dice el Señor, « sobre la casa de David (2) y sobre los habitantes de Jeru- « salen el espíritu de gracia y de oracion. Y volverán los « ojos sobre mí, á quien taladraron (3). Llorarán con lá- « grimas y con suspiros aquel á quien cubrieron de heridas, « como se llora sobre un hijo único, y se penetrarán de « dolor, como suele suceder en la muerte del primogénito. « En aquel tiempo habrá gran plañido en Jerusalem; la « tierra se inundará de lágrimas, cada familia será un due- « lo aparte, y sus mujeres llorarán tambien por si solas.

Un lamento tan universal, y que no excluye una sola familia, no es por cierto el duelo del corto número de Judíos

(1) *Majores divitias aestimans thesauro Ægyptiorum improprium Christi: Heb. 11. 26.*

(2) *Effundam super domum David, etc. Zach. 12. v. 10. etc.*

(3) *Taladrado.* La palabra original significa *transfodere, transfigere.*

que se afligieron por la muerte de Jesucristo cuando era reciente todavía. Esta aflicción general será el efecto del espíritu de gracia y de oración, que se propagará á toda la nación Judía, y que disipando las tinieblas que por tan largo tiempo le han ocultado al Salvador, la penetrará de un dolor vivísimo de haberle traspasado con los clavos y con la lanza, y de haber despreciado las fuentes de salud que le habían abierto sus heridas.

Mas prescindiendo del tiempo en que se verificará este cambio de disposiciones, hay dos cosas ciertas. La primera que el Cristo ha de morir de heridas que le harán los Judíos en el tiempo en que no le conocerán; y que estas heridas son llagas que atraviesan de parte á parte (4), tales como las de un hombre clavado en la cruz.

La segunda es, que los Judíos se sentirán penetrados de arrepentimiento, volviendo con el mas amargo dolor á aquel mismo que en otro tiempo crucificaron.

Luego es tambien cierto que inútilmente aguardan los Judíos otro Mesías diferente del que crucificaron, y que el doble carácter del Mesías es el de ser puesto en cruz por su propio pueblo, y el ser llorado despues amargamente por el mismo pueblo que le habrá crucificado: lo cual reunido forma en favor de Jesucristo una completísima prueba y que nada deja que desear.

(4) Esta expresion: *Viderunt in quem trasfigerunt*, indica y marca heridas reales, corporales, visibles, que no admiten sentido figurado. Además, nada prueba mejor que se trata de una muerte real y verdadera, como el ser comparada á la de un hijo único, y á la de un primogénito ó primer nacido.

CAPITULO XXIII.

Sin la luz que la muerte y los oprobios de Jesucristo derraman sobre las Escrituras, no podrian estas ser entendidas.

ARTICULO I.

Ejemplo primero.

La muerte y los oprobios de Jesucristo, que á primera vista parecen obscurecer su divina persona, son de otra parte el principal signo para reconocerle; de suerte que, sin este clave, nada se comprende en las Escrituras que le predicen.

« Vos no quisisteis, Señor, dice el Mesías al entrar en el mundo, ni hostia, ni oblacion, pero vos me formasteis un cuerpo (1). No te fueron agradables los holocaustos, ni los sacrificios por el pecado. Entonces dije yo: Aquí me tienes, yo vengo, segun está escrito de mí en la cabeza del libro, para hacer, Dios mio, tu voluntad. »

Luego el Mesías debe sustituir á los holocaustos mandados por la Ley; ha de ser en lugar de las hostias ofrecidas por el pecado. Su sangre pues será derramada en lugar de la de los animales, que no acepta Dios. Para esto viene él

(1) Cito el Salmo 39 en los mismos términos que San Pablo (Heb. 40. 5.) *Ingressus mundum etc.* Hay que advertir, que en lugar de *corpus apertasti mihi*, se lee en el original: *aures apertas dedisti mihi*, nombrando las orejas por todo el cuerpo, á causa de la obediencia, cuyo órgano son ellas.

Además, hay en el hebreo *in volumine libri*, lo cual se explica muy bien por *in capite*, como si dijera: Desde que se desarrolla el volúmen de las Escrituras, ya se habla de mí. Aun en el día conservan el uso los Judíos de arrollar las Escrituras en torno de un rollo ó de un cilindro.

al mundo; á este objeto le forma Dios un cuerpo, para que pueda ofrecerle en holocausto. No hay una sola palabra en todas estas expresiones que no lleve la idea de una inmola-
cion real, y de consiguiente de una muerte sangrienta; y así, quitando esta idea, todo queda ininteligible.

ARTICULO II.

Ejemplo segundo.

Es tambien el sentido de estas palabras el siguiente: yo vengo, segun está escrito de mí á la cabeza del libro, para hacer, mi Dios, vuestra voluntad; porque el Señor señala, con ellas la mas antigua profecía que tiene relación con él, y que encierra en términos bastante claros la prediccion de su muerte. « Yo pondré, dice el Señor á la serpiente, « enemistad eterna entre tí y la mujer (1) entre el hijo que « nacerá de esta y tu posteridad. Este hijo aplastará tu ca- « beza, y tú andarás acechando á su calcañar. »

Lo mas fuerte que tiene la serpiente está representado por su cabeza, y la parte mas débil en el hijo que nacerá de la mujer sola, y que será de consiguiente el hijo de una vírgen, es el talon. Lo mas enhiesto pues de la serpiente, lo mas fiero, lo mas orgulloso, será aplastado por lo mas ínfimo, lo mas bajo, lo mas cercano á la tierra, lo mas despreciable en apariencia en el hijo que la ha de vencer.

La cabeza de la serpiente será aplastada por el talon que la serpiente romperá ó acechará. Será vencido, cuando creará haber sido victorioso. Perderá la vida, quitándola al libertador. Morirá cuando dará la muerte á este.

Cuando esta maldita sierpe hará crucificar al Mesías, ¿en qué se dañará á sí misma? Romperá lo que será frágil: hará que muera una humanidad mortal; y colocará en el

(1) *Inimicitias ponam*, etc. Gen. 3. 45.

sepulcro una carne, bien que inocente, sujeta empero á nuestras flaquezas. Mas no podrá impedir que esta carne resucite gloriosa, inmortal, impasible. Romperá pues la debilidad y la mortalidad en su vencedor, mas este atentado le costará la cabeza y la vida, y lo que consideraba mas débil en Jesucristo será el talon mismo que le aplastará á él.

La cruz de Jesucristo descubre el velo de todo este misterio; pero sin ella la mas antigua promesa del Mesías queda cubierta de una obscuridad impenetrable.

ARTICULO III.

Ejemplo tercero.

Lo mismo sucede con otra profecía en que el Libertador de Israel asegura que él será la muerte de la muerte. « Yo « los libentaré, dice, de las garras de la muerte (1). Yo los « redimiré de la muerte. ¡Ó muerte! yo seré tu muerte. ¡Ó « infierno! yo seré tu destruccion y tu pérdida. »

Estas expresiones señalan el triunfo del Mesías sobre aquel á quien las Escrituras llaman el Principe de la muerte. Tú has creído, les dice su vencedor insultándole, poner un obstáculo invencible á mis designios quitándome la vida; y es tan al contrario, que por medio de mi muerte yo las cumpliré. Tú aguardaste retener mi cuerpo en el sepulcro, y mi alma en las regiones sombrías donde estan retenidos los espíritus mas yo al descender á ellas, romperé sus puertas (2). Tú piensas haberme devorado, y no sabes que yo soy la inmortalidad y la vida. No es á mi á quien

(1) *De manu mortis liberabo eos*, etc. Oseas 13. 14. S. Pablo cita tambien estas palabras en su primera carta á los de Corinto. c. 15. v. 54. y 55.

(2) *Ut per mortem destrueret eum qui habebat mortis imperium, id est diabolum*. Heb 2. 14.

has devorado (1); á tí te engañaste, y tú eres el que has caído en el lazo mismo que me tendiste. Mi muerte es momentánea, la tuya es eterna. No puedes tú retenerme en tus manos, y yo te despojo de todo.

Ved ahí el sentido de aquellas palabras; ¡Ó muerte! yo seré tu muerte. ¡Ó infierno! yo te perderé. Mas si el Mesías no ha de librar en muriendo á sus elegidos, ni rescatarles, descendiendo él mismo á su prision, no es posible saber lo qué aquellas significan; ya no se ve en que consiste el triunfo ni la imprecacion, desaparecen todas las maravillas de la victoria, ni vemos de que modo queda muerta la muerte, ni como el infierno queda despojado y destruido.

ARTICULO IV.

Ejemplo cuarto.

Si el Mesías no ha de morir, es de todo punto inconcebible cuanto dice por uno de sus Profetas: « En cuanto á « tí, ó Sion (2), yo hice salir tus cautivos de un pozo y « abismo sin agua, en donde estaban retenidos, y de allí « los saqué á causa de la sangre con que está sellada tu « alianza. »

Esta sangre no es en verdad la sangre de las víctimas prescritas por la Ley. Nunca la Escritura atribuyó á esta sangre virtud alguna, lejos de mirarla como el precio de la libertad de los hijos de Sion. Este pozo, ó este abismo sin agua, tampoco es una servitud ordinaria. Estos cautivos, cuyo rescate es la sangre, tampoco son los de Babilonia. Esta alianza de que se ha hablado, tampoco es la antigua, pues sigue inmediatamente á la venida del Mesías, anunciada en estos términos: « Cólmate de gozo, hija de Sion (3), he aquí

(1) *De glutiens mortem ut vitæ eternæ hæredes efficemur.* 1. Petr. 3. 22.

(2) *Tu quoque,* etc. Zachar. 9. 44.

(3) *Exulta satis filia Sion: ecce rex tuus veniet tibi justus et Salvator.* Ibid. 9.

« que viene á tí tu rey que es el Justo y el Salvador. » Si-guese pues necesariamente que la sangre de esta nueva alianza sea la del Rey justo y salvador: de otro modo todo es inexplicable.

ARTICULO V.

Ejemplo quinto.

Da gracias el Mesías, porque no experimentará la corrupcion, y porque su alma no quedará abandonada en los infiernos: « Tengo, dice, de continuo al Señor delante de « mí (1), y está á mi diestra para que no me cause sobre-
« salto. Por esto se ha llenado de júbilo mi corazon, mi
« lengua canta de placer, y mi cuerpo reposará en espe-
« ranza. Porque tú no dejarás mi alma en el infierno, ni
« permitirás que tu Santo sienta la corrupcion. Tú me des-
« cubriste las sendas de la vida, y me llenarás del contento
« que infunde la vista de tu rostro. »

Todo esto supone una muerte y una sepultura real, un verdadero descenso á los infiernos, una exencion de la corrupcion ordinaria de los muertos, una verdadera resurreccion, un retorno á la vida. Sin esto, tanto la oracion como la accion de gracias del Mesías, estarian cubiertas de tinieblas impenetrables.

Muchísimas cosas como estas pueden descubrirse en la Escritura, que no reciben luz sino de la muerte de Jesu-cristo; y podemos asegurar sin temor, que sin la inteli-gencia de este misterio tan incomprensible á los sentidos y á la razon, los libros divinos son en sí mismos incom-prensibles, porque nunca pierden de vista este grandioso objeto, al cual lo refieren todo, y que para entenderlos se hace indispensable colocarse en el mismo punto de vista de los Profetas que los han escrito.

(1) *Providebam Dominum.* etc. Ps. 45. 8. etc.

CAPITULO XXIV.

La muerte de Jesucristo en la cruz, su sepultura, su resurreccion, su gloria entre los Gentiles, prenunciadas y representadas en las antiguas figuras.—Figura primera: *La serpiente de bronce.*—Figura segunda: *Moisés rogando con las manos extendidas y dando la victoria.*—Figura tercera: *Jonás.*—Figura cuarta: *José vendido.*—Figura quinta: *Muerte de Abel y castigo de Cain.*

Á mas de las predicciones de la cruz, de la sepultura y de la resurreccion de Jesucristo, el Espíritu Santo se ha valido de otras mas propias de nuestra flaqueza, porque estas predicciones son otros tantos cuadros é imágenes que hablan á los sentidos y que nos instruyen por la vista.

ARTICULO I.

Figura primera.

Serpiente de bronce.

El pueblo de Israel, indócil y propenso á la murmuracion en el desierto, fue castigado por estas faltas por medio de serpientes abrasadoras (1), que causaban la muerte á muchos. Intimidados los demás por este castigo, pidieron á Moisés que le hiciera cesar; y dejándose Dios ablandar por su ruego, le mandó hacer una serpiente de bronce (2) y ponerla sobre un madero elevado, á fin de que de todas partes

(1) *Misit Dominus in populum ignitos serpentes.* En el hebreo se lee *serafim*, esto es: ardientes ó inflamantes. Num. 21. 6. Véase Isaías 44. 29.

(2) *Fac serpentem æneum, etc.* Num. 8. 9.

pudiese verse, y los que fuesen mordidos de las serpientes, en viéndola se curaran.

Nada hay que mejor nos represente la cruz de Jesucristo y sus efectos.

Las verdaderas serpientes emponzoñan á los hombres haciéndolos morir por heridas ardientes. Jesucristo toma la forma exterior de una carne semejante á la criminal, pero sin participar de su veneno (1). Expone sobre la cruz su carne inocente, pero mortal y pasible, y su muerte nos libra de la muerte. El verle nos cura; el creer en él nos salva. De todas partes puede vérsese en el leño elevado que escogió para mostrarse á toda la tierra; y de todas partes (2) vuélvense hácia él los ojos de los fieles, como hácia al autor y el consumidor de su fe y de su esperanza.

ARTICULO II.

Figura segunda.

Moisés rogando con las manos extendidas, y dando la victoria.

Los Amalecitas atacaron al pueblo Hebreo en el desierto. Josué tuvo orden de combatir con ellos, y Moisés acompañado de Aaron y de Hur quedó sobre la montaña, desde donde podia descubrirse á los combatientes. Rogaba con las manos extendidas (3): y mientras las tenia en esta posicion, los Israelitas salian vencedores; pero desde el momento en que fatigado las dejaba caer, eran vencidos. Aaron y Hur que lo observaron, hicieron sentar á Moisés en una piedra, y por uno y otro lado le sostuvieron las manos hasta el ponerse el sol, y hasta quedar completada la victoria sobre los Amalecitas.

(1) *Sicut Moises exaltavit serpentem in deserto*, etc. Joan. 3. 14.

(2) *Aspicientes in autorem fidei*, etc. Hebr. 12. 2.

(3) *Cum levaret Moises manus*, etc. Exod. 17. 11. 12. 13.

La figura no puede acercarse mas á la realidad. Jesucristo levantado en la cruz y rogando por nosotros, es toda nuestra fuerza. Sin él nuestros enemigos nos avasallarian; pero la eficacia de sus manos extendidas los pone en fuga. Si dejamos de mirarle, dejamos de vencer; si volvemos á él por la fe, vuelve á nosotros la victoria, porque sus manos no se cansan como las de Moisés, pero nosotros sí que nos cansamos de fijar en él nuestras miradas.

Notemos empero esta diferencia entre Moisés y Jesucristo: Moisés tiene las manos libres, y se cansa; Jesucristo las tiene clavadas, y su amor y su paciencia no se cansan jamás: Moisés no puede rogar en pie con las manos extendidas hasta el fin del combate; Jesucristo tiene todo el cuerpo pendiente y violentamente extendido sobre la cruz: Aaron y Hur hacen sentar á Moisés y le tienen las manos; Jesucristo es sostenido por los clavos, y no tiene otros asistentes que dos criminales.

ARTICULO III.

Figura tercera.

Jonás permaneciendo tres días y tres noches en el vientre de un gran pescado y saliendo de él lleno de vida.

Su muerte y su resurreccion fueron prenunciadas y figuradas tambien en la asombrosa historia de Jonás (1). El mar irritado calma sus furores desde el momento en que el Profeta es á él arrojado. El pescado que le devora, que se cree comunmente ser una ballena, le conserva tres días y tres noches en sus entrañas (2) sin ahogarle. Y despues le vomita lleno de

(1) *Tulerunt Jonam et misserunt in mare; et stetit mare à fercore suo.* Jon. 1. 45.

(2) Véase el Apéndice de la segunda parte.

vida (1). Y este Profeta que antes de su misteriosa muerte y resurreccion habia rehusado el ir á predicar á Ninive, va allí sin repugnancia despues de haber salido del sepulcro; es allí escuchado con el mas profundo respeto (2), aunque los habitantes de aquella grande ciudad no hubiesen visto los prodigios que les referia el Profeta; y contra todas las apariencias, la penitencia y la fe se generalizan en una nacion poco antes infiel y disoluta.

¿Quién será tan ciego que no descubra en todas estas circunstancias toda la economía del sistema de Jesucristo? Antes de su muerte, la indignacion y la cólera de la justicia de Dios contra los hombres no podia aplacarse; mas desde el momento en que aquel espira, se cambian en misericordia.

Él entra en el sepulcro; su alma desciende á los infiernos, la muerte le ha devorado. Mas él saldrá del sepulcro lleno de vida pasados tres dias y tres noches. Romperá las puertas del abismo, y matará la muerte que parecia haberle devorado.

Antes de su muerte y de su resurreccion estaba prohibido anunciar el reino de los cielos y predicar la penitencia á otros que á las ovejas de Israel (3). Mas luego que hubo salido del sepulcro fuealzada esta prohibicion: publicóse el Evangelio por toda la tierra: los Gentiles creyeron misterios que no habian visto. Abandonan sus ídolos y hacen penitencia á la simple indicacion de los Profetas y de los Apóstoles, que antes les eran desconocidos; y mientras que la familia de Jesucristo le renuncia, las naciones le confiesan y le miran como á su Salvador.

(1) *Et dixit Dominus pisci: et evomuit Jonam in aridam, v. 11.*

(2) *Crediderunt viri Ninivitæ, etc. Jon. 3. 5.*

(3) *In viam gentium, etc. Math. 10. 5. 6.*

ARTICULO IV.

Figura cuarta.

José vendido, muerto y enterrado en apariencia, grande en Egipto y adorado por sus hermanos.

La prediccion estaba ya hecha mucho tiempo antes en la manera con que José fue tratado por sus hermanos, y ninguna profecía retrata tanto á Jesucristo como su historia, de la cual era Jesucristo el objeto y la realidad.

Los hermanos de José, enemigos de su virtud, y envidiosos de su gloria, resolvieron matarle mientras le buscaban y su padre se lo enviaba (1). Le hicieron bajar á una cisterna seca (2) para hacerle allí morir, y tiñeron su vestido con sangre de un cabrito, á quien mataron en lugar de él. Y mudando luego de resolucion, le sacaron de aquel sepulcro en que (3) le habian puesto para venderle á unos extranjeros, quienes le condujeron á Egipto, que él salvó por su sabiduría, y del cual se hizo árbitro por sus beneficios (4), á donde vino á pedirle su familia de que alimentarse, y en donde sus hermanos se postraron varias veces á sus pies sin conocerle; habiendo contribuido ellos mismos por su envidia y por su injusto proceder al cumplimiento de las predicciones de su gloria, cuyo efecto habian querido aniquilar.

Así mismo, los hermanos de Jesucristo, segun la carne, no pudieron ver sin envidia el resplandor de su virtud y de sus milagros. Mas de una vez formaron el designio de quitar la vida al que el Padre celestial les habia enviado, y les

(1) Gen. 37. 13. 46.

(2) Ibid. v. 20.

(3) Ibid. v. 29.

(4) Ibid. c. 41. v. 41

buscaba por obediencia y por amor. Hasta llegaron á deramar positivamente su sangre; mas no se tiñó de ella sino su vestidura mortal, pues solo su humanidad sufrió la muerte, mientras que su divinidad quedaba impassible. Ellos le hicieron descender al sepulcro, figurado en la cisterna de José, pero salió tambien de él lleno de vida. Ellos le cedieron con gusto á los Gentiles, á quienes ya le habian abandonado antes de la muerte: y él fue despues su Salvador y su Rey por su misericordia y por sus beneficios. Una parte de su familia se humilló delante de él, mientras que la otra, y es la mas numerosa, prefiere sufrir el hambre que venir á reconocerle en Egipto. Mas un dia vendrá toda entera esta familia, y adorará á aquel, cuya gloria habia creído sufocar (1) quitándole la vida, cuando no hacia mas que cumplir las profecias que pronosticaban aquella gloria, habiendo la Providencia escogido como medios todos los obstáculos que se habia aquella empeñado en poner para ofuscarla.

ARTICULO V.

Figura quinta.

La muerte de Abel causada por envidia de Religion y el castigo de Cain.

Imposible es el no ver en la muerte de Abel una figura y una profecia de la de Jesucristo. Abel es justo, pero Cain no hace profesion de ser impío. Ofrece sacrificios á Dios como su hermano, y al parecer, desea agradarle. Afliase porque Dios no le da las mismas muestras de aprobacion que á su hermano, y la preferencia en materia de Religion es la que da ocasion á su envidia, despues á su odio, que termina con un fratricidio. Despues de este crimen, Cain aparece tranquilo. Pídele Dios cuenta de su hermano, y él responde en tono de menosprecio. Pero cuando le dice ter-

(1) *Vos cogitastis, etc.* Gen. 50 20.

minantemente: « ¿Qué has hecho? la voz de la sangre de tu hermano me está clamando desde la tierra; » nada ve mayor que su crimen, mas como le tiene por imperdonable, no piensa en arrepentirse de él. Teme tan solo que le mate el primero que le encuentre; pero Dios le asegura que esto no sucederá, que andará errante y fugitivo, pero que la señal que le pondrá será una especie de proteccion para impedir que le mate cualquiera que le encuentre.

Los hermanos de Jesucristo, segun la carne, que fueron sus mas ardientes enemigos, tenian un celo segun la ley. Ofrecian á Dios sacrificios, se preciaban de ser mas justos que los demás, y no podian sufrir que Dios prefiriese á ellos tan visiblemente Jesucristo, autorizando su doctrina, cuya gloria obscurecia la suya propia. Esta tan pública preferencia excitó su emulacion y su odio que no pudieron quedar satisfechos sino derramando la sangre del justo Abel.

El falso celo de Religion les ocultó por de pronto la enormidad de su crimen. Cuando se esparcieron los primeros rumores de la resurreccion de Jesucristo (1), esperaron poderlos sufocar, ó por el dinero distribuido á las guardias de su sepulcro, ó por las amenazas hechas á sus Apóstoles.

Mas cuando los prodigios obrados en nombre suyo se hicieron tan públicos y tan manifiestos que no les fue ya posible cerrar los ojos, pasaron del menosprecio á la desesperacion (2) y de la desesperacion á la impenitencia. No tardaron en andar dispersos por todas las naciones, errantes y fugitivos por toda la tierra, temblando delante de los adoradores del que ellos hicieron morir, temiendo á cada momento que á la menor ocasion no se les tratase como merecia su crimen; pero siendo conservados por la misma proteccion sensible prometida á Cain, y que ha pasado á sus imitadores

(1) *¿ Quid faciemus hominibus istis? Notum signum factum est per eos et non possumus negare. Act. 4. 16.*

(2) *Vultis inducere super nos sanguinem hominis istius. Act. 5. 28.*

Dissecabantur et cogitabant interficere illos. v. 33.

ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO.



	Pág.
NOTICIAS DEL ABATE DUGUET, Y DE SUS OBRAS.	I
INTRODUCCION, POR EL TRADUCTOR.	V

PRIMERA PARTE.

Motivos de estudiar seriamente los principios de la Fe cristiana, y modo de portarse en este estudio.

CAPITULO I.

ART. I.	Que se entiende por Fe cristiana y sus relaciones.	41
— II.	Un cristiano debe estar sólidamente instruido de la Religion.	42
— III.	Un cristiano ha de conocer hasta cierto punto las pruebas, los fundamentos, y los verdaderos caracteres de la Religion.	46
— IV.	Con que disposiciones ha de examinar las pruebas de Religion.	48

CAPITULO II.

— I.	Importa al hombre el conocer la Religion.	49
— II.	La Religion no se opone á sus deseos esenciales.	51
— III.	La Religion no le manda sino ser feliz, y no le prohíbe sino ser desgraciado.	53
— IV.	Precepto de amarse á sí mismo.	54
— V.	Error en tomar nuestras pasiones por nosotros mismos.	56
— VI.	Pedir á Dios que se nos dé á sentir mas que los otros bienes.	57

CAPITULO III.

Pruebas de la existencia de Dios.

— I.	Prueba primera. La existencia de los cuerpos.	62
------	---	----

		Pág.
ART.	II. <i>Prueba segunda.</i> Movimiento de los cuerpos.	63
—	III. <i>Prueba tercera.</i> Mutua relacion de todas las partes del universo.	id.
—	IV. <i>Prueba cuarta.</i> Los cuerpos organizados.	65
—	V. <i>Prueba quinta.</i> La razon y la inteligencia de los mismos que dudan ó que resisten.	66
—	VI. <i>Prueba sexta.</i> La duda misma sobre la Divinidad.	67
—	VII. <i>Prueba séptima.</i> La sola idea de Dios.	68
—	VIII. <i>Prueba octava.</i> Existencia de un primer modelø, de una primera regla, de una primera belleza, unidad y verdad.	70
—	IX. <i>Prueba nona.</i> Principios inmutables del raciocinio.	71
—	X. <i>Prueba décima.</i> La materia incapaz de sentimiento.	id.
—	XI. <i>Prueba undécima.</i> Union del alma y del cuerpo.	73
—	XII. <i>Prueba duodécima.</i> Dependencia de los pensamientos con respecto á los órganos corporales.	74
—	XIII. <i>Prueba décimatercia.</i> Ignorancia del alma con respecto al mecanismo de los movimientos que manda.	id.
—	XIV. <i>Prueba décimacuarta.</i> El sentimiento del dolor no es propiedad de la materia.	75
—	XV. <i>Prueba décimaquinta.</i> Deseo de un bien infinito, necesario, y que nada puede calmar.	76
—	XVI. <i>Prueba décimasecta.</i> Ley natural. Deberes superiores al hombre, é independientes de las instituciones humanas.	78
—	XVII. <i>Prueba décimaséptima.</i> Las culpaciones y remordimientos de la conciencia.	79
—	XVIII. Vana esperanza de algunos pecadores, que Dios atenderá poco á las acciones de los hombres.	80

CAPITULO IV.

—	I. El hombre tiene deberes con respecto á Dios.	82
—	II. La sola razon natural no descubre todos estos deberes.	84
—	III. Tampoco se saben con mas seguridad estos deberes consultando á los demás hombres.	85
—	IV. Es absolutamente necesario que Dios haya revelado al hombre lo que de él exige.	id.
—	V. Toda Religion no fundada en la revelacion no merece ser examinada.	86
—	VI. Facilidad de descubrir la revelacion divina.	87

		<i>Pág.</i>
Art.	VII. Necesidad de que la revelacion divina haya sido escrita.	88
—	VIII. Pruebas de que la revelacion divina se ha conservado pura en las Escrituras.	id.

SEGUNDA PARTE.

Pruebas de los principios de la Fe cristiana por los libros del antiguo Testamento.

CAPITULO I.

—	I. Pruebas de la verdad de las Escrituras: su antigüedad.	90
—	II. Por medio de las Escrituras tenemos un conocimiento exacto del origen de los tiempos, y de sus mas antiguos monumentos.	91
—	III. La verdad de las Escrituras probada por las tradiciones comunes de todos los pueblos, y por el tiempo en que acaban estas tradiciones.	92
—	IV. Pruebas de que Moisés es el autor de los libros que llevan su nombre.	94
—	V. Nuevas pruebas de la divinidad de los libros de Moisés.	95
—	VI. Certitud de los milagros referidos en los libros de Moisés.	id.

CAPITULO II.

—	I. Certitud de los milagros en el gobierno de Josué.	100
—	II. Certitud de los milagros en tiempo de Elias.	102
—	III. Certitud de los milagros en tiempo de Isaías.	103
—	IV. Prueba completa de la verdad de los milagros y de su consecuencia.	105
—	V. Esencial enlace de los libros de la Escritura entre sí, y de los hechos milagrosos que los autorizan.	106

CAPITULO III.

Certitud de la Religion por las profecías.

—	i. De que profecías vamos á tratar.	107
—	II. Las primeras profecías hacian esperar las posteriores.	107

		<i>Pág.</i>
	res, y el cumplimiento de estas confirmaba las primeras.	408
ART.	III. Pruebas particulares de la verdad de las profecias de Isaias.	440
—	IV. De la verdad de las profecias de Isaias se concluye necesariamente que todas sus palabras son divinas.	415

CAPITULO IV.

—	I. Pruebas particulares de la verdad de las profecias de Jeremias.	416
—	II. Porque Dios reveló á Jeremias todo lo que debia suceder á todos los pueblos conocidos de los Judios.	421
—	III. Continuacion de las pruebas de la verdad de las profecias de Jeremias.	422
—	IV. Observaciones importantes sobre Jeremias. Primera observacion.	126
	Segunda observacion.	427
	Tercera observacion.	id.

CAPITULO V.

Pruebas particulares de la verdad de las profecias de Ezequiel.

CAPITULO VI.

—	I. Pruebas de la verdad de las profecias de Daniel.	434
—	II. No puede haber sospecha de que estas profecias se hayan hecho despues del suceso.	441

CAPITULO VII.

Certitud de la Religion por diversas consideraciones de las Escrituras.

—	I. Todas las antiguas Escrituras pueden reducirse á tres puntos principales: al Decálogo, al Culto público, á la promesa del Mesias.	444
—	II. Prueba de la verdad de la Religion en el primer precepto del Decálogo.	445
—	III. Prueba de la verdad de la Religion en el último precepto del Decálogo.	446

CAPITULO VIII.

ART.	I.	Pruebas que el culto exterior prescrito por Moisés no tiene enlace necesario con la Religion, y que no fué establecido para siempre.	448
—	II.	El culto exterior no entró en el primer designio de Dios.	451
—	III.	El culto exterior debe cesar desde que será anunciada la verdadera justicia.	454
—	IV.	Pruebas de que el culto exterior ha de cesar á la venida del Mesías.	457
—	V.	Nueva prueba de que las Escrituras son divinas.	459

CAPITULO IX.

—	I.	La mas antigua promesa es la del Mesías, renovada á Abraham, circunscrita á la tribu de Judá y despues á la casa de David. El último Profeta termina las Escrituras renovándola.	460
—	II.	La revelacion del pecado de Adán, y de la condenacion de su posteridad es una prueba de la verdad de la Religion.	462
—	III.	La revelacion de la promesa del Mesías es una nueva prueba de la verdad de la Religion y de las Escrituras.	467

CAPITULO X.

Es cierto que ha venido el Mesías, y que este es Jesucristo. Primera prueba sacada del cumplimiento de la profecía de Jacob.

CAPITULO XI.

Segunda prueba que el Mesías ha venido y que Jesucristo es el Mesías. El cumplimiento de la profecía de Daniel.

CAPITULO XII.

—	I.	Prueba tercera. El cumplimiento de la profecía de Ageo.	484
—	II.	Prueba cuarta. El cumplimiento de la profecía de Malaquias.	488

CAPITULO XIII.

- ART. I. La conversion de los Gentiles es una demostracion de que Jesucristo es el Mesias. 499
- II. Otra prueba es el haberlos convertido por medio de sus discipulos. 492

CAPITULO XIV.

- I. El establecimiento de un sacrificio ofrecido en todos los lugares del mundo, predicho por Malaquias, es una prueba convincente de que Jesucristo es el Mesias. 495
- II. Desde Jesucristo acá, Dios puso una entera imposibilidad al ejercicio de la ley que debia durar hasta el Mesias. 499

CAPITULO XV.

- I. El profeta Oseas señala minuciosamente todas las circunstancias del estado á que hoy se miran reducidos los Judíos, y predice que esta situacion no cambiará hasta que se conviertan á Jesucristo. 206
- II. La dispersion de los Judíos demuestra la verdad de la Religion cristiana y la divinidad de las Escrituras. 209

CAPITULO XVI.

La conservacion de los Judíos, á pesar de su dispersion, es una nueva de que Jesucristo es el Mesias.

CAPITULO XVII.

- I. Demuéstrase que Jesucristo es el Mesias por la ceguedad de los Judíos. 221
- II. Las Escrituras señalan la verdadera causa de esta ceguedad. 230
- III. Demuéstrase que Jesucristo es el Mesias por las Escrituras que han vaticinado la ceguedad de los Judíos y la vocacion de los Gentiles. 233

CAPITULO XVIII.

Pruébase que Jesucristo es el Mesías por los Profetas que atribuyen á los restos de Israel en tiempo del Mesías, caracteres que convienen todos á los restos de Israel en tiempo de Jesucristo.

CAPITULO XIX.

ART.	I. Mezcla de luz y de obscuridad en las profecías del reino del Mesías.	241
—	II. Debía prometerse un Rey que el pueblo desease, y un libertador á quien reconociesen los justos.	242
—	III. Lo que movía al pueblo á esperarle, le impidió el reconocerle.	243
—	IV. El Mesías, tal como lo espera el Judío, es inútil y peligroso.	244
—	V. Ficción de dos Mesías.	245

CAPITULO XX.

Pruebas que Jesucristo es el Mesías, por ser su reino en todo conforme con lo que los Profetas dijeron del reino del Mesías.

—	I. <i>Prueba primera.</i> Los Profetas predijeron que el reino del Mesías sería sin riquezas y sin ninguno de los medios humanos.	247
—	II. <i>Prueba segunda.</i> Reino eterno.	249
—	III. <i>Prueba tercera.</i> Reino sin el brillo y oropel de los otros Reyes.	250
—	IV. <i>Prueba cuarta.</i> Reino de gracia y de santidad.	251
—	V. <i>Prueba quinta.</i> Reino invisible é interior.	254
—	VI. <i>Prueba sexta.</i> Reino fundado en el menosprecio de las riquezas.	255
—	VII. <i>Prueba séptima.</i> Reino que nada tiene de comun con el de los malos príncipes.	256
—	VIII. <i>Prueba octava.</i> Reino pacífico y sin victorias exteriores.	258
—	IX. <i>Prueba nona.</i> Reino extendido en las naciones.	259
—	X. <i>Prueba décima.</i> Reino que vuelve dóciles los reyes de la tierra.	260

ART.	XI.	<i>Prueba undécima.</i> Reino perfecto, mas despues que el Mesías se habrá sentado á la diestra de Dios.	261
—	XII.	<i>Prueba duodécima.</i> Verdades de las Escrituras.	263

CAPITULO XXI.

—	I.	Lo mismo que mas ha contribuido á la ceguedad de los Judios, es lo que mas hubiera debido ilustrarles.	264
—	II.	La muerte y las ignominias del Mesías vaticinadas por Isafas claramente.	265

CAPITULO XXII.

—	I.	El Mesías ha de ser entregado á la muerte, segun lo vaticinó Daniel.	273
—	II.	Debe ser clavado en cruz y morir en ella, segun David.	275
—	III.	Está predicho que la paciencia del Mesías será mirada como debilidad, y su confianza en Dios como vana.	278
—	IV.	Está predicho que los Judios llorarán universalmente á aquel á quien crucificaron.	280

CAPITULO XXIII.

Sin la luz que la muerte y los oprobios de Jesucristo derraman sobre las Escrituras, no podrian ser entendidas.

—	I.	Ejemplo primero.	282
—	II.	Ejemplo segundo.	283
—	III.	Ejemplo tercero.	284
—	IV.	Ejemplo cuarto.	285
—	V.	Ejemplo quinto.	286

CAPITULO XXIV.

La muerte de Jesucristo, su sepultura, su resurreccion, su gloria entre los Gentiles, prenunciadas por las figuras.

—	I.	<i>Figura primera.</i> Serpiente de bronce.	287
---	----	---	-----

		<i>Pág.</i>
ART.	II. <i>Figura segunda.</i> Moisés rogando extendidas las manos.	288
—	III. <i>Figura tercera.</i> Jonás permaneciendo tres días y tres noches en el vientre de la ballena, y saliendo de él lleno de vida.	289
—	IV. <i>Figura cuarta.</i> José vendido y enterrado en apariencia, grande en Egipto, adorado por sus hermanos.	291
—	V. <i>Figura quinta.</i> La muerte de Abel y el castigo de Caín.	292

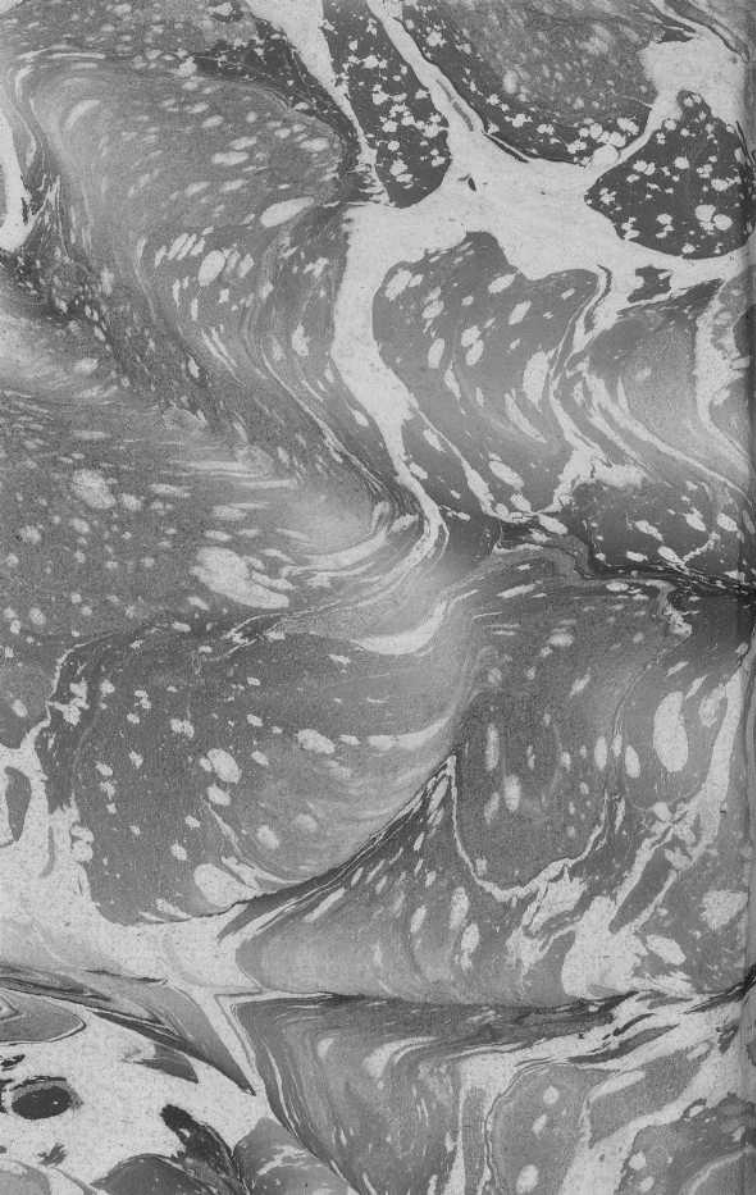
FIN DEL INDICE DEL TOMO PRIMERO.

AVISO

á los señores suscriptores

de la Biblioteca Católica.

Las dudas que parece se han suscitado acerca si los que dirigen esta Biblioteca Católica podian ó no tener parte en la direccion ó eleccion de las publicaciones que se dan en el Tesoro de Autores Ilustres, les obliga á declarar formalmente que no tienen en estas la menor intervencion; y que su inspeccion se limita tan solo á la publicacion de las obras puramente católicas. Cuya declaracion puede dejar seguros á sus lectores de los principios y sentimientos que animan á aquellos en esta empresa, cuyo único objeto es la defensa de nuestra Divina y Católica Religion por medio de la publicacion de las obras que les parecen mas oportunas, segun el plan que tienen ya indicado. Y la mayor garantia que pueden ofrecer es la previa revision de la Autoridad eclesiástica.









BIBLIOTECA

CATOLICA



TRATADO

DE LA FE



1



2617

